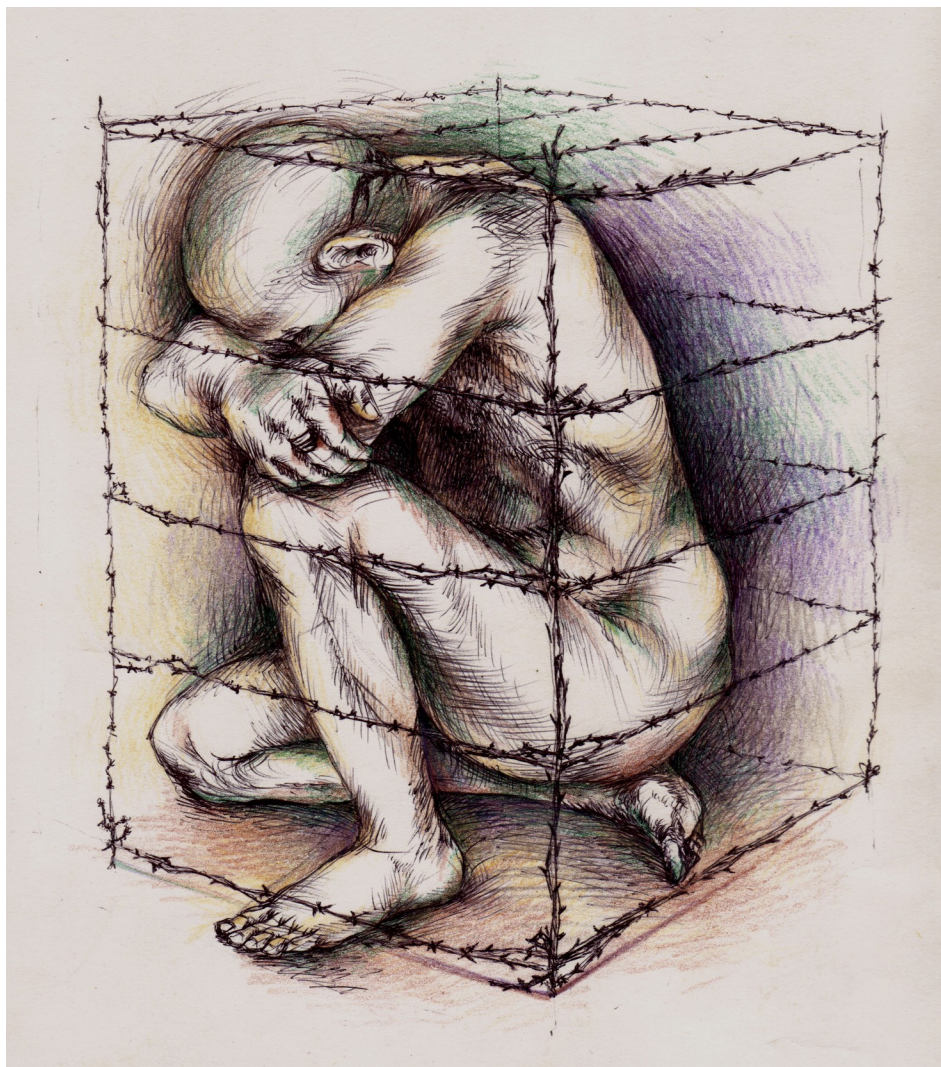


ESCALERAS A NINGUNA PARTE



ALEX JORGE

©Alex Jorge Parra, 2014

UNA NOVELA, UN AUTOR, ¿UN CONCIERTO?

(Intro para novela concertante)

Prólogo por Mariela Varona

Los personajes rockers o “friquis” se insertaron dentro del panorama de la literatura cubana contemporánea a finales de los años 90 por los escritores denominados “novísimos”, muchos de los cuales pertenecían o habían pertenecido a alguna tribu urbana. La crisis económica y social que asolaba al país después del derrumbe del campo socialista marcaba la literatura con situaciones y personajes que, salidos de la marginalidad, se convirtieron en protagonistas de una historia no oficial, que dio al traste definitivamente con la mirada edulcorada del realismo socialista.

Escaleras a ninguna parte puede considerarse no un epígono, sino una continuación de esos primeros textos en que los rockers salían de las sombras como síntoma de una zona de la sociedad que estaba lejos de funcionar correctamente. La novela está contada desde la óptica de un miembro de esa tribu urbana, ecléctica, estentórea, transgresora de las “buenas costumbres” pequeño burguesas. Una tribu que ha transitado por períodos que van desde lo siniestro – en la década del 70– hasta lo orgiástico –en el comienzo del siglo XXI. La tribu rockera. Los friquis (o free kiss). Los satánicos o endemoniados. Los que cargan con el estigma de llevar pelo largo y tatuajes antes de que se pusieran de moda, y dan tanto miedo a los padres de las muchachas solteras. Y los estigmas de la alucinación, el trance, la inoportunidad, el desorden. Son los inculpabilizables, como los llamó Milan Kundera.

Tengo la suerte de haber leído esta novela desde que estaba recién nacida. Con su autor, Alex Jorge, he compartido la pasión por la música y la literatura, dos

mundos que se reúnen precisamente en este libro. Aquí reconozco no solo buena parte de mi personal visión del rock y de la escritura, sino también un entramado de aconteceres que para muchos jóvenes ha sido filosofía de vida, y que en el caso de Alex Jorge trasciende la mera exploración o el coqueteo con personajes incómodos para asegurar el “gancho” facilista.

En otra ocasión he dicho que la mirada de este escritor es, sin dudas, una mirada altamente calificada. Pues no proviene de alguien que tenga la visión de la tribu rocker desde una cómoda distancia, desde el roce casual de ciertas afinidades compartidas. La mirada de Alex Jorge viene desde dentro, desde su pertenencia a la tribu; desde su perspectiva de músico, líder y fundador de bandas, editor de fanzines que no sólo observa, aprehende, transmite o traduce códigos; sino también participa, dialoga, promueve fenómenos, se inserta. No es sólo la mirada del espectador: es también la mirada del demiurgo. Un demiurgo omnisciente, víctima y victimario.

Estoy segura de que si alguien busca datos sobre Alex Jorge encontrará muchos más en los sitios dedicados a la música que en páginas literarias, a pesar de que uno de sus cuentos más polémicos, “Marlén y Tatiana”, dio mucho de qué hablar en ciertos contextos durante el año 2003. Alex Jorge ganó con ese cuento no solo un premio César Galeano, sino también innumerables malentendidos, ataques insólitos y muchos dolores de cabeza. Sin embargo, al incluirlo en *Morir con las botas puestas*, su primer libro de cuentos (Ediciones La Luz, 2009), ya había pasado la “conmoción que provocó en su momento la publicación de esta breve historia entre la comunidad rockera” y podía analizarse, según reseña Camilo Ernesto Olivera en la revista digital *Esquife*, “bajo una luz más nítida y menos apasionada”. Sobre Alex Jorge (la Mole para los rockers) ha dicho el crítico y ensayista Ramón Legón: “Hace veinte años que la Mole, con su delgadez congénita y su tenacidad, está haciendo literatura, a pesar de las modas y los gestos de farándula del momento. Cuando se convirtió en pionero de los redactores y editores de fanzines, los primeros que fueron vistos por estos lares, estaba haciendo literatura. Y era literatura lo que hacía con la guapanga, una

fusión auténtica que ya hoy es un cliché repetitivo que denominamos nu-metal, irrumpiendo con su banda Ley Urbana cuando todos los friquis a su alrededor todavía se extasiaban con el heavy metal y los viejos héroes de la guitarra. Con aquel proyecto, influido por Biohazard, hacía textos en español que cuestionaban la realidad más pedestre sin ninguna complacencia. Ley Urbana dejó en esta ciudad mucho asombro y algunas víctimas (sólo de las exquisiteces de la pureza ideológica, por supuesto), que sin saberlo empezaron a difundir el mito del demiurgo en que se convirtiera la Mole poco tiempo después. Cuando produjo en forma tan audaz y a la vez tan locamente artesanal el proyecto único de doom metal Dying Forest, la Mole estaba haciendo literatura. Y cuando concibió el discurso musical e ideológico de Mephisto, y diseñó minuciosamente las carátulas de los cassettes en que circulaban sus demos, y escribió en inglés sus textos antológicos, como el de “Seven Dead Cities” bajo el hechizo de Edgar Allan Poe y de Howard Phillip Lovecraft, la Mole estaba haciendo literatura. Y cuando ilustraba a tinta y plumones con la imaginería macabra y gótica los márgenes de las cuartillas donde escribió sus primeras historias, sucedáneas de las de sus maestros del horror, era evidente que también hacía literatura.

Algo que se impone para introducir al lector, es ubicar al libro y al autor en su contexto. Holguín es una ciudad de provincia donde persisten prejuicios antiguos ya desaparecidos en La Habana. No obstante, Holguín tiene muchas caras. No sólo es la ciudad provinciana, apacible, en cuyas calles abundan los coches tirados por caballos. Tampoco es sólo la ciudad que se vende al visitante, llena de parques floridos, con su concierto de la banda municipal, sus abuelos en la cola del helado, sus muchachas bonitas entrando y saliendo de las tiendas en divisa. Y por supuesto, tampoco es solamente la ciudad culta, llena de artistas y escritores, con su aureola de cosmopolitismo, su teatro lírico y su enorme población universitaria.

Holguín es también una ciudad subterránea, donde suelen existir seres que no están llenos de luz ni de optimismo. De jóvenes descolocados, huidizos, a ratos mitificados, que buscan en el anonimato de su grupo, de su “banda”, diluirse y

construir otros paradigmas. Personajes que deambulan a nuestro lado sin dar apenas fe de su existencia, pues ya han sido asimilados por el imaginario social. Muchachos que los días de concierto inundan los parques con sus ropas oscuras, sus botas remachadas y manillas de púas; y pueden ser vistos en masa, balanceando el cuerpo y trasheando hasta el límite de lo frenético. De estos seres oscuros está llena la novela de Alex Jorge, pero su protagonismo lo ocupan las pasiones humanas: amor, envidia, rencor, rivalidad profesional, los deseos de aceptación que marcan a los individuos de cualquier grupo, de cualquier lugar.

Los protagonistas son los rockers, pero los temas están conectados a grandes tópicos de la literatura cubana contemporánea: las relaciones de poder, la emigración ilegal, un mundo underground que cada vez se mezcla más con otros mundos cotidianos, el desarraigo de los que buscan una nueva causa motivadora, el sexo en su eterna connotación alternativa de eros-tanatos, la alucinación grupal como refugio contra la exclusión. Tópicos que siempre se ha querido encasillar en lo marginal como concepto que puede pasar de moda, pero que sin duda son parte de una lateralidad total, excluida de las “verdades” de los grandes medios.

Escaleras a ninguna parte es una novela que descubrirá a la mirada inteligente un mundo distinto del que se ve todos los días. Es una ocasión única para atisbar en regiones nunca antes exploradas con oficio, valentía y agudeza.

Mariela Varona, Holguín, 28 de mayo de 2013.

*Yes, there are two paths you can go
by but in the long run
there's still time to change
the road you're on.
And it makes me wonder.*

**Stairway to heaven
Led Zeppelin**

I

¿Para qué me empecino en conocer la razón de su llanto? No debería importarme; más cuando estoy casi al final del camino, al término de una desilusión que se ha alargado por quince años. Pero no puedo evitarlo; en cuanto puse un pie en el tren, luego de atravesar el tumulto y franquear la frágil verja de hierro donde una ferromoza, acompañada de un policía, revisaba pasaje contra carné de identidad, mis ojos se percataron de su figura: solitaria a pesar del gentío, insólita en medio del desorden. Y no era para menos, el contraste resultaba obvio: mientras la turba de pasajeros charlaban ensordecedoramente, ella permanecía —todavía permanece— en un mutismo incógnito; mientras los demás miraban en todas direcciones, lanzaban minuciosas ojeadas a lo largo del pasillo o iban estudiando las posibilidades de asegurar de alguna manera el equipaje a las barandas ubicadas en el techo, ella mantuvo la vista clavada en el cristal de la ventanilla; mientras la masa humana se agitaba sin cesar, ella lloraba sin exhalar el más mínimo quejido.

Sí, lloraba enigmáticamente provocando en mí las más imaginativas conjeturas. Pero, ¿lograría yo algo con tratar de llevar a cabo la idea que surgió en mi mente el instante en que la vi? ¿Cuál es la razón por la que, mientras buscaba mi asiento, me esforcé en encontrar un pretexto para sentarme cerca de ella y tratar de hablarle? Había estado repitiendo en mi mente el número 30, mi número, de seguro el asiento de la ventanilla, y la idea me resultó agradable, pues siempre me

ha gustado el lado de la ventanilla, y fui escudriñando, con la rapidez que me permitía el tránsito de personas en el coche, la numeración de los asientos. ¿Este es el coche tres?, le pregunté a una ferromozza. Más allá, me contestó señalando al final del pasillo. Y por si las dudas seguí preguntando hasta que llegué a este coche, y fue entonces cuando la vi, en medio de la plebe ruidosa y exasperada.

Comencé a buscar con lentitud el asiento mientras detallaba su fisonomía en furtivas miradas. Pasaje en mano escrutaba cada número con el reparo de un miope, eufórico de que me hubiera tocado el mismo coche de ella. 25p, 26v —iba yo leyendo—; a la izquierda: 27p y 28v; a la derecha: 29p y ¡30v! ¡Un número más y hubiera podido sentarme a su lado! Y efectivamente, el número con la categoría de “v” es el que pertenece a la ventanilla, pero el asiento estaba ocupado por un fornido agente del orden quien acaparaba, con toda su inmensa anatomía, mi asiento y parte del otro.

Oiga, ese es mi asiento, le digo, y él: ¿Sí?, mirándome con inexpresivo rostro, yo me senté aquí porque me gusta este lado, pero en realidad el mío es éste, palpó la mullida superficie de vinyl del asiento vacío. “A lo mejor me conviene, pensé, así estaré más cerca de ella” No, no; quédese ahí, le dije, prefiero estar al lado del pasillo. ¿Seguro?, el policía se sorprendió, yo te devuelvo el asiento si tú quieres, no tengo problemas con eso, y yo: No, de verdad, prefiero más este asiento. Y ahora todavía estoy sentado al lado de este rinoceronte que casi me saca del asiento con su anchura de mamífero africano, rozando mi brazo con sus músculos a punto de reventar las mangas del uniforme.

Minutos antes había detallado el panorama para calcular las posibilidades de echar a andar mi proyecto de seducción; pero estaba destinado al fracaso. Al lado de la muchacha se había sentado un mulato enfundado en un uniforme castrense en cuyo bolsillo —el de la camisa— pude observar, en letras bordadas con hilo negro en un fondo blanco, igualmente bordado, el nombre de una institución militar: Ministerio del Interior. Frente a él se había sentado un hombre de unos cincuenta años, convencional e impasible, con el rostro avejentado por gruesos espejuelos de horrible aspecto.

El asiento frente a la muchacha había estado vacío y mi propósito era abordarlo, pero cuando me disponía llevarlo a cabo, una mujer cuarentona y regordeta posó sus amplias nalgas en aquella superficie, ocupando el privilegiado espacio.

Ahora, frustrado en mi intento, confinado a este aburrido asiento que estúpidamente acepté intercambiar, perdiendo el lado de la ventanilla donde mañana hubiera podido ver a mis anchas la magnífica vista de la bahía y el puerto de La Habana, me siento tentado a reflexionar sobre mi vida, y es que la duda todavía me consume a pesar de estar aquí, en este tren, decidido a llegar a la capital y seguir camino para llevar a feliz término mi plan, el verdadero, definitivo y salvador; y me doy cuenta que es una estupidez malgastar el tiempo en una muchacha que mañana mismo perderé de vista, precisamente cuando necesito desarraigarme de todo y de todos. Ya no soy el mismo de años atrás. Me pregunto si podré comenzar una vida nueva y volver a batallar por lo que luché por casi quince años, dejando por el camino el empuje de los mejores días de mi vida. Lo supe, lo pude ver cuando, media hora antes, al entrar al baño de la estación de trenes con las ideas confusas y la duda martillándome —como aún me sucede—, me detuve en medio de la estancia, frente a un espejo. Allí me di cuenta que treinta y nueve se puede decir fácil cuando es una cifra monetaria, un número de calle o casa, el precio de un producto o un número de lotería, y no la acumulación de días, semanas y meses reflejado irremediablemente en el espejo.

No se por qué, pero aquel baño iluminado por la luz tenue y agradable de una Lámpara fluorescente, amparada tras una opaca cubierta de acrílico, tenía, a mi parecer, un toque íntimo, cómplice; y es que, a pesar del murmullo proveniente del exterior, dentro flotaba un silencio monástico, y se me hizo que aquello era un confesionario, mi confesionario exclusivo, privado.

Al mirarme al espejo me di realmente cuenta lo que habían sido treinta y nueve años. La piel de mi rostro, ajada y curtida —de tanto sol o por el azote del polvo omnipresente—; la frente surcada de líneas —con solo enarcar las cejas se podía convertir en oleaje de mar bravío—; los ojos de escaso brillo, y ésta calvicie severa, explícita, me ha convertido en otra persona; y todavía me pregunto cómo

es posible que la gente que me conoce personalmente y habla de mí, como si yo fuese un héroe de leyenda o un personaje de novela, me sigan llamando “El Mosque”; de las misteriosas razones que hacen que ese mote todavía se mantenga arraigado entre ellos.

En aquel momento traté de recordar cómo era mi antigua fisonomía, la imagen que propició el surgimiento de aquel apelativo que ahora, si lo pienso bien, ya no tiene razón. Lentamente, a fuerza de recuerdo e imaginación, comenzó a brotar una espesa cabellera de mi cráneo ralo; las lianas de pelo se esparcieron como raíces cubriendo mis orejas y pómulos para lanzarse al vacío y terminar en el pecho; las arrugas de mis ojos se plegaron; las líneas de mi frente desaparecieron; la carnosidad de uno de mis ojos retrocedió; el esmalte comenzó a cubrir mis dañados dientes; el incisivo faltante reapareció al lado del otro; y nuevamente, de mi barbilla y bigote, comenzó a crecer el fino mostacho y la graciosa mosquita que tanto trabajo me costaba delinear a fuerza de certeras rasuradas para que la franja de pelo quedara en el mismo centro del eje facial, desde debajo del labio inferior hasta el remate de la quijada.

Entonces sí era el Mosque, el “Mosquetero”, como me dijo en una oportunidad no-me-acuerdo-quién frente a un montón de friquis, y yo le dije que no, que a quien me parecía era a Richie Blackmore y no a un mosquetero, pero el friqui sin rostro sostenía que no, a quien te pareces es a un mosquetero, y así se quedó; y todavía desconozco la razón por la cual a todos todavía les resulta más cómodo decirme Mosque, a secas.

Y si la puerta del baño no se hubiera abierto de improviso para dar paso a aquel gordo: colorido como una cotorra, ataviado de camiseta roja, Jean azul y tenis amarillos, y no se hubiera disipado el momento mágico, el ejercicio de remembranza e imaginación en que yo estaba sumido, condicionado tal vez por la soledad y quietud de aquellas cuatro paredes, todavía estuviera viendo mi rostro en plenitud de mocedad —si alguna vez fui mozo—, pues al volver a mirar al espejo el artificio se había esfumado, y odié el sonido del chorro de orine que

aquella bola de manteca lanzaba a la garganta del inodoro, escuchándose el chapoteo en una profusión de ecos.

Efectivamente. Ante mí se hallaban de nuevo treinta y nueve años de erosión, enfatizados aún más por la odiosa calvicie que hiciera marchitar la melena de mi orgullo: antes vasta, copiosa, de brillos semi dorados a pesar de las horquetillas. Todo esto se había ido al diablo en un suicidio capilar en masa.

¿Entonces de qué me serviría tratar de seducirla? Si es que ella se deja seducir. No puedo, no debo aferrarme a nada, ni hacer como hacían el Gena y Adolfo quienes, aunque tuvieran que bajarse en la próxima parada, trataban de ligar al primer palo de escoba que apareciese. No les importaba si solo obtenían un beso efímero y luego no volvieran a ver más a la muchacha. Por si acaso, decía Adolfo, va y después me la topo de nuevo por ahí y ya no tengo que volver a meter muela, nada más es halarla por el brazo y ya.

Pero yo no soy así. Necesito del arraigo, sentar base, saborear la relación; y a pesar de eso no puedo evitar ser atraído por un-no-se-qué hipnótico que ésta muchacha posee; algo extraño, como si la conociera de siempre, como si el solo hecho de mirarla echara a andar fibras dormidas en mi interior.

En mi pecho está alojada la duda; un miedo que me oprime y hace doler mi corazón, alejando de mí los pensamientos felices; una incertidumbre que aumenta a medida que el tren avanza y gana terreno, dejando atrás pueblos, campos y ciudades; acercándose a La Habana: primera y última escala, el trampolín hacia lo desconocido.

Pero mi corazón, reloj de la existencia, como decía el Negrura, había sido dañado antes, cuando el gordo disipó aquel momento de evocación con solo irrumpir intempestivamente en mi confesionario exclusivo con sus colores de cotorra y la vejiga rebosante de orine, y tuve que salir del baño, poseído por una ira que desapareció con la sola visión de mi padre, quien me esperaba en medio del pasillo. Traté de aprovechar el instante para observarlo sin que él se diera cuenta, pero él se percató de mi presencia y también comenzó a mirarme, sin iniciar conversación alguna. De vez en cuando atisbaba hacia lo largo de la línea

férrea en su maldita costumbre de contemplar como un bobo las locomotoras, con la nostalgia ensombreciendo su rostro cada vez que venía a la estación. En su niñez siempre quiso ser conductor de locomotora, pero su padre quería que lo ayudase a trabajar la tierra. Al final ni agricultor ni conductor de locomotora: se hizo maestro, y ahora es político, funcionario del gobierno.

En el momento en que salí del baño, sus manos manipulaban la gorra que le regaló mi hermano Alejandro, la que un canadiense a su vez le regaló a él en un hotel de la playa de Guardalavaca —el centro de trabajo de mi hermano—, y siempre me asombró el hecho de que mi padre aceptara usar una prenda con el logotipo de la Mc Donald —según él, uno de los símbolos de la Globalización Neoliberal. Sí, era un milagro; más sabiendo yo que él siempre ha sido extremista, de esos que ven fantasmas donde no hay.

Observé sus manos cansadas, endebles, presas de un ligero temblor cuya causa todavía desconozco. En ese momento por mi cabeza pasaron las más desalentadoras conjeturas: ¿Reuma? ¿Arteriosclerosis? ¿C... cáncer? No, Alexis Carralero, aleja de ti esa idea. No, no, no pienses más en eso. En ese momento la idea de su muerte, tal vez próxima, se hizo más fuerte en mí, y lo miré como si fuera la última vez, y a lo mejor será la última.

¿Me perdonarás? ¿Aceptarás que vuelva, aunque sea de visita? ¿Qué, a mi regreso, pueda ver a mami y a Alejandrino? ¿Me irá bien? Esas preguntas todavía me las hago, decepcionado por no habérselas hecho a él, y me prometí que sí, me iría bien, que trataría de regresar próspero y victorioso. En eso pensaba cuando me dijo de improviso: Ya me tengo que ir. ¿Tan rápido?, le respondí. Tengo que ir a casa de tu abuela, hoy me toca cuidarla.

No le contesté, pues solo atinaba a mirarlo con el rabillo del ojo mientras observaba todo a mi alrededor, para disimular: el televisor colgado de la pared por medio de un atril metálico, los asientos atiborrados de gente, mi padre, personas de pie, niños sentados en el suelo, muchos con el torso desnudo: el calor; la diversidad de maletines, bolsos y mochilas; una maleta de madera, mi padre, las paredes recién pintadas, suciedad acumulada en el piso, en el borde de las

paredes, viajeros sentados sobre aquella suciedad: también sudaban; mi padre, el tren: vetusto, sucio, atisbado a retazos por entre los barrotes de las rejas de acceso al andén, mi padre, el cielo moribundo, el velo crepuscular, el reloj pulsera que mi padre miraba con insistencia: Sí, me tengo que ir.

—No, espera un poquito más—le dije.

Y de nuevo el televisor: estaban dando una serie española: bailarines, colores vivos, música: Janet Jackson; mi padre, los niños en el piso mirando la pantalla de otro televisor que estaba casi oculto a mi vista; una auxiliar de limpieza entrando en el baño, un hombre acomodando varias cajas amordazadas con sogas, mi padre mirándome, un vendedor de maní, la gente abanicándose con periódicos, se escuchaba el pregón de otro vendedor: esta vez de pasticas de maní; movimiento en el andén del personal especializado, mi padre, una ferromotora de infarto, el tren: en su interior comenzaban a encenderse las luces; mi padre poniéndose la gorra, otro vendedor de maní, esta vez una mujer; mi padre mirando el movimiento de la gente, la serie española, las miradas, casi todas puestas en los televisores, más personas llegando, un murmullo que iba creciendo, mi padre mirándome otra vez: ¿A qué hora sale el tren?, me dijo. A las ocho, contesté, está un poco atrasado. Me tengo que ir ya, reiteró mi padre, ¿Te hace falta dinero?

—No —le contesté.

Y en aquel momento sentí deseos de abrazarlo. De decirle lo siento, necesito cambiar de vida, mejorar, vivir como un ser humano; pero para lograrlo necesito irme, papá, alejarme de todos ustedes: de mami, de ti, de Alejandrino, de todos mis amigos; irme para tratar de regresar algún día, aunque sea de visita, pero feliz, realizado. Estoy casi seguro que él nunca me perdonará, que jamás va a comprender los motivos de lo que voy a hacer, y eso aumenta el miedo en mí, la duda y la incertidumbre ante el advenimiento del desenlace. ¿Dónde te vas a quedar?, me preguntó. Ya te lo he dicho mil veces, en casa de tía Victoria, y él: Acuérdate de llamar para que tu mamá sepa que llegaste bien, y yo: sí, y él apenas llegues. Sí, le contesté airado. Y ten cuidado, añadió, acuérdate que la

Habana está revuelta en estos días. Sí, repetí, y él: Te pueden confundir con alguien por ahí, y le contesté: sí, no te preocupes.

Y para acabar de hundirme más en el dolor, mi padre, sin yo esperarlo, me tendió una mano. Su mano cálida, antes fuerte; ahora temblorosa, flácida; como si la muerte la hubiese tocado de manera superficial, tomando por adelantado un poco de lo que después reclamará inexorablemente.

Me quedé observando su mano como un idiota, con el llanto cogido por las riendas para que no brotara de repente. Se la estreché con fuerza y él me miraba sorprendido, con la incógnita reflejada en el rostro. Quería explicarle la causa de mi demora en corresponderle, de las tempestades que cruzaron por mi mente en el ínfimo lapso que demoré en apretar aquella mano cuya calidez no sentía en años. Y no pude aguantar. No podía. Hice lo que nunca había hecho en mis treinta y nueve años de vida: lo abracé.

¿Te pasa algo?, me preguntó más extrañado aún. No, nada, le contesté excitado, es que ya te echo un poco de menos. Pero él sonrió sarcástico, como si mi argumento se tratara de una broma. ¿Desde cuándo tú echas de menos a alguien de la casa? Ahora sí, le contesté. Tú antes te perdías por ahí y nunca extrañabas a nadie. Siempre hay una primera vez, le dije —el momento mágico se había esfumado—. Eso no te lo crees —riéndose— ni tú mismo, cuando ocurra va a llover. ¡Ya, coño!, le contesté airado, ¡Está bueno ya!

Todavía me duele nuestra despedida tan ríspida. Él lo vería como un adiós a corto plazo, pero yo sé que a mí me durará, quizás, la vida entera. No tuve tiempo de disculparme, como debí haberlo hecho a los escasos segundos de proferir aquella furibunda respuesta; no tuve tiempo tampoco de volver a abrazarlo, de llevarme su calor. No pude ni jamás podré, porque en aquel momento el aviso de abordaje graznó afónicamente por las bocinas de la estación y la masa comenzó a aglomerarse en la frágil verja custodiada por el policía y la ferromozza. De recuerdo solo me quedará su frágil figura dándome el adiós con un rápido y ambiguo gesto de su mano temblorosa.

—¿Se siente mal?

La mujer regordeta tiene el rostro lívido y gruesas gotas de sudor ruedan por el cutis graso. La muchacha observa a la mujer sin inmutarse. Supe enseguida que la pregunta había salido del mulato del Ministerio del Interior.

—Sí, me siento muy mal —responde la mujer—, estoy al vomitar.

La muchacha retira los pies y los oculta bajo el asiento. El mulato hace lo mismo. Todos temen que una cálida catarata de jugos gástricos y alimentos semidigeridos aflore por aquella minúscula boca de labios carnosos.

—Es que no puedo sentarme en contra del movimiento del tren —explica ella—. Nunca he podido, me pone mal.

Y mientras se enjuga la frente helada con un pañuelo una idea comienza a germinar en mi mente, llenándome de optimismo y renovadas ilusiones. Esta es tu oportunidad, Alexis Carralero, tu única e ineludible oportunidad.

—Oiga —le digo—, si quiere podemos hacer un cambio de asiento, este está a favor del tren.

—Ay, sí —responde al momento—, te lo voy a agradecer.

Mi corazón comienza a trotar desaforadamente. Cada movimiento presuroso, el temblor en mis manos, la aparente espontaneidad de mi gesto cortés me parece demasiado obvio, de un histrionismo mediocre; y no pude evitar sonrojarme ante la mirada de la muchacha cuando, ya frente a ella y disponiéndome a sentarme, coloqué la mochila a mis pies. No quise enredarme las correas en el tobillo, como estaba acostumbrado a hacer cada vez que viajaba en tren y a pesar de considerar esta medida de gran necesidad. Temía hacer el ridículo ante ella. Pero ¿qué lograría yo con seguir aquel plan que había ideado mi mente de animal en celo? ¿Para qué tanto esfuerzo y tanto arrojo? ¿Para qué?

Afuera es noche cerrada y solo se advierte el movimiento del tren por el sonido cíclico, las vibraciones y las luces de los caseríos, como cocuyos en pleno vuelo que pasan, algunas raudas, lentas la mayoría, ante la oscura pantalla de la ventanilla. La muchacha también observa la oscuridad, una lágrima resbala por su mejilla. La curiosidad vuelve a apoderarse de mí, y como no se me ocurre

parlamento alguno no tengo más remedio que recurrir a una versión de la pregunta que oyerá antes:

—Niña ¿Te sientes mal?

Ella me mira. Se da cuenta ahora que su dolor es explícito, que sus lágrimas no están rodando invisibles y silenciosas. Se turba.

—Nada, no pasa nada —responde—. Mejor no te metas, eso no es asunto tuyo.

Mis labios se sellan. Una mezcla de furor y vergüenza comienza a embotar mis sentidos. Me siento ridículo, humillado, y de pronto ya no deseo seguir sentado frente a esta gata de afiladas uñas. La certidumbre de haber cometido un gran error se ha apoderado de mí, y ahora esta muchacha melancólica, lacrimal, necesitada de ayuda —según mi alucinación— se me asemeja a una erizada bola de pelos dispuesta a saltarme encima si intentase dirigirme a ella nuevamente. Pero ya no hay solución, Alexis Carralero, ya no puedes huir de su presencia, no tienes más remedio que seguir aquí, mudo, quieto, avasallado, hasta que llegues a La Habana.

—Discúlpame... discúlpame por haber sido tan grosera.

La miro sorprendido. El tacto de aquellos delicados dedos posados en mi rodilla le ha dado un vuelco a mi corazón. Percibo una súbita afabilidad en su rostro.

—Perdona que la haya cogido contigo —añade ante mi silencio.

—No hay lío —contesto satisfecho.

Comienza a desaparecer la ira y la vergüenza que ensombreciera mis pensamientos. Una oleada de satisfacción ilumina mi rostro.

—¿Vas a La Habana? —le pregunto, por decir algo.

—A Santa Clara —responde.

¡Santa Clara! ¡Por supuesto, tenía que ser de Santa Clara! Y es que ella tiene algo que intuyo oscuramente; un aire de niña-mujer, o mujer con rostro de niña, o niña con cuerpo de mujer, no sé; algo especial, heterogéneo, Alexis Carralero, algo que delata su procedencia, porque siempre te has hecho la idea de que las mujeres de Las Villas reúnen esas características. De repente me resulta inaudito

no haberme percatado antes de las evidencias que me procuraba su fisonomía, aquella hibridación casi erótica expuesta ante mis ojos desde que subí al tren.

Ahora su semblante comienza a tomar forma de otro deliciosamente conocido, y ese recuerdo es la causa de la atracción que ella ejerce sobre mí. Ese rostro evocado, tan parecido al de ella, tiene un nombre especial, inolvidable; un nombre que se me ha quedado grabado a hierro candente en la memoria: Adis, la bella.

—¿Y tú, a dónde vas?

II

1. EL REENCUENTRO

Reparó en ella justo cuando discutía con el resto del grupo la forma en que iban a realizar el show. La iba mirando de soslayo mientras enrollaba los cables de la guitarra y escuchaba las diversas opiniones que iban surgiendo; salvo la de Francis, quien se encontraba fuera del círculo conversando con un desconocido. Ella lo saludó de lejos sin saber que ya el Mosque se había percatado de su presencia. Minutos atrás habían concluido la prueba de sonido, y a pesar del bullicio de los curiosos y de aquellos que rumiaban disgustos en las colas de los puestos de cerveza a granel ubicados dentro del recinto, y también del sol omnipresente que lo calcinaba todo, el local se heló en un hálito transilvano, oscuro y tétrico, creado por la melodía del teclado, el arrollador empuje de las guitarras ejecutadas a toda velocidad; la densidad del bajo y la ametrallante batería. Aquella prueba les había dado la convicción de que el show nocturno iba a resultar mejor de lo que esperaban, y se sintieron henchidos de felicidad por hallarse en una ciudad hermosa, en un hotel de ensueño y en las mejores condiciones para realizar el concierto.

Hasta ese momento al Mosque no le había venido a la cabeza las misivas intercambiadas durante años con la muchacha que ahora iba subiendo por los escalones laterales del amplio escenario de concreto donde él se hallaba. Le vino a la mente el momento en que la conoció en Caibarién, en aquel concierto que

constituyó su primer éxito en la música. Volvió a escuchar, como aquel día, el sonido de la ovación que recibieron él, Marcos y Peter, después del show. También recordó cuando varios friquis se les acercaron para felicitarlos y conocerlos personalmente, y hasta pedirles autógrafos; y entre todas esas personas estaban Boris y la muchacha que ya tiene delante y está saludando al resto del grupo, reservándolo de último.

En Caibarién no se había fijado muy bien en ella. Solo le llamó levemente la atención su rostro infantil enfundado en un cuerpo, al parecer, muy bien proporcionado, pero no la pudo ver mejor por causa de lo abrigada que ella estaba.

Ahora, viéndola de cerca, vestida con un jean acampanado de color rojo con flecos a la moda y cordones en vez de zíper; blusa oscura ceñida al torso y los cabellos libres y espontáneos ondeando al cálido viento, tuvo la oportunidad de admirarla a plenitud, a pesar de estarse esforzando por no hacer notar el nerviosismo y la turbación que comenzaban a aquejarle.

Hola, al fin nos vemos de nuevo después de tanto tiempo y tantas cartas, dijo ella plantándose frente a él. Qué volá, solo atinó a responderle, ¿ha... hace rato que estás aquí? No, contestó ella, llegamos hace media hora... es decir, yo y un piquete del barrio.

¿Sí?, dijo él, bueno, ¿y entonces? ¿Llegaste a escuchar algo de la ecualización? Tocamos dos temas nada más, para probar sonido, pero con eso más o menos te puedes hacer una idea de lo que estamos haciendo. No, no oí nada, pero no importa, no tengo apuro en oírlos, esta noche vengo expresamente a escucharte...a escucharlos a ustedes, porque hoy tocan ¿No? Sí, respondió él con una sonrisa que prometía convertirse en un rasgo perpetuo de su rostro, hoy vamos a tocar de primero. Bueno, ya me tengo que ir, dijo ella, clavando la mirada en sus ojos, nos vemos por la noche, y no te preocupes, voy a venir al concierto, aunque venga un huracán, concluyó tomando las manos del Mosque por unos segundos para soltarlas en una caricia.

Se alejó dando algunos pasos de espalda ante la mirada de él a la vez que realizaba un gesto de despedida. Luego, se dio vuelta para marcharse —ligera y graciosa— bajando los escalones, atravesando el local y desapareciendo por la única puerta que poseía aquella discoteca a cielo abierto, devenida sede del festival de Rock.

2. VIVENCIAS

La palabra palpitaba en la mente del Mosque: “Vengo expresamente a escucharte” ¿A escucharme?, se dijo. Rápidamente recogió lo suyo, lo guardó todo en una mochila, se la puso en el hombro, agarró la guitarra por el asa plástica del forro, avanzó hacia Francis: Vámonos ya para el hotel, le dijo, y no esperó respuesta, siguió camino; tenía la mente llena de recuerdos.

Con una sonrisa pícaro moldeándole los labios el Mosque recordó que, al arribar a Santa Clara, a las cuatro de la madrugada, el Gena, Adolfo, Osmel y Richy se comportaron como si hubieran temido enfrentarse al panorama que, de un momento a otro, al atravesar la estación, iba a abrirse ante sus ojos. Él y Francis, años atrás, ya habían conocido a Santa Clara y eran inmunes a aquel ataque de complejos; por esa razón estuvieron ansiosos por atravesar la corta distancia entre el andén —frente al cual la línea férrea se perdía en la distancia— y el interior de la estación de trenes para encontrarse una vez más con la ciudad. Recordaba que a lo lejos se veían retazos de edificios conocidos y tras de sí, dibujado en su mente, el trayecto hacia el reparto Camacho donde vivían dos amigos suyos que esperaba ver esta noche en el concierto.

Uno de ellos era hartó conocido por él: había sido novio de la muchacha con la cual había conversado minutos antes —y que esta noche vería entre el público, de seguro ovacionándole fervorosamente—; al otro solo lo conocía por cartas.

El Mosque reía entre dientes al visualizar en su memoria al resto del grupo vagando como fantasmas por el andén oscuro sin atreverse a salir fuera de la estación.

Vamos a esperar aquí a que amanezca, había dicho el Gena. Al Mosque aquello le había parecido una estupidez: ¿Cómo que vamos a esperar aquí a mañana en este lugar y con este frío? Dentro de la estación vamos a estar mejor, asere, o sino mejor vamos a sentarnos en el... Y de esa manera todos se enteraron que frente a la estación existía un pequeño, pero no menos atractivo parque. Pero lo que sí ellos no se imaginaban era que al salir a la calle se iban a encontrar con el majestuoso espectáculo de una ciudad como pocas en Cuba, y se sintieron intimidados —menos el Mosque y Francis— por aquella plaza adoquinada y los atisbos de la hermosa galería arquitectónica que iban a recorrer apenas se adentrasen en sus calles.

También recordó a aquel muchacho de cabellos tejidos en trenzas —lo apodaron secretamente “La Medusa”— quien se acercó en cuanto pusieron los pies fuera de la estación. Se había dirigido a ellos, atento y efusivo, estrechándoles la mano uno a uno mientras preguntaba: ustedes son de Holguín ¿No?

Sí, somos nosotros—Mosque. Nosotros mismos—Gena. Sí, los mismos—Richy. Anjá —Osmel. El grupo Faustus ¿No? —Medusa. Sí —Mosque. Bien, bien, yo soy Armando, productor de la Asociación, pero me pueden decir Mandy, para servirles (poniéndose una mano en el pecho e inclinándose). Estoy aquí para recibirlos y darles la bienvenida a Santa Clara —Medusa. Bárbaro, compadre; muchas gracias —Mosque. Ahora hace falta que esperen aquí. Yo tengo que ir al hotel para mandar la guagua que va a venir a recogerlos—Medusa. ¿Y dónde queda el hotel ese, socio? —Gena. Ah, es el Santa Clara libre, está frente al parque central —Medusa. ¿Al que le cayeron a tiros cuando el Che liberó la ciudad? —Mosque. Ese mismo, y vaya, no van a tener quejas, es el mejor que hay aquí, cinco estrellas —Medusa. Eso está cerca (dirigiéndose a los demás) ¿Por qué no nos vamos a pie? —Mosque. Que va, asere (sentándose en la acera), yo estoy molido, mejor esperamos la guagua —Gena. Sí, compadre (sentándose también) —Richy.

A mí me da lo mismo —Osmel. Que va, yo voto también por esperar la guagua — Adolfo. Es verdad, asere, mejor esperen la guagua, que son una pila de cuadras de aquí al hotel y no es fácil la tirada con todas estas cosas —Medusa. Tiene razón el socio (traía el teclado Yamaha sujeto por una de las agarraderas del forro. En el otro extremo, Adolfo sujetaba también el forro por la otra agarradera, el peso era agobiante), esto me está matando, y menos mal que él (señalando a Adolfo) me está dando una mano, sino no hubiera podido nunca traer esto —Francis. Nada, esperen aquí con calma que voy a mandar la guagua lo más rápido posible —Medusa.

Justo en el momento en que el Mosque cruzaba la calle en compañía de Francis —quien ya le había dado alcance—y ponía los pies en el parque central, recordó, con solo mirar la imponente mole del hotel Santa Clara Libre, que entre la presurosa retirada del Medusa y el momento en que oyeron el ruido del motor de la guagua, había transcurrido cerca de media hora; y también que, salvo un auto y un insólito ciclista, nada ni nadie más había roto el silencio de la noche. Por eso, al sentir el rugido de un vehículo de grandes dimensiones que se acercaba, todas las miradas —incluidas las de algunas personas sentadas en el parquecito (al parecer esperando el arribo de las primeras guaguas locales)— se volcaron en dirección de dónde provenía el sonido y las luces enceguedoras, que no permitieron delinear bien los contornos del vehículo. Al principio —y no podía olvidar ese detalle— el Mosque y cía. no asociaron el arribo de aquel enorme, lujoso e iluminado ómnibus Transtur a la presencia de ellos mismos en la acera de la estación de trenes. Incluso ni al detenerse frente a ellos, justo cuando pensaban que la Transtur iba a seguir camino hacia otros lugares más privilegiados.

Francis se detuvo, espérame un momento, a conversar con unos friquis de Santi Spiritus. Ellos, junto a otra buena cantidad de Rockeros, colmaban los bancos del parque Vidal. El Mosque esperaba a cierta distancia, apúrate que ya estoy loco por ir al hotel.

Sus ojos recorrieron todo el perímetro: las esporádicas parejas, la omnipresencia rockera, los autos, ómnibus y bicicletas circulando alrededor del parque. El

crepúsculo comenzaba abatir las alas, espantando la luz, y el Mosque lanzó un nuevo vistazo hacia la mole del Santa Clara libre, qué belleza, y se percató que a medida que iba disminuyendo la claridad del cielo, en el hotel aumentaba el tremolar de sus luces fluorescentes.

Después de dos días de estancia sus ojos ya se habían habituado a tanto esplendor. Tiempo atrás, en las dos veces que hizo escala en Santa Clara, había atravesado la ciudad de lado a lado —en la primera buscaba la Terminal de ómnibus intermunicipales, en la segunda se dirigía a la estación de trenes—, y al pasar por el parque Vidal pudo observar bien, a pesar del apremio, el gran edificio amarillo que al inicio asoció con un Telecentro, debido a la torre metálica florecida de antenas parabólicas que se hallaba en la cúspide. En aquel entonces no le dio mucha importancia; pero ahora, luego de haber explorado parte de sus interiores y disfrutado de sus bondades, había cambiado radicalmente de opinión. Aquel hotel se había convertido, en el momento en puso los pies en el lobby, en el edificio de Santa Clara más recordado y apreciado por él.

Al acercarse, acompañado por Francis, a la entrada del hotel, el Mosque rememoró el instante en que la Transtur, luego de culminar la efímera travesía, se detuvo ante aquella amplia fachada, toda cubierta de gruesos cristales sustentados por delgadas pero firmes osamentas de metal. Desde la acera, e incluso desde el ómnibus, se podía ver todo el interior del lobby brillantemente iluminado, como la vitrina de una shopping, pensaba, acentuándose la belleza de aquella estancia de muebles lujosos, piso de exquisito diseño, carpeta de mármol foráneo, acertada ambientación y los disímiles productos área dólar golosamente exhibidos tras pequeñas vitrinas de cristal y en el interior de una nevera de frías y transpiradas superficies.

En aquel momento todos ellos se rompieron la cabeza en conjeturas, tratando de hallarle respuesta a aquel logro de inversión que habían hecho los organizadores del festival para rentar habitaciones en un hotel de turismo, asere, que aquí seguro que lo cobran todo en dólares. Tal vez no fue así, había respondido Adolfo, a lo mejor la Asociación buscó financiamiento de la Unión de Jóvenes Comunistas o

del Partido y lo consiguieron, quién sabe; o tal vez ISLAZUL les cobró el hotel a precio módico y en moneda nacional. Pero ahora ni al Mosque ni a Francis le importaban buscarle repuesta a esa interrogante, lo único que necesitaban saber era que podían traspasar las puertas de aquel lujoso hotel sin ser detenidos por el personal de Seguridad y disfrutar de las comodidades de sus habitaciones, pequeñas, pero de un lujo exquisito, climatizadas por un moderno equipo LG; y para darle el toque especial a aquellas estancias habían, en cada una de ellas y sobre mesitas de patas cortas, un televisor Sony conectado a un ramificado sistema de cables coaxiales acoplados a las antenas parabólicas, y por ende, la programación comprendía una amplia gama de canales plagados de videos clips, cartoons, filmes, noticias y deportes las veinticuatro horas del día. De esta manera, el Mosque iba evocando más de aquellos agradables y recientes recuerdos mientras se adentraba una vez más al hotel en compañía de Francis. Ambos estaban presurosos por bañarse y estar listos para lo que debía acontecer por la noche.

3. EL SHOW

El Mosque irguió la cabeza en el mismo instante en que ejecutaba el último acorde de la canción. Estaba confiado. No había errado ni una nota y el sonido era excelente.

Miró hacia el público enardecido que en ese momento los estaban vitoreando y fue entonces que la vio, ataviada toda de negro y con el cabello húmedo — ignoraba si de agua o de sudor—; y a pesar de aquella apariencia de forajida le pareció aún más bella, Jaime, lindísima, y su rostro de niña madura se distinguía de entre todos como si un reflector la estuviera iluminando a ella sola. El Mosque escuchó al Gena afinando la guitarra y probó la suya en seis exactos punteos; su afinación estaba perfecta, podía relajarse mientras el Gena culminaba aquella necesaria operación. Osmel se estaba dirigiendo al público, tratando de mantener

la temperatura, y el público se dejaba llevar por sus ocurrencias. Adolfo aprovechó la oportunidad para lanzar algunos posters que habían diseñado el Gena en su computadora y que un amigo del grupo imprimió en su trabajo. En ese lapso, ella se había acercado al borde del escenario por el lado donde se encontraba el Mosque. Venía acompañada—y de mano—de un friqui de gran estatura y pálido semblante, deslucido aún más por gruesos espejuelos.

Mira, te presento a Jimmy, mi novio, dijo ella, y el Mosque le tendió al desconocido una mano insegura, en sus labios se esbozó una falsa sonrisa. Mucho gusto, le dijo el Mosque. Pero en su interior maldecía aquel percance en forma de ordinarios lentes como telescopios espaciales, y es que aquella muchacha ya había dejado de ser para él Adis Castellanos, la niña-mujer que conoció en Caibarién acompañada de Boris —el novio de ella en aquel entonces —, la misma que inesperadamente le comenzó a escribir cuando regresó a Holguín, a pesar de no haber tenido mucha relación con ella, y con quien luego mantuvo correspondencia durante tantos años sin volver a verla de nuevo, hasta ayer. Sí, ella había dejado de ser para él Adis Castellanos para convertirse en Adis la bella, y de buenas a primera, y si no se equivocaba y tenía suerte, el amor de su vida.

Toma un trago, le dijo Adis tendiéndole una botella. El Mosque se inclinó para agarrar aquel recipiente ámbar, y al erguirse vio que parte del público estaba expiando sus movimientos. Se dio un trago profundo, elevando la botella hacia el firmamento para hacerse notar más por los que lo observaban. Se sentía decepcionado por el hecho de ella haber aparecido tan sorpresivamente acompañada por aquel monigote cuatro ojos. Qué maldita mala suerte, pensó.

Osmel anunció el próximo tema y la maquinaria sonora echó a andar nuevamente. El paroxismo, a lo largo de las canciones que se fueron ejecutando aumentó en intensidad. La atmósfera se estaba caldeando y ya estaban apareciendo los primeros focos de slam. El Mosque, al mirar abajo, hacia sus pies, vio al público de la primera fila agolpados casi unos sobre otros: rugían, gritaban, numerosas manos se levantaron sugiriendo cuernos con los dedos índice y

meñique. Entre el público se podía observar rostros maquillados de forma semejante al de ellos, y supo de esa manera que la mayoría de las personas allí presentes habían venido claramente a vernos, Jaime, éramos famosos, aunque no lo creas. Pero el momento crucial sobrevino cuando comenzaron a ejecutar el tema “Lucifer’s mask”.

Los arpegios de la obertura, apoyados por el sonido del teclado, comenzaron a crear una atmósfera que inundó el local de una inquietante lobreguez, sugestionada aún más por tenues luces. La voz de Osmel, susurrante e inhumana, sugería frases en un idioma que a muchos le parecía arameo —en realidad era una mezcla de latín con un mal pronunciado inglés—, y ocurrió un fenómeno que marcaría el ascenso de Faustus a la estratosfera de la escena rockera nacional: el auditorio sucumbió en una suerte de hipnosis en masa.

El show culminó con los mismos arpegios con que había comenzado el tema. Marcaba la diferencia un sublime arreglo del teclado cuyo sonido quedó flotando en el aire cuando el arpegio hubo desaparecido.

Al bajar del escenario tuvieron que atravesar el gentío para poder llegar a la puerta de ingreso/egreso. Los friquis se iban apartando ante la comitiva que avanzaba en medio de un respetuoso silencio. El Mosque iba a la cabeza, y en su fuero íntimo se sentía un Mesías rodeado de acólitos, venerado y seguido por cinco apóstoles, sí, no te rías Jaime.

Se imaginaba caminando sobre una alfombra rojo vino —le gustaba ese color— extendida ante sí por la masa idólatra, no te rías Jaime, y me sentía Dios, poseedor de un poder inconmensurable, omnímodo, cuya influencia era imposible de resistir por todos los que me rodeaban, qué te parece la frase.

Y así, ensimismado en su fantasía, ignorando que los demás también estaban viviendo sus propios sueños, el Mosque se dirigió presuroso hacia el hotel, acompañado como siempre de Francis, quien iba reiterándole su impresión de los detalles más significativos del concierto.

4. EL DESLIZ

Un golpe de intuición hizo que ella detuviera el frenético movimiento de su cabeza. Se dio vuelta y sus ojos se encontraron con la figura del Mosque. Éste se había parado en medio de la plazoleta donde ya quedaban pocas personas, puesto que la mayoría se habían agolpado en los laterales y casi encima del escenario. En aquel momento estaba tocando la segunda banda de la noche: los camagüeyanos Mr. Dominus.

Ella se volvió hacia el escenario y prosiguió moviendo la cabeza al compás de la música. Su novio no había dejado de thrashear ni un instante, y sus cabellos, muchos más largos, se fundían con los de ella, fustigándole el rostro. Pero no se le había olvidado que detrás, a poca distancia, estaba el Mosque parado en firme, con los brazos cruzados en el pecho en pose de vencedor. Ella detuvo sus contorsiones y se volvió hacia él, pero en ese momento había tomado una determinación. Sin avisarle al novio abandonó su lugar al lado de él y se abrió paso entre la multitud, acercándose al Mosque. Éste la vio llegar y se alegró de tener compañía, pero compadre, estaba casi convencido que ella no se iba a poder quedar mucho tiempo conmigo, más tarde o más temprano tendría que volver a donde estaba el jevo, por eso no me ilusioné, Jaime.

En cuanto Adis se le plantó delante, el Mosque le sintió peste a alcohol, Jaime, era un reverbero, y encontró más evidencia de su embriaguez en los turbios y extraviados ojos que lo observaban, como si yo tuviera algo extraño en la cara, Jaime. Sus movimientos eran nerviosos, solícitos, como intentando tomar impulso para algo, no sabía, primo, ni me imaginaba lo que ella quería.

Durísimo, durísimo, Mosque—decía ella, loquísima, Jaime—, lo mejor, de verdad que sí... lo máximo, tú no sabes la alegría que me ha dado haber podido escuchar una banda de Black Metal de verdad aquí en Cuba y que suene tan yuma, tan... no sé, estándar; sí, eso mismo, estándar —ella le tomó la mano. El Mosque se sobresaltó ante aquella osadía y lanzó una rápida mirada hacia las primeras filas

del público a ver si el novio había visto aquello; pero no, Jaime, el muy imbécil seguía allí, moviendo la cabeza sin enterarse de nada—, es que no tengo palabras, de verdad, vaya... si yo hubiese sabido... es que no imaginaba que iba a escuchar algo como esto, de verdad, es increíble —lo abrazó. El Mosque sintió aquel cuerpo cálido apretado contra el suyo y un duende comenzó a despertarse bajo su portañuela—, tú no sabes la alegría que me has dado, en serio, en serio que sí, vaya, al fin algo, sí, algo de oscuridad, de verdadera oscuridad, coño, una banda oscura de verdad en este festival que es una mierda; la cartelera es una mierda. ¿No es verdad que es una mierda? Por eso yo solo vine a verlos a ustedes... a ti —se separó unos milímetros de él. Ahí fue cuando comencé a sospechar, Jaime. Ella quedó sujeta de sus manos, lo miraba de frente—, sí, vaya, no sé qué decirte, de verdad, es increíble, tu grupo es increíble... y tú, tú también eres increíble —volvió a abrazarlo.

El Mosque dirigió la mirada por segunda vez hacia donde se hallaba el novio, Jaime, ¿y puedes creer que el estúpido aquél todavía no se había dado cuenta de lo que estaba pasando? —, eres un genio, lo mejor, no es broma, lo mejor... el mejor compositor que tiene la escena rockera de este país—volvió a separarse levemente de él; su rostro quedó a solo milímetros de mi cara, Jaime, en ese momento me entraron los deseos. El Mosque podía ver, distorsionados por la cercanía, los ojos de ella envueltos en una nube etílica, Jaime, ya estaba madurita. Los labios de ella estaban tan cerca de los suyos que casi podía sentirles el sabor, primo, ¿te imaginas? —, eres lo máximo, Mosque, no me canso de repetirlo, eres lo máximo... en serio, tú sabes que yo estoy hablando en serio —loquísima, primo—, no te fijas en mi nota... sí, estoy en nota, pero sé bien lo que estoy diciendo y te lo repito, Mosque, eres lo máximo, y tu grupo también, y tú claro, el mejor, eres el mejor —ella lanzó una mirada hacia la puerta de salida, como diciéndome algo, Jaime, tal vez “ llévame por ahí “ o algo parecido, y ella miraba para allá y para donde estaba el novio y ya iban una pila de veces que me rozaba la boca, primo, y me dije: cuando lo vuelva a hacer le voy a enganchar un beso, y que salga el sol por donde salga.

Y el sol salió más rápido de lo que pensaba, porque al ella volver a rozar los labios con los de él con el pretexto de dirigir la mirada en dirección al novio, el Mosque se llenó de valor y la atrapó en un profundo beso. Ya no le importaba que el novio ni nadie los viera; el resultado había superado mis expectativas y qué coño, Jaime, valía la pena correr el riesgo.

El Mosque estaba unido a ella en un estrecho y cálido abrazo mientras la besaba lentamente. Ella le respondía con la misma parsimonia. Los dos se besaban como si quisieran grabar en sus mentes el sabor de sus labios y convertir aquel instante en el más perdurable de los recuerdos.

Cuando el Mosque cayó en cuenta de la gravedad de lo que estaba haciendo, separó sus labios de los de ella y lanzó una rápida e insegura mirada hacia el borde del escenario donde se encrespaba un mar de cabelleras al ritmo de las estridencias de Mr. Dominus. Se sintió aliviado al ver que el novio seguía allí, agitando la melena como un monigote de trapo.

Al Mosque la mente comenzó a funcionarle a toda velocidad: debía hacer algo, aprovechar la situación; y debía hacerlo rápido, en caliente—como el mismo se dijo—, pues corrían el riesgo de ser descubiertos y que todo se echara a perder.

Vámonos, le dijo tomándola de la mano. Ella se sometió a su mandato, como un corderito, Jaime, de lo más fácil. “¿A dónde la llevo?”, se preguntaba el Mosque, “¿A dónde, al hotel? ¿Y si cambia de idea?”. Mientras reflexionaba seguía avanzando resueltamente hacia la salida arrastrando a la muchacha tras de sí. Cuando casi llegaban a la puerta se me ocurrió, Jaime, que se le podía pasar la borrachera si caminábamos mucho, quién sabe, la brisa de la calle le podía refrescar la nota y a lo mejor se me iba, y sin contar con mil elementos perturbadores que habría por el camino; sí Jaime, no te rías: las luces, la gente, los carros, va y se le pasaba la curda y cogía miedo y se me escapaba... ¿Que por qué no me la llevé al hotel? ¿Por qué tú crees? Si nos íbamos pal hotel había que enseñarle la credencial al portero, y ella no tenía, Jaime, y de seguro que tendría que discutir con el tipo que era tremendo hijo de puta, y con el desespero por pasarle la cuenta a la jevita era capaz que me cayera a piñazos con él. No, no

puedo arriesgarme, pensó, tengo que aprovechar la oportunidad antes que se le pase la nota.

El Mosque desvió la ruta que ambos llevaban y guió a la muchacha hacia una esquina oscura, Jaime, perfecta para lo que yo quería, bien alejada de la gente. Al llegar allí la acorraló y comenzó a prodigarle fervorosos besos y abrazos. Ella le correspondía de igual manera, y juntos, en la media hora que estuvieron besándose, trasladaron sus mentes hacia una dimensión donde existían ellos como uno solo. Estaban fundidos en lentas caricias, alientos y susurros, como dos árboles de raíces y ramas entrelazadas entre sí y por cuyas alburas corría la savia del deseo.

Pero un presentimiento hizo regresar al Mosque de la dimensión casi onírica donde se encontraba para arrojarlo a la realidad. Despegó sus labios de los de ella y al levantar la cabeza vio ante sí, a escasos metros, al novio, que los estaba observando con una mezcla de rabia y dolor plasmada en su rostro, Jaime, qué susto.

Cuando ella percibió que el Mosque ya no estaba reaccionando a sus besos se separó y lo observó de cerca con la incógnita reflejada en su rostro. Él le hizo una seña para que se diera vuelta. Ella obedeció; y al ver, parado ante ellos a muy poca distancia, al pálido monigote de lentes telescópicos, se llevó un susto de muerte.

La embriaguez se le esfumó al instante. ¿Qué he hecho, qué he hecho, Dios mío?, pensaba. Se había acordado de golpe que aquel muchacho era su novio. Años atrás había logrado el sueño de su vida: encontrar un hombre que la tratara con cariño, respeto y que fuera friqui; pero de lo último se tuvo que encargar ella en un adiestramiento de treinta y seis meses, y ahora había lanzado todo aquello por la borda en una sola noche de locura y alcohol.

Asombrosamente, a pesar que la lógica pedía en aquel momento crucial, en aquel clímax dramático, un desenlace violento, ocurría lo contrario: el cornudo de lentes telescópicos se alejó arrastrando la autoestima tras de sí. El Mosque lanzó un hondo suspiro, la tierra se había vuelto a formar bajo sus pies. Aquel monigote

le había cedido el lugar, lo había coronado con la victoria; y ahora Adis, que ya no era Castellanos, sino Adis la bella, su amiga-amante, su trofeo en aquella noche de éxitos, le pertenecía completamente. Iba a proseguir su plan sin piedad. Ya no le importaba lo que pensara nadie, se habían acabado los obstáculos; esa noche iba a dormir con ella, a poseerla con todo el ardor que fuera capaz, porque necesitaba el final perfecto, el cierre con broche de oro, el último y más importante ingrediente para que el pastel de la satisfacción plena se cociera a la perfección y aquel festival fuera para él el más sublime de todos.

5. LA OBRA INCONCLUSA

Cuarenta minutos después el Mosque se hallaba en su cama, oculto bajo las sabanas. Estaba aplastado por el desengaño. Ni siquiera Francis, su compañero de habitación, había decidido acostarse tan temprano como lo había hecho él: andaba por ahí, con rumbo desconocido. El resto del grupo estaba trasnochando en el parque Vidal, conversando con admiradores y groupies.

El Mosque se preguntaba qué habría sucedido si Adis no se hubiera acongojado de aquella manera tras haber sido sorprendida por su novio en pleno acto de infidelidad, marchándose de forma abrupta hacia sabría Dios qué rumbo, dejándolo solo y estupefacto, y hubiera venido con él a este hotel, a esta habitación, a esta cama, para poder fornicar a todo estropicio, no te rías, Jaime.

Y el Mosque, a pesar de haber sido partícipe de un concierto inolvidable que iba a quedar grabado para siempre en las reseñas de los fanzines de todo el país, Jaime, todavía los tengo guardados, iba a regresar a Holguín con la congoja de la felicidad volatilizada, porque el resto de los días que duró el festival no iba a tener la oportunidad de volver a ver a aquella muchacha que nunca olvidaría.

III

—¿Cómo?

—Que a dónde vas—reitera ella—; te has quedado lelo, como si te acordaras de algo.

—Bueno, sí —respondo—. Tu ciudad me trae muchos recuerdos.

—¿Y vas para allá también?

—No, no. Yo voy para la Habana.

Ella afirma levemente con la cabeza y vuelve a clavar la mirada en el cristal de la ventanilla. De momento me doy cuenta que es el fin de la conversación, por lo menos para ella. ¿Todo se había reducido a esto? ¿A una pequeña disculpa y dos o tres preguntas? La intuición me dice que no dé un paso más, que cualquier intento de mi parte va a resultar infructuoso; pero la otra mitad de mí gritaba a viva voz: sigue intentándolo imbécil; porque a pesar de encontrarme sobre este tren, decidido, arrojado de cabeza en un proyecto que eché a andar mucho después de lo que me ocurrió aquella tarde, en el parque Calixto García, aún me siento tentado a...

—En realidad yo no soy nacida en Santa Clara—dice ella de pronto.

Y si estoy dispuesto a abandonarlo todo, a hundirme en la nostalgia y el desarraigo, entonces ¿Por qué...?

—No me digas que eres de la Habana.

—No —responde ella—, es que en realidad yo nací en Holguín, pero mis padres son nativos de Santa Clara.

¿Pudiera ella realmente fijarse en mí? Todavía recuerdo la visión horrenda de mis treinta y nueve años reflejados en aquel espejo del baño de la terminal. Definitivamente ya no soy el Mosque, aquel Mosque altivo y joven, aunque no agraciado —nunca lo fuiste—; pero en aquella época por lo menos no tenía esta calvicie, ni el rostro devastado, ni el vacío oscuro en la vanguardia de mi dentadura donde antes hubo un incisivo en binomio con este otro que todavía se mantiene, ocre y erosionado, pero incólume; firme como un soldado valiente...

—Mis padres fueron una vez a visitar a mi tía —prosigue ella— que está casada con un holguinero; cuando aquello mi mamá tenía siete meses de embarazo. Me faltaba un mes para nacer. Qué locura ¿No?

Por eso sonrío con los labios bien sellados para que nadie se dé cuenta de la falta en mi dentadura; y en este preciso momento estoy planificando cada expresión en mi rostro, cada sonrisa enclaustrada, pues nadie, y menos ella, puede ver el deterioro de mis dientes como consecuencia del mal servicio de los dentistas, la escasez de empastes, las continuas barrenadas para colocar curas, una y otra vez, en espera del material que nunca llegaba; la repentina desaparición de la pasta dentífrica en aquel espantoso periodo especial, y, por supuesto, a mi propia negligencia cuando era más joven y no reflexionaba sobre la necesidad de cepillarse los dientes tres veces al día.

—¿Eso quiere decir que tu mamá te parió en Holguín?

—Sí —contesta ella—, le entró dolores de parto en casa de mi tía. Imagínate.

—¿A los siete meses?

—Sí —responde—, soy sietemesina, y hasta nací bajo de peso.

Lanzo una mirada por toda su anatomía. Ella no parece haber tenido una infancia de bajo peso; su complexión física no es voluminosa, más bien normal, ni delgada ni pasada de línea, justo en el medio de la balanza. Si estuvo alguna vez baja de peso, ¿habría hecho algún tratamiento en la pubertad para mejorar el apetito y ahora verse tan bien?

—Nada—responde ella—, ese problema solo lo tuve cuando era chiquita; después todo fue normal. Aquí donde me ves no me atiendo ni hago dieta ni me

cuido la boca. Si como poco no bajo de peso, si como bastante tampoco engordo, me mantengo igual; y mira, no tengo ni barriga.

Casi desmayo al ella levantarse la blusa y bajarse levemente el frente del Jean para enseñarme el vientre. Bajo la tela observo una piel creada para ser lamida en cada milímetro de montes, cordilleras y llanuras. Mi imaginación febril dibuja en mi mente el resto del cuadro cuyo boceto había podido vislumbrar con aquel gesto. Un calor comienza a subirme desde la pelvis; y por supuesto, sobrevino la siempre esperada erección de mi soldado insomne: fiel, puntual; erguido en posición de combate a la sola orden del puesto de mando.

Advierto de soslayo que el mulato del Ministerio del Interior también había estado mirándola. El viejo dormitaba a mi lado: viejo corrupto ¿hubieras mirado tú también? ¿Te hubieras excitado igual que yo al ver el deleitable vientre de esta hembra, evidencia irrefutable de su espléndida desnudez? Viejo corrupto, enfermo mental; claro que te hubieras excitado.

—Ese problema lo tuve solo cuando era chiquita—reitera—, en realidad hasta que cumplí los cuatro años, según me dijo mi mamá.

—¿Por qué estabas llorando cuando te vi? —le lanzo a quemarropa.

¿Habré actuado bien? ¿Habría sido tan indiscreta y fuera de contexto mi pregunta? Porque a solo segundos de haberle espetado aquella embarazosa interrogante ella había enmudecido y su sonrisa se esfumó. Sus ojos huyen de los míos para clavar la mirada, a través del cristal de la ventanilla, en la oscuridad del exterior; siguiendo, por puro reflejo, las luces fatuas de los caseríos: lo único visible en aquella umbra impenetrable.

—Yo no estaba llorando ¿quién te dijo eso? —contesta mirándome de soslayo. Su mirada vuelve a las luces que pasan raudas por la ventanilla.

—Yo te vi... bueno, vi que te corrían las lágrimas; yo estaba buscando mi asiento cuando...

—No quiero hablar sobre eso—responde.

La indiscreción siempre ha sido un rasgo dominante en mi personalidad. Por eso, teniendo conocimiento de causa, trato de controlarme y no volver a mediar

palabra alguna con ella en espera que olvide mi error, Alexis Carralero, ¿qué haces aquí tratando de enterarte de las intimidades de esta hembra que apenas conoces? ¿Qué haces entrometiéndote en su vida y mucho menos tratando de seducirla? ¿Acaso no sabes que vas a fracasar, imbécil? ¿Acaso se te ha olvidado que nunca has aprendido a decir las palabras más apropiadas para seducir a una mujer? Eres un pobre infeliz, Alexis Carralero, un idiota que a veces logra salir airoso de situaciones similares por el tozudo anhelo de trascender las probabilidades que a veces se convertía en augurios irrefutables, y cuando llegabas a eso siempre decías: carajo, si ella me rechaza, eso no me va a matar, ni voy a perder un pedazo de mi cuerpo... pero estabas consciente que sí ibas a perder un trozo de autoestima, porque a la sola mención de esa simple palabra sentías un redoble de campanas, un martillazo en plena cabeza, una explosión ensordecedora que lograba ascender dentro de ti una fiebre de vergüenza ígnea, volcánica, nublando tu vista y embotando tus sentidos.

—Yo he estado más o menos como... cuatro o cinco veces en Santa Clara —digo para aliviar la tensión.

—¿Tienes familia allá?

—No, es que...

¿Acaso no me he prometido a mí mismo no revelar jamás mi pasado a alguien que no conozca bien? ¿Acaso cada vez que le contaba a alguien mi antigua vida de rockero no se observaba de inmediato la desconfianza en los ojos de mi interlocutor, cruzando por ellos como una nube negra? No se me ha olvidado que, a casi cuarenta años de la guerra desatada por todo el país contra la música considerada “del enemigo”, aún la mayoría de las personas, en toda la nación, seguían censurando a los rockeros y nombrándolos con las más horribles adjetivaciones.

Por eso trato, luego de cambiar mi aspecto exterior y haberme alejado de los predios rockeros —sin abandonar mi pasión por la música Rock—, de hacerme pasar ante los ojos de todo el mundo por una persona común y corriente, tal como la mayoría se esfuerza en parecer. Esa es la razón por la cual ella no puede

saber la causa de mis viajes a las Villas. Eso no puede suceder. Una sola palabra y todo se irá a la mierda.

—¿Qué cosa? —responde ella.

—Na, es que una vez tuve una novia por allá —miento— y fui a visitarla unas cuantas veces a su casa.

—¡Qué lejos! —responde ella— ¿No pudiste buscarte a otra que viviera más cerca?

—Así son las cosas. Además, a ella la conocí allá en Holguín, eso fue en la época en que yo estaba en cuarto año de Derecho.

—¿Sí? ¿Eres abogado entonces?

—Sí —contesto indeciso, mi voz tenía un tono de inverosimilitud—. Ahora estoy trabajando en Fiscalía Municipal.

—Abogado y todo, quién lo iba a decir —dice, escudriñándome con la mirada—, desde un principio me di cuenta que eras una persona inteligente.

Ella hace una pausa y vuelve a mirar hacia la densa oscuridad del exterior. En su rostro se atisba un cúmulo de pensamientos.

—Yo ni terminé el doce grado —dice sin mirarme—, me fui de la beca y después que pasó un tiempo entré en la Facultad por la noche...

Se frota las manos. Por un instante vuelve a mirarme, pero de inmediato la retorna hacia el exterior.

—Aunque no llegué a terminarla—añade—, la escuela no se hizo para mí.

Aquella confesión casi desmorona la imagen que había forjado de ella, porque, aparte de atractiva y de buen gusto al vestir, la mujer de mis sueños tiene que ser inteligente. Pero, ¿quién soy yo para juzgarla? ¿Acaso antes de darme cuenta que era necesario recorrer el largo y tortuoso sendero del sacrificio personal y la autosuperación no había yo también abandonado los estudios para dejar pasar los días en medio de la inactividad y la modorra? Casi demasiado tarde avizoré el futuro que me deparaba si no me decidía a estudiar y me convertía en un profesional. Lo supe cuando tuve que trabajar en míseras plazas de ayudante de

la construcción, en Comunales y en sórdidos talleres de mecánica donde nunca tuve esperanza de mejorar el sueldo ni subir de categoría.

—Sin embargo—dice ella de pronto—ahora me quieren obligar a entrar de nuevo en la Facultad; si no hago el doce pierdo mi contrato de modelo.

—¿Modelo, con contrato y todo?

—En Artex —contesta ella—, me aprobaron por un palancazo, y porque de verdad soy buena modelando, pero ahora hay un jefe nuevo ahí que viene cortando cabezas.

Y aquel tema quedó flotando en el aire, pues no intercambiamos más palabras por espacio de varios minutos. En aquel lapso había aparecido por el pasillo un carrito de refulgente acero níquel cargado de bocaditos, refrescos Tukola, sorbetos y paquetes de caramelos. Intenté pagarle la merienda, pero ella se negó firmemente: sin darme tiempo a reaccionar extrajo del bolsillo un billete de veinte pesos que extendió hacia el encargado del carrito.

Cuando comenzamos a devorar la merienda, el tren arribaba a la estación de Camagüey, según anunció una ferromozza por todo el coche. Ahora mi acompañante me mira mientras traga vorazmente, y mis ojos se clavan en los suyos, de una insondable profundidad. En este momento mágico en que nuestras miradas se enlazan, me invade el desespero al caer en cuenta que solo faltan dos o más provincias para llegar a las Villas... a Santa Clara, donde la voy a perder de vista. Primero vendrá la estación de Placetas, desmesuradamente alejada del pueblito donde el Che librara una de las tantas batallas que lo hicieran legendario en las Villas y en toda la isla. Todavía las huellas de la lucha se podían ver en los espejos del salón de ballet de la segunda planta de la Casa de la Cultura. Después que el tren pasara aquella pequeña estación y recorriera un buen tramo de montes y pastizales, arribaríamos a la inolvidable estación de Santa Clara, donde mi proyecto de seducción terminará en el éxito o en el más rotundo fracaso.

—Cuéntame más de tu novia de Santa Clara —dice ella de pronto— ¿En qué reparto vive?

—De eso hace ya mucho tiempo —respondo, tratando de desviar la conversación—, hace rato que no sé de ella.

—¿Pero de dónde era ella?

—Reparto Camacho—miento.

—¿Camacho? Yo tengo un primo que vive allí.

—Ella era de Placetas—sigo fabulando—, pero se mudó para Santa Clara; gracias a eso conocí ese pueblecito, porque una vez fuimos a visitar a su abuela.

—Ah, has estado en Placetas.

—Y en Caibarién también.

—¿No has estado también en Vertientes y en...?

—No, no, solo en Placetas y Caibarién. A Vertientes lo conozco de refilón, solo estuve allí un momento, cuando iba para Caibarién.

—¿Cuál es tu nombre? Hace rato que estamos hablando y ni nos hemos presentado.

—Alexis Carralero ¿y tú?

—Mi nombre es Sonia—me mira en silencio por un instante—. Mira Alexis, me hace falta un favor; cuídame aquí un momentico que tengo que ir al baño ¿Te molesta?

—No, qué va, eso no es molestia para mí.

—Alexis es un nombre bonito—dice ella antes de levantarse del asiento.

—Igual que el dueño—bromeo.

Y tiemblo de lujuria al ella erguirse y casi restregar en mi cara —bendita falta de espacio entre los dos— la masa avasallante de su vulva, destacada en prominente bulto por debajo del tiro del Jean. Al ella lograr salir al pasillo avanzando de lado, haciendo el esfuerzo por no pisotearnos a todos, viéndola alejarse en dirección al baño, logro admirar sus nalgas bellamente esbozadas en toda su perfección gracias al extremo ajuste del Jean.

¿En Santa Clara estará mi felicidad? Si es así ¿Por qué ella no apareció cuando más lo necesitaba? ¿Por qué no la conocí en uno de los tantos viajes que tuve que hacer a la Habana para realizar aquellos trámites caros y engorrosos, y así

ella me hiciera desistir de la idea, del plan? Siempre tuve la convicción que en Santa Clara estaría mi verdadera vida, mi suerte. En las Villas comencé mi carrera musical y en Santa Clara di... intenté dar el último concierto de mi vida; y si no fuera porque voy a hacer lo que ya estoy haciendo, a pesar de la duda que me corroe, de la incertidumbre, del peso de la distancia, tal vez me esforzara más en ganarme a esta hembra de nombre hermoso con quien me atrevería a casarme, como una vez pensé hacer con la puta de Yanelis, coño, mejor ni pensar en eso, y echar, sí, raíces en esa ciudad que me gusta tanto y donde puse los pies por primera vez, acompañado de Marcos y Peter en la época en que teníamos aquel grupo: Morbus, y nos dirigíamos a Caibarién, a nuestro primer festival de Rock.

Recuerdo nuestra excitación, los preparativos del viaje, los sueños, las ilusiones... también recuerdo que, debido a las condiciones de aquel viaje, estábamos...

IV

EXHAUSTOS PERO FELICES

Pues, aunque el infortunio marcó la travesía desde el comienzo, sumiéndolos en un parcial desasosiego; y del cansancio, el sueño, los síntomas estragantes de la inanición y el malestar de la vigilia, lograron llegar al pequeño poblado de Caibarién bajo el hálito cortante de un invierno insólitamente frío. Pero se sentían felices de haber culminado aquella pesadilla, alentados también por la calurosa bienvenida recibida de parte de uno de los integrantes de Necrohorde en su propia casa—subsede informal del evento.

LA PREGUNTA DEL MILLÓN

—¿Y cómo vamos a hacer para regresar, Mosque?—dijo Peter.

Porque, gracias a la prudente gestión de Marcos con su padrastro, por suerte funcionario del Instituto Nacional de Deporte y Recreación, viajaron hasta Santa Clara en un ómnibus incómodo por la fatal condición de tener que ir de pie—desde Holguín hasta las Villas—, y la más nefasta circunstancia de hallarse aquel transporte repleto de deportistas. Pero al menos habían dado un viaje gratis, rápido, sin paradas ni tropiezos hasta aquella ciudad, primera y última escala del largo viaje. Aunque ahora no tenían ni la menor idea de cómo iban a...

—Lo ignoro—respondió el Mosque.

RECUERDOS INCENTIVADOS POR LA FATIGA

Habían pensado en lo bien se iban a sentir en cuanto bajaran de aquel ómnibus plagado de peloteros—oscuros todos, de torvas miradas, sigilosos gestos y sospechosos verbaleos de orilla—; pero al detenerse el ómnibus—tal como le indicaron al chofer que hiciera— frente a la entrada de Santa Clara, una copiosa y pertinaz lluvia los recibió como preludio de aquel Febrero cruel.

MÁS RECUERDOS INCENTIVADOS POR LA FATIGA

Y aquella pena que pasaste cuando, azuzado por la gélida lluvia, montaste de primero en una guagua interprovincial —Santa Clara/Placetas— de crujiente osamenta y vetusta carcasa que—según la acertada orientación de un amarillo— se dirigía hacia la mismísima terminal de ómnibus de la ciudad, y observaste...

—¡Bárbaro, como hay asientos vacíos aquí! —exclamó el Mosque.

...y tal vez por los estragos de la inanición, el cansancio de la obligada caminata en plena madrugada por los barrios de Alcides Pino, Vista Alegre y la Quinta hasta el Estadio de Baseball donde abordaron aquel ómnibus del INDER, y las condiciones de la travesía por entre cinco provincias, no caíste en cuenta del motivo por el cual los asientos de la guagua estaban vacíos, y te sentaste en uno de ellos ante la mirada burlona de tus compatriotas—más lúcidos que tú—y de los escasos pasajeros quienes, luego de haberte caído, proveniente del desvencijado techo metálico, un chorro frugal de agua estancada, sucia y apestosa a hierro viejo, profirieron las más sonoras carcajadas, para tu vergüenza.

ÚLTIMOS RECUERDOS INCENTIVADOS POR LA FATIGA

Y la guagua de ensopados asientos, suelo anegado y techo rezumante, se averió en plena entrada a Santa Clara, por lo que el Mosque, Peter y Marcos —y los restantes pasajeros—, tuvieron que apearse y realizar una caminata desde el

camino enlodado donde—atraídos tal vez por sus lastimeras semblanzas— fueron atosigados por perros callejeros...

—Coño —dijo Marcos agobiado por el peso de la mochila y el aullido de los canes—, nos laladran los pperros ‘e mimierdas e’tos.

—Señal que andamos—parafraseó el Mosque.

...hasta el parque Vidal; y de ahí, guiados por la orientación de un transeúnte, avanzaron a todo lo largo de una calle hasta la Terminal de Ómnibus donde, tras agobiante espera, abordaron otro ómnibus con destino al pequeño poblado de Caibarién, cuya carretera, plagada de vértigos e incontables paradas en poblachos olvidados por la providencia, les pareció infinita.

¿FELICES?

Ya en Caibarién, en casa de Daniel, baterista de Necrohorde donde, tres horas después del feliz arribo, llegaron conducidos por los restantes integrantes de dicho grupo, los miembros de Alien Society, Perversity y Satanic Command, grupos, todos, de la capital.

¿EXHAUSTOS?

En cuanto corrió el etanol el cansancio fue olvidado. Marcos, haciendo gala de una exasperante glotonería, tragó litros de aquel cañazo de dudosa factura, y al cabo de varias horas, comenzó a hacer lo que ya el Mosque temía.

—Asere, fíjate, te voy a decir una cosa y no es borrachera...

Porque en Holguín, en varias ocasiones, Marcos había dado vergonzosos espectáculos; y el primer síntoma de la galería de desmanes a por venir era la verborrea que...

—Mosque ¿Tú ves a esos habaneritos? —restos de saliva arrojados a cada palabra—¿esos que llegaron haciéndose los bárbaros?

...insultos, primero susurrados al oído de sus amigos y conocidos—en esa ocasión Peter y el Mosque—; luego, regurgitado en cada oportunidad que tuviera a mano, dirigido, por supuesto, al blanco previamente escogido por él...

—To' son unas auras—más saliva, hedor a cañazo en cada palabra—, unas auras que se creen que son los tipos porque...

...esta vez a los habaneros, incitado —al parecer—por la rimbombante entrada de aquellos personajes luciendo —para envidia de todos— vistosas mochilas de factura foránea, flamantes t-shirts cuyos diseños jamás se habían visto en el centro y el oriente del país, e instrumentos de supermarcas—área capitalista—, cuya sofisticación superaba la de nuestros arcaicos trastos.

MENCIÓNESE LAS CARACTERÍSTICAS DE DICHOS TRASTOS

Una guitarra de antediluviano diseño, marca Mushima de Luxe, de procedencia alemana —democrática, aún no había caído el muro—. Un bajo modelo único en el mundo cuyo plástico o golpeador —como algunos denominan—, de superficie abigarrada de brillantinas, estaba empedrado en botones, unidades e interruptores, dándole al bien nombrado trasto un aspecto horrible.

¿POR QUÉ MODELO ÚNICO?

Aquellas brillantinas, la pesada madera de la caja y brazo, el andamiaje eléctrico de ridículo uso y desastrosos resultados, la pintura ordinaria de coriáceo aspecto, gruesa y dura como la madera misma, solo podían pertenecer a los productos de una marca única y exclusiva: Ural, de procedencia bolchevique.

SITUACIÓN SALVADA

Marcos, luego de causar enojosas intromisiones mediante cínicos comentarios y bromas de mal gusto, todas dirigidas hacia los habitantes de la urbe capitalina,

cayó en un mórbido sopor producto de la ingestión en demasía de aquel licor caliente; y así, hipnotizado, con la vista fija en la nada abstracta, el cuerpo derrumbado en el suelo áspero, la espalda apoyada en la pared y los labios balbuceando jerigonzas, permaneció hasta el arribo del transporte que los llevaría hacia el hospedaje.

¿MIEDO YA SUPERADO?

A que Marcos echara a perder aquella aventura con su descontrolada borrachera, sus ofensas edulcoradas con ingeniosos dobles sentidos y la odiosa manía de expeler generosa dosis de nauseabunda saliva sobre los que tenían la desgracia de entablar una conversación con él. Pero ya todo estaba en orden: la música a extremo volumen, el cañazo circulando y los coloquios sostenidos en medio de un ambiente de camaradería.

Dentro de unos minutos iban a descansar los huesos en una cama.

LA INCERTIDUMBRE

Todos vieron a Marcos apearse con apremio en cuanto la guagua se detuvo en la entrada del Centro Escolar. Puso pie en tierra antes que todos y su impulso lo detuvo la pared de uno de los albergues; allí se recostó, adormecido por la morosidad de la embriaguez mientras todos le pasaban por al lado: algunos ignorándolo, otros haciéndole burlas.

Al Peter y el Mosque entrar en uno de los albergues, y al acomodar los instrumentos y vituallas en literas escogidas al azar se dieron cuenta, espantados, de la ausencia de Marcos, y al salir al pasillo comenzaron a preguntar a todos por él, pero...

—No—dijeron algunos—, no lo hemos visto.

—¿El socito de la nota?—respondieron la mayoría— ¿Ese no estaba allá adelante tirado en el suelo?

—Yo lo vi caminando por ahí, dijo que estaba buscando a no sé quién —dijeron otros.

Y comenzó la búsqueda por toda la extensión de aquel Centro Escolar enclavado en las afueras de Caibarién, el cual había sido cedido, tras disímiles gestiones, por el Director Municipal de Educación para que sirviera de hospedaje a los grupos de Rock que iban a participar en el Festival.

Al correrse la voz que Marcos no aparecía, se sumaron todos en la búsqueda. Pero, al pasar dos horas, ésta resultó infructuosa, aumentando nuestra incertidumbre.

PRIMER GRAN ACONTECIMIENTO

Al día siguiente, Peter y el Mosque fueron despertados brusca y efusivamente en sus literas; toda la nave hervía de súbita actividad, se escuchaban murmullos de asombro y exclamaciones de júbilo. Al ellos levantarse y salir al pasillo vieron con asombro a Marcos rodeado por todos, con el cabello desatufado y una amplia sonrisa iluminando su rostro, como si nada hubiera sucedido.

¿POR?

La imposibilidad, según el Mosque, de que Marcos hubiera sobrevivido a la noche en extremo fría, cuya crudeza, insólita en un país tropical, le había calado los huesos. En medio de la madrugada, horas antes de Marcos aparecer, una gélida ventisca azotó la nave y sus efectos se hicieron sentir a pesar de haberse cerrado previamente las ventanas y puertas con clavos, trancas y pestillos. En aquel entonces el Mosque estuvo tiritando en la oscuridad y había dicho, lapidario:

—Asere, Marcos se va a morir de frío allá afuera.

LA ANÉCDOTA

Y Marcos juraba, por su progenitora, que no había sentido frío alguno en toda la noche, ni siquiera la fina lluvia que a medianoche anegó la tierra; y eso, dijo, que me quedé a dormir debajo de un cangrejo grande de cemento que me topé en la carretera.

LO INOLVIDABLE

Porque Marcos se había alejado del Centro Escolar luego de levantarse, pensando que por la carretera se habían idos todos; y así , guiado por la errata de su brújula, fue a dar a la Carretera Central, y luego de avanzar un trecho indeterminado se topó con la maciza escultura de un cangrejo, símbolo de Caibarién, vistosa mole de concreto situada sobre una amplia y robusta base donde podía leerse, en letras enormes, moldeadas con el mismo material de la base y el cangrejo, la frase de saludo para los visitantes que arribaran a tan alejado burgo santaclareño.

PRIMER DÍA DE FESTIVAL

Después de haberse aseado —algunos— con el agua helada de un tanque que se hallaba en medio del baño, y llegado a la conclusión que bajo aquellas condiciones extremas no pensaban, ni en broma, bañarse en los días que abarcara el evento, se reunieron todos al mando de Eduardo, guitarrista de Necrohorde y organizador del festival, para abordar la misma guagua que los trajo la noche anterior.

Luego de rodar durante un tiempo bastante prolongado por aquella carretera, en cuyos flancos solo se observaban kilómetros y más kilómetros de montes y sabanas...

—Mira aquel cementerio —te dijo Eduardo, enterado de tus gustos morbosos por lo macabro y lo esotérico—, es un cementerio gótico, muy antiguo, con unos diseños buenísimos de lápidas, esculturas y cruces.

...y fue lo único interesante de tan penosa travesía; por eso te alegraste cuando, una hora después, la guagua se adentró en el poblado, vadeó varias cuadras y se detuvo frente a la entrada de un terreno a cielo abierto rodeado de malla metálica donde se encontraba una amplia tarima de concreto. A los lados ya comenzaban a erguirse dos andamios de metal.

¿QUÉ FUE LO QUE MÁS LE LLAMÓ LA ATENCIÓN AL MOSQUE Y CÍA?

Anonadados, miraban los andamios, uno completamente listo y otro a medio armar, y sus ojos devoraron los contornos de los enormes bafles Elite que ya estaban siendo colocados por el personal técnico.

¿CAUSAS?

Teniendo en cuenta que ya habían escuchado en Holguín la potencia devastadora, la calidad de sonido y demás excelencias de esa marca de audio; y también el hecho de poseer entre sus accesorios un deck profesional con el que podían grabar el concierto trajo, para sus excitadas mentes, las más ambiciosas fantasías...

—y le pondríamos un nombre a la grabación en vivo —decía el Mosque—; algo así como: “Caibarién Live Massacre”

—No—discrepó Peter—, mejor sería ponerle: “The extinction tour”

—¿De dónde tú sacaste esa mierda?—dijeron Marcos y el Mosque al unísono.

—¿La primera grabación que hagamos en estudio no se va a llamar The Extinction of Humanity?

—Imbécil, eso todavía no se ha grabado—contestó el Mosque.

JUDIEL

—Asere, qué volá.

—Coño—dijo Marcos, volviéndose—, mimira Mosque quiquién es.

—¿Yudiel?—dijo el Mosque, sorprendido.

—Yo mismo—contestó Yudiel—. ¿Pensabas que no iba a venir?

—No—contestó el Mosque—, alguien de las Tunas me dijo que no venías.

—¿Quién, el Mascón?—dijo Yudiel.

—No—dije—, fue Cara 'e Pizza quien me lo dijo.

—Ná —contestó Yudiel—, ellos estaban apostando a que no iba a venir, que me iba a quedar en Puerto Padre por un lío que tuve en Santa Clara con el marido de una jeva ahí que yo me estaba tirando.

—¿Sí? No jodas —respondió el Mosque, mirando con cierta admiración a su amigo. Éste, a pesar de ser oriundo de un diminuto municipio de Las Tunas, había recorrido toda la isla de festival en festival; de esa forma conoció a un millar de rockeros de todas las provincias y a una buena cantidad de mujeres entre rockeras y comunes (la mayoría convertidas en sus amantes). También conocía a una buena parte de los integrantes de los pocos grupos de Rock que existían. Gracias a los contactos facilitados por él habían sido invitados al festival.

LA INTRIGA

—Asere, ¿has visto a los hermanos Doimeadiós? —dijo Yudiel, cambiando bruscamente el norte de la conversación.

Los hermanos Doimeadiós eran líderes, ambos, del grupo Chromiun, la primera banda de Rock en Cuba en estar imbricada en los sonidos extremos del Death Metal.

Tiempo después se integraron los Necrohorde y ahora tu grupo, para tu propio orgullo, la primera banda de Death metal surgida en Holguín.

—No, no lo he visto—contestó el Mosque.

Yudiel miró hacia todas partes. Sus ojos recorrieron el gentío que ya comenzaba a aglomerarse en aquel lugar.

—Escucha—dijo rodeando los hombros del Mosque con un brazo engalanado de cadenas, anillos y una manilla remachada con ojetes de aluminio—, tengo una talla fula que contarte.

JIMMY “EL TROLL”

Peter y Marcos observaron cómo el Mosque se alejaba con Judiel, pero al momento desviaron la mirada hacia la tarima donde estaba siendo ensamblada una batería de enormes proporciones. Junto a ella, supervisando el ensamblaje de la misma, se hallaba un personaje corpulento, de tez nórdica y cabellos cortados a cepillo.

—Mira —dijo Yudiel apuntando hacia el escenario—, ese es Jimmy el Troll, baterista de Chromiun; si él ya está aquí es porque los Doimeadiós no deben andar muy lejos.

—Sí —contesté mirando hacia el escenario.

Y sobre aquella tarima se hallaba, según Yudiel y muchos otros rockeros que conocía y otros que conocí sobre la marcha, el mejor baterista de Rock de toda la isla.

LA DECEPCIÓN

—Escucha —dijo Yudiel retomando la conversación—, yo estaba en Santa Clara desde hace dos días y estuve varias veces en casa de los Doimeadiós.

—Yo hablé con él por teléfono antes de venir para acá—puntualicé.

—Pero dime una cosa, ¿él fue personalmente el que te talló el festival con la gente de Necrohorde?—la voz de Yudiel adquirió un matiz de gravedad.

—Sí. Después que tú le escribiste él habló con la gente de Necrohorde para que nos invitaran.

—Hace poco tú le mandaste una carta ¿No?

—Sí. Hace más o menos como... ¿Y cómo lo sabes?

—Ah, esa es la cosa; yo te dije que estuve en casa de los Doimeadiós. ¿No? Allí habían una pila de gente y...

—El Mosque ese, el que tiene un grupito en Palestina que pretende hacer metralla, se cree cualquier cantidad de cosas—dijo Norge Doimeadiós desplegando un papel ante las expectantes miradas de todos—. Nada más oigan lo que dice en esta carta que me mandó hace poco, escuchen: Estoy contento de haber logrado colarme en el festival, yo sabía que algún día íbamos a poder tocar en uno. ¿Qué se cree? —dijo, levantando la vista del papel— ¡Si no fuera por mí no lo hubieran invitado a él y a su grupo ridículo!: Estoy haciéndole nuevos arreglos a las canciones —prosiguió leyendo— para que suenen más brutales— Norge Doimeadiós miró a todos con una sonrisa sarcástica en su rostro de roedor —. ¡Se volvió loco! ¡Ja! ¡Él cree que va a venir a bailar en casa del trompo! — estrujó la carta—. Él y los demás imbéciles de ese grupito palestino van a hacer el ridículo en el festival de Caibarién.

—¿Y la leyó delante de mucha gente? —dijo el Mosque. Su rostro se hallaba cogestionado por la ira.

—Imagínate que allí estaban una pila de músicos de los grupos de Santa Clara y los de Alien Society, que habían llegado como dos días antes con una pila de friquis de la Habana.

—Clase 'e mierda—mascullé entre dientes.

EL JURAMENTO

Judiel observó preocupado el rostro del Mosque. Extrajo un cigarro, le extendió otro: no quiero, contestó aquél, y encendió el que ya tenía en los labios con una fosforera metálica.

—Compadre, escucha... —comenzó a decir apoyando una mano en el hombro del Mosque—, estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Asere, los Doimeadiós tienen una banda que les ronca los cojones, son puro Napalm Death; sin línea, compadre...

—¿Y qué?

—Coño, asere, que tiren pa' lante —dijo casi suplicando—, toquen bien, compadre, por el honor de nosotros, los orientales.

—¿Ustedes creen que esos palestinos hagan algo que sirva en el festival?— añadió Norge Doimeadiós—, si no tocan bien allí...

—Los van a abuchear, asere—añadió Yudiel—, les van a gritar una pila de cosas.

—No me preocupa—contestó el Mosque.

—A mí sí, compadre—la mirada fija en tu rostro, la voz en un temblor—, a mí sí me preocupa. Asere, yo necesito que ustedes toquen del carajo allá arriba, que opaquen a malanga, que pongan el nombre de Holguín bien alto, para que vean los comemierdas esos de los Doimeadiós que Santa Clara no es el único lugar donde se hace metralla de la buena.

—No te preocupes—contestó el Mosque con la decisión reflejada en sus pupilas enardecidas—, no cojas lucha con eso, asere; nosotros vamos a tocar de pinga ¿oíste?, de pinga, y la vamos a poner buena allá arriba, para taparle la boca a esos comemierdas.

EL PLAN

—Escuchen —dijo el Mosque, luego de haberles contado la conversación que tuvo con Judiel—, tenemos que usar la inteligencia; vamos a probar sonido con el instrumental aquel que íbamos a desechar...

—¿La mierda esa?—saltó Peter.

—Ciaclaro, asere —contestó Marcos—, pa 'que eesos tipos piensen queque looo que hacemos ees una mierda.

—Así es—concluyó el Mosque, satisfecho—, y por la noche tiramos la crema y les pateamos el culo.

NORGE DOIMEADIÓS

Bien entrada la tarde, cuando el frío comenzaba a arreciar nuevamente, ya todos los grupos se hallaban en completa nómina en aquel descampado. Los integrantes de Chromiun estaban reunidos en círculo selecto, alejados de todos, menos Jimmy “el Troll” quien, de modo hilarante, parloteaba con un grupo de admiradores a la vez que le prodigaba sendas cachadas a un mocho de tabaco.

—¿Pa’ qué ese tipo hace esa payasada? Parece un bilonguero con ese tabaco—dije.

—Por eso mismo—contestó Yudiel—, porque es tremendo payaso.

Y para sorpresa del Mosque se le plantó delante un individuo de inusitada estampa, cuya identidad le fue revelada de inmediato por Yudiel:

—Mosque, te presento a Norge Doimeadiós.

DESCRIPCIÓN DEL INDIVIDUO

Moreno, de rostro perfilado, ojos de órbitas pequeñas y pupilas caliginosas; cabellos finos, ralos y ensortijados; cráneo plagado de seborrea del cual, de vez en cuando, escapaban algunas partículas de caspa. Sus mejillas tenían dibujadas las cicatrices de un devastador acné juvenil. Su cuerpo era desgarrado, manos como ramas de árbol seco: Norge Doimeadiós tendría, si acaso, treinta y siete años de edad.

¿POR QUÉ DE INUSITADA ESTAMPA?

Se hallaba ataviado a la usanza convencional, sin, ni siquiera, un detalle de moda: solo un pulóver a rayas de ofensiva sencillez, pantalón de poliéster negro,

corte recto, junto a zapatillas de descuido semblante. Nada que ver con la imagen de un rockero.

¿ERA ROCKERO ACASO?

Poseía, según lo que el Mosque podía vaticinar al leer su correspondencia, un vasto conocimiento de música Rock, principalmente sobre corrientes extremas, haciendo gala —horas después lo pudo apreciar— de una enciclopédica capacidad de memorizar nombres, títulos, discografías y biografías de un millonar de grupos. Era, según Yudiel, el ideólogo, manager y corrector lírico de Chromiun.

¿CORRECTOR LÍRICO?

Basado en un profundo conocimiento de la lengua inglesa, actitud que le valió la obtención del título de Licenciado y una plaza fija de profesor en la Escuela Vocacional de Santa Clara; apoyado también por conocimientos empíricos, obtenidos a base de investigaciones sobre temas esotéricos, psicológicos, paranormales, místicos, históricos, religiosos e incluso filosóficos, creaba la base para las letras de Chromiun y le hacía un cuidadoso trabajo de traducción, del castellano al más perfecto inglés.

LA VERBORREA

—Asere, al fin nos conocemos—dijo Norge Doimeadiós—. Las cartas son, a veces, una buena vía para conocer personas, pero no hay como el contacto personal, el conocerse cara a cara.

—Sí —contestó el Mosque—, sobre todo conocerse cara a cara.

—Bueno —dijo Norge lanzando una fugaz mirada entorno—, has demostrado perseverancia; quisiste venir y aquí estás.

—Sí —respondió el Mosque de mala gana. Su mente sopesaba cada palabra y el tono en la voz de Norge Doimeadiós.

—Ahora dime, ¿Te han dicho con quiénes van a tocar? ¿Qué día?

—No—mintió el Mosque—, pero ojalá nos pongan a tocar con Chromiun.

Norge no pudo evitar una mueca irónica. Su mano huesuda se apoyó en el hombro del Mosque, se inclinó hacia él; éste se encogió al aspirar el aliento fétido de aquel personaje.

—Era como si estuviera oliendo la mierda de sus tripas—comentó el Mosque con

Judiel, luego del concierto.

—Mira —dijo Norge tras varios segundos de oscura cavilación—. ¿Tú ves a ese que está allí, cerca del andamio?

Su dedo apuntaba hacia el selecto grupo conformado por los integrantes de Chromiun y varios acólitos.

—¿Quién?

—Aquel, el de la coletica y los ojos verdes.

El Mosque sabía, por medio de Yudiel, que aquel quien señalara Norge, era Elmer Doimeadiós, vocal de Chromiun.

—Sí, ahora sí —respondió.

—Ese es mi hermano —dijo Norge—. Y sin temor a equivocarme, ni pecar de altanería, te puedo afirmar que es el mejor vocal de Death Metal de toda Cuba.

—Eso no me asombra —respondió Judiel, luego de asegurarse que Norge Doimeadiós ya iba lejos—, los otros días me enteré que él anda diciendo por correo que Chromiun es la mejor banda de Death Metal de Latinoamérica.

—¿Y ves a ese?—prosiguió Norge Doimeadiós—, ¿al gordo escaparate que está fumando un tabaco al lado del drums?

—Sí.

—Ese es Jimmy “el Troll”, el mejor baterista de Rock que hay por todo esto.

—¿Viste como se cree cosas ese tipo?—le dijo Yudiel al Mosque—. No, y eso no es nada; los otros días...

DESOLLAR LA AJENA EPIDERMIS... O SEA, HABLAR MAL DE OTRA PERSONA

—¿De verdad que dijo eso también?

—Más que eso, lo dijo en una entrevista que le hizo un fanzine mexicano; y también dijo que ellos eran la única banda de Death Metal que existía en Cuba, que no había ninguna más.

—¿Ni Necrohorde?

—Ni Necrohorde.

—¿Ni nosotros?

—Ni ustedes.

DESCRÍBASE LA EXPRESIÓN DEL MOSQUE

Grave, de pupilas flamígeras y dientes apretados. En ese momento, aturdido por la exacerbación de su torrente sanguíneo y embelesado por la disparidad de oscuros pensamientos, no sentía ni el frío ni los decibelios de la música grabada que comenzó a escucharse en ese momento por los bafles del audio; ni siquiera atendía ya los comentarios de Yudiel que seguían fluyendo sin interrupción.

¿EL TEMOR A FRACASAR SOBRE EL ESCENARIO ESTABA HACIENDO MELLA EN ÉL?

Por supuesto que no. Estaba seguro de sí mismo, de su banda, y de las canciones que él mismo había compuesto y arreglado.

EL JURAMENTO

Luego de auscultar con odio la distante figura de Norge Doimeadiós y el aura altanera que emanaba de los restantes integrantes de Chromiun, el Mosque afirmó, lapidario:

—Vamos a opacar a esos cabrones. Lo vamos a lograr, cueste lo que cueste.

V

El tiempo había trascurrido sin haberme percatado de ello. En un segundo —a mi parecer—ella está de vuelta y mis ojos aprovechan la oportunidad para volver a detallar su cuerpo en rápidas ojeadas, de forma que no se dé cuenta de la auscultación a que la estoy sometiendo; y me convengo cada vez más, mientras delinear sus curvas y protuberancias, que necesito acercarme más a ella, a su vida; y si es posible, a su corazón.

—El que solo se ríe de sus maldades se acuerda.

—¿Cómo?

—Que el que solo se ríe de sus maldades se acuerda.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo; te estaba mirando cuando venía para acá y estabas sonriendo.

Y cómo no iba a sonreír si todavía resuenan en mis oídos las frases de elogio que recibimos del público cuando, luego de terminar el show y bajarnos del escenario, nos rodearon la gran mayoría en amistosa turba. Recuerdo que mientras estábamos tocando podía ver al frente, en primera fila, justo entre las dos únicas referencias, a mi socio Yudiel, vitoreándonos, dándonos ánimo, y así se mantuvo él en todo el concierto.

Cuando nos retiramos del escenario y comenzamos a bajar, Judiel se abrió paso hacia donde estábamos nosotros, porque él quiso ser, según nos dijo más tarde, el primero en felicitarnos y estrecharnos las manos.

—Na; seguro que yo me estaba riendo inconscientemente.

—Sí, pero debe ser por algo.

—No, en serio, no me reía por nada. En realidad ni sé por qué me estaba riendo.

¿Para qué contarle a ella de mis aventuras, y las que luego viví después de Desintegrarse Morbus, mi primera experiencia en la música, la banda con la que actué en Caibarién? ¿Para qué esforzarme en ponerla al tanto de las vicisitudes sufridas tiempo después en Faustus, la segunda banda que formé y que hace poco mandé al demonio, muy a mi pesar, obligado por cosas que sucedieron y de las cual no quiero ni acordarme? Ya me imaginaba la sarta de preguntas estúpidas que sobrevendría luego de que comenzara a contarle mis vivencias: ¿Morbus, qué nombre es ese? ¿Eran tres nada más en el combo? ¿Quién tocaba la prima? ¿No tenían maracas ni tumbadoras? ¿Faustus, por qué le pones nombres tan feos a tus grupos? Tendrías que haberle puesto un nombre más bonito, con más swing, un nombre que llamara la atención. ¿Rock? ¿Bla qué? ¿Qué es esa cosa? ¿Y por qué tocaban Rock nada más? ¿No tenían baladas? ¿Rock puro, del escandaloso? ¡Eso no da nada! Que va, ustedes no fueron inteligentes; mira a Moneda Dura, ellos hacen un Pop-Rock ¿No? Que es algo así como Rock balada, de lo más bonito, que se puede oír y bailar. ¿Satanismo? ¿Eso te qué? ¿Esoterismo, qué es eso?

No, que va; seguro que ustedes no llegaron a ninguna parte con esa locura.

—No seas malo, dime por qué te estabas riendo.

—Por nada, chica.

—¿Es un secreto? Anda, dímelo.

—Te lo digo si tú me dices por qué estabas llorando.

Un velo de gravedad cubre su rostro, suficiente para sospechar que el motivo de sus lágrimas es algún problema realmente serio, tan íntimo y doloroso que le es imposible hablar de ello.

Mi imaginación toma altos vuelos. ¿Qué pudiera ser lo que le aflige a tal magnitud que casi le es imposible confesarse ante cualquier otra persona? ¿Una decepción amorosa? ¿Un trauma de su niñez? ¿Una pérdida considerable? ¿La de la madre acaso?

Imposible. Por muy doloroso que sea para cualquiera perder la madre, el hablar de ello no puede ser tan difícil. Con solo decir: “mi madre murió, o perdí a mi madre hace poco”, es suficiente para que cualquiera cierre el caso, clausure el ojo clínico y escrutador de la curiosidad y le diga, limpiamente: Ah, lo siento.

—Ya tengo sueño—le dice ella a nadie.

—¿Tiene fuego? —me pregunta el mulato del Ministerio del Interior, quien ya estaba despierto.

—No—contesto.

—No, yo tampoco—responde el viejo al ver que el mulato lo mira.

—Milagro que no han quitado la luz—comento.

Como aquella vez en Caibarién, después que terminó el show y fuimos conducidos todos los grupos que actuamos aquella noche a un local de la Casa de la Cultura que había sido habilitado con sillas, mesas y un equipo de música, y fuimos agasajados con un cóctel. Y cuando ya estábamos a tono, imbuidos en alcohol y en medio de charlas y la música de Morbid Angel (el tema Maze of Torments), cortaron el fluido eléctrico en todo Caibarién; justo, además, en el momento en que Norge Doimeadiós me susurraba al oído halagos, consejos y comentarios sobre mi grupo. Pero lo que aquella serpiente venenosa no sabía era que, mientras él seguía silbando, humedeciendo de saliva mi oído con su lengua viperina y aturdiéndome con su halitosis, yo estaba gritando en mi mente; feliz, triunfante, embriagado de éxito: te jodiste, cabrón; te tuviste que meter la lengua en el culo, maldito hablador de mierda; se fue pal carajo todo tu orgullo y tu desprecio, maricón peste a boca; sí, sigue así guataqueándome, hipócrita hijo de la puta que te parió; que te den por el culo, imbécil.

—¿Viste? Te estás riendo de nuevo.

—¿Sí?

—Te estás volviendo loco —enfatisa ella trazando una espiral en el oído con un gracioso movimiento de su dedo índice.

—Na, son cosas de la que me estoy acordando.

—Gracias —le dice el mulato del Ministerio del Interior al policía, quien le ha tendido una fosforera.

—¿Y son tan graciosos esos recuerdos?

—Qué clase de cosa lo que está sucediendo en Irán —dice el policía cuando el mulato le devuelve la fosforera—. ¿No? ¿Has visto el noticiero en estos días, socio?

—No, no es que sea algo gracioso, sino algo que me salió bien.

—Lo vi ayer —contesta el mulato—, pero no te creas, esos iraníes se están batiendo de a duro—le da una chupada al cigarro.

—¿Sí? A que es sobre una mujer, tal vez fue un ligue que te quedó bien.

—Y han sido guapos —se entromete la gorda—, desde el principio no dejaron entrar ninguna inspección en el país, como quería Estados Unidos; total, a Irak mandaron una y como quiera que sea los atacaron.

—No, no es eso, es otra cosa.

—Pero es que los Yanquis se quieren hacer los más vivos que nadie—responde el mulato—; el servicio de inteligencia de Irán se enteró de las verdaderas intenciones de los americanos, por eso cuando los marines llegaron ya ellos los estaban esperando.

Claro, ya la agresión se veía venir; los americanos quieren que los únicos que utilicen la energía nuclear sean ellos y más nadie que ellos.

—¿De verdad? Entonces debe ser algo de tu trabajo en el bufete.

—Por supuesto ¿Ustedes no vieron que esa comisión no encontró nada de armas nucleares en Irak?—se entromete el viejo—. Todo eso fue un pretexto de los americanos para echarle un vistazo al terreno; vaya, que para cínicos y descarados tienen el uno.

—Ya me tienes intrigada —me dice ella—. Anda, cuéntame de lo que te estabas acordando ¿Es muy secreto?

—Eso no es secreto para nadie —comenta el viejo—, ellos han construido ese imperio basado en guerras y metiéndose en los asuntos de los demás países.

—Te lo voy a decir cuando me cuentes por qué estabas llorando.

Otra vez la austeridad transmuta su rostro. Por supuesto, yo había vuelto a abrir la herida bajo riesgo de provocar una ruptura de confianza entre nosotros, pues ella no se imagina la intención de mis reiteradas interrogantes y podría tomarlo —al parecer lo ha tomado—a mal. Por eso me resulta lógico que, luego de haberme portado de forma tan impertinente, ella profiera una advertencia:

—Si vuelves a preguntarme de nuevo sobre eso no voy a tener más remedio que dejarte de hablar en todo el resto del trayecto.

Y en ese preciso instante el coche se oscurece.

En medio de la penumbra solo se atisba el pequeño haz del cigarrillo que baja y sube a intervalos, aumentando de intensidad cuando el mulato le da una chupada. La conversación entre aquél, el policía, la gorda y el viejo, sobre asuntos internacionales, sigue en su apogeo; pero yo solo espero escuchar en cualquier momento la voz de ella quién, a mi pesar, se mantiene inmutable, y sabrá Dios si rumiando alguna opinión desfavorable sobre mí. Mientras la conversación política se va apagando por la influencia de la oscuridad y la somnolencia, trato de imaginarme su silueta en aquel manto casi corpóreo de absoluta negrura. Ni siquiera la débil claridad que se filtra por el cristal opaco de la puerta del coche es suficiente para poder delinear contorno alguno.

—Ya no queda otra cosa que dormir hasta que salga el sol —digo.

Pero no recibo respuesta de nadie, y menos de ella. En silencio me propino un golpe en la frente: comemierda, coño. No era la primera vez que lo echaba todo a perder al proferir comentarios fuera de lugar, o preguntas impertinentes, o por mi maldita falta de tacto con las mujeres. Ahora de seguro le caigo mal, precisamente cuando estaba simpatizando conmigo, y a lo mejor era el preámbulo de una relación, quién sabe.

Las pocas veces que he logrado que alguien se fije en mi es desplegando un numeroso repertorio retórico para caer simpático, y en ocasiones parecer ingenioso —jamás por bien parecido—; prueba irrefutable que no todas las mujeres buscan o necesitan de alguien que tenga un físico de Eros. La simpatía, la elocuencia, e incluso mostrar un conocimiento avasallante en cualquier rama del

saber puede ser suficiente para que cualquier mujer sienta atracción por un hombre: la admiración, en ocasiones, es el umbral del amor. ¿Filosofo también, Alexis Carralero?

Y solo quiero que ella sepa que no es la curiosidad malsana lo que me hace reiterar una y otra vez esa pregunta, sino el deseo de aliviar el dolor que la hace llorar como un ángel marmóreo, como los del cementerio: condenados al llanto eterno sobre un frío pedestal de piedra... porque ya la quiero. Si, ya sé que dije lo mismo cuando besé los labios de Adis, y años después cuando conocí a la figa ponzoñosa... ella, la zorra de Yanelis, antes Yanelis Padura: ahora y para siempre Yanelis la puta. Pero el corazón me dice que ésta muchacha, a quién tengo delante y que la oscuridad oculta de mi vista, es el amor de mi vida, la mujer que podría doblegar mi voluntad y hacerme desistir del proyecto que me está arrojando de bruces hacia lo desconocido.

Imbécil. ¿Cómo es posible que te dejes engañar de esta forma? De ninguna manera puedes caer en la trampa de unos ojos hermosos que solo has contemplado en pocas horas. ¿Acaso se te ha olvidado que tienes que seguir adelante? ¿Acaso también se te ha borrado de la cabeza todos los sacrificios que has hecho, los momentos difíciles que pasaste cuando te viste en aquella encrucijada, forcejeando entre aprovechar la oportunidad de tu vida y mandar al diablo tus conceptos éticos y morales que al final resultaron de una ambigüedad abrumadora, o hacerte el desentendido, levantarte y seguir camino aquella vez cuando, en pleno parque Calixto García fuiste abordado por... y te dijo...? ¿Acaso también no tuviste que sortear disímiles escollos y sudar miedo cuando estuvieron a punto de ser descubiertos, en situaciones creadas por el azar, tus actos a escondidas?

Realmente no sé cómo pude...

Por eso, después de todo lo que has pasado, no puedes echarte para atrás por una cualquiera que apenas conoces. Estás a punto de lograr lo que siempre soñaste en tantos años de frustración. Jamás nadie podrá indagar sobre lo que tuviste que hacer para lograr lo que, bajo otras circunstancias, le hubiera costado

la prisión a cualquiera... e incluso la vida. Cuando logres llevar a feliz término tu plan podrás vivir como quieras y comenzar una nueva vida; y cuando estés allí, bien acomodado, ya pensarás en algún otro plan para seguir camino solo. Sí, tengo que utilizar la astucia para quitarme ese otro problema de encima, y es que no quiero seguir haciéndolo, carajo... si no hubiera tenido necesidad de hacerlo, yo no... En fin, mejor me olvido de eso por ahora.

Necesito recordar, sí, pero no recordar lo que me hace sentir sucio y despreciable; ni los buenos momentos vividos junto a mi familia y amigos; ni tampoco cuando comencé a tener éxito en la música: un éxito que luego sirvió —y esto ya pertenece a los malos recuerdos— de caldo de cultivo para que cobrara vigor aquel advenedizo —progenie de una madre analfabeta y un padre alcohólico — quien, durante años, me sepultó en capas de humillación e ignominia; sino aquellos recuerdos que me dan fuerza para seguir adelante, esos malos ratos vividos por culpa de las porquerías de este país o por las porquerías de los que vivimos en este país.

—Lo que me faltaba—digo en voz alta.

Pues lo que al principio solo constituía una ligera molestia, se convierte en apremio, físicamente reflejado en una dolorosa turgencia que ha alejado de mí los pensamientos y me ha hecho volver a la realidad. De un golpe me levanto: qué carajo, la mochila se puede quedar ahí ¿Quién se la va a robar con la oscuridad que hay? Nadie se va a atrever a pasar por entre el guardia del Ministerio del Interior y el viejo para llevársela; lo que tengo que hacer es acabar de ir al baño, tengo la vejiga a punto de explotar.

A medida que me acerco a la claridad que se filtra por la ventanilla de la puerta del coche logro visualizar los contornos de los asientos y las personas que se hallan a ambos lados del pasillo. Ya frente al baño advierto que me es imposible saber si pertenece al de los hombres o las mujeres, pues no posee ninguna placa que lo especifique. Pero no me importa. Ninguna mujer se atreverá a interrumpirme. Estoy seguro que ni la más osada se atreverá a aventurarse en cualquiera de los dos baños, sumidos en la más profunda oscuridad.

Al abrir la puerta, penetrar y cerrar la puerta tras de mí, la penumbra se convierte en ausencia total de luz. No logro ver nada a mí alrededor, ni siquiera plantando mis manos a solo milímetros de mi rostro. Me encuentro en un vacío sideral, en una umbra espantosa que hubiera podido causar un ataque de pánico en mí si mis pies no hubieran chocado con la base metálica del inodoro, recordándome que a mí alrededor existe materia. Lentamente comienzo a tantear las paredes de acero para ubicarme en el lugar exacto donde podría orinar sin mojarme los pies.

Abro la portañuela de mi pantalón y extraigo la turgencia que desde hace rato me molesta. Mi mano palpa lo que con placer había moldeado en disímiles sesiones de autocomplacencia y comienzo a recordar episodios del pasado, del placer que hice sentir a aquellas que, sin saber que yo poseía éste portento, se habían francamente fijado en mí, y principalmente... ¡Ah, cómo la podría olvidar! Una que se había sentido irremediablemente tentada a la sola visión de mi soldado insomne.

Aquello ocurrió en Camagüey. No se te olvida, Alexis Carralero, en aquel festival de Rock —el primero al que asistíamos en esa provincia. Estábamos hospedados en Villa Siboney, un edificio multifamiliar transformado en hotel. Y yo ni imaginaba, por haber salido a la calle apenas dejé mi equipaje encima de la cama, que en mi ausencia los demás del grupo habían hallado la forma de abrir fácilmente la puerta del baño; y horas después, cuando estuve en su interior y ya estaba desnudo, dispuesto a bañarme, el Gena, Adolfo y Osmel abrieron la puerta de manera abrupta en medio de alaridos y carcajadas, esperando que yo diera muestras de...

VI

Vergüenza f. (lat. Verecundia). Turbación del ánimo causada por el miedo a la deshonra, al ridículo, etc.: darle a uno vergüenza de hablar en público. (SINÒN. V. Pudor.) // Sin vergüenza o sinvergüenza, persona descarada.

Ni por asomo. Al ser abierta la puerta del baño todos pudieron ver al Mosque afeitándose completamente in puribus frente al espejo. Y para asombro de todos, con su enorme verga semi-enhiesta y rúbea —a causa de intensas frotaciones a que la estuvo sometiendo, por pura costumbre, sin llegar al clímax—, apoyada sobre el lavamanos.

Asombro m. Sorpresa, extrañeza. // Grande admiración.// persona o cosa asombrosa//

Al ellos ver que, a pesar de encontrarse la sala de aquel apartamento colmado de personas, entre integrantes de otros grupos y cinco féminas pertenecientes al clan de las groupies —concubinas de rockeros, principalmente si son integrantes de grupos de Rock—, de buen talante y bien entradas en carnes, el Mosque no llegó a inmutarse en lo absoluto, qué tanta cosa Jaime, y siguió afeitándose con toda parsimonia; e incluso se dio vuelta hacia todos con el enorme vergajo apuntando hacia ellos, como si se tratase de un cañón presto a disparar, para que vean que yo no estaba en ná, Jaime.

Desear v. t. (lat. desiderate). Aspirar a la posesión, disfrute o conocimiento de una cosa. (SINÓN. V. Codiciar y ambicionar.)

Una de las groupies, la de más baja estatura de las cinco que se encontraban allí —pero la más entradita en carnes de todas—, quien tenía la lujuria y el pecado acuñados en el rostro como si fuera un certificado legal, comenzó a sentir una fiebre que le nació en la entrepierna y le ascendió hasta el rostro, encendiendo sus labios, mejillas y orejas.

Aquel ardor, al pasar por sus senos, hizo que los pezones se le irguieran como dos misiles apuntando al firmamento. Horas más tarde, en su casa, comprobó que tenía la vulva anegada en fluido, y comprendió inmediatamente que necesitaba aquella enorme verga para satisfacer su excitación.

Cangrejo m. (lat. cancer). crustáceo acuático fluvial. // Cámbaro, cangrejo de mar.

Pero esta vez se trataba de la Cangreja, la famosa Cangreja de Camagüey, célebre por la boca de insondable profundidad que había engullido kilómetros de vergas de diversos rockeros de todo lo ancho y largo del archipiélago cubano, y cuya caverna no era menos insondable que su boca. Ella, en reiteradas ocasiones, manifestó en público que jamás ningún hombre había logrado llenarla plenamente. Por eso, al ver la masa vergal del Mosque, se sintió esperanzada, con la premonición de que al fin iba a tener el orgasmo tan largamente deseado y que solo había podido obtener frotándose el clítoris mientras la penetraban por la puerta falsa.

Pornografía f. Tratado acerca de la prostitución. // carácter obsceno de obras literarias o artísticas. // Obra literaria o artística de éste carácter.

Y ella, estando ya en su casa, ni se imaginaba que el Mosque, el Gena y Borges conversaban en ese mismo instante de lo gratificante que sería usar la Handycam Sony para rodar un filme porno, aprovechando que a la noche alguna de las groupies de seguro caería en manos de cualquiera de ellos, Jaime, eso no fallaba, y aprovechando también un orificio de grandes proporciones en la pared de madera y cartón que dividía un cuarto de otro y por donde se veía, en toda su amplitud, la estancia que le había tocado al Gena y Osmel.

Para que el plan tuviera éxito, colgaron ropa del otro lado de la pared para que el orificio no se advirtiera demasiado. Probaron si apagando la luz del cuarto que iba a fungir como nido de expiación se lograba que el orificio pasara completamente inadvertido desde el otro lado, y así evitar un escándalo engorroso. ¿Te imaginas, Jaime?

Decepción f. (lat. *deceptio*). Engaño. // -Observ. Suele usarse en el sentido de desengaño, pues la decepción es en realidad el engaño reconocido por quien lo sufría. // SINÓN. Contrariedad, desilusión, desencanto, desazón, sinsabor, desengaño. Pop. Chasco.

Fue lo que sufrió ella cuando, al arribar por la noche a aquel apartamento de Villa Siboney, se enteró que el Mosque había salido a la calle con Richy, y nadie sabía cuándo iban a regresar. Por suerte para la Cangreja aquella era la primera noche de las cuatro en la que todos ellos tenían que permanecer en el hospedaje, suficiente para atrapar a aquel desgarrado espécimen sin ningún atractivo, salvo el trozo gigante de tejido esponjoso que, con artimañas de su repertorio erótico, podía transformarse en una viga de acero; una figa de pez aguja que la atravesaría—eso esperaba—de lado a lado.

Pero en ese momento no podía quedarse así, ardiendo como una colada de acero al carbono en el interior de un horno de fundición, y optó por insinuársele a Osmel, el más musculoso y atractivo de todos los integrantes del grupo.

Victima f. (lat. victima). Persona o animal sacrificado. // Fig. persona que se expone a un grave riesgo. // Fig. Persona que padece por culpa ajena: ser víctima de una intriga. (SINÓN. Mártir. Fig. presa.)

Pues ella no sabía que al besar a Osmel delante de todo el mundo, evidenciaba que ya había atrapado en sus pinzas a un integrante del conocidísimo grupo Faustus, a quién de seguro —y según era su costumbre— se lo iba a llevar a la cama esa misma noche, trayendo como consecuencia que el Gena y Borges echaran a andar el plan que habían fraguado horas antes.

Ellos, al poco rato, posicionaron la cámara frente al orificio logrando una mayor estabilidad de la imagen gracias a un trípode que Borges había traído de Holguín —de casualidad, casi nunca lo llevaba consigo—. Solo restaba esperar que los tórtolos se metieran en el cuarto y todos los visitantes se hubieran marchado. Mientras esperaban el momento, continuaron conversando animadamente bebiendo ron y escuchando música.

Desistir v. f. (lat. desistere). Renunciar a una empresa o a un intento ya comenzado: desistir de su empeño.

Estaban tan negados a ello que, a pesar de tener ambos la oportunidad de llevar a la cama a cualquiera de las otras groupies, dejaron el asunto para otro día, pues no deseaban perder la oportunidad de filmar lo que iba a suceder entre Osmel y la Cangreja. Filmación que, años más tarde, cuando se comprara una computadora y una moderna tarjeta de captura, el Gena iba a editar con background, créditos y todos los detalles pertinentes para vendérselo a un extranjero por una suma respetable.

Animal .m. (del lat. Anima, principio de vida). Ser orgánico que vive, siente y se mueve por propio impulso. Animal irracional. // ser irracional por oposición al hombre. (SINÓN. Bestia, bruto, bicho, acémita)

—¿Estás viendo eso, asere?—susurró Adolfo.

Todos estábamos conteniendo la risa pues, luego que Osmel hubo desvestido a la Cangreja, la penetró sin preámbulos, y en esos momentos realizaba el típico movimiento de sístole y diástole del coito, con la singularidad de haberse aferrado a la cabecera de la cama y, con los músculos a punto de estallar, estaba impulsando su propio cuerpo hacia adelante, ayudado por aquel punto de apoyo. De esa manera tosca y salvaje estaba tratando de dejar su impronta en aquella — para él— nueva víctima mientras profería bramidos de buey fajador. La cama crujía lastimeramente, y a medida que aumentaba el frenético movimiento, el bramido de buey fajador se iba convirtiendo en rugido de león africano.

En el momento en que observamos aquella muestra única de instintos primigenios a través de la pequeña pantalla de la cámara, no tuvimos más remedio que amordazar con las manos nuestras propias bocas para no soltar la risa allí mismo.

Asco m. (SINÓN. V. Repugnancia.) // Fig. Impresión desagradable. // cosa que causa repugnancia. Lujuria f. (lat. Luxuria.). Afición a los placeres de la carne. // Fig. Exceso en cualquier cosa.

Fue lo que sintieron al mismo tiempo, como una mezcla agridulce, cuando observaron a la Cangreja lamer el falo de Osmel encharcado en semen y fluido vaginal, y corroboraron que aquel acto ejecutado de esa manera, visto en vivo y en directo, era más chocante que en cualquier filme porno, artificial y sobreactuado. Aquella escena se vio aún más cruda por el hecho de la Cangreja estar tragándose todo aquello como si fuera la melaza de un caramelo.

Exhibición f. (lat. exhibitio). Acción y efecto de exhibir. // Reunión de cosas interesantes para el público, exposición. // Galicismo por espectáculo, estreno.

A la que todos los del grupo —incluido Osmel— asistieron a la mañana siguiente en el mismo cuarto donde se efectuó la singular copulación. Borges colocó la cámara encima de la cama —la escena del crimen— y todos se congregaron alrededor de ella. Osmel, al observar los resultados de la filmación, comenzó a turbarse, primo, se puso colorado como una señorita, viéndose él mismo en medio de un acto cuya privacidad había permitido que se violase al convertirse en cómplice del Gena y Borges.

Cuando llegó la parte en que bufaba como un toro fajador, una ola de carcajadas se encrespó tomando alturas de vértigo, Jaime, comiquísimo; si te hubieras echado ese play te hubieras embolsado allí mismo. Osmel cayó en cuenta que en aquel momento de concentración había olvidado que lo estaban filmando y dio rienda suelta, de forma espontánea, a sus instintos salvajes.

Al llegar a la escena de la felación todos hicieron gestos de repugnancia, que puerca, Jaime, pues Borges había realizado un zoom perfecto hacia el objetivo principal, de manera que solo se veía en la pantalla la punta del falo de Osmel y la boca, quijada y cuello de la Cangreja. En la garganta se percibía claramente un movimiento inconfundible: el que ella realizaba al tragar.

Confusión f. Reunión de cosas inconexas. // falta de orden. (SINÓN. Desconcierto, trapatiesta, estropicio, caos, trastorno, desbarajuste. V. Tb. Desorden.) // Falta de claridad. // Fig. perplejidad, desasosiego.

Jamás en toda su existencia engalanada de hazañas en materia de seducción, y de su pericia con mujeres de variadas edades, razas, credos y niveles escolares, y de sus esfuerzos en emplear la astucia de manera eficaz en cada aventura vivida para sacar de su víctima el mayor beneficio posible, se imaginaría Osmel que, al llegar la noche y arribar al Club Universitario —sede del festival—y toparse allí a la Cangreja, ella le iba a espetar en pleno rostro, en el mismo momento en que él se proponía a darle un beso como gesto de complicidad, la siguiente respuesta:

—Ná, desmaya la talla —deteniendo su impulso al afincarle ambas manos en el pecho, Jaime, qué clase de pena—. Eso fue anoche nada más.

Choteo m. Fam. Burla, mofa, pitorreo.

—Clase de aura tú eres—le decía el Gena con una gran sonrisa irónica—, esa jeva te barajó a la cara.

—Asere—Richy le puso una mano en el hombro a Osmel, su semblante lucía una austeridad de alto histrionismo—, ser mala hoja no es una vergüenza, es solo una condición.

—Sí —interrumpió el Mosque—, la condición de que te botan por mala hoja.

—Y a la careta —atacó Adolfo—; la tipa le paró los caballos con eso de... ¿Cómo fue? ¡Ah, sí! No, papa, desmaya la talla.

—Desmaya eso que yo no quiero saber de mala hojas—remató Richy fingiendo la voluptuosa voz de la Cangreja.

Complejo. adj. (lat. complexus). Que se compone de elementos diversos: idea compleja. (SINÓN. v. Complicado.) // f. I. Asociación de sentimientos inconscientes: complejo de inferioridad.

Ira f. (lat. ira). Cólera, enojo. (SINÓN. v. Irritación.) // Apetito de venganza.

— ¡Qué coño mala hoja de qué! (fuego ígneo avivado por la risa de los demás)

¡Ustedes vieron que yo le di tremenda templá anoche a esa puta!

—Yo lo único que vi fue un toro bufando—contestó el Mosque.

—Y ella ni se enteró —saltó Richy—, lo único que hiciste fue aflojar los tornillos de la cama con tu animalá, y ella ni se enteró de lo que le estabas haciendo... hasta se estaba limpiando las uñas y todo.

— ¡Qué pinga limpiándose las uñas de qué! (el rostro encendido, los ojos flamígeros) ¡Ya quisiera verte a ti singando a ver cómo eres!

—Un maestro —respondió Richy—, un artista de la cabilla, ya quisieras verme en acción.

—¡Se van pa' la pinga todos ustedes! (sobrepasado el límite de su paciencia) ¡Y tú! (A Borges que acababa de llegar) ¡Te quiero ver borrando la filmación de anoche!

—¿Pasa algo?—contestó Borges.

Agresión f. Acometimiento, ataque. (SINÓN. v. Asalto.) // Acto contrario al derecho de otro.

La Cangreja, impulsada por el deseo de hacerse notar por el Mosque con el interés de... (ya sabemos), se acercó a ellos de forma inocente y descuidada; ignorando que ella era tema de conversación. Ignorando también que...

—¡Tú y yo tenemos que hablar! (fuerte agarre al brazo de ella)

—¡Eh, eh, eh. Espérate, tú!

Los demás observaban la escena entre divertidos y preocupados. Osmel arrastraba a la Cangreja hacia la tapia de prefabricado, donde se hallaban escasas personas. Entre ellos empezaron a comentar lo que estaba sucediendo, pero el de más peso fue el de Richy; un comentario que era casi una premonición: asere, Osmel le va a meter una galleta a esa tipa.

—¿Cómo es eso que ayer estuvimos templando y hoy me barajas así, como si no hubiera sucedido nada? (resoplido de toro) ¿Quién coño tú te piensas que soy? (gesto amenazante)

—Lo de anoche pasó y ya, papito; chao pe'cao —contestó la cangreja—, yo soy así de quemá.

—¡Pero es que a mí no me sale de la cabilla que una jeva me coja pa' eso, qué tú te piensas!

—¿Tú crees que me vas a meter el pie?

—¡Tú sabes bien que anoche te lo hice como nunca nadie te lo ha hecho, no jodas tú!

—¿Lo de anoche?—contestó ella en un tono de burla—. Ni me enteré de lo que estaba pasando.

—¡Putá! (mano levantada con ímpetu)

Discusión f. (lat. discussio). Acción y efecto de discutir una cosa// -SINÓN. disputa, porfía, polémica. V. tb. Contestación.

—¡Oye, qué pasa aquí! —observó lo que había pasado, dio su Walkman a Borges: Sujétame ahí, le dijo; tocó a Alfonso en el hombro: vamos que quieren ensardinar a Osmel; avanzó hacia al tumulto que comenzaba a formarse, se abrió paso, fue directamente hacia un friqui desconocido que discutía con Osmel, gritó el Gena— ¡El que se meta con él se va a tener que fajar con todos nosotros!

—¿Qué coño te pasa a tí?—te apuesto lo que tú quieras que no vas a ver a Oscarito antes del concierto de Mr. Dominus, le decía a Milovan la Puerca segundos antes que lo interrumpiera el Runo: asere, le metieron una galleta a tu hermana. Miró hacia el lugar que el Runo le indicara. Se dirigió presuroso (casi corriendo) hacia el lugar del altercado, quitándose en el trayecto el cinto empedrado en pinchos de aluminio, lo esgrimió con la diestra, dijo gesticulando Ramón la Langosta—¡A ver, a que no te atreves conmigo y no con ella, remaricón!

—¡Y tú quién eres pa' meterte en esto! —le propinó un bofetón a la Cangreja, observó cómo ésta caía de espaldas al suelo: para que aprendas a respetar a los hombres, puta 'e mierda, le dijo. Escuchó los gritos de alguien, se volvió y vio a un friqui de baja estatura, pero fornido, avanzando hacia él. Se puso en guardia, observó alerta el cinto que el desconocido esgrimía en la mano, dijo Osmel — ¡Esto es entre mi jeva y yo!

—¡Pártele la cabeza a éste comemierda! —se levantó del suelo al ver llegar a su hermano, se pasó la mano por los cabellos despeinados, con la otra se frotó el lugar donde había recibido el gaznatón, gritó la Cangreja— ¡Él no es jevo mío ni un carajo! ¡Métele! ¡Métele!

—¡Y te parto la cabeza a ti también! —vio abrirse el tumulto y aparecer al Gena, que entró al claro acompañado de Adolfo. Escuchó la amenaza, miró desafiante al

Gena, blandió el cinto, contestó Ramón la Langosta —¡Contigo y con los otros, con los tres me fajo yo!

—¡Métele! ¡Métele! —graznaba la Cangreja.

Reyerta f. Riña, disputa, cuestión, pendencia. (SINÓN. v. Refriega)

1. Ramón la Langosta, al ver que a su lado ya estaban sus compinches, le lanzó, al desprevenido Osmel, un fortísimo cintazo en pleno rostro, logrando que éste se doblara de dolor.

2. El Gena, al ver que Osmel había sido agredido, se lanzó sobre Ramón la Langosta con el ímpetu de un tren sin frenos, impulsado aún más al darse cuenta que el segundo cintazo iba previamente dirigido a él.

3. Kike Korn, al ver que ya había comenzado la bronca y que el Gena se abalanzaba sobre Ramón la Langosta, lanzó un formidable golpe cuando su amigo estaba casi al alcance de los puños del Gena.

4. Osmel se había levantado del suelo al momento, pero se tuvo que concentrar en defenderse de los golpes y patadas recibidos de la Cangreja. En cuanto pudo calcular la distancia y la trayectoria, le lanzó un golpe certero a la quijada.

5. El Gena había logrado detener el azote, agarrando el cinto con la izquierda, mientras—con la otra mano— atrapaba los cabellos de Ramón la Langosta, cuando de pronto sintió un fuerte golpe en la sien que le nubló la vista y le hizo rodar por el suelo.

6. Borges se abrió paso con su corpulencia avasalladora y se lanzó, sin coordinación ni cálculo, sobre Kike Korn y Ramón la Langosta, lanzándolos contra la multitud. El encontronazo fue tan formidable que cinco más rodaron por el suelo.

7. El Runo y Milovan la Puerca se unieron a la pugna y trataron de derribar a Borges mientras Ramón la Langosta intentaba quitarse a Osmel de encima, quién había aprovechado la caída de su agresor para aventajarle en postura. El Gena se liaba a golpes con Kike Korn.

8. La Cangreja yacía en el suelo sin conocimiento.

9. Adolfo, apenas comenzó la pelea, había ido a buscar ayuda y ya estaba de vuelta con Richy y el Mosque.

Paz f. (lat. Paz). Estado de un país que no sostiene guerra con ningún otro// sosiego (SINÓN. v. Tranquilidad) // //

Luego que los carros patrullas se alejaron del sitio, todo volvió a la normalidad, Adolfo, Richy y el Mosque, únicos del grupo que sobrevivieron a los arrestos de la policía por no haber sido partícipes de la pelea, intercambiaron miradas de incertidumbre, pues no sabían qué carajos va a pasar ahora, asere, comentó el Mosque rompiendo el silencio, y yo no estaba preocupado por gusto, Jaime, al otro día teníamos que tocar, y ahora, con el Gena, Osmel y Borges presos estamos embarca'os, respondió Adolfo, nada más quedábamos tres. ¿Te imaginas, primo?, y lo peor era que el hermano de la Cangreja, cuando iba a ser arrestado, arremetió contra uno de los policías con aquel cinto de lo más impresionante, Jaime, no era fácil que le dieran a uno con eso en la carátula, todavía debe tener la marca, decía Richy, pero no, primo, solo unos rayoncitos nada más, bueno, en el caso de Osmel, porque... ¿Y tú no viste al policía?, discrepó el Mosque, ¿No te fijaste en la cantidad de sangre que soltó?, y de seguro aquello no iba a terminar ahí —según la opinión de Richy—; era muy probable que el policía herido y sus compañeros tomaran represalias con todos ellos en cuanto llegaran a la unidad, Jaime, tú sabes que eso es así.

El concierto ya había comenzado y, asere, ya nadie se acuerda de lo que pasó, salvo ellos que observaban la actuación de Combat Noise mientras seguían intercambiando impresiones de lo sucedido, sintiéndose mal, ahogados en desesperanza, compadre, si a ellos no los sueltan mañana hemos venido por gusto a este festival... no vamos a poder tocar, coño. Estábamos casi convencidos de eso, Jaime, ¿Quién no, después de todo lo que pasó?

Alarma f. mil. Señal que se da para que se prepare inmediatamente la tropa a la defensa o al combate. // Rebato: dar la alarma. // Fig. Inquietud: vivir en perpetua alarma.(SINÓN. v. Temor.)

Al ver acercarse hacia ellos la Cangreja, quién escapó del arresto al ser rescatada exánime del lugar del conflicto mucho antes que la policía llegara, y ahora estaba perfectamente consciente, pero con un moretón en el remate de la quijada.

¿QUÉ INTERROGANTE CRUZÓ RAUDA POR LA MENTE DEL MOSQUE?

El hecho curioso de que la Cangreja ni fue a la Unidad de la policía a ofrecer declaración a favor de su hermano Ramón, alias “La Langosta” (insecto ortóptero saltador // crustáceo marino de gran tamaño, con cinco pares de patas pero sin boca)

¿QUÉ RESPUESTA PUDIERA DAR LA CANGREJA A TAL INTERROGANTE?

El no haber olvidado las dimensiones extraordinarias de la verga del Mosque, cuya sola evocación causaba en ella copiosas secreciones de fluido vaginal y la elevación de su temperatura corporal. Debido a esto, saciar sus apetitos era, para ella, más importante que darle la cara a la ley con el fin de mejorar en algo la situación de su hermano.

¿CUÁL SERÍA LA ASOMBROSA NOTICIA QUE LLEGARÍA A OÍDOS DEL MOSQUE AL OTRO DÍA POR LA NOCHE?

Que por la mañana la Cangreja había sido citada a la Unidad de la P.N.R donde todavía estaban detenidos su hermano, Kike Korn, Milovan la Puerca, el Runo, el

Gena, Osmel y Borges, y tras un riguroso interrogatorio había regresado a su casa y ahora estaba en el concierto, portadora de una buena noticia y dos malas.

¿EN QUÉ CONSISTÍAN LA BUENA Y LAS DOS MALAS NOTICIAS?

La buena: Le habían dado la libertad a Milovan la Puerca, Kike Korn y el Runo, no sin antes ponerles a cada uno de ellos multas de treinta pesos por alteración al orden público.

Las malas:

1. Les iban a dar la libertad también a Osmel, el Gena y a Borges (desde el punto de vista del Mosque, Richy y Adolfo, esta era una buena noticia)
2. Ramón la Langosta iba a ser procesado por agredir al policía y haberle inferido daños corporales.

¿QUÉ ACTITUD ASUMIERON UN GRUPO DE FRIQUIS, AMIGO DE LA LANGOSTA Y LA CANGREJA, AL VER A ÉSTA ACERCÁNDOSE AL MOSQUE Y CÍA?

De alerta ante la posibilidad de ocurrir otro altercado, por ser la Cangreja causa de todo el embrollo.

¿QUÉ FUE LO QUE MÁS LES LLAMÓ LA ATENCIÓN DE LA CANGREJA AL MOSQUE Y CÍA?

El detalle curioso de ella acercarse a ellos como si nada hubiera sucedido, qué cara 'e palo, Jaime; tal parecía que la Cangreja no asociaba a Osmel (agresor) y al Gena y Borges (compinches del agresor) con ellos. La conversación comenzó con una sonrisa en su rostro edulcorado por la voluptuosidad (olvidemos el moretón en la quijada)

¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA CONVERSACIÓN ENTRE ELLOS Y LA CANGREJA?

Cangreja: ¡Qué volá! (sendos besos en las mejillas de cada cual)

Richy: (estupefacto) Ná... ahí, en talla.

Mosque: Sí, todo normal (alzando los hombros y lanzando miradas de soslayo hacia el grupo de friquis que observaban la escena, expectantes)

Cangreja: ¿Qué van a hacer después del concierto? (dirigiéndose al Mosque)
¿Van a descargar a la ciudad o se van pal albergue?

Adolfo: Oye, no es por nada (había reparado en el grupo de friquis), pero lo mejor que tú haces es barajarte. ¿Quieres buscarnos problemas a nosotros también?

Cangreja: ¡Eh, eh, qué te pasa tú! (torciendo la boca de forma despectiva). ¡Yo estoy hablando con él y no contigo, tú! (señalando al Mosque)

Adolfo: Por tu culpa los demás del grupo están en cana.

Cangreja: ¿Sí? ¡Mira para acá! (señalando al moretón en su quijada) ¡La culpa es del comemierda ese del cantante de ustedes! ¡Ahora esto no se me va a quitar en una semana!

Richy: Asere, tú me vas a perdonar pero fuiste tú quien tuvo la culpa de todo.

Cangreja: ¿Qué culpa de qué ni que ná? ¿Qué yo hice, a ver?

Adolfo: Coño, chica, después que te dormiste a Osmel, al otro día ni lo conocías; vaya, cualquiera se acompleja.

Cangreja: ¡Me da la gana, me-da-la-gana! Yo no quería estar más con él, ¿quién me va a obligar? ¿No? (dirigiéndose al Mosque)

Mosque: (silencio)

Adolfo: Y pa' que te enteres y no te embulles, después que salgamos de aquí nos vamos todos a dormir, y ya.

Richy: Ahora es capaz que por tu culpa no podamos tocar mañana.

Cangreja: ¡Eh, se van pa' la pinga los dos!

Adolfo: ¡Cuidado, que puedes perder la jeta!

Movilización f. Acción de movilizar (poner en actividad o movimiento: movilizar una tropa, una ciudad. // Incorporar a filas, poner en pie de guerra)

Todos ellos (los friquis amigos de la Cangreja) al ver que gesticulaba de forma descompuesta (Adolfo) a la vez que le gritaba a ella (la Cangreja) insultos de carácter libidinoso (no lo habían podido escuchar bien debido a la distancia en que se hallaban (los friquis amigos de la Cangreja)), se dirigieron de forma unísona (los friquis amigos de la Cangreja) en dirección a ellos (el Mosque, Adolfo y Richy) con el ánimo de caerles encima.

Apaciguar v. t. Poner en paz, sosegar, aquietar. // -SINÓN. Calmar, tranquilizar, serenar, aquietar, pacificar, satisfacer, templar. V. th. Aliviar. Fig. Apaciguar los ánimos.

Fue lo que hizo la Cangreja al ver a sus amigos (el Cojo, Lalo, Omarito Manson, el Juez y el Pesca'o) acercarse de manera abrupta y descompuesta:

—¿De verdad, Cangreja, que no pasa nada? —preguntó el Juez. En su rostro se reflejaba incredulidad—. Yo vi a éste tipo manoteándote y diciéndote cosas.

—No, asere, estábamos hablando nada más—respondió la Cangreja.

El juez tenía la mirada clavada en Adolfo, y yo me decía: el tipo no se traga el cuento, se va a formar, se va a formar. El resto de la tropa intercambiaba miradas torvas con el Mosque y Richy, como midiéndonos, Jaime.

—¿Segura?—insistió el Juez.

—Claro, asere; no hay ningún lío —respondió la Cangreja.

Interrogante adj. Que interroga. // -m. Pregunta: responder a unas interrogantes, signo que indica la interrogación (¿?).

¿Cuál es el motivo por el cual la Cangreja mintió sobre lo que en realidad estaba sucediendo?

¿Qué objetivo perseguía con ello?

¿Sería que estaba interesada en alguien más del grupo? ¿Adolfo quizás? ¿Richy? ¿... en mí?

Revelación f. Acto y efecto de revelar: revelación de un secreto. (SINÓN. V. publicación.) // Cosa revelada: las revelaciones de San Juan.

1. Revelación de Marino la Anguila, conocedor de la música del grupo y considerado así mismo como uno de sus fans más acérrimos en Camagüey que, para instruir sobre las cosas que podrían suceder, ha dado a conocer de antemano por medio de su amigo Cabeza de Sorbeto, al Mosque, quien dio crédito sobre todo lo que fue dicho. 2. Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y los que observan las cosas en ella escrita pues el desenlace de este capítulo está próximo. 3. Mosque, a los pocos minutos de la policía haberse llevado a la Langosta, Milovan la Puerca, Kike Korn, el Runo y los tres de tu grupo, la Cangreja, quien como sabéis salió airosa aunque inconsciente de la intervención policial, unióse al piquete de mi socio la Anguila luego que hubiéronse marchado los carros patrullas. 4. Y Anairis Maldonado, alias “La Cangreja”, dijo más o menos así en cuanto le preguntamos el motivo de haber abandonado al hermano en su desgracia: “pues imposible es que me deje arrastrar por semejante contratiempo, ya que la suerte me ha deparado un nuevo juguete —señalando a vos, ya te puedes imaginar mi asombro, Jaime, ¿quién iba a adivinar semejante cosa?— para ser triturado, molido y pulverizado en mi central azucarero —así de vulgar expresábase ella—.” Por lo que mi consorte respondióle: Cangreja, cojone, eres el colmo de la putería; por lo que yo le respondí a mi socio la Anguila, quien te ha hecho llegar por medio de mí su testimonio: asere, qué clase de puta más puta. 5. Ved que ella ahora no os quita los ojos de encima y ni loca se despegas de tu piquete, pues sois vos su objetivo, y el tiempo está próximo así que deja la guanajá, asere, que te veo pasmao, y dale cabilla a esa loca sino dice por ahí que eres manfa por no haberle hecho nada. 6. Y así díjome la Anguila que te dijera al final como prueba de la veracidad de sus

palabras: 7. Yo soy el Alfa y el Omega, el que todo lo sabe aquí en Camagüey y el que de todo se entera; el que es, el que era, el que viene y se va con la última a mano, el Todoconocedor.

Contrariedad f. Oposición que tiene dos cosas entre sí. // Obstáculo, impedimento: tropezar con una contrariedad. // Desazón, disgusto. (SINÓN. v. Molestia y decepción.)

Pues cuando ya el Mosque se disponía a entrar al ataque, Combat Noise comenzaba los primeros acordes de Marching to Devastation, su tema más popular, haciendo que la Cangreja se lanzara de un salto hacia la muchedumbre enardecida, cortándome el impulso, Jaime, la muy cabrona, que se contorsionaba al ritmo de la música. Durante el resto del concierto el Mosque la perdió de vista, pero cuando culminó la actuación del Jagger y sus huestes, y sobrevino la modorra, la pausa en cuyo lapso aprovechaba la segunda banda de la noche para prepararse. Todos, principalmente el Mosque, pudieron avizorar a la Cangreja ya borracha, perdida, hecha un aura, Jaime, y arrojada en brazos de un desconocido en cuyo rostro no cabía un piercing más, Jaime, si vieras eso. En ese momento el Mosque, tuve la convicción, primo, que el tal Marino la Anguila no era el Alfa y la Omega, ni el que todo lo sabe, ni el que es ni el que era, ni tampoco el todoconocedor; sino un hablamierda, pues su profecía había resultado incierta.

Veracidad f. (lat. veracitas). Calidad de veraz: negar la veracidad de un relato. // Sinceridad. (SINÓN. V. Franqueza.)

Supo que sus sospechas eran veraces pues, otro día por la noche, ya estando el Gena, Osmel y Adolfo libres, la Cangreja no se había acercado más al piquete, ni siquiera lanzaba miradas de soslayo, la muy puta, Jaime, ¿Pensaría ella que yo me iba a perder algo? Al Mosque le resultaba hasta conveniente no tener nada que ver con ella, total, a lo mejor me metía en un lío o me pegaba alguna enfermedad.

Esa noche el Gena, Adolfo, Osmel y Borges habían ligado unas groupies, y después del concierto regresaban temprano a Villa Siboney, y ni se les ocurra aparecerse por todo aquello, le dijo el Gena al Mosque y a Richy; luego se quedó observándolos mientras se alejaban, como para tener la certeza que la orden iba a ser cumplida; después se dio vuelta y agarró a su groupie por la cintura para juntos dirigirse, las cuatro parejas, hacia el distante reparto donde estaba enclavado el edificio-hotel-albergue (Villa Siboney). Por el camino el Gena iba rememorando, con la ayuda de Borges, las vicisitudes vividas en la estación de la PNR (conocida entre los rockeros como Pene R), y cuando ya se hallaban lejos el Mosque le decía a Richy, coño, compadre, clase de suerte tienen estos tipos, y Richy sí, ¿viste?, ahora se van ricos, a singar, y ellos iban caminando, haciendo cometarios sobre el Gena y los demás mientras seguían a un grupo de friquis.

Dos de ellos se dieron cuenta de la presencia de Richy y el Mosque y se acercaron a ellos. Asere, dijo el de los cabellos más largos, estrechándole la mano al Mosque, ustedes tocan mañana ¿no?, y el Gena a Adolfo ¿Qué no? ¿No te acuerdas que saliste corriendo?, no te hagas el extranjero que tú llegaste conmigo a la bronca y te perdiste cuando llegaron los piñazos, y Adolfo deja la gracia, asere; tú sabes que yo regresé a buscar ayuda, y Borges sí, es verdad, al primero que le avisó fue a mí, lo que pasa que yo apenas entendía lo que estaba pasando, cuando me di cuenta fui para allá a fajarme y llegué de... ¿Primero?, dijo el friqui. No, respondió el Mosque, eso fue lo que se regó por ahí pero no, no vamos a ser los primeros; vamos a cerrar el Sábado. Y a medida que avanzaba la conversación con aquellos friquis, el Mosque y Cía. se iban adentrando a un parque colmado de rockeros, del carajo, Jaime, allí pasamos la noche. Compadre, yo te voy a decir una cosa, le decía el Mosque a uno de los friquis, a mí no me gusta tocar ni de primero ni de último, más bien en el... medio de la bronca y no tenía ningún respaldo, menos mal que se apareció Borges y me salvó la vida, decía el Gena, de madre, el gordo éste parecía una aplanadora, tumbó como a siete de un solo golpe.

Admiración f. Acción de admirar. Cosa admirable (SINÓN. v. Entusiasmo. Contr. Desdén, desprecio.)

La idea de unir los dos primeros temas para ejecutarlos sin descanso durante doce minutos había sido acertada. Por eso, al otro día por la noche, luego que los demás grupos hubieron finalizado las actuaciones, el Mosque y Cía. Subieron al escenario, armaron todo sin apuro, probaron sonido en solo unos minutos y anunciaron el inicio del espectáculo. Al apagarse las luces, comenzaron a ejecutar acordes melancólicos previamente compuestos para la obertura, luego irrumpieron violentamente con el tema: Throne of the darkest lord a toda velocidad, el cual unieron con el tema: Anthems of war; y fueron, efectivamente, doce largos minutos de fuerza arrolladora y aullidos demoníacos que activaron, con energía electrizante, a toda la masa rockera, Jaime, si vieras eso, parecía la yuma. El entusiasmo que causaron ante tal muestra de poder, cohesión y virtuosismo hizo olvidar a todos, incluido a la Langosta, quien estaba allí en libertad bajo fianza hasta el día del juicio, del altercado ocurrido con Osmel, el Gena y Borges.

Éxito m. (lat. exitus). Fin o salida de un negocio o asunto. Resultado de un negocio, actuación, etc. (SINÓN. Acierto, triunfo, victoria. V. tb. suerte)

Fue la apoteosis. La ovación venida después del último tema se asemejó al rugido de una tormenta. Al ellos bajar del escenario se vieron rodeados por una gran cantidad de nuevos acólitos que les pedían autógrafos, como si uno fuera un rockero famoso, primo, me parecía que estaba en la yuma, los felicitaban y les prodigaban fervorosos elogios colmados de superlativos y exageradas comparaciones. Muchos de aquellos fans se hallaban borrachos, otros en pleno Nirvana, bajo sabría Dios—así pensó el Mosque al darse cuenta—qué tipo de droga. Al Mosque dirigir la mirada hacia el Gena vio que éste estaba besando a una friqui de cabellos tejidos en finas trenzas y el cuerpo enfundado en un vestido de corte gótico, como una vampira, primo. Debajo de aquellos atuendos lúgubres

se atisbaba una gran belleza, y en sus ojos embrumados y las jerigonzas que salían de su boca pintada de negro se presentía la acción de algún alucinógeno. Ella, luego de besarse con el Gena, se arrojó a los brazos de Adolfo, loquísima, Jaime. El Mosque se dio cuenta que los demás colegas del grupo estaban haciendo cola para besarla. ¿Qué te parece, Jaime?

Humillación f. Acción de humillar o de humillarse // Afrenta: sufrir una humillación.

Richy le hizo una seña para que se uniera a la cola y el Mosque se colocó detrás de Osmel. Durante varios minutos planeó la manera en que le iba a dar el beso a la lúgubre benefactora. Primero la lengua bien adentro, pa' que vea que soy un loco, se decía, y después le chupo la de ella, vaya, que es un compresor lo que le voy a poner, la voy a volver loca; después le chupo los labios y le mordisqueo el de abajo que lo tiene rico, y mientras, le voy masajeando las nalgas que las tiene mejor todavía y le meto la mano en la rajá del culo, y si me deja le muerdo el cuello y le vuelvo a morder el labio y le sigo masajeando el culo y...

—No, tú no—dijo ella en cuanto el Mosque se le plantó delante.

—¿Cómo?—el Mosque perdió los colores del rostro.

—Contigo no—sentenció ella antes de darle la espalda.

El Mosque se quedó rígido, su rostro adquirió un tono macilento. Sentía su cuerpo flotando en el aire, como si el mundo se hubiera derrumbado y solo quedara un vacío terrible al que estaba a punto de precipitarse. No advirtió las miradas de lástima de sus colegas, la sonrisa burlona en el rostro del Gena, ni tampoco la expresión de asombro de los fans, testigos también de lo ocurrido, ni escuchó la risa en sordina de los maliciosos; solo veía alejarse a aquella vampira gótica que lo había puesto en ridículo delante de todos.

—¡Te puedes ir pa' la pinga, puta 'e mierda! —gritó sin recibir respuesta.

Desenlace m. Acción y efecto de desenlazar o desatar. // solución del nudo de un poema dramático, de una novela, etc. : un desenlace imprevisto.

Furioso y embebido en turbios pensamientos, el Mosque se dirigió al baño rumiando amenazas que no se atrevió a proferir en el momento propicio. Al llegar al baño vio que estaba colmado de personas y le dio la impresión que la providencia se estaba burlando de él. El éxito que hubo disfrutado minutos antes se borró de su memoria inmediata junto al influjo vivificador de aquel momento. Posicionado en la retaguardia de la cola y nervioso por la prestanda, al Mosque se le ocurrió imaginarse a sí mismo como una persona pequeña e insignificante a la vista de todos; un pobre infeliz marcado por la mala ventura y el deprecio; un miserable perdedor, sin experiencias gratas que contar, sin el mismo empuje de sus colegas, sin la suerte del Gena, Adolfo y Osmel que siempre se repartían lo mejor del grupo.

Había sido una estupidez de parte de él pensar que podía gozar de los favores de aquella vampira gótica y también de la Cangreja, que se había largado con aquel pararrayos ambulante. De seguro —pensaba él— que el Sorbeto ese me engañó para que metiera la pata con esa puta y pasara tremenda pena, si lo veo de nuevo... a mí nada más se me ocurre que la vampira esa, linda que estaba la muy cabrona, me iba a dar un beso a mí, coño, yo que anoche tuve que andar quema'o por la calle hasta las cinco de la mañana mientras el Gena, Borges, Adolfo y la forzuda de Osmel estaban singando con las tres locas aquellas riquísimas, coño, y yo tuve que acostarme en un banco del parque aquel, me cago en el coño de mi madre, carajo, qué mala suerte, ¿por qué no acaba de caminar la cola 'e mierda ésta? Caminen, caminen que me orino...

Una idea iluminó su mente. Me voy a orinar pa' la parte de atrás del baño, qué coño. Se apresuró en rodear la maciza construcción abandonando la cola sin dar el último, qué carajos, el que venga atrás que se joda, y se tapó la nariz pues la pestilencia era insoportable. Se sujetó de la rugosa pared para poder vadear el lago de orine cuya fuente provenía de un riachuelo que escapaba del interior del

baño. Miró atentamente al suelo para no pisar otras cosas peores y se adentró en la oscuridad de la parte trasera de aquel baño público.

Pero allí había otra persona. El Mosque quedó petrificado. No por el hecho de molestarle orinar junto a alguien más, sino que quien se hallaba allí era una mujer; una mujer que estaba vomitando, arqueando la espalda en espasmódicas contracciones mientras se apoyaba de la pared.

Y la sorpresa fue mayúscula cuando aquella mujer levantó la cabeza y el Mosque vio que era nada más y nada menos que la Cangreja. Ella también lo había reconocido y comenzó a limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Toma—el Mosque le extendió un pañuelo.

—Una nota de pinga—dijo ella a modo de excusa—, como hace tiempo no cogía una.

La Cangreja agarró el pañuelo y comenzó a limpiarse los rastros de vómito en su boca. De súbito comprendió lo que el Mosque había ido a hacer allí.

—¿Vas a mear? Hazlo sin pena, yo no voy a mirar.

El Mosque después se preguntaría cómo en aquel momento no adivinó las verdaderas intenciones de la Cangreja, pues se había creído el cuento. Cuando hubo culminado y se estaba sacudiendo el miembro, se dio cuenta que ella lo estaba observando.

—No, no la guardes todavía—dijo ella.

Y se acercó dando tumbos con la mirada fija, hipnotizada, presa de una atracción magnética hacia el objeto de sus deseos. El Mosque sintió una oleada de sensaciones desconcertantes: se hallaba en Camagüey, en pleno local al aire libre —de donde ya se estaban marchando las huestes rockeras—, oculto detrás de un baño sucio y apestoso, recostado dócilmente a la pared, abordado por una felina, nada de Cangreja, de aliento impregnado de cañazo, mucho más apestoso que el orine derramado por mil vejigas, cuyo vaho le llegaba de forma explícita por sendas aberturas.

Pronto, tan rápido que no le permitió realizar acción alguna, la Cangreja le había bajado el jean, el calzoncillo, y ya estaba tragándose el miembro semi-enhiesto

que con solo una chupada se transformó en una barra férrea, capaz de traspasar la armadura de un caballero del medioevo.

La Cangreja chupaba, lamía, mordisqueaba, tragaba y sacudía el miembro con una maestría insuperable. El Mosque se estremecía de placer, las piernas le temblaban y apoyó ambas manos en la pared, pues temía derrumbarse en cualquier momento. De vez en cuando la Cangreja deslizaba la boca hasta la base del vergajo y el Mosque sentía, en toda su intensidad, la calidez de aquella garganta. Al ella deslizar la boca de regreso al glande el Mosque exhalaba un hondo suspiro y sus piernas casi se doblaban. Se preguntó cómo ella se las arreglaba para no vomitar cada vez que su segunda cabeza, ahora convertida en una masa morada de tanta succión, tocaba fondo en la cavidad de aquella boca.

Cuando el Mosque se desbordó en cálido torrente ya no quedaba casi nadie en aquel lugar. Los técnicos y utileros del audio estaban desarmando el andamiaje, y el grupo anfitrión (Grinder Carnage) recogían sus equipos. El Mosque se guardó el miembro, que ya había disminuido en volumen, y corrió el zíper de la portañuela.

Estaba exhausto y le temblaban las piernas. Echó a andar con lentitud.

Cuando llegó al borde del lago de orine se detuvo: se había acordado que dejaba atrás a la Cangreja.

Al regresar y asomarse vio que ella seguía sentada en el suelo, al parecer dormitando la borrachera. En su rostro brillaba algo que al Mosque le llamó la atención: tenía la boca y la barbilla anegada en semen.

Sin pensarlo mucho se alejó de allí.

VII

Mira lo que hiciste, te embarraste toda la mano, enfermo mental de mierda; no pudiste evitar masturbarte, claro, ¿cómo evitar caer en la tentación después de haber recordado todo aquello? ¡Qué Cangreja! ¡Qué boca! Casi fuiste a parar al suelo, pero te sujetaste de la pared del baño en el momento del clímax, coño, qué pared más fría, claro si es de metal, tan fría como la superficie del Westinghouse de la casa. ¿Habré choteado la taza del baño? El primero que se siente ahí se va a embarrar de intriga, ¿y a mí qué me importa? Por suerte traes un pañuelo, pajizo de mierda, ese pañuelo ya no va servir para más nada.

Salgo del baño, me cierro la portañuela con un rápido y preciso movimiento, por si alguien me ve. Coño, qué clase de flojera tengo. Me tambaleo a cada bandazo del tren, caramba, esto es estar literalmente “pajeado”. La mar estaba serena. Sí, tambaleándome como un bote en la mar, no tan serena. Serena estaba la mar.

Otro bandazo. Mis manos se aferran intuitivamente a ambos lados de las paredes de metal. Me tiemblan las piernas. No pude aguantar, carajo, qué clase de quemá esa Cangreja, Dios, esa boca; coño, asere, estás flojo de verdad... ¿estaremos llegando a alguna estación? Veo resplandores, la gente que se anima... ¡las luces se encienden!

Ahora la mar sí se está poniendo serena. Parece que el tren se detiene, ¿a dónde habremos llegado? Mi mochila, allí, sola en el asiento, tengo que volver, vienen para acá unas ferromozas, el pasillo lleno de gente... ¿A dónde? ¿A Ciego de Ávila? ¿Y ya pasamos Santi Spiritus, o Ciego de Ávila queda después de Santi Spiritus?

La gente se mueve. La mayoría se siente atraída por el pregón de vendedores ambulantes: paaaan con queeeeeeso, pastiiiiica de manííííí, refreeeeeeeco, vaya, carameeeeeloooo, sodbetoooo, pizzalapizzacalieeeeeente. Tengo que llegar rápido a mi asiento, los rateros aprovechan estas oportunidades para llevarse cualquier cosa. Hay movimiento en todo el tren, gente en los pasillos, demasiada gente; merolicos, aquel negro, niños, una pila de gente. Y del lado de acá también hay una buena cantidad de...

¿Y ella qué hace aquí? Me sorprende. Veo su silueta en el entrecoche, pero la gente me dificulta la visión; al menos desde donde estoy no la voy a poder ver bien. Por eso avanzo hacia allí, y a medida que me acerco comienzo a verla entre el gentío que pugna por bajar para comprar las golosinas que venden los merolicos.

Estás sorprendido, sí, porque ni te imaginabas que ella estaba ahí, tan cerca. Claro, imbécil, si estabas en el baño, pajeándote, cómo la ibas a ver pasar. Me sorprende aún más al ver lágrimas en sus ojos. Maldita sea, ¿qué estará sucediendo en esa cabecita? ¿Le pregunto? ¿Y si ella...? Siento temor, pero algo me hace avanzar; tal vez la premonición de que ella al fin va a desnudar su pasado y ofrecérmelo en confidencia para convertirme en su cómplice, su apoyo moral, claro, y yo gustoso de brindarle ayuda, cariño, a... amor, sí, claro que sí, ¿qué otra cosa si no? Y cerrar sus heridas, las heridas de un pasado construido a fuerza de vivir, vivir, vivir y mil veces vivir; o tal vez mal vivir todos los días y sufrir, amar, odiar; y quiero que ella se dé cuenta de mi deseo de comprenderla, aliviar su dolor; porque sí, de verdad la quiero, y ojala, coño, no me equivoque; no, no me puedo equivocar, claro que no, si estuviera equivocado no me palparía el corazón como ahora, que estoy ya casi frente a ella, pobrecita, ahora está mirando a través del cristal a las personas que están esperando subir, y ya están subiendo, la ferromozza ha dado la orden, y ella llora en silencio, la gente la mira, la ferromozza no se ha dado cuenta de su presencia, pero la gente sí, están viendo su dolor y la miran al pasar para después concentrarse en el pasillo, los pasajes, los equipajes, y yo la miro también y sufro, mi paso se retrasa, maldita gente, obstáculos, a mala

hora los dejaron subir, Sonia, por sus mejillas ruedan las lágrimas, lleva un cigarro en la mano, ¿ella fuma? No lo sabías: otro factor en su contra aparte de ser ¿cómo puedes pensar así? ¿Cómo puedes decirle analfabeta? Es demasiado duro tener esa opinión de ella, Alexis Carralero, no es justo.

¿Acaso yo tengo moral para hacerme el inteligente solo por haberme graduado de Derecho? ¿Acaso no fuiste siempre un bruto y un vago que no querías estudiar por estar perdiendo el tiempo con los rockeros? Te salvaste, Alexis Carralero; te salvaste por la Universalización, imbécil, sino ahora estuvieras preso como el Vara, o con el Sida como el Neutrón, o todavía malgastando tu existencia en las peñas del Club Atlético: ese maldito lugar que a la gente de la Asociación se les ocurrió llamar “Casa del Joven Creador” y que para todos sigue siendo el Club Atlético, antes local deportivo, ahora espacio para jóvenes creadores, sí, pero también cubil de aquella estirpe de estúpidos, como lo fui yo también años atrás, cuando creía en ellos y en el movimiento. Sí, viví muchos años equivocado, creyendo que éramos como una gran familia, fanatizado con todos esos slogans e himnos rockeros de “Moriré con las botas puestas, Somos hermanos del metal; Sexo, droga y Rock ‘n roll” y mil mierdas más. Por eso ella tiene derecho a equivocarse, claro que sí; a lo mejor ella es inteligente y llega a algo más en la vida cuando comience la Facultad, porque lo de modelo solo le va a durar lo que le dure la belleza. No, ella no es una analfabeta; ella es... la mujer de mi vida.

¿Conversará ella conmigo en el estado en que está? ¿No me tratará con la misma hostilidad que cuando la conocí y me dio por preguntarle lo que le estaba pasando? ¿Te llenarás de valor, Alexis Carralero? ¿Le hablarás?

—Estás llorando.

Pero esta vez ella no se esfuerza en ocultar su tristeza; solo cruza los brazos en el pecho y desvía la mirada hacia el andén de la desconocida estación. ¿Santi Spíritus o Ciego de Ávila? Pero mi silenciosa interrogante solamente recibe como respuesta el pregón de un merolico: Ven al pan con queso, ven al pan con queso, compra rápido que te quedas en esooo.

—Vamos a bajar un momento—me dice ella.

¿Y el equipaje?, pienso, todavía confundido. Hago un ademán de mirar en dirección a nuestros asientos, ella detiene mi impulso.

—Deja eso donde está, total, allí está el guardia y el viejo, ¿quién se los va a robar?

Su argumento todavía no me convence. Trato de mirar de nuevo.

—¿No se ve al guardia?—me dice.

—Sí, sí lo veo—contesto.

—Entonces no hay problemas con los maletines. Vamos abajar al andén, anda.

Desciendo a la polvorienta plataforma exponiéndome al sereno que siento con toda su hostilidad. ¿Te importa? Claro que no te importa morir de frío si vas acompañado por tu nuevo idilio. La turbación inducida por la inesperada reacción de ella, muy lejos de aquellos: no te metas, no quiero hablar sobre eso, te hace olvidar los cuchillos helados que el viento lanza contra ti.

—Qué frío ¿No?—dice ella.

—A ti nada más se te ocurre venir a conversar aquí, estando el tren tan calentico.

—Es que necesito relajarme un poco.

Y extrae otro cigarro de una pitillera y todo! ¿Quién iba a creer que ella fumaba?

Te sientes bien a pesar del viento frío, cabrón, estás jodido y ella está abrigada, pero no te importa.

—Eres tremenda graciosa —bromeo—, saliste para relajarte, claro, pero tú estás con una chaqueta puesta, así quién no; yo si estoy embarca'o, solo traigo puesto este pulovercito.

—Hace tiempo conocí a una persona en Holguín —dice ella mirando hacia la lejanía.

De inmediato me olvido del asunto del frío. ¿Qué significa ese comentario fuera de contexto? La sola suposición de que ella va a comenzar a revelarme sus secretos me llena de euforia. Esta vez mi voz adquiere un tono de complicidad.

—¿En Holguín, sí? ¿Y quién?

—Yo tengo una niña, ¿sabes?—dice ella, como si estuviera hablando sola.

Y por tercera vez sus palabras me toman por sorpresa. De repente comprendes que ella solo ha abierto ante ti el prólogo de su vida, que todavía ella guarda muchos secretos que posiblemente jamás conocerás.

—¿Tú? ¿Tú tienes una niña?

—Sí. Se llama Amalia.

—Vaya —digo, tratando de hacerme el ingenioso—, la verdad es que ustedes se han buscado nombres bonitos.

—Ella es tan bonita como su nombre—me contesta.

—No lo dudo, ella tiene a quién salir bonita.

Pero comprendo que nadie es perfecto. Que tras una figura celestial se pueden ocultar las mentes más propensas a la imperfección, a cometer los errores más atroces.

Sin dudas ella es una madre sin marido... debe ser; y apuesto a que la pobre está criando la niña ella sola después de haberse lanzado ciegamente a los brazos del primer camaján que le susurró fantasías al oído. Qué estupidez, Sonia. Pero, ¿acaso tener una hija es algo estúpido?

—Víctor, se llama él.

—¿Quién?

—Él. La persona que conocí en Holguín.

—¿Y...?

—Lo conocí hace años en unas vacaciones que pasé por allá, en casa de una tía mía.

—Déjame adivinar —le interrumpo—, ese Víctor es el padre de tu hija, ¿no?

Ella hace una pausa para lanzar una voluta de humo al aire gélido.

—Uno no sabe cuándo le va a llegar a una la hora—dice de repente—... a mí me llegó aquel día en que lo conocí.

—¿La hora, dices?

—El amor —contesta en tono teatral—, el amor que llega sin avisar y a manos de cualquiera. A mí me tomó completamente por sorpresa.

—Sí —digo. Los recuerdos comienzan a aflorar en mi mente—, eso llega a manos de cualquiera. Dímelo a mí, ya he pasado por eso.

—Aquel día yo estaba en el parque Calixto García cuando lo vi... allí, de pronto, sin esperarlo, montado en su moto que quiere más que a la propia madre. Él...

—Claro —interrumpo—, en ese dichoso parque siempre ocurren las cosas más imprevistas.

—Sí, pero no fue ese día que nos hicimos novios—prosigue ella—; resulta que mi primo y él se conocían y se saludaron, entonces mi primo me lo presentó. Dios mío, fue como si me hubieran dado un corrientazo. Después él comenzó a ir a menudo a casa de mi tía, y bueno, ya te puedes imaginar lo demás.

Ella hace una pausa. En sus ojos se advierte el preludio de una inminente irrupción de llanto. Minutos después compruebo que no va a ocurrir con exactitud lo que había vaticinado al observar sus ojos anegados, pues ella, en un titánico esfuerzo por no desmoronarse ante mí, tragó en seco, suspiró profundamente y le dio varias chupadas al cigarro. Ahora me hace una seña y nos dirigimos hacia un merolico que vende café caliente.

—Dos—le dice ella.

Mientras el merolico se apresura en servir los cafés, aprovecho para observarla con detenimiento. Ella se da cuenta que la estoy mirando y une su mirada a la mía.

—Te usó y después se olvidó de ti, ¿no?—le digo de repente.

Ella toma con cuidado los dos vasitos plásticos, extiende uno hacia mí.

—Algo de eso—responde.

El tren lanza un resoplido y sus costados se cubren de vapor. Los pasajeros que están en el andén se apresuran a abordarlo. Un pitazo estridente hiere la quietud de la noche. Ella y yo, ante tales eventos, nos apresuramos en tomar el café.

—Apúrate que nos dejan —me dice.

Soplo la superficie del líquido. El tren lanza un nuevo aviso. Mi apremio aumenta.

El viento arroja un millón de sables afilados. El café quema, hiere mi lengua. Ella termina de beber, devuelve el vasito.

—Vámonos, corre.

Termino el café. El líquido desciende por mi garganta dejando un sendero de dolor. Ella sonríe ante la palabrota que exclamo. Subimos al tren, nos adentramos en el pasillo, le echamos una ojeada a nuestros asientos y equipajes. Vemos que el mulato del Ministerio del Interior y el viejo están allí, conversando. Vamos de nuevo al entrecoche, me dice ella, y yo obedezco. Al llegar allí me percató que ella va a encender otro cigarro.

—Chica, no fumes tanto.

No me escucha, o hace que no me escucha. Segundos después ya está exhalando humo. Algo te hace suponer que ella te ha traído aquí para proseguir la confesión. ¿No, Alexis Carralero? ¿No querías saber los secretos de su vida? ¿No querías enterarte de sus problemas para tratar de ayudarla?

—¿Tú no tienes hijos?—me dice de pronto.

—No, que va, ni pensarlo... al menos por ahora.

—Eso pensaba yo también, no quería tener hijos por ahora... pero todo ocurrió sin yo pensarlo, así de improvisado.

—¿Y no pensaste en sacártelo?

—Sí, pero no me atreví. Me daba la impresión que iba a cometer un asesinato; y me alegro de no haberlo hecho, la niña salió preciosa, lo más lindo que he tenido en mi vida.

—Claro, tienes razón. Eso es como matar a alguien, dicen que los sacan en pedazos.

—Ni me hables de eso. Por eso no lo hice, ni lo voy a hacer nunca, aunque salga embarazada de nuevo —su mirada se pierde en un punto abstracto—. Coño, y pensar que él... que él no la quería. Más de mil veces me dijo que me lo sacara... hasta me amenazó.

De golpe comienzo a entenderlo todo, y me asombro de ver cómo los avatares de la vida, las preocupaciones y los malos ratos, unido al embarazo, no han

dañado su belleza. En su vientre no se apreciaba evidencia alguna de haber sufrido los rigores de una gestación.

—¿Llegaste a ver a ese tipo ahora, cuando estuviste en Holguín?

Ella duda por un instante. Le da otra chupada al cigarro.

—Sí, le llevé a su hija para que la conociera.

—¿En serio, no la conocía a estas alturas?

¡Claro! Estaba seguro que ese hijo de puta era el causante de su sufrimiento. Eso mismo es la respuesta a la pregunta que me he estado haciendo desde que subí al tren y la vi llorando.

—Perdona que me meta en tus asuntos pero, si yo hubiera sido tú no le hubiera llevado la niña para que la conociera, ni un carajo. ¿Ahora, después de tanto tiempo?

¿Cuántos años tiene ella?

—Dos—contesta.

—Dos años, ¿y ahora es que él se viene a preocupar por conocer a su hija?

—En realidad él nunca se interesó en conocerla.

—¿Sí? ¿Y por qué se la llevaste?

—No fui yo, fue mi mamá quien se lo llevó. Es que la sue.. la madre de él quería conocer a su nieta.

Ella le da otra chupada al cigarro. Yo hago silencio. En este mismo instante dos pasajeros pasan por nuestro lado.

—Yo no quise ir, mi mamá fue quien tuvo que llevar a la niña... y menos mal que no fui, porque ella me contó que el muy hijo de puta no quiso ni abrazar a su hija.

Sus ojos brillan de lágrimas enclaustradas. Ella hace esfuerzos por no dejar fluir el torrente.

—¿Por qué te importa tanto si ese tipo quiere a tu hija o no? Alégrate, cuando ella crezca a quien va a querer es a ti.

—No, no es eso.

—¿Qué otra cosa puede ser?—me encojo de hombros—. ¿Es que acaso todavía estás enamorada de él?

—¿Enamorada de él?—se sorprende—¡No qué va!

—¿Entonces...?

—Es otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Otra cosa. Y ya, no quiero seguir hablando de eso.

Ella desvía la mirada hacia el cristal de la puerta. La oscuridad del exterior es casi material. Los bandazos y la vibración es lo único que delata el movimiento del tren.

¿Hasta aquí ha llegado la confesión? En realidad estás perdiendo el tiempo, comemierda; te encuentras a solo... ¿dos provincias? de las Villas, de Santa Clara; en cualquier momento ella se bajará del tren y lo único que habrás hecho hasta el momento es hablar toneladas de mierda, hacerle preguntas estúpidas como si fueras un maldito policía, o una negra chismosa de solar habanero. Qué coño te importa a ti su vida, lo que debería importarte es lograr temprar con esta muñequita de Artex, linda, apetitosa, de poco cerebro y piernas dispuestas a abrirse ante el primer figurín bonitillo de los que viven y mueren ostentando con sus motos y autos en el parque Calixto García. ¿No querías gozar con el bonitillo, Sonia? ¿No querías paseítos en la moto? ¿Pensabas que ese monigote narcisista te iba a ayudar con la niña? Jódete, ahora no te vengas a quejar y a soltar lagrimitas.

—Yo solo quiero ayudarte—le digo.

—¿Y cómo tú me piensas ayudar?—la voz se le estrangula—. No, tú no puedes ayudarme.

—Hablar de los problemas con otra persona siempre ayuda. Yo...

—No quiero hablar sobre eso, te dije.

—Pero es que...

Y las palabras se quedan colgando de mi lengua, pues ella se ha echado a llorar y las lágrimas afloran en sus ojos con el ímpetu de aguas largamente contenidas. La contemplo un instante, mi rostro está mudado de estupefacción. ¿Qué puedo hacer?

¿Dejarla allí? ¿Retirarme para dejar que lllore tranquila? No, eso no.
¿Consolarla? ¿Darle un... un abrazo? ¿Permitiría ella que yo hiciese eso?
¿Querría ella llorar en mi hombro?

¿Qué reacción tendría?

Lentamente, con el miedo haciendo galopar mi corazón, me acerco a ella y acaricio sus hombros. De súbito quedo petrificado, rígido como un monolito, pues ella se ha abrazado fuertemente a mí, ocultando su rostro en mi regazo.

Su cuerpo tiembla. Ese cuerpo que ahora está tan apretado a mí, provocándome una mareada de excitación que calienta mi sangre y se refleja en mi rostro, tornándolo rúbeo. Mis ojos se humedecen, y es que comparto su dolor, aunque solo tenga una conjetura de lo que le está sucediendo.

Siento que soy capaz de protegerla, de darle cariño, amor; el amor que no le dio aquel figurín motorizado, aquel pisabonito, hijo de papá; payaso advenedizo que seguro se dedica a engañar a todas las incautas que se sienten atraídas por la elegancia de su maldita moto.

Coño, no puedo creer que ella esté ahora abrazada a mí de la misma manera que la linda de Adis, en aquel festival. ¡Sí, eso mismo es lo que tengo que hacer! Claro, llenarme, sí, de valor y hacer lo mismo que le hice a Adis. Tengo que aprovechar que la tengo así, tan cerquita, tan cálida, con su bulto rozando a mi soldado insomne, quien ya está en posición de combate; y esta proximidad es la que me hace buscar su boca, esa boca que tanto deseo. Sí, Sonia; tu boca de risa y llanto, tu boca de fruta madura. Tu boca, Sonia; tu boca...

—¿Qué coño crees que estás haciendo?!

Ella se separa bruscamente de mí. En sus ojos, anegados en lágrimas, se advierte la ira. Se pasa la mano por los cabellos, atravesándome con la mirada. Las palabras se le atragantan en un furor contenido.

—Toma, límpiame—le digo, extendiéndole un pañuelo.

—¿Qué coño te pasa? ¿Cómo te atreves?

—Yo...

—¡Fresco, estúpido! ¡Eres un estúpido como todos los hombres! ¡Coño, que nada más quieren eso de una!

—No, mira...

—¡Ni me toques!

Ella se dirige hacia el pasillo buscando su puesto mientras se enjuga las lágrimas con el puño de la chaqueta. Estoy paralizado, sin saber qué hacer. Maldito comemierda

¿Cómo se te ocurrió hacer eso? Lo has echado todo a perder. Solo a ti te pasa por la cabeza, por tu maldita cabeza llena de mierda, coño, que ella te iba a aceptar ¿Quién coño te crees? Claro, si lo único que tienes en la cabeza es mierda, hijo de la reputa de tu madre. Pero no es la primera vez que te pasa esto; por algo te cayó como anillo al dedo aquel poema que escribió Pablito, tu socio Pablo Negrura; aquello te sirvió como si fuera un traje hecho a tu medida, porque eres un maldito iluso que cuando te enamoras te transformas en un payaso de mierda, en un ridículo, un baboso, un pasa-penas. Bien que te sirvió el poema del Negrura ¿Cómo era que decía? ¡Claro! Decía lo que eres y lo que siempre serás toda tu vida: un arlequín, un bufón, un simpático y mierdero payaso...

... el alma de las fiestas donde eres invitado.

Sufres de todas las pasiones, amas a todas las mujeres,
te esfuerzas en lucirte ¿Eres en realidad quién pareces?

Tu copioso vocabulario, alimento de alegrías,
picardía para los hombres, sutileza para las divas.

Te esfuerzas en ser simpático ante el género humano
Y eres sin darte cuenta un mísero payaso.

Cae un día el telón acabándose tu show,
cuando caes en desgracia y te envuelve la perdición.
Sin siquiera esperarlo te visita la desdicha,

se acabó la payasada, terminó tu risa.

¿Dónde están quienes con tus bromas has divertido?

¿Dónde están todas aquellas mujeres?

¡Ahora has comprendido!

Cuando estás en mala hora no encuentras una mano,
sólo quieren tus ademanes de payaso.

¿Te creías simpático? Se reían de ti

¿Amado y buscado? Sólo un simpático mandril

¿Alabado por tus gracias? Un grandísimo mono

Te golpea la realidad, ¿te das cuenta? Estás solo.

Cae la pintura de tu cara maquillada,

consecuencia del llanto, holocausto de las lágrimas.

El disfraz de pesa como armadura de héroe,

ahora estás marchito cuando antes eras alegre.

La maldad de la gente te ha herido como agravio,

la soledad te cubre, ¡es mejor que ser payaso!

Destrozado y desdichado, hacia un abismo sin fin,

cae desde el escenario para siempre el Arlequín.

¿Acaso ya olvidaste los golpes que te ha dado la vida? ¿Los malos momentos, los sufrimientos que pasaste por ser tan ingenuo, por creer que por una simple miradita de cualquier mujer ya se estaban enamorando de ti; tú que siempre te burlabas de los hombres que se arrastran tras una mujer para hacer el ridículo en los lugares más inverosímiles y en los momentos más inoportunos? En eso mismo caíste tú aquella vez, imbécil ¿Acaso lo olvidaste? ¡Ah, Pablito, Pablo Ricardo! Eras el profeta de mi futuro, el visionario de mi existencia; por eso yo era el único

que te comprendía y te apoyaba; por eso te echaba una mano corrigiendo la ortografía de tus poemas. Todo lo que escribías era el reflejo de mis problemas existenciales, de mis inquietudes y mis frustraciones, sin darte cuenta, Pablito. Pablo Negrura, como te decían todos para burlarse de tu condición de poeta y de negro. Sí, aquellos rockeros imbéciles del Club Atlético nunca te comprendieron. Tu inspiración, Pablito, nacía de tu interioridad tormentosa, pero no sabías que eras parecido a mí, o yo a ti, pero tal vez menos infeliz, menos callado ante las bromas de mal gusto de los pseudos-friquis del ambiente; y ahora sí estoy demostrando que en el fondo soy igual que tú... o peor, porque soy un ridículo, un soñador de los peores. ¿O no recuerdas, Alexis Carralero, aquella época en que estabas haciendo el ridículo delante de todos por culpa de aquella maldita arpía? No te lo perdonarás nunca, como mismo no te lo vas a perdonar si vuelves a caer en lo mismo, porque estás cayendo en lo mismo, imbécil.

Avanzo hacia mi asiento. Ella está de nuevo observando la oscuridad a través de la ventana, con el rostro grave, los ojos lavados en lágrimas. Sonia casi te ha mandado al carajo y todavía sientes el impulso de seguir derramando litros de baba. ¡Despierta, inútil! ¿Eres anormal o qué?

Trato de ponerme cómodo en el asiento, pero me resulta inútil. Percibo que mi presencia la ha puesto en guardia, tensando sus músculos y endureciendo aún más la expresión de su rostro. Ella me repudia. Lo puedo ver, no necesito que me lo diga, y eso me hace sentir mal, indeseado, con la apremiante necesidad de alejarme de aquí, irme a otro coche y olvidar todo lo que ha pasado.

¿Y a ti qué coño te importa si ella se ha enojado o no contigo? Lo único que debe interesarte es que seguiste tus impulsos de cazador y atacaste como debía ser. Hoy te salió mal pero en otras oportunidades te ha quedado bien, y mañana te saldrá mejor, ¿o ya se te olvidó lo de Adis? Eso si te quedó bien. Ahora lo único que necesitas es olvidarte de ella, de lo que ha pasado, y seguir tu camino ¿No la pudiste enganchar? No importa, ya te saldrá mejor para la próxima. ¿No es cierto, Alexis Carralero? ¿Entonces por qué todavía sientes impulsos de lanzarte a sus pies e implorarle perdón como un maldito Romeo de pacotilla? ¿Por qué, maldito

anormal, tienes ganas de deshacerte en declaraciones amorosas? Sí, claro que soy un maldito anormal. Debo serlo para querer volver repetir con ésta lo que una vez hice con la serpiente venenosa de Yanelis. ¿No se te ha olvidado, Alexis Carralero?

El coche se oscurece. Han apagado las luces. En la oscuridad palpo la protuberancia de la palanca, la halo, inclino el asiento hacia atrás. Así me siento un poco más cómodo, pero la oscuridad es quien me ha traído el alivio. De esta manera no me siento obligado a ver la expresión de Sonia cada vez que mis ojos traicioneros la buscan.

Cierro los párpados y en medio del adormecimiento las imágenes del pasado me vienen a la mente, episodios de aquella maldita época en que cometí el segundo error más grande de mi vida, como casi he estado a punto de cometer, y la herida vuelve a abrirse; una herida que jamás cicatrizará, y es que todavía me veo yendo todos los fines de semana, en bicicleta y a la misma hora, a casa de aquella maldita, en donde el diablo dio tres gritos y nadie lo escuchó, para acabar de ponerme el cuño de ridículo y baboso; y eso es lo que eras, Alexis Carralero, porque ibas allí, esperanzado y ciego de pasión, sudando bajo el sol del mediodía, dando pedales como un endemoniado para ver y conversar con aquella quien tu mente de idiota hacía creer que era el amor de tu vida.

¿Recuerdas todo eso, Alexis Carralero? ¿Recuerdas, imbécil?

VIII

Sabía lo que iba a ocurrir a continuación; de nada le sirvió la experiencia de anteriores intentos, ni las bofetadas que él mismo se dio frente al espejo donde siempre se repetía: despierta, despierta comemierda, acaba de comprender..., ni los consejos que siempre le dieron sus amigos; y hoy tomó, por millonésima vez, la determinación de volver a hablar con Yanelis; por eso estaba aquí, sentado frente a ella, escuchando la música de su voz mientras miraba aquella boca que juró devorar el día que ella cediera; pero no tenía la certidumbre de que sus deseos se fueran a cumplir, sino que, dentro de unos minutos, aprovechará cualquier pausa en la conversación para decirle: tengo un asunto que hablar contigo, y nuevamente Yanelis adoptaría aquel aire maternal que él tanto odiaba y amaba a la vez; y a pesar de las dulces pero hirientes palabras que iba a escuchar no se esforzaría en frenar el torrente de lastimeras exhortaciones que se le desbordará de la boca, y ella, luego de aquella manida confesión, le explicará que no puede ser, que existe algo que se llama amistad que no desea echar a perder con una relación de seguro efímera; y él no, para mí esto no es algo pasajero, y ella seguirá hablando sin interrupción, manipulando palabras certeras y términos psicológicos mezclados con la verdad que él nunca quiso vislumbrar, porque el nudo que se le formaba en la garganta cuando ella se aparecía en los ensayos no se podía desatar sino con el sabor de sus labios, y por gusto se repetía hasta la saciedad el viejo refrán del que persevera triunfa para volver a caer, una y otra vez, en el maldito error, y luego callar, como hará dentro de poco, para escuchar sus palabras en tono de lástima hacia él y observar su rostro como un maldito

idiota, y luego levantarse y decirle: perdóname, ha sido un error, y ella de seguro contestará: no hay problemas, Mosque, y le dará un suave beso en las mejillas antes pálidas y él saldrá del cuarto seguido por ella y él en la puerta volverá a pedirle perdón, despedirse, cargar la bicicleta y bajar por las escaleras hasta la primera planta para alejarse de allí, presuroso y apenado; y ahora, mientras espera la oportunidad, repasa los recuerdos buscando un por qué, el significado de aquel amor que poco a poco fue creciendo sin él darse cuenta, y empieza a recordar el episodio ocurrido en aquella calle, la calle Cervantes salpicada de esporádicos transeúntes y algún que otro vehículo en el momento en que, junto a Raulito, Osmel y Francis, transportaba para su propia casa los bafles y equipos con los cuales ensayaban en casa de Raulito, pues los padres de él ya no resistían el ruido y hubo que emigrar: ese fue el inicio de Faustus, y también el momento en que comenzó a fraguarse aquella amistad que comenzó con una carta llegada a su casa por el correo ordinario, y según decía en el sobre la remitente se llamaba Yanelis Padura, y supo, al leerla, que tu dirección particular la obtuve por medio de la revista mexicana Banda Rockera, donde la vi publicada, y que frente al Pedagógico hay un bloque de edificios, y en el del medio, el número 26b, es donde está mi casa, primer paso de escalera (el de la derecha) apartamento 4, y él se sintió henchido de orgullo cuando leyó que había oído hablar de ti y es que tienes fama de ser un tipo 100% legítimo, un rockero de verdad que fusila música de la buena: Death, Black y Gótico, y también me contaron que tú, Mosque, ¿Te puedo decir Mosque? eres uno de los que más música tiene en Holguín, y yo soy también, como tú, amante de la música oscura, por eso quisiera conocerte personalmente para hacer amistad e intercambiar música, y él se alegró cuando al final de la carta ella le contaba que tengo discos de Moonspell, Dismal Euphony, Cradle of filth, Paradise lost, Therion, Lacrimosa, Death, en fin, lo que a mí y de seguro a ti te gusta, y qué grande fue la sorpresa que recibió cuando, casi llegando, junto con los colegas del grupo que arrastraban aquella carretilla colmada de bafles y piezas de batería, a la intersección de la calle Libertad, una muchacha de físico maduro, sonrisa equina y cabellos castaños

recogidos en una simple cola frenó justo a su lado —cabalgaba una Mountain Byke— y comenzó a auscultarle, desde sus botas militares (sin limpiar) hasta el pelo en proceso de crecimiento (tercera vez que él se lo cortaba) Ella lanzó una rápida mirada hacia la carretilla antes de decirle: Hola, qué tal, y él le contestó: qué volá, y ella yo soy Yanelis Padura, la que te mandó la carta, no se habrá perdido ¿no?, y le tendió la mano, y él ah, sí, sí, me llegó la carta, mucho gusto, y Raulito miraba la escena con una sonrisa pícaro jugueteándole en los labios, y ella te vi en el concierto que dio el grupo B . O. M en el teatro Suñol, y él, ¿cómo sabías que era yo?, y Francis adoptando postura de inconformidad, y ella ¿Tú conoces a Arniel, el que hace tatuajes?, él me dijo quién eras tú allí, en el concierto, andabas con un pulóver negro sin mangas, un pantalón oscuro y esas botas que traes ahora, Arniel te señaló y me dijo: mira, ese es el famoso Mosque, y él se sintió sorprendido: ¿Sí? ¿Y por qué no te acercaste?, y ella me daba pena, y Osmel aprovechando la oportunidad para prender un cigarro mientras observaba las nalgas erguidas de Yanelis en cuyo cauce se perdía el sillín de la bicicleta, y Francis Mosque, deja la conversadera que estamos en medio de la calle con estos tarecos, y ella le lanzó una mirada de reproche: ah, qué pesa'o, dijo, pero bueno —volviendo a concentrarse en él—, vamos a hacer una cosa, ve mañana a la peña de Rock que se va a dar en el Club Atlético y de ahí nos vamos para mi casa pa' que veas la música que tengo ¿Te cuadra? Y Raulito ah, descara'o, luego que ella se despidiera de él y se alejara en su Mountain Byke, vas a mojar el bacala'o, y él na, ella no está pa' ná, se le ve, y Francis es fea, tiene una boca que le sobran dientes, y Osmel sí, pero tiene un culo bueno, y Raulito Mosque, te pusiste nervioso cabrón, te gusta, y él ¿yo? no, si ella no es bonita ni na', lo que si tiene es tremendo swing, y Raulito sí que te gusta descara'o, yo sé cuándo a un hombre le gusta una jeva, y él negó y negó hasta la saciedad hasta que un día se dio cuenta que se estaba impregnando demasiado de ella; no solo fue a su casa aquella vez sino que se convirtió en su visita de todos los fines de semana y en su compañía en las peñas de Rock a pesar de ella ser novia de Arniel, y admiraba su desarraigo hacia los novios, su independencia por encima de leyes machistas, su

fuerte personalidad y aguda inteligencia (después se enteró que ella había estudiado Psicología en la Universidad de Santiago), y poco a poco, sin darse cuenta, se fue enamorando de ella; ya no solo sentía regocijo al verla llegar a las 5.30 a los ensayos en la Casa de la Cultura, y años más tarde en el Gabinete Caligari, sino que su corazón trotaba como un alazán y una fiebre se le subía a las mejillas cuando ella le saludaba con un tierno beso bien cerca de la boca; por eso se hacía la idea de que ella también se estaba enamorando de él, y tiempo después sus negativas comenzaron a desconcertarlo, y años más tarde fue comprendiendo que habían sido manipulaciones de ella para usarlo de trampolín y llegar al Gena para seducirlo y lograr el puesto de representante del grupo; pero en esa época estaba enamorado y solo veía que era bonita, a pesar de su sonrisa de Rocinante y los ojos desmesuradamente abiertos, sabía Dios por qué (luego supo que era un problema en la visión); y pronto, demasiado pronto, fue víctima de los celos; ya no miraba con buenos ojos a los novios que ella iba teniendo, por eso asesinó en su mente a Arniel, luego a Bernardo, el tunero, y en lo adelante a un sin número más de rockeros, pero le contaba a todos sus fantasías con ella, y los del grupo comenzaron a decirle: Mosque, date cuenta, ella es un diablo, no la tomes tan en serio, y él ná, ella no es lo que ustedes piensan, lo que pasa es que es soltera y se empata con quien a ella le gusta, y en el fondo se moría de ganas de estrecharla en sus brazos, morder sus labios y acariciar aquel cuerpo en la agradable intimidad de su cuarto: a media luz (imaginaba), o mejor, con la luz de la luna llena penetrando a retazos por entre la oscura pero delgada tela de la bandera de Cradle of Filth que tapaba la ventana; y algo Gótico, bien lindo, un Theatre of Tragedy escuchándose en la grabadora mientras la acariciaba (desnudos ambos) y poco a poco la penetraba hasta el fondo, y sus piernas desfallecían cada vez que imaginaba eso; sí, quería que eso ocurriera, y ese deseo fue lo que lo impulsó para que un día se apareciera en su casa, y ahí fue cuando conoció a aquel poeta de mierda cuya presencia no fue obstáculo para su decisión; pero años más tarde, cuando Richy entró en el grupo y le contó su pasión hacia Yanelis, aquél le exhortó a seguir intentándolo, y lo intentó, sí, pero

con el mismo resultado y ella siempre le decía: Mosque, si tú me gustaras qué linda pareja haríamos, y él soñaba con que algún día ella le cogiera lástima y le diera aunque sea una... ¿te conformas con una sola?, le respondió Richy; una noche de pasión, y derramaría por todo su interior la simiente de años que guardaba para ella, y un hijo, sí, que venga y a casarnos sí, con ella y si ella se empatara conmigo yo no dudaría ni un instante pa' casarme con ella y anduviéramos juntos, no solo en las peñas de Rock, sino adonde fuera, claro, aquel beso cerca de la boca que me dio un día ¿Y por qué no robarle un beso? ¿Me daría una galleta? Y qué me importa no y a lo mejor no pasa nada y se me da y a lo mejor ella espera un gesto como ese de hombre valiente y yo sí el único rockero coño decente que hay aquí en esa mierda de Caligari porque los demás no lo piensan dos veces pa' singarse a una jevita de esas puticas de secundaria que vienen a vacilar pelu'os y a putear con esas falditas amarillitas corticas que en mi tiempo quién se atrevía en la secundaria a traer esas faldas tan descaradas y sabrá Dios cuantas jevitas de esas han pasa'o por el machete de los rockeros y Richy me contó de esa Denya creo que se llama así ella sí la de la cara de muñequita se puso pa' él y él se la llevó pa' bajo de aquel puente que queda por casa del Vara y dice que ella es una maestra mamando y yo creo que no llega ni a los dieciséis años y coño de verdad que es linda pero tiene una cara de puta del carajo y Yanelis no la quiero para eso yo lo que quiero es un romance gótico sí es lo que quiero una jeva decente como Yanelis media loquita sí compleja sí inteligente sí y no una rockera puta como la Cangreja de Camagüey que no hay hueco por el que no se la hayan metido y ha mama'o más que una jeva de película porno y Yanelis sí Yanelis y si ella se empatara conmigo yo sería por primera vez capaz de casarme pal carajo y de boda sí si ella quiere claro y si no hacemos un ritual satánico y ni firmamos no sí firmamos y al carajo... ¿Cómo? ¿La audición del lunes? No, en eso no estoy pensando, y ella ¿en qué? Y él en otra cosa, pero no en la audición, y se dio otro buche de ron para llenarse del valor que le estaba faltando a pesar de no ser la primera vez que regurgitaba aquella declaración, y su miedo no era la inminente negativa, sino sus argumentos que ya resultaban

inverosímiles, y las manos le temblaban como mismo le temblaron aquella vez que tocó a su puerta y ella le abrió y una enorme sonrisa se desplegó en su rostro al verlo, y le dijo: Hola, qué sorpresa, no recordaba que hoy ibas a venir, y se enteró que tengo una visita, un amiguito mío, poeta, y lo vio al entrar al apartamento y atisbar hacia el cuarto, y su nombre era Abelardo, mucho gusto, y le resultó familiar su rostro pero no lo recordaba a pesar de que conocía a un gran número de poetas en la Asociación y no le extrañó (después se dio la segunda bofetada frente al espejo) la confianza que tenía aquel sujeto al punto de entrar al cuarto y acostarse con entera libertad en la cama, y ella le contó que Abelardo hace poco ganó un premio ¿No, Abelardo? El premio Irela Casañas ¿De cuánto es, Abelardo? Mil pesos, contestó él, y además me publicaron este libro, se llama: “La delgada línea de un rostro de mujer” ¿No te parece un nombre lindo, Mosque?, le dijo ella plantándole un pálido librito con la tosca e indiscutible factura del Poligráfico, mira que bello, prosiguió, oye como comienza la dedicatoria que me hizo Abelardo, oye, a mi más reciente y ¿Reveladora, le pongo? Y Ernesto no, eso suena un poco cursi, escucha lo que viene en este librito de Neruda, está mejor; y Abelardo ¿Copiar de Neruda? ¡No! Y Yanelis hallazgo, dulce ninfa, más interminable que la dulzura, carnal enamorada entre las sombras... ¿Cómo yo, un premio Irela Casañas, voy a estar copiando de...? Otros días, siguió dictándole Ernesto, surges llenando de polen tu copa, en la delicia, culminó Yanelis ¿viste qué lindo? Tu nuevo amigo ¿Tu nuevo amigo? No, mejor: el idólatra de tu belleza, rectificó Abelardo, luego garabateó su firma. Idólatra de su belleza ¿De dónde salió este mequetrefe?, pensó él en ese momento, y ella ¿No te parece de lo más preciosa la dedicatoria? ¡Te has quedado tan callado! Y él sí, está muy bien, y una ráfaga de imágenes hizo que su mente retrocediera seis días atrás, al sábado pasado: espérate un momento, le dijo Yanelis aquella vez, déjame saludar a un amiguito ahí, y se dirigió hacia el tumulto que ensombrecía el bar del Gabinete Caligari, devenida Casa del Joven Creador en aquella época. ¿Y Yanelis?, le preguntó Richy, que apareció de pronto, y él allí está, en el bar, y Richy ¿quién es ese tipito con quien ella está conversando?, y él no sé, la verdad es que nunca lo

he... ¡Ahora sí recuerdo de dónde lo conozco!, se dijo, y ella ¿Tú no escribías, Mosque?, sacándolo de sus pensamientos, y Abelardo ah, ¿también escribes?, y él bueno, tengo unos cuentos ahí, y ella sí pero le falta pulirlos un poco, cambiarles algunas cosas porque están un poco cheos, y Richy, oteando hacia el bar, por fin ¿Te empataste con ella?, porque los veo a ustedes saliendo juntos todos los Sábados, y Yanelis—minutos atrás— el hecho que yo haya aceptado salir contigo no quiere decir que yo... ¿Nada? ¿De veras que nada, asere?, exclamó Richy, y Abelardo no importa, sigue escribiendo que así es como se aprende; y luego de la conversación el Mosque se quedó allí, en el cuarto de ella, recostado a la pequeña lavadora Rusa que la madrastra había colocado frente a la cama por no caber en otro lado del apartamento, y a pesar de todo no le resultó para nada extraño que ellos hubieran hecho tanta confianza de un sábado para otro y tampoco le aguijoneó la duda cuando ella lo invitó a almorzar y a él le ofreció un mísero vaso de limonada, ni cuando ella se olvidó que estaba solo en el cuarto y se pasó cerca de media hora en la sala-comedor con aquel adulator de mierda, y él oyendo música, ensimismado en la idiotez de su lógica, diciéndose: ese es un moscón más de esos que la conocen y vienen a darle vueltas, como aquel tipo que trabaja con el papá y quería seducirla y era igual a este un tipo, así, común, pelado, con ropita chea y cara de salsero, y nunca pensó que podía representar una amenaza para sus planes, y luego ella recordó que lo había dejado allí y se encerró con él en el cuarto y su autoestima cobró fuerza: sí lo ha deja'o bota'o en el comedor y lo atendió por educación porque ella tiene tremendo tacto para la gente y claro que sí, si ella es Psicóloga y un psicólogo debe tener tacto y a lo mejor bueno me dejó tremendo rato aquí solo en el cuarto casi una hora y yo relaja'o con ventilador puesto; y ella comenzó la conversación diciendo: ayer me dijiste que ibas a venir hoy para hablarme de algo, ¿no?, y él sí, eso mismo, y entonces le hizo aquella, su primera declaración; estaba nervioso, con las manos heladas y las mejillas encendidas, y se asombró del pedregal de sus palabras a pesar de los disímiles ensayos frente al espejo que ayer volvió a consultar; y después, cuando regresó a la casa, volvió a mirar su imagen en la

pulida superficie, y de su boca salieron, como grabadas a fuego en la lengua, las más horrendas adjetivaciones hacia él mismo, porque cuando habló con ella hacía como dos días que el tipo aquel ya era su novio; y ahora, increíblemente, se halla de nuevo frente a ella en un intento por librarse de la pasión que lo ha estado matando en todos estos años; y ella ha callado de repente y él aprovecha para llenarse de valor, lanzar un hondo suspiro y clavar la mirada en aquellas pupilas al acecho sin saber que ella ya está cansada de escuchar más de mil veces sus parrafadas de romanticismo barato.

—Yanelis—dijo el Mosque, de repente—, tengo un asunto que hablar contigo.

IX

Y quién aquella vez me iba a decir que estaba equivocado yo quién me iba nadie nunca quise sin que saltara a defenderla quién iba a decirme si ella sí era la mujer sí ideal sí lo era ella en aquella época la rockera legítima interesada de verdad en la música como yo y no en abrir yo pensaba las piernas ella a cualquier rockero aquellas como las que van a las peñas putas oportunistas todas posers vestidas ellas como las más rockeras que nadie todas de negro y ella Yanelis no siempre de pinchos cadenas y remaches y la boca pintada de creyón negro que parecían envenenadas sí Yanelis una vez y todas ellas ignorantes de música ellas quién me va a decir que no ellas qué coño todas ellas putas singadoras de rockeros van ellas a saber ni un carajo de música ni nada lo mínimo aunque sea que conoce cualquier friqui-palo cualquiera les podía a ellas meter un tupe que si el Ride the lightning lo inconcebible vaya no sabían ellas si ese era un disco de Metallica o Metallica ellas como decía o si era de Iron Maiden o la Doncella de hierro así ellas en español decían ellas lo nunca visto y no se quién le preguntó a una que si Let it be era una balada de Bon Jovi o de Scorpions y ella sí de Bon Jovi ay qué lindo canta él carajo que hasta un niño de dos años sabe de quién coño es Let it be de verdad se lo creía igual claro que un montón de cosas más no Yanelis no nunca jamás ella tan distinta yo pensaba a las demás que nunca se mezclaba con los imbéciles ellos que iban a las peñas en el Club Atlético allá y hasta ella tenía en la casa ella grupos que yo nunca había fusilado no nunca de la de verdad radical y claro eso y mucho más por supuesto hizo ella que yo me enamorara de ella a lo mejor fue por eso quién me iba a decir a mí idiota ciego de

mierda que yo estaba cometiendo sí un error en todo ese tiempo quién claro que nadie iba a decírmelo si estaba ciego yo estúpido y hubiera seguido así el Bosco por él claro si no fuera sí por el Bosco cuando se casó con la Flaca y fue a vivir a Holguín él quien me abrió el único los ojos que él persistió una y otra vez sí a pesar de mi tozudez por tantas veces él me decía lo que veía y él averiguaba y lo que la gente comentaba y me decía nadie porque pensaban que yo no lo iba a creer y él ojala estuviera él aquí para decirme ahora si estoy de nuevo metiendo la pata con ésta que ya estoy perdido como con Yanelis que casi lo estuve yo no con Adis gracias a la distancia qué sueño que si me hubiera ocurrido como con Adis y besarla y acariciarla so estúpido iluso te dolió por eso en los cojones cuando te contestó ella de ese modo que hasta suerte con ella tuviste de no recibir de ella un bofetón no con Adis sí no te pasó por lo borracha claro que estaba te dijo así en la carta de respuesta al papel lleno de baba y versitos le mandaste y mariconerías pensando que estaba ella muerta contigo imbécil de momento que ella no lo pensaste había sido inducida por el alcohol y no porque tú le gustaras a ella ni un carajo que hasta el novio se le olvidó de momento a ella y es capaz que con la borrachera te haya ella visto sexy se le pasó ella debe haberse caído a galletas ella misma se dio entonces cuenta que había hecho una barbaridad ella lo dijo te lo dijo en la carta maldita sea que no le escribieras más sobre eso lo que pasó que no tenía intenciones ella de nada contigo por la borrachera fue que pasó por eso pero que ahora tenía un novio y no quería ella líos que me olvidara yo de todo eso si no ella quieres me dijo perder mi amistad que no le escribiera también más me dijo y lo que quiero yo decía ella mantener nuestra amistad tú y yo así que no me hables más de lo que pasó estúpido ¿Te creías un galán? Porque más claro estúpido lo que eres ni el agua y te enamorarías también eres capaz de la Cangreja y no sucedió a lo mejor después de lo del baño del Club de la Universidad estaba ella demasiado choteá en toda Cuba para una relación seria tener con ella yo ni muerto ¿Qué se habrá hecho? A lo mejor se ha muerto ella de sida cuándo me dormiré ya ella Sonia ya debe ella también y el viejo y todo el mundo dormidos como roncan qué escándalo todo el mundo y el viejo al lado de

mi oreja el coche entero una orquesta disarmónica que suena ese como un trombón debe ser la gorda ni se siente él siempre así tan sigilosos los policías al final Yanelis tan puta como la misma Cangreja quién lo iba a decir ella la psicóloga fina de caché rockeron a ella vampira europea que después se supo que ella sí vampira europea de la cintura para arriba porque para abajo era Shangó y Yemayá ella fuego y mucho fuerte coño que no me acabo de dormir pronto sí llegaremos a las Villas y nunca más a ella Sonia la voy a volver yo a ver ella jamás nunca pensé Yanelis ella tan distinta que parecía que ella nunca se mezclaba con los comemierdas del Club Atlético que no acabo mal rayo me parta de conciliar el sueño como los demás ella también seguro si no se oye ni moverse el viejo coño en mi oreja está roncando carajo apártate el coche completo una orquesta nunca coño qué mala suerte voy yo a saber lo que le estaba ocurriendo a lo mejor qué coño te conviene sí que sabes de ella lo único es que es modelo y que no tiene ni doce grado y que va empezar la facultad y que vive en Santa Clara y que tiene allá familia en Holguín y una hija de tres años ella la tiene ¿Eran tres años? Y que el padre de ella la niña es un figurín con moto socio él del primo de ella y que ya estamos casi al llegar a las Villas y que ella me está ocultando muy grande demasiado grave el secreto que de ninguna manera quiere decir ni lo vas a saber jamás ni te rompas tú la cabeza si ni siquiera te quiso ella dar un beso como el que te dio aquella o tú le diste que después ella te así respondió Adis allá en Santa Clara en el festival por lo menos te la apretaste pero ¿Y a ésta? ¿Y a la otra a Yanelis? Jamás como mismo te vas hoy a quedar como con Yanelis también te vas a quedar como con ella en esa que te lo dio ella mil veces a entender comemierda y tú no te dabas por enterado hasta que apareció qué chismoso el Bosco sí hablamierda santiaguero él que decía que todos los friquis de Holguín éramos unos friqui-palos porque hasta tenía razón no oíamos metralla en algo porque el Thrash ni pasó por allá cuando la época inadvertido por Holguín pasó cuando solo se oían cosas como Barón Rojo o Ángeles del Infierno y en el mundo Metallicaanthraxforbiddenexodus y mil monstruos más de esos sonando y que se pegó lo único allá fue Metallica en Holguín después de la mierda claro del álbum

negro qué estúpidos menos Francis, Marcos y yo que ya estábamos nosotros oyendo a Morbid Angel y Death y Obituary y Carcass y después fue que conocí a Yanelis qué sorpresa la única mujer que le gustaba yo veía la metralla que todavía está fusilado ella música extrema y no como los falsos del Pasta y el Vara ahora fue que ellos salieron de la cárcel y están metidos a Testigos de Jehová ni como el Lucifer cambió él para la moda del New Metal hasta con gorra de los Yankees de New York se puso él quién lo iba a decir virada al revés y tacos Adidas y pantalones cuatro puertas jamás ella Yanelis caer ella no en una cosa así a pesar de lo maldita puta que es coño como la odio no dejo por qué de pensar en eso que no me duermo y es que esto ya se está pareciendo ahora esto a lo mismo enamorado otra vez de baboso queriendo volver a intentarlo no debería volver a acordarme de ella Yanelis lo prometiste tú si hasta borraste de ella su dirección de la libretita de teléfonos idiota que nunca piensas olvidarla jamás después de todo lo que pasó te estuviera engañando todavía y manipulando como si fueras tú un monigote así a Pablito cuando te lo topaste en la Carretera de Gibara se lo dijiste y él te dijo que ella le había preguntado que qué cosa me había hecho para que yo me hubiera puesto así el día aquel en la Peña en el Club Atlético en que la mandé al carajo y le dije que estaba cansado de estar atrás de ella se lo dije que no me hiciera caso más o menos así él le dijo que se me pasaría ¿No? Ni me acuerdo pero yo sí así más o menos a ella le dije que yo era un maldito estúpido por haberme enamorado de ella me acuerdo bien se lo dije y no me explico como ella con esa dentadura de caballo ahora que me doy cuenta y más cuando la vi la última vez en las Romerías con aquel novio nuevo qué flaca y desmejorada está como una momia con ojeras y la piel arrugada y el pelo marchito ella que para colmo se lo destiñó ¿Tendrá sida? Ojala que se joda coño por puta qué desgracia ahora estoy volviendo a caer con ésta con Sonia en lo mismo ahora me muero de ganas por probar de nuevo y el maldito refrán en la cabeza del que persevera triunfa qué crees baboso e mierda qué crees que ésta también es la mujer de tu vida como la Maldita Gran Puta lo creíste sí claro que lo necesito quitarme de arriba este nuevo enamoramiento bobo de idiota para caer en lo mismo coño si el

Bosco estuviera aquí carajo ¿Qué va a pensar Sonia si le vuelves a caer arriba con tus babosadas? Maldito idiota que estás dormido como con Yanelis ella que hasta el mismísimo Lucifer una vez te contó una pila de cosas de ella a lo mejor al principio no le creías también al Bosco por lo que un día te contó de aquella guerrilla que hizo a Camagüey ella aquella vez al regreso coincidió con ella en la carretera en los amarillos y compartieron ellos dos el dinero para poder llegar a Holguín y él aprovechó en la travesía para tratar de fajarle y ella lo planchó y pensabas te decía él todo aquello de ella para vengarse de ella de alguna manera pero lo creí todo de un tirón la vi en ese momento a ella caerle a besos delante de mí al infeliz cornudo de la Universidad lo usó a ese cornudo de instrumento ella zorra claro si es psicóloga mentalista manipuladora de las profesionales claro que cuando regresé del viaje le conté todo al socio de ese infeliz lo que había pasado se le jodió el plan a ella la botaron como se merecía puta de mierda que todavía recuerdo y claro que tengo que recordar eso sí Alexis Carralero lo tienes que recordar claro nunca olvidarás no puedes olvidar lo que pasó en aquel viaje a...

X

DIARIO

Pinar del Río. 27 de Marzo. 6.30 p.m.

He tenido que comenzar a escribir en el diario aquí, en Pinar, porque no tuve más remedio. Debería de haber llevado el registro exacto de todo lo que sucedió desde que salimos de casa del Gena, pero, ¿quién podía hacerlo con el relajo que había allí? En el trayecto tampoco podía. ¿Escribir en medio de aquel camión sucio y oscuro donde la única luz que había era la de la linterna de la cámara de Borges? Ni pensarlo. Tampoco pude en el Patio de María. Estaba demasiado cansado y hambriento y había allí demasiada gente hablando al mismo tiempo y una pila de curiosos que seguro iban a preguntar mil mierdas sobre lo que yo estaría escribiendo. Ahora que estoy bañado y me siento cómodo en esta habitación del hotel “El Globo”, aquí en Pinar, y por fin vestido con ropa limpia, solo me queda tratar de adelantar lo más posible este diario para ponerlo al día con lo ocurrido desde nuestra salida hasta ahora.

Desde las 6 de la tarde de ayer (26 de Marzo) estábamos en casa del Gena: Adolfo, Richy, Borges, Francis, el mismo Gena, Miki, el Negro (Pablito, que viajaba por primera vez con nosotros, de utilero) y yo. Solo faltaba Yanelis y el chofer del camión (por supuesto, con el camión) quien prometió pasar por aquí o llamar para confirmar la salida. Semanas atrás, al fallar las gestiones de la Asociación de conseguirnó pasajes, el Gena había resuelto un camión de la Empresa Avícola que nos llevaría hasta Matanzas.

De ahí en adelante tendríamos que arreglárnoslos como pudiéramos. Yo estaba en contra de que Yanelis fuera con nosotros. En realidad no quería que ella fuera más nuestra representante; deseaba que se fuera al carajo para no verla más cerca de todos nosotros, pero yo no quería que nadie se diera cuenta de eso, al menos los demás, porque el Gena sí lo sabía.

Yanelis todavía no llegaba, y mientras yo hacía esfuerzos por parecer que me estaba divirtiendo, rezaba para que el camión llegara de una maldita vez y ella se quedara fuera de esta aventura. Borges no dejaba de filmar con la cámara, Miki hacía chistes, el alcohol ya estaba circulando y todos nos encontrábamos animados. Ya eran las 6 y media y Yanelis no aparecía...

YANELIS

¡Las siete! ¡Las siete y media! ¿Qué él se piensa? Que se ponga pa' la cosa; sí, que se ponga pa' la cosa, que está bueno ya de seguir aguantándoles mierdas a todos los hombres, coño, bastante tengo ya con el Mosque que no sé qué le pasa conmigo. Así sin más me dijo que se había dado cuenta que yo le estaba haciendo ¿daño? ¿Yo hacerle daño a él? ¡Coño, ahorita son las ocho de la noche y ya debería estar en casa del Gena, donde seguro ya está todo el mundo! Es capaz que el camión esté allí y a punto de salir y yo aquí esperando como una estúpida a Edilberto que me está haciendo esperar demasiado. Vaya, si él me...

—Menos mal. Pensé que ya no ibas a estar esperándome aquí —dijo Edilberto, después de aparecer súbitamente a bordo de una bicicleta china y detenerse frente a Yanelis.

—¡Casi no te tuve que esperar! —respondió ella, iracunda—. ¡Llevo una hora aquí! —te salvaste papito, pensaba—. ¡Mira qué hora es, casi me coge la noche! —, te salvaste que apareciste antes que yo me fuera.

—Discúlpame —respondió Edilberto con un tono inseguro en la voz—, discúlpame si te hice esperar tanto.

—Tengo ganas de decirte una pila de cosas, pero hoy no estoy para discutir —te salvaste papito, continuó pensando, te salvaste por un pelo—. No quiero

despedirme con una discusión, quiero dejarlo todo bien entre nosotros antes de irme—estuviste casi botado, pensaba, te salvaste por un pelo—. ¿Te imaginas qué le hubiera sucedido a nuestra relación si me hubieras embarcado?

Edilberto no dijo nada. Su mirada huyó a lo largo de la avenida.

DIARIO

... y yo diciéndome: que no venga, que no venga; nosotros estamos muy bien sin ella. Por algo no ha venido y ojalá que sea por un motivo bien poderoso para que ni se aparezca por aquí. Si viene, que sea cuando ya nos hayamos ido. Eso me repetía constantemente. Los demás ya casi se estaban dando cuenta de mi nerviosismo y desesperación, y ya eran las seis y media...

BORGES

—¡Mira para acá, Gena! —cámara en mano—. ¡Sonríe, que te están viendo por la MTV!

El Gena sacando la lengua ante la cámara; el Mosque pendulando en un vetusto balance de hierro; Richy y Adolfo sentados en un banco de granito; Miki de pie frente a la entrada de la casa; Francis también de pie, encendiendo un cigarro; Pablo Negrura acariciando a Ynwie.

—A ver, di algo ante las cámaras pa' que quede pa' la posteridad —realizando un zoom al rostro del Mosque—; dale que te van a ver por la MTV.

—Tú dirás por el canal “mi-VHS-conectado-a-mi-TV” ¿No? —contestó el Mosque.

El Gena atento al Mosque; Richy vitoreando en broma; Francis observando la cámara de Borges: lo que yo pudiera hacer si fuera mía, pensaba. Adolfo sonriendo; Pablo Negrura acariciando continuamente a Ynwie; el Mosque bromeando ante la cámara.

DIARIO

... por suerte Miki, desde la casa del Gena hasta que llegamos a Pinar, hizo gala de un repertorio inacabable de cuentos de los más cómicos. Lo único que todos eran cuentos de pinareños...

MIKI

—¿Oyeron lo que dijeron en la televisión?—estaban transmitiendo el noticiero y Miki, parado en la puerta, atendía al televisor y al mismo tiempo a las bromas y comentarios de sus colegas—. Dijeron que Pinar del Río tiene el más grande porcentaje de egresados de las escuelas de medicina de todo el país.

—Ná—contestó el Gena, sonriente—. Ahí debe haber un error.

—Eso sí debe ser verdad —dijo el Mosque—. Ahora, sujétate; el que vaya a una consulta de un medicucho de esos es capaz que no pueda vivir para contarlo.

—Y si el tipo es cirujano —dijo Richy— es capaz que se le olvide un bisturí o alguna pinza dentro de la barriga de alguien.

—¿Ustedes no saben el cuento de la guerra entre los pinareños y los extraterrestres?—comenzó a disparar Miki.

—¿Pinareños y extraterrestres?—dijo Adolfo—. ¿Cómo es eso?

—¡A ver, cuenta! —apremió el Gena.

—Eso mismo —comenzó a contar Miki—. Una guerra entre pinareños y extraterrestres. Después de meses de tira pa' qui y tira pa' llá, un pinareño se envalentona, sale de la trinchera y lanza una carga de dinamita a la trinchera de los extraterrestres y...

—A que lo que tiró el pinareño no fue dinamita ná—interrumpió el Gena.

—Sí lo era—discrepó Miki—, y cuando lo hizo, un grito de victoria se oyó en las trincheras pinareñas. Gritaban: ¡Hurra, hurra!

—¿Eran pinareños o rusos?—interrumpió el Mosque.

—No estorbes, chico —dijo Miki—. Entonces —prosiguió—, todo el mundo felicitó al pinareño por su valentía... —dejó la oración en suspenso.

—¿Y...?—dijo el Gena, intrigado.

—Y entonces los extraterrestres lanzaron de vuelta la misma carga de dinamita... ¡pero esta vez encendida!

RICHY

—Gena—dijo Richy en cuanto pudo contener la risa—, ¿cuándo llega Yanelis?

No tenía que romperse la cabeza para comprender la causa de la mirada perdida del Mosque; de su expresión amordazada, pese al chiste del Miki.

—No sé —contestó el Gena, comprendiendo la intención de Richy—, ya ella debería estar aquí. Pero no te preocupes, ella viene al seguro.

Richy percibió que el Mosque se petrificaba en el balance. La sonrisa de artificio que trató de dibujar en su rostro trocó en una mueca de disgusto.

—Va y a lo mejor se aparece con el novio nuevo para llevárselo a Pinar del Río —dijo, mirando al Mosque.

—Ná, eso no va a poder ser —respondió el Gena, tratando de atenuar el comentario—. Ya yo le especificué a todo el mundo que no podían llevar a nadie en este viaje. El que traiga a alguien más —recorrió el rostro de todos con una mirada severa— le voy a hacer pasar tremenda pena.

GENA

Ah, qué coño se piensa. Yo mismo, que la jeva quería ir conmigo, le dije que no, claro que no, no quiero malearme de esa forma, ni que yo fuera bobo, con la cantidad de jegas que seguro van a haber en ese festival qué carajo voy a estar yendo yo con un sapo arriba. Si a Yanelis se le ocurre la gracia de hacer eso por supuesto que no la voy a dejar; no me conviene, claro, si a lo mejor me la puedo tirar en este viaje, claro, si ella dejó que yo le diera un beso en el Club Atlético, la muy loca. Claro que ella se va a poner pa' la cosa si va sola. Claro que tiene que ir sola; mi tío me especificó muy bien que solo podía llevar a los ocho del grupo, ni uno más; y así tiene que ser. Ni uno más.

MOSQUE

Carajo, no había pensado en eso. Claro, tal vez a ella se le ocurra aparecer con el novio ese, eso sí no lo voy a poder aguantar, maldita sea; ella de seguro va a hacer eso para darme en la cara por lo de aquel día que me llené de valor en la peña y mandé al carajo nuestra amistad, y ella, claro, herida por lo que le dije, y se le ocurrió llamar a ese tipo sin...

EDILBERTO

... conocerme, ¿o ya me conocía de por ahí, o de las peñas? Eso no lo sé, tengo que preguntárselo algún día —se había despedido de Yanelis y ahora pedaleaba por la avenida—, porque de verdad que eso estuvo extraño; no creo que me haya visto de pronto aquel día y le haya cuadra'o así de fácil —hizo una señal con la mano y torció a la izquierda—. Ya yo la conocía de vista y siempre me había gustado; incluso una vez había tratado de acercarme a ella, pero no me hizo ni caso, se fue a conversar con ese que no sé quién me dijo que es poeta. La verdad que no sé por qué aquel día de pronto se fijó en mí; a lo mejor se sentía sola, porque al principio la noté nerviosa, alterada. A mí me parece que yo llegué, sí, en el momento oportuno —se detuvo en un pare—. ¿Por qué estoy pensando eso? A lo mejor si le gustabas, Edilberto, pero no te habías acercado a ella en el momento que tenía que ser; vaya, que me llevé una sorpresa. Ella se me acercó, así de pronto, me dijo dos o tres boberías y luego me disparó a quemarropa: tú me gustas, y enseguida me dio un beso, así de rápido, qué susto—prosigue el trayecto—. Pero no sé, hay algo que presiento que no está bien...

RICHY

Cualquiera sedaba cuenta aquel día en la peña que Yanelis le estaba dando celos al Mosque con el bobo ese de la Universidad que se empató con ella, porque le fajó allí mismo, delante del Mosque, que puso una cara de sufrimiento que daba lástima, así como la que tiene ahora, que mencioné a Yanelis y al jevo delante de él, qué malo soy, claro que ella lo hizo para darle celos y lo logró, porque de verdad que lo hizo sufrir... todavía está sufriendo.

DIARIO

... Y el momento en que Richy hizo el comentario recordé aquel maldito día, mejor dicho, aquella maldita noche en la peña del Club Atlético cuando llegué allí convencido que la única cura que tenía mi maldita obsesión por ella era alejarla, retirarle mi amistad, tratar de olvidar que una vez la había conocido, porque estaba cansado de verme obligado a ir a su casa todos los fines de semana como si hubiera allí un imán que me estuviera atrayendo sin remedio a pesar de los fracasos que siempre sufría. Coño, era como si estuviera embrujado, como si ella me hubiera lanzado un bilongo que me impedía tener voluntad propia. Todo eso le dije aquella noche: que no aguantaba más, que no quería volver a verla, que ella me estaba haciendo daño con su maldita presencia, y allí mismo le di la espalda, y dicen que lloró, ¿habrá sido verdad? Después, cuando al Gena le dijeron por teléfono que el grupo estaba invitado al festival de Pinar de Río, yo hablé con él, y le dije que Yanelis no debería de ir con nosotros, que yo no quería que ella siguiera siendo representante del grupo, que la despidiera, pero él me dijo que eso no lo podía hacer, que necesitaba un argumento sólido, algo grave que ella hubiera hecho para botarla del grupo, que ella estaba trabajando bien como representante, y la verdad que el Gena tenía razón en eso. Richy había soltado la payasada de Yanelis y el novio, sabía que yo me estaba comiendo los hígados, pero por suerte después del comentario el tema se barajó con...

MIKI

—Caballeros, a que nadie sabe lo último que se ha inventado en Pinar del Río.

Vaya, lo último en la ciencia y tecnología pinareñas.

—A ver, cuenta—apremió Borges, enfocándolo con la cámara.

—¡Ya sé! —saltó Richy— ¡Una cura para los bobos!

—Pues no.

—Dilo entonces—volvió a apremiar Borges.

—Escuchen: aire acondicionado para motos.

Risas.

—Submarinos a prueba de hundimiento.

Más risas.

—Fósforos a prueba de fuego.

Carcajadas.

—¡Yo tengo de esos en la cocina! —saltó el Gena—. ¡Te pago si logras encender alguno!

—Rebobinador de discos compactos.

Carcajadas. Llanto en algunos.

—Sartenes de plástico.

Más carcajadas. Borges tenía una peculiar forma de reír que contagiaba a los demás. Las carcajadas aumentaron.

—Teléfonos para sordos.

Las carcajadas disminuyeron.

—Bueno. Yo una vez vi algo parecido en la televisión —dijo Pablo Negrura—. Tenía un tecladito y una pantallita.

—Sí, pero este no es de ese tipo.

—Ah, ya te choteaste—dijo Adolfo.

—Ya, Miki, cállate la boca que ya no das gracia—añadió Richy en tono de burla.

—Díganme una cosa —dijo el Mosque esbozando súbitamente una sonrisa—, ¿hay que aguantar a este cuentero de pacotilla en todo el viaje?

—Linterna con batería solar —contraatacó el aludido.

De nuevo las risas.

—Cartera hecha con pinga de elefante.

Silencio. Todos lo miraron con la estupefacción fraguada en el rostro.

—¿Cuál es la gracia de eso?—aguijoneó Richy.

—Eso no da risa—comentó Adolfo—. ¿Para qué una cartera hecha con pinga de elefante?

—Para que cuando la frotes se convierta en maletín.

Un alud de carcajadas colmó el espacio sonoro hasta mucho más allá de la calle Rubén Yussef, atravesando la calle Frexes. La madre del Gena comenzó a clamar por silencio.

DIARIO

Eran ya como las ocho y cincuenta y cinco cuando...

YANELIS

Apareció súbitamente encontrándose en las postrimerías de una oleada de risas que oyera cuando, viniendo de la calle Freses, torció por la calle Rubén Yussef y se adentró en el callejón donde estaba la casa del Gena.

—Qué volá —dijo antes de comenzar a repartir besos, dejando de lado al Mosque—. ¿Y el carro, no ha llegado?

—Un poco más y llega el carro y te quedas—respondió el Gena.

—Hablé hoy con el Narra—prosiguió imperturbable—, al medio día; me dijo que mañana, a las doce y media, iba a salir una guagua del Patio de María hacia Pinar del Río.

—¿Del Patio de María?—saltó Francis—. ¡Eso nos conviene!

—¿Será una guagua para nosotros solos?—preguntó Pablo Negrura.

—¿Tú eres bobo?—respondió ella—. Esa guagua es para recoger a los grupos de la Habana que van a tocar en el festival. Nosotros vamos a ir cola'os.

—No vamos a llegar a tiempo—dijo Richy.

—Recemos porque sí lleguemos a tiempo —dijo Francis—, sino hay que coger el trencito ese de Pinar del Río en la estación de trenes de la Habana, ¿recuerdan?

—Ustedes ya fueron una vez, ¿no?—preguntó Pablo Negrura.

—Uf, hace una pila—respondió el Gena—; y el viaje fue del carajo pa' lante.

—Yo no estaba en el grupo cuando eso —dijo ella.

—Este viaje va a ser mejor —dijo Adolfo—, para empezar nos vamos en camión y no en tren.

—Va y a lo mejor el viaje en ese camión resulta mejor que si nos fuéramos en el tren —dijo el Mosque de pronto—. ¿Recuerdan aquella vez? El tren se rompió como dos veces, una en Camagüey y otra en las Villas, y nos echamos dos días de viaje.

—Sí —afirmó Adolfo—, y para colmo el tren estaba lleno de cucarachas.

—Yanelis, ¿está seguro eso de la guagua en el Patio de María? —preguntó Francis— ¿No habrá ningún embarque?

—No—respondió ella—. El Narra me dio seguridad de eso por teléfono.

MOSQUE

Y sabría Dios cuántas cosas más te dijo el Narra por teléfono, o lo que le dijiste tú, que siempre tomas la iniciativa, porque eras tú la que le ibas arriba en aquellas Romerías de Mayo y casi te lo comiste; primero te le insinuaste de fácil y él mirándote, calculándote y viendo que yo me había dado cuenta de la cosa y estaba atento a él también. Le tenía envidia, sí, de su suerte, de que ella hiciera todo eso para llamar su atención; envidia de él tener la posibilidad que yo nunca tuve y ahora para qué, nunca vas a poder si falló eso de la perseverancia, por lo menos la mía no triunfó, no sé la de cualquiera por ahí, que se joda el maldito refrán, carajo, na' de anotarse puntos delante de ella, ni hacerse el inteligente, ni ser descargoso, como ella me dijo un día que era el Gena, ni tampoco tener dinero pa' sacarla por ahí; solo es suficiente con que uno le guste, maldita, como mismo te gustó el Narra, y por eso de ayer para hoy te gusta el grupo suyo ese "Ocanna" con nombre de brujería negrera, claro, por eso te fuiste, sí con él, en aquellas Romerías, delante de mí lo levantaste y después se fueron para la habitación, la habitación de él, me contaron, como mismo hiciste, maldita, en el Festival de Rock de aquí y seguro hablaste de lo mismo hoy por teléfono con él, claro, seguro lo cuadraste para este festival también. Sí, Yanelis, yo lo creía todo tan difícil, y el asunto era simplemente gustarte...

DIARIO

De manera inesperada una vecina del Gena llegó con un recado de parte del chofer del camión. Al principio pensábamos que era una mala noticia, pero lo que aquella mujer dijo fue que ya venía el camión, que el chofer mandó a decir que lo esperaríamos en la Carretera Central, frente a la iglesia. Enseguida nos movilizamos.

Eran las 8.46p.m.cuando llegó el camión, y fue la hora exacta, pues se la pregunté a Francis. El camión estaba pintado de gris claro y la parte donde íbamos a viajar todos estaba bien cerrada con tolas, salvo el techo, construido con rejas, pero en vez de cabillas era de tubos soldados. Era una verdadera ratonera si el camión se volcaba. Lo único bueno de todo era que no íbamos a pasar frío. ¿Qué hubiera pasado si el camión fuera abierto? Tuvimos suerte.

GENA

—Tal como me dijiste.

—Déjame ver. Uno, dos, tres... —el chofer prosiguió contando en silencio—. Sí, bárbaro. Ocho.

—Qué pasa, yo soy un hombre de palabra. Tú me dijiste menos de diez y hay ocho

¿No?

—Bueno, suban ya, que nos vamos —dijo el chofer—. El camión está un poco sucio e incómodo, pero por lo menos van a llegar rápido a Matanzas.

—¿El camión está sucio, dijiste?

—Sí, sucio de...

FRANCIS

—¿Cómo que mierda de pollo?

—Y pienso, también —añadió el Gena—. Es que este camión es de una empresa avícola.

—¡No, qué va! ¡Yo no quiero irme ahí!

—Compadre, ¿ya vas a empezar con la mariconería?—el rostro del Gena asumió una expresión severa—. Tenemos que darle gracias, coño, al cielo que vamos a viajar de gratis y más rápido que en el tren. ¿Tú prefieres el tren ‘e mierda ese lleno de cucarachas?

—Yo le dije a ustedes que yo quería irme en avión, que yo mismo me iba a pagar el pasaje.

—¿Tú quién te crees que eres? ¿Una estrella?—contestó el Gena—. Nada de eso; aquí hay que remamársela to’ el mundo juntos. Aquí nadie es más que nadie.

—Que va, loco; mira, este Jean me lo mandó mi mamá de Italia y yo no pienso ensuciarlo por culpa de la envidia de ustedes. El que puede, puede. ¿Por qué no me puedo ir yo solo aparte, en avión?

—¿Y ahora qué coño le pasa a éste? —dijo Adolfo, acercándose—. ¿Ya está peleando?

—Asere—Francis se dirigió a él—, yo no pienso ensuciarme el Jean en esa cosa. Es nuevo de paquete, loco, yo...

—Francis, deja la comedera de pinga. ¿Tú ves éste Jean que traigo puesto? —Adolfo agarró los falsos del pantalón—, esto me lo mandaron hace un mes de la yuma, y mira, no estoy llorando como tú.

—¡Pero es que esto es un Calvin Klein, loco!

—Como si es el calvo Klani —contestó el Gena—. ¡Sube al camión y deja ya la pajarería, cojone!

—Dale hija, deja la mariconería y acaba de subir —dijo Adolfo.

—¡Pero dale, cojone! —vociferó el Gena.

—¡Sin agitación, sin agitación, que no subo a ningún camión y me voy pa’ la pinga, y a ver quién coño va a cantar en el grupo!

DIARIO

Eran las 9.10 de la noche y ya íbamos dando tumbos dentro del camión. Borges, Miki y Francis se habían acomodado frente a mí; al fondo estaban el Gena y Richy; Pablito, Yanelis y yo nos habíamos sentado en unas gomas de repuesto

que nos amortiguaban los golpes de los baches que cogía el camión, de esa manera no lo sentíamos tanto en las nalgas como los demás, fue una decisión inteligente de nuestra parte; los demás tuvieron que sentarse en el suelo que estaba lleno de mierda seca de pollo y una capa fina de polvo que no era más que pienso. A mi lado, en una esquina del camión, acomodamos las guitarras y el teclado encima de los maletines, para que la vibración no les hiciera daño. El ruido del motor era tan alto que teníamos que hablar gritando; pero estábamos todos contentos, la aventura apenas comenzaba. Miki no dejaba de bromear.

MIKI

—¿Ustedes no saben el cuento del pinareño que perdió los huevos en Angola?

Todas las miradas se clavaron en él.

—¿Cómo que un pinareño que perdió los huevos en Angola?—interrogó Richy.

—¿Y por qué en Angola?—preguntó también el Mosque.

—Caballeros, cuento anti-internacionalistas aquí no —dijo Yanelis, intentando ser graciosa.

—No, que va, esto no tiene nada de subversivo —contestó él—, es solo de un pinareño que perdió los huevos en Angola, y al regresar a Cuba le pusieron un huevo de madera y otro de hierro.

Carcajadas a todo volumen. Richy hizo gala de sendos lagrimones.

—Tiempo después —prosiguió— el tipo fue al médico para que lo reconocieran y...

—Qué cojones tú tienes—exclamó Borges enfocándolo con la cámara—. ¿Cómo es eso de un huevo de madera y otro de...?

—No, espérate y escucha —le interrumpió—. En la consulta el médico le preguntó: ¿Cómo van las relaciones con su mujer?, y el tipo le respondió: Bien, todo normal, sin problemas.

Risillas. Los rostros expectantes.

—Y el médico le dijo: ¿Han podido tener hijos?, y el pinareño le contestó: Claro, ya tengo dos hijos.

Risas discretas. La expectativa en su máximo punto.

—Y el médico le dijo: ¿Sí? Me alegro. Y... ¿cómo le va a los niños?, y el pinareño le respondió: Bien, muy bien. Pinocho está en pre-escolar y Robocop está terminando la secundaria.

Las carcajadas estallaron. A lo largo de la oscura Carretera Central transitaba, veloz, una mole de hierro, humo y bullicio.

PABLO NEGRURA

Qué clase de jodedera, caramba, nunca me había estado divirtiendo tanto; la verdad es que lo mejor que se me ha ocurrido es entrar de utilero de esta gente, vaya, que ahora puedo ir de gratis a todos los festivales con to' los gastos pagos, qué bien, y en tremenda jodedera. Esto lo tengo que poner en un poema. Mejor, voy a escribir un poema completo sobre esto. El Mosque me dijo que iba a hacer un diario del viaje pero yo voy a ser más original; voy a hacer un diario, sí, pero en forma de poema pa' que quede pa' la posteridad. Tal vez el poema podría comenzar con algo como:

Fiesta, carnaval, jolgorio de tarde / noche
Risas, chistes, alegría en derroche
En el punto de reunión, en casa del Gena
donde murieron las dudas, la incertidumbre, las penas
se aglomeró la bestia vibrante, la maquinaria satánica,
el orgullo de San Isidoro, el titán de negra estampa.

Y allí clamando por la llegada del ataúd con ruedas
en medio del metílico, el manto nocturno, la espera
se alzó arduo y solícito, Miki, el del teclado,
cargado de buenos chistes, libidinosos pero de nuestro agrado
¡Pobre de la más occidental de nuestras provincias!
¿Por qué te ensañas en ella, demonio de amplia sonrisa?

DIARIO

Habían pasado cerca de cuatro horas, creo que Francis me dijo que eran la una y no sé qué cuando le pregunté. El agotamiento ya se hacía sentir. Por fin, después de toda la jodedera y el slam que de pronto se formó dentro del camión (Adolfo, sin querer, le dio un patada en la cara a Richy), alguien habló de dormir, no recuerdo bien; lo que sí recuerdo es que enseguida aparecieron sabanas, colchas y hasta toallas para taparnos, y comenzamos a acomodarnos como mejor pudiéramos sobre la mierda y el pienso de pollo.

Hay algo que no puedo pasar por alto en este diario. De manera inesperada

Yanelis se levantó de la goma donde estuvo sentada y fue directamente hacia Richy que ya se había acomodado y cubierto con una sábana. Recuerdo que ella le dijo: Richy, ¿Puedo ir para allá contigo?, y Richy le respondió: Claro que sí. Y cuando ella llegó a donde él estaba se acostó a su lado y se metió bajo la sabana.

¿Quién me iba a decir que en aquel camión yo iba a comenzar a sufrir la decepción más grande de mi vida? Bien entrada la madrugada, cuando la mayoría de nosotros ya estábamos en el quinto sueño, el negro me despertó para...

MOSQUE

Abrió los ojos. Encima de él se desplegaba un cielo de una negrura casi material.

No había estrellas. Una sinfonía de ronquidos servía de acompañamiento al rítmico traqueteo del camión. Miró a Pablo Negrura.

—No hagas ruido —dijo aquel en un susurro casi imperceptible—. Mira para adonde está Richy y Yanelis.

Y fue entonces cuando vio el primer eslabón de una cadena de revelaciones que lo iba a liberar para siempre del ciclo perpetuo donde había permanecido encerrado por tanto tiempo desde que conoció a Yanelis; porque en aquel momento, al volver la cabeza a donde Pablo le indicara, la vio vulgarmente

arrojada encima de Richy, besándolo, moviéndose encima de él como una comadreja en celo.

PABLO NEGRURA

Caramba, cometí un error, tenía que haber dejado pasar esto, pero, ¿y mañana?

No, mejor es así, para que mañana no lo tome de sorpresa cuando los vea andar juntos abrazados y todo eso; vaya, que era verdad lo que le decía el Bosco y el Lúcido, caramba, yo no sé por qué le pasan estas cosas a él, que es un tipo tan vola'o. Está enamorado de ella, pobrecito; pero bien se lo decía el Bosco: Yanelis te está cogiendo pal trajín, Mosque. Todavía me acuerdo de aquella noche en el Caligari cuando ella le estaba sonsacando, sentándose en sus piernas y acariciándole el pelo, pobrecito, y él de bobo la respetaba, no se atrevía ni a tocarle un pelo, caramba, era verdad lo que decía el Bosco de ella: que es un diablo, una manipuladora y no lo que el Mosque pensaba que era, por su titulito de psicóloga, qué carajo. ¿Acaso ella en Holguín no...

MOSQUE

...tenía un novio, aquel de la Universidad? ¡No lo puedo creer, No lo puedo creer! ¡Coño, coño, coño, coño, era verdad lo que me decían todos... el Bosco! Sí, maldita sea, me decía: Mosque, nawe, ¿tú no te das cuenta que ella no es la tipa fina na, de caché, que se hace la universitaria, la psicóloga? Qué coño, ella es igual a todas las diabras del Club Atlético ¿No te das cuenta? Ella es peor que la Checa, Mirian, Yadira Escorpión y todas las otras putas. ¿Tú no te diste cuenta en aquel viaje a Gibara que ella estaba empatada con Rubencito y se estaba haciendo la chiva loca, te lo estaba ocultando y todo el mundo se daba cuenta menos tú? ¿Y por qué tú crees que ella te lo estaba ocultando? ¡Para que no se destruyera la imagen que tú, mongólico, tienes de ella! Coño, coño, coño, maldito imbécil, comemierda; tantas veces que ella se negó a ser mi jeva, que vivía diciéndome que por ahora no quería tener novio, y mira ahora, a Richy se le dio...

RICHY

...así de fácil, claro, si ya yo sabía que ella estaba puesta pa' mí desde aquel día en el ensayo. Ah, enferma, ya me estás haciendo entrar en calor... aquella vez, sí, en el Caligari, y yo estaba allí con el pullover desmangado de la Paiste, y se me veían los bíceps que ni Arnold y ella se quedó lela con mi musculatura y yo hacía una pila que estaba haciendo ejercicios, me veía sabroso, y ella después del ensayo me dijo: Richy, te estas poniendo bueno, y me comía con la vista... ah, loca ¿dónde están tus nalgas? No puedo sacar las manos de debajo de la sabana, qué molesto, sí, mami, dame la lengua, ah, ya las encontré, vaya, no están nada mal, so loca, caíste de fácil, yo sabía que tú un día ibas a caer en mis brazos, claro, si yo soy el más bonitillo del grupo, qué coño, pobrecito el Mosque que siempre estuvo enamorado de ella. ¿Qué pensará de mi cuando se entere? Ah, qué carajo, si ella nunca se iba a empatar con él, eso lo sabe todo el mundo; lo siento, pero yo no tengo la culpa: jeva que se me ponga delante, jeva que le pasó la cabilla.

DIARIO

Eran las 5.13 de la mañana cuando el camión nos dejó en Matanzas. Sabíamos desde un principio que solo llegaba hasta allí, pero no nos imaginábamos que íbamos a tener que bajarnos bajo un puente de la carretera central y en medio de una oscuridad absoluta. Hacía un frío tremendo y una niebla que no dejaba ver nada a dos metros de distancia. No había un alma por todo aquello (salvo nosotros). Borges le puso una batería a la cámara, encendió la linterna y comenzó a filmar. La luz de la cámara descubrió algunos detalles del paisaje donde nos encontrábamos. Yo trataba que el dolor que estaba sintiendo no se reflejara en mi rostro, de no mirar a Yanelis, pero sentía una opresión en el pecho cada vez que la veía abrazada a Richy. Me dolía tantos años de amor malgastado en vano, tantas conversaciones por gusto, tantos intentos que terminaron en fracasos, tanta ilusión en alguien que se arrojó encima del primero que le cayó en gracia en este viaje,

como si ella fuera una vulgar prostituta, y mientras, el idiota del novio de seguro la espera en Holguín, con la tranquilidad del que nada sospecha.

Por suerte me concentré en tratar de ofrecer una salida a la situación en que nos hallábamos todos. No pasaba por allí ningún carro, y ya yo estaba perdiendo las esperanzas.

FRANCIS

—Ahora sí estamos embarca' os, nos vamos a añejar aquí.

—De madre—contestó el Mosque—, no se ve ni lo que hay ahí delante, y menos para allá—señaló a su espalda con un giro de cabeza. El frío le había obligado a guardar las manos en lo más profundo de sus bolsillos.

—Aquí están los integrantes de la famosa banda de Black Metal: Faustus—decía Borges en tono propagandístico, sin dejar de filmar—. Esto es un acto heroico, señores televidentes. Primero vinieron en un camión lleno de mierda de pollo y ahora están dispuestos a pasar la noche bajo este puente—enfocó la mole de concreto —. ¡Un acto heroico, queridos televidentes!

—Asere—le dijo el Gena a Adolfo —, vámonos pa' allá alante a ver si tenemos la suerte de que nos pare algún carro.

—Aquí Enrique Borges, reportando... CNN, world report.

MIKI

—Esto me recuerda la carta que le mandó la madre pinareña a su hijo que había viajado a otra provincia.

—Asere—Francis se volvió hacia él —, yo no puedo creer que tú tengas ganas de ponerte a hacer cuentos aquí y a ésta hora.

—Éste tipo es el caballo —dijo Borges apuntándole con la cámara—, con el frío y el hambre que está haciendo, ponerse a hacer cuentos.

—¿Qué tiene eso de malo?—contestó él —¿Están fundidos con todo esto, acaso a ustedes no les gustan las aventuras?

—A mí esto no me gusta para nada—Francis se frotó las manos heladas—, tengo frío, hambre, cansancio, y no sé cuándo carajos voy a salir de aquí.

—A lo mejor nos coge aquí el mediodía de mañana—dijo el Mosque.

—¿De verdad no quieren saber qué le escribió la madre pinareña al hijo?

—Lo que tienes que hacer es callarte la boca y pensar en cómo salir de aquí, comemierda—contestó Richy.

—Váyanse pal coño de la madre de todos ustedes.

DIARIO

Jamás se me va a olvidar la hora. Tuve el tino de preguntárselo a Francis, porque aquel momento fue histórico. A las 5.25 de la mañana apareció insólita, increíble, fantástica, como una aparición envuelta en un halo enceguecedor, una guagua Coaster: linda, pulcra, nuevecita. Para colmo de la buena suerte la guagua iba directo para la Habana. Ya casi nos estábamos acostumbrando a la idea de pasarnos la noche bajo aquel puente, calados de frío hasta el tuétano de los huesos, pero la guagüita Coaster vino a salvarnos la vida.

PABLO NEGRURA

Y así, cual caballeros andantes
en pos de glorias y aventuras
cabalgamos felices y radiantes
sobre un cómodo y raudo Rocinante
dejando atrás la niebla ominosa
de fría y pálida albura.

—¿Me acordaré de estos versos cuando tenga un papel en las manos?—pensó.

DIARIO

A las 8.48 de la mañana llegamos a la entrada de la Habana. Tuvimos que caminar bastante para adentrarnos y llegar a una parada donde, según nos dijo un hombre, pasaba el M no sé qué, que iba hacia el municipio Plaza, justamente a

donde nos dirigíamos, pues más allá de la Plaza de la Revolución, casi frente al Teatro Nacional, es donde está el Patio de María. Si más no recuerdo está en una callecita, creo que 37... ¿o 38? Entre Paseo y no sé qué... creo.

Cuando los rayos del sol fueron calentando mi cuerpo, el cansancio comenzó a aflojarme las piernas y mis ojos a cerrarse. Estaba molido, con un sueño para tres días, por lo menos.

Al llegar a la parada nos sentimos un poco intimidados por la cantidad de gente que habían allí, pero enseguida llegó el Camello y nos dimos cuenta que ahí cabíamos todos nosotros y la gente de la parada, así que subimos sin problemas.

Nos bajamos cerca de la Plaza de la Revolución a las 9.42. Yo tenía un hambre terrible y solo pensaba en llegar para soltar la mochila y la guitarra. También pensaba en un merendero que está cerca del Patio de María, donde venden comida, y cuando hablo de comida me refiero a arroz, potaje, ensalada, tortilla o picadillo o croqueta; nada de bocaditos ni refresquitos. Comida mala, sí, pero comida de verdad.

Pasamos por frente al monumento de la plaza. Nunca me canso de ver ese trozo gigante de ¿mármol o concreto?, que parece el espinazo de un pescado. La estatua de Martí también es enorme, pero esa sí debe ser de mármol. Borges filmaba el edificio del Ministerio del Interior que estaba a la derecha de nosotros y donde el rostro del Che Guevara hecho de barras de... ¿bronce?, lo salvaba de ser un edificio convencional y aburrido.

Le pregunté a Francis la hora en el momento en que entramos a la callecita donde está el Patio de María. Eran las 11.06 de la mañana. No veía por todo aquello las guaguas que, según nos había dicho Yanelis, iban a mandar de Pinar del Río, pero allí ya estaba el personal del audio, algunos integrantes de los grupos de la Habana y otros del interior.

¿A qué hora llegarán las malditas guaguas?

PABLO NEGRURA

Ocultas de indiscretas miradas
vetusta aunque henchida de alegría
se hallaba en medio de la callejuela
tu patio, también nuestro, María
Y allí reposamos nuestros huesos cansados
por tan insegura e incómoda travesía
rodeados de friquis, músicos y groupies
alcohol, cigarros y la hierba prohibida

DIARIO

Las guaguas aparecieron cerca de las dos de la tarde (no recuerdo bien) Me había dado algunos tragos, y si no fuera por el arroz con potaje que comí en el merendero hubiera caído allí, redondito.

Cuando llegaron las guaguas, de la primera se bajó el Narra. A Yanelis se le salieron los ojos. Creo que Richy se dio cuenta y se puso medio bravo. Yo pensaba que las guaguas iban a salir de inmediato, pero se tardaron muchísimo en salir.

A las 4.47 p.m. partimos, según el reloj de Francis, quien me mandó al carajo cuando le pregunté la hora. En la carretera ya a todos se nos había olvidado un poco el cansancio y empezamos a conversar y a bromear.

MIKI

—Asere —le dijo Richy—. ¿Cómo era el cuento ese que ibas a hacer allá en Matanzas sobre la madre pinareña?

—Ah, ¿ahora? —contestó—. Ahora no te lo voy a contar, vaya. Cuando quería hacerlo ustedes se pusieron de comemierdas.

—Dale, chico, deja eso y cuenta—Richy lo haló por el brazo—. Dale, cuenta.

—Bueno, ya, está bien —carraspeó para aclarar la voz—. ¡Caballeros! —dijo, alzando la voz— ¡Atiendan que voy a hacer un cuento!

Varias miradas se clavaron en él, pero el bullicio no disminuía. Por encima de los múltiples diálogos y el ruido del motor comenzó a ser narrado el cuento:

—Esta es la carta que le hace una madre pinareña al hijo que está de viaje —se paró en el centro del pasillo, frente a todos—. Escuchen —desplegó una carta imaginaria con un gracioso gesto de sus manos—, dice la carta: “Querido hijo. Te estoy escribiendo lentamente porque tú no puedes leer rápidamente.”

Risas estrepitosas.

—“Nos hemos mudado” —prosiguió—“porque tu papá leyó en el periódico que la mayoría de los accidentes ocurren a veinte kilómetros de casa.”

Risas discretas.

—“Sólo ha llovido dos veces esta semana; la primera vez durante cuatro días, la segunda solo por tres días”

Risas in crescendo. Comentarios.

—“Tu hermana ha dado a luz esta semana, todavía no sé si es niño o niña, así que no puedo decirte si eres tío o tía.”

Explosión de carcajadas. Durante dos minutos no disminuyó de intensidad.

—“El abrigo que querías que te mandáramos por correo pesaba demasiado por los botones, así que se los arrancamos...”

Risillas. Rostros expectantes.

—“Pero no te preocupes” —remató—, “podrás encontrarlos dentro de los bolsillos del abrigo”.

Otra explosión de risas aún mayores; pero esta vez no parecía tener fin.

DIARIO

Todos se divertían de maravilla cantando o riendo con los chistes de Miki... hasta yo, que me sentía mal viendo a Yanelis pegada como una ostra a Richy, como si éste, de la noche a la mañana, se hubiera convertido en el amor de su vida. Yo hacía lo posible por divertirme, y lo lograba, sí, pero no dejaba de vigilar los movimientos de ella con el rabillo del ojo. Si alguien, algún día, tuviera acceso a esto... no sé, tal vez cuando pasen muchos años y ya yo esté muerto, seguro dirá

que soy un llorón, un enamorado bobo, pero voy a decir aquí, sin tapujos que sí es verdad que estoy enamorado de ella y que me estaba comiendo los hígados viendo cómo se divertía con Richy sin importarle lo que yo estaba pensando o sintiendo, consciente ella de que todos nosotros sabíamos que le estaba pegando los tarros a ese pobre infeliz de la Universidad. Parte de mi mente se concentraba en la conversación que estaba teniendo con el Negrura, Francis y unos socios ahí de la Habana, pero la otra parte solo pensaba en ella, solamente en ella. Y Yanelis, ¿habría pensado en mí en algún momento?

YANELIS

Debes estar sufriendo, te lo mereces, infeliz. ¿Qué pensabas, que yo me iba a echar a morir porque te dio el arretrato de retirarme la palabra? Tú y yo nunca tuvimos nada que ver ni jamás lo tendremos, y menos ahora, qué coño, eres muy poca cosa para mí, sin carácter de hombre. Aquel día que estabas conversando en el Caligari, no se me olvida, y estabas enrollando los cables de la guitarra y estábamos conversando y el Gena te metió un agitón que casi te cagas del miedo y dejaste de conversar conmigo, qué bárbaro, yo no me dejaría humillar así. No, no me gustan los hombres así. Por lo menos Richy es un muchachito echa'o pa' lante, que no se deja agitar por nadie y está bonito y fuertecito, no feo como tú, infeliz que ahora te vienes a hacer el orgulloso, qué coño, yo me empato con quien me dé la gana. Sufre, si no te gusta sufrir, ya yo logré lo que quería, soy representante de Faustus.

DIARIO

A las 6. 54 p.m. entramos en Pinar del Río. Como siempre, no es la gran cosa. Lo primero que se ve al entrar al puente es la ciudad recortada a lo lejos. Una ciudad que más bien parece un pueblito de provincias. El cielo estaba manchado de gris, y casi llegando a la ciudad comenzó a llover. La ciudad se nos ofreció turbia y distorsionada por la lluvia. Cualquiera pensaría que la opinión que tengo de la ciudad es por culpa del clima agreste que nos recibió, pero no es así, no es la

primera vez que visito Pinar del Río, ni los demás del grupo tampoco. A pesar de las veces que hemos estado acá la ciudad todavía nos parece una caricatura, una broma de metrópolis.

La guagua nos dejó frente a la Casa de la Cultura donde todos los grupos teníamos que confirmar no sé qué; de eso se encargó el Gena. ¿No quería ser el director del grupo?

Que se joda.

A las 6.35p.m.ya estábamos en el hotel. Tuvimos que esperar mucho tiempo en el lobby mientras el Gena y Yanelis arreglaban nuestro registro en la carpeta. Ya estábamos a punto de perder la paciencia, no sabíamos qué tiempo ya llevábamos esperando; por eso, cuando por fin una empleada nos hizo subir y comenzó a entregarnos a cada uno las habitaciones, íbamos cayendo en las camas, muertos de cansancio, como si hubiéramos construido la placa de una casa.

Mi habitación es bastante amplia comparada con la del Gena y la de Yanelis.

Dentro tengo un pequeño refrigerador, un closet con perchas y todo, televisor, una mesita de noche y un reloj despertador digital. El baño está ok, lo único malo es que no tiene agua. Por suerte averigüé que en el pasillo hay un closet de limpieza donde hay una llave y no falta el agua.

Me siento bien. Lo mejor de esta habitación es que estoy solo; puedo meter aquí a cualquier diablo que capture en este festival. Sí, no me puedo quejar, estoy relaja'o aquí.

¿Cómo estarán los demás?

BORGES

Ahora sí estoy convencido que lo mejor que he hecho es venir de camarógrafo de Faustus. Estoy en un hotel con todos los gastos pagos, ya no tengo que ir de guerrilla a los festivales, vaya, si tengo televisor y todo, qué yuma, no me puedo quejar, las sabanas están bárbaras y la cama es una sabrosura, vaya, ni en la yuma, si hasta tengo aire acondicionado; los que están jodidos son el Gena y Adolfo, que les tocó una habitación con los aires rotos y van a tener que resolver

con un ventilador. Los que sí están salvados son Pablito y el Mosque que les tocaron una habitación para cada uno, qué bárbaros, pueden meter una jeva ahí pero, ¿qué jervas van a conseguir par de muertos como el Negrura y el Mosque? A Richy le tocó compartir la habitación con Osmel, pero se mudó para la de Yanelis, no es bobo, va a dar cabilla desde que comience el festival hasta que nos vayamos. A mí me tocó compartirla con Miki, que menos mal que es un tipo vola'o, pero, ¿quién me hubiera visto con una sola para mí?

DIARIO

Están tocando a la puerta, deben ser Francis y el Negrura. Sí, es él mismo el que me está llamando. Voy a dejar de escribir por ahora. En cuanto regrese del comedor voy a contar cómo fue todo: la comida, la atención, etc. ¿Será igual que en el Santa Clara libre, o será fula como en el Cornito o en Villa Siboney, aquel hotel/edificio multifamiliar, allá en Camagüey? Ya veremos.

2.28 a.m.

Ahora fue que pude sentarme a escribir algo. La comida estaba un poco mala, es la primera vez en mi vida que como calamar, pero lo demás era lo normal: arroz blanco, ensalada de pepinos (sin sal y sin salero) y mermelada de mango como postre. La mesa donde nos sentamos era en realidad cuatro mesas unidas y cubiertas por un gran mantel rojo. Lo mejor de todo eran los cubiertos plateados (no de plata), las copas y las servilletas, todo de nivel. ¡Ah!, y unas camareras que eran un sueño. Junto a nosotros se sentaron la gente del audio y los integrantes del grupo J.F.K (de Matanzas) que también están hospedados aquí. Qué bueno que Borges lo está grabando todo con la cámara. Yo le había dicho en Holguín que llevara un cassette para las jodederas en el viaje y en el hotel, y otro nuevecito para grabar el concierto; porque pienso editar todo eso cuando llegue a Holguín, como en los videos yumas donde viene un poco de jodederas del grupo y después uno o dos temas del concierto y así hasta el final, como en el Live Intrussion de Slayer, y eso se ve ok, con tremendo swing.

Luego de la comida nos fuimos todos para la habitación de Miki y Borges, que parece que se va a convertir en nuestro punto de reunión, tal vez porque todos buscan a Miki, por sus cuentos. Yanelis, que en el comedor estuvo revoloteando alrededor nuestro todo el tiempo para estar al tanto de que todo estuviera bien, había desaparecido con Richy, y yo estaba torturándome, loco por saber lo que ellos estaban haciendo por ahí. Alguien avisó (no recuerdo quién) que a las 9.30 iba a ser el reci... no, es decir, el brindis de bienvenida para los grupos que van a actuar en el festival. Sí, ahora recuerdo, fue la misma Yanelis la que vino a avisar. Atrás venía Richy, siguiéndola como un manso corderito.

Todos pensábamos que el brindis iba a ser una porquería, hasta alguien dijo de no ir, pero al final nos fuimos embullando todos. A pesar de eso llegamos tarde, a las 10. 25.

El brindis era en la Casa de la Cultura. En el salón estaban poniendo videos de Pantera y aquello estaba lleno de friquis. A pesar de la hora tuvimos suerte, pues llegamos en el mismo instante en que los grupos eran conducidos hacia el patio donde se había preparado una mesa buffet llena de croquetas de pollo, lascas de jamón y queso, pastelitos, turrone, tajuelas de naranjas, melón y guayaba, bebidas ligeras y refrescos.

Adolfo, el Gena, Richy y el Jagger (el de Combat Noise) se comenzaron a comportar como cerdos, comiendo a cuatro manos. Yo tuve que apurarme, sino no alcanzaba jamón y queso, sin embargo hubo para todos.

En medio de los tragos y las conversaciones me di cuenta que Yanelis, a pesar de estar todo el tiempo arrimada a Richy, tenía los ojos clavados en el Narra, pero nadie más que yo se daba cuenta de ese detalle. Ni el mismo Richy, que al igual que el Gena y Adolfo solo tenían ojos para las golosinas, se enteraba de lo que estaba pasando. Pero, ¿qué estaría pasando por la cabeza de aquella zorra mientras vacilaba al Narra?

YANELIS

A lo mejor he metido la pata. El Narra me gusta más que Richy, eso no lo puedo negar, no puedo perder el talle que tengo con él, ¿y si ahora se busca otra? Bueno, él siempre logra zafarse de la mujer y se busca a cualquier piruja de esas que vienen a los festivales, pero siempre ha sido punto fijo conmigo de un tiempo para acá, como él siempre me promete, ¿o eso mismo le dirá él a todas? Ahora ya no confío mucho en él, pero me gusta mucho. Lo que me dijo hoy de que quería casarse conmigo es demasiado, ni que yo me chupara el dedo, que no joda con eso de que yo le gusto más que ninguna otra mujer, que si mi personalidad le cuadra una pila, que si ya él no se entiende con su mujer, que si ya le ha pedido el divorcio y ella no ha querido dárselo, ¿será verdad eso?

Va y es verdad y hasta me conviene y así logro algún día salir de Holguín y vengo a vivir para acá, a occidente, cerquita de la Habana y de los festivales, qué coño, que se vaya al carajo Faustus y el Mosque y todos los demás. Sí, me conviene que todo eso sea verdad...

DIARIO

Y después de la comilona, cuando ya íbamos de regreso al hotel, me preguntaba qué habría sido de Yanelis, porque ella se había ido de al lado de Richy, que solo le interesaba la comida, y se perdió de todo aquello. En todo el trayecto Richy solo hablaba de la mesa buffet y ni se acordaba de Yanelis. Antes de ir para el hotel habíamos pasado por la Pista Rita, el local donde se iban a realizar los conciertos. Allí ya el personal técnico estaba armando el audio. Delante, y a ambos lados del escenario, se levantaban dos andamios donde iban a ser colocados los bafles. Nuestras impresiones eran las mejores, pero yo comencé a preguntarme sobre el paradero de Yanelis.

EL NARRA

—Dos cervezas—le dijo al cantinero. Aquél se apresuró en servir el pedido.

Yanelis se encontraba frente a él, tenía el codo apoyado en el mullido borde de esponja forrada en vinyl del bar. Se acariciaba el pelo sin dejar de observar al Narra.

—Te estaba esperando —dijo él—. Hace unos días que te estaba esperando, pero parece que eras tú quien no querías verme, porque no viniste unos días antes, como te pedí por teléfono.

—Tuve mis motivos.

—Sí, claro. Ya te vi con tu motivo.

—¿Richy? No, ese no es el motivo —contestó ella, buscando algo en el bolso—.

Tuve un imprevisto; además, tú y yo no quedamos en nada.

—Bueno, sí; pero es que tú y yo nunca hemos tenido que quedar en nada.

—Por eso es que pasan los imprevistos —contestó ella, extrayendo una caja de cigarros del bolso—, tú sabes.

—¿Eso quiere decir que esta vez tú y yo no...?

—Eso no quiere decir nada —contestó ella—. Todavía faltan tres días, de aquí hasta allá nadie sabe lo que puede pasar.

—Tú lo que deberías es confiar en mí. ¿Cuántas veces hemos hablado de aquel asunto, eh? Cuando conversamos en Holguín, en el festival, te cuadró la idea; después, cuando nos vimos en las Romerías resulta que ya habías cambiado de parecer.

—Es que no se si creer en ti o no —respondió ella—. Tu reputación no es de las mejores.

—Yo te voy a demostrar que sí puedes confiar en mí —dijo él tomándola de la mano—. Fíjate que estamos aquí conversando en medio de Pinar del Río y a la vista de todos. Cualquiera que me conozca le puede ir con el chisme a mi mujer.

—Y eso no te conviene, ¿no?

—No me importa. ¿Eso para ti no es prueba de lo sincero que estoy siendo? No me importa que me vean contigo y se lo digan a ella; va y hasta me conviene y ella decide acabar de darme el divorcio.

—Y si tanto te interesa separarte de ella, ¿por qué no acabas de irte de su casa? Tú tienes la tuya.

—¿Qué puedo hacer?—contestó él luego de darse un trago de cerveza— Yo no puedo vivir sin tener una mujer en la cama todas las noches.

—Tú dirás que no quieres perder la comodidad que tienes viviendo con una mujer que gana dólares trabajando en turismo y te tiene como un rey. ¿No fue ella la que te compró el pedal digital?

—Sí, pero yo te voy a demostrar que la cosa no es así como tú dices, que tú eres la mujer que me gusta a mí de verdad, ¿y tú sabes cómo lo voy a demostrar? Te voy a dar un beso delante de todo el mundo: de mi mujer... hasta del mismo Richy.

—Deja, no es necesario —contestó ella—. De ninguna manera quiero buscarme problemas.

—¿Lo dices por mi mujer o por Richy?

—Por ella.

—No, qué va. Ella no es capaz de formarle un escándalo a nadie; lo más que puede hacer es darme eso... ya tú sabes, el divorcio.

—No es necesario que llegues a eso—dijo ella.

—Sí es necesario, porque quiero que acabes de creer en mí —dijo el Narra acercándose a ella—. Para probártelo te puedo dar un beso aquí, delante de todos, para que vean que tú eres la jefa mía.

—Aquí en este bar no te conoce nadie.

—En Pinar todo el mundo me conoce —dijo, con el rostro ya cerca de el de ella — yo soy el Narra, que no se te olvide eso; y a mí no me importa que me vean contigo, ni lo que digan por ahí. Y a ti, ¿te importa?

Yanelis no dejaba de mirarlo mientras los labios de él se iban acercando a los suyos. El Narra la besó lenta y profundamente. Ella se dejó besar.

DIARIO

Estuvimos recorriendo las calles mientras nos dábamos tragos de un alcohol que compramos en un punto clandestino. Yanelis se apareció con el Narra. No venían de mano ni nada pero nosotros sospechábamos que había algo, y más sabiendo que ellos antes habían tenido relaciones.

El Narra se despidió de nosotros y se fue. Yanelis iba caminando con Richy, delante de nosotros. Ella hablaba y Richy hacía esfuerzos para que no se le notara el enojo. Él no es bobo, sabe muy bien de la pata que cojea Yanelis.

Francis y yo nos desviamos hacia otro hotel (no recuerdo su nombre) donde estaban hospedados la gente de Combat Noise. Estuvimos cerca de media hora conversando con ellos, pero yo tenía un sueño del carajo y convencía a Francis de irnos para el hotel. Ahora estoy aquí, sentado en la cama de mi habitación, escribiendo en este diario con tremendo sueño y cansancio. Los ojos se me cierran pero necesito contar sobre...

Pinar del Río. 28 de marzo. 11.40 a.m.

Anoche dormí como nunca. Richy y Francis me dijeron que casi tumbaron la puerta y no pudieron despertarme. Eran las ocho y pico de la mañana cuando vinieron a buscarme, y el comedor lo cerraban a las nueve. Por supuesto, me quedé sin desayuno, por eso tuve que salir a comer algo a la calle. Menos mal que cerca de allí había una pizzería y me harté. A la vuelta entré a una librería y compré una revista literaria llamada "La Gaveta", que está de lo más interesante, tiene un cuento llamado "Suicídame" de lo más bueno, pero lo tuve que sacrificar en el servicio; y aquí estoy, sentado en la taza del baño, escribiendo en este diario.

Coño, Francis está ahora llamando a la puerta, no me deja ni terminar. Seguro que me viene a buscar para ir juntos al comedor; yo no sé para qué tanto apuro si el almuerzo termina a las 2.00.

3.27 p.m.

Yanelis no estuvo con nosotros en el almuerzo, ni tampoco en la ecualización. He aprovechado que el guitarrista de Holocaust me ha pedido par de cables de guitarra para poder venir al hotel y escribir esto en el diario. ¿Dónde estará Yanelis?, me preguntaba.

Richy ahorita se andaba vanagloriando de la “cabilla” que le dio anoche a Yanelis, eso quiere decir que ella anoche durmió aquí, en el hotel; pero según Richy ella salió temprano para la calle. ¿Acaso estará con...?

6.52 p.m.

Yanelis sigue sin aparecer. Dice un socio de la Habana, que la conoce, que la vio en la calle con el Narra y el otro guitarrista de Ocaña. Ya sabía yo que ella no andaba en nada bueno. Todos sabemos que ella siente debilidad por el Narra, ¿qué carajo le hallará? Debe ser su fuerte personalidad, su liderazgo indiscutible en la escena rockera de Pinar del Río, o su labia diplomática (por algo le dicen el Narra), o por su imagen de rockero duro con esos t-shirts nuevecitos y las botas que compró en Venezuela y los pantalones engomados que siempre trae. Es increíble cómo a Richy ya le da lo mismo lo que anda haciendo Yanelis por ahí, parece que lo único que le importa es “darle cabilla”, como él mismo dice. Coño, qué equivocado yo estaba con Yanelis, qué ciego, qué estúpido; no debí enamorarme de ella. El novio ese que ella tiene en Holguín no tiene por qué ser engañado por ella, como mismo me engañó a mí. Él tiene que saberlo todo, tengo que contárselo... Sí.

3.14 a.m.

No puede ser, maldita sea, no puede ser. No puedo creer lo que me han contado. ¿Cómo es posible que ella me haya mentido así, de esa manera y durante tanto tiempo? ¿Cómo es posible que yo nunca me haya percatado del tipo de persona que es?

Anoche apareció ella en el concierto. Con su cara bien dura se apartó del Narra y fue hacia donde estaba Richy. Éste comenzó a hacerse el duro, el celoso, o

traicionado, no sé, pero ella le empezó a susurrar cosas al oído y a pasarle la mano por la cabeza.

Richy trataba de aguantar pero al final acabó rodeándola con los brazos, y más tarde ya se estaban cayendo a besos.

Lo envolvió como mismo me envolvió a mí, con palabritas y manipulaciones que solo una psicóloga viciosa, ninfómana, sabe decir y hacer. Todavía resuena en mi cabeza toda la sarta de mentiras, filosofías oportunistas y juegos de palabras que ella me repitió por tantos años para tenerme bobo y enamorado, para que nunca se me ocurriera bajarla del pedestal donde la había entronizado.

Pero lo más decepcionante, lo terriblemente decepcionante vino después.

Cuando terminaron los conciertos de J.F.K, Holocaust y Combat Noise, volvimos al hotel y nos pusimos a descargar en la habitación de Borges y Miki. El Gena no estaba, se había ido a dormir a su habitación y Pablito se había ido para la suya con el pretexto de escribir no sé qué poema ahí. Richy y Yanelis se habían encerrado en la habitación. Los dos estaban borrachos.

Estuve como una hora conversando con Borges, Miki y Francis, pero luego me fui a dormir. Estaba demasiado cansado. El viaje en el camión, la madrugada bajo el puente de Matanzas, la espera en el Patio de María, el trayecto hasta aquí, el trajín del día de hoy. Realmente necesitaba descansar, no bastaba con lo que había dormido el primer día.

Ya estaba en la cama, conciliando el sueño cuando...

PABLO NEGRURA

Golpeó con fuerza la puerta de la habitación del Mosque, éste despertó sobresaltado. Los golpes en la puerta se repitieron, tenían el tono y la intensidad de la urgencia. El Mosque se levantó mascullando improperios, todavía estaba envuelto en la sábana; se calzó las chancletas, avanzó hacia la puerta y la abrió. En el umbral estaba la última persona que esperaba ver a esa hora.

—Coño, negro.

—Compadre—dijo aquél, entrando en la habitación—, no vas a creer lo que pasó.

El Mosque lo siguió hasta la cama, donde los dos se sentaron.

—Oye, ¿te acuerdas cuando estábamos descargando en el cuarto de Miki y yo me fui y después te fuiste tú, según me dijeron?

El Mosque, somnoliento, afirmó con la cabeza y fijó la mirada en los pliegues de la sábana que lo cubrían. Tenía deseos de cualquier cosa menos de conversar.

—Compadre, dicen que después apareció Yanelis, casi cayéndose de la borrachera.

De madre, me dijo Francis que ella estaba casi desnuda y que se tiró en la cama de Miki. La tipa se acomodó y todo, como si la cama fuera la de ella.

YANELIS

—Vengo a pasar la noche contigo —le dijo a Miki. Todos se habían quedado petrificados de la sorpresa—. Tú siempre me has cuadra'o —los ojos turbios, semicerrados, según me contó Francis—. Que se vayan echando todos ellos y nos dejen solos.

—Ah no, espérate—Miki se paró frente a la cama, rechazó la mano que Yanelis le extendía—, tú estás equivocada, yo no estoy pa' esa talla contigo, así que has el favor, levántate y dale echando pa' tu habitación.

—Necesito un hombre de verdad —contestó ella—. El aura de Richy se quedó dormido y no me terminó la pincha, ¿y tú sabes cómo yo estoy ahora?, ardiendo —se contorsionó vulgarmente en la cama—, echando candela.

DIARIO

No podía creerlo, coño, no podía creer hasta qué punto había llegado la degradación moral en que había caído aquella de quién una vez pensé, de infeliz que soy, que era una mujer única, distinta; una mujer de verdad y no una puta puerca y promiscua, como la mayoría de las que van a los conciertos y a las peñas de Rock en el Club Atlético. No había sido suficiente para ella el haberle

pegado los tarros al infeliz ese que dejó en Holguín, sino que también tiene el desparpajo de proclamar delante de todo el mundo que quería tirarse a Miki, y para colmo también dijo que Richy no era hombre porque se había dormido y no la había trabajado bien. ¡Cuando él se entere! Por lo menos el comportamiento de Miki había sido bastante digno, pues me dijo el Negrura que él la botó del cuarto y le tiró la puerta en la cara. La verdad es que Miki es un tipo legal y con sentido común. Pero lo peor vino después. Menos mal que yo no estuve ahí para ver el espectáculo que ella...

YANELIS

Golpeaba la puerta de la habitación de Miki con todas sus fuerzas. El estruendo se escuchaba a distancia.

—¡Abre, cojone! —gritaba, poniendo empeño en cada golpe o patada a la puerta —. ¡Abre maricón, abre!

—¡Hagan silencio ahí! —dijo alguien.

—¡Abre, maricón! —seguía gritando ella— ¡Tú no eres hombre, coño, lo que eres es un pendejo y un maricón!

—¡Administrador, que llamen al administrador! —dijo otra persona. De las puertas de las habitaciones comenzaron a asomarse los inquilinos.

—¡Abre, poco hombre!

—¿Quién es esa puerca que está diciendo malas palabras a toda voz?

—¡Maricón es lo que eres, maricón! ¡Abre la puerta, cojone!

—¡Oye, tú, puerca, cállate la boca y vete a dormir!

—¡Te vas pa' la pinga tú también! —contestó—. ¡Miki, coño! —golpeó la puerta — ¡Abre y demuéstrame que eres hombre!

DIARIO DE VIAJE

El Negrura también me contó que el Gena escuchó el escándalo y salió de la habitación y se la llevó casi arrastrándola. Ahora ella está allí, en la habitación del Gena. Y el Gena, ¿dónde dormirá ahora? Lo único que sé es que el que va a

dormir ahora mismo soy yo. Mañana tenemos que tocar y tengo que descansar. No debería estar despierto pensando en los escándalos de esa...

2.10 p.m.

Hoy ya estamos a 29, el día de nuestro concierto. Francis y el Negrura me despertaron y nos pusimos a conversar sobre lo de anoche, pero de pronto apareció Richy, seguido de Miki y Borges, y fue entonces cuando la cosa se puso candente de verdad.

RICHY

—¿Y dijo eso de mí, que yo no era hombre?

—Caballeros, no enciendan más la candela—dijo Miki.

—Y también dijo que tú eras mala hoja y que te dormiste en medio del palo —remató Borges.

—¿Cómo?

—Mentira, ella no dijo eso na' —intervino Miki—. Eso no fue así.

—¿Sí, tú no te acuerdas que ella dijo que quería un hombre de verdad?—refutó Borges— ¿Tú me vas a negar que ella también dijo que Richy se había dormido y la había dejado caliente?

—En la vida real eso es casi lo mismo que lo otro —intervino Pablo Negrura.

—¡Coño, ella va a aprender a respetar a los hombres!

—Deja eso, Richy —dijo Miki—. Hoy es nuestro concierto y no conviene que ahora haya un conflicto entre nosotros.

—Lo que hay que hacer es botarla del grupo —intervino el Mosque.

—Que se atreva a repetir eso que dijo delante de mí —se levantó decidido—. Voy a hablar con ella ahora mismo.

—Oye, Richy; ve a ver lo que tú vas a hacer.

—Mejor vamos todos—dijo Miki.

DIARIO

Y fuimos todos hacia la habitación del Gena. Richy llamó a la puerta bien duro y el Gena contestó que esperara un momento, pero tardó bastante en abrir. Cuando entramos, Yanelis estaba sentada en la cama. Alguien, no me acuerdo quién, me tocó con el codo y me señaló la portañuela del pantalón del Gena y vi que sobresalía un bulto, al parecer la tenía parada. ¡Cuántas cosas pasaron por mi mente en ese momento! En seguida traté de imaginar lo que habían estado haciendo Yanelis y el Gena antes que llegáramos. La discusión comenzó y Richy le estaba diciendo horrores a ella, y a mí cualquier gesto de Yanelis me parecía una prueba de lo que había estado haciendo.

Recordé que cuando entramos ella se estaba limpiando la boca, con el dorso de la mano. ¿Estaría mamando? También se acomodó la blusa cuando Richy comenzó a decirle cosas. ¿El Gena le estaría manoseando las tetas? Cualquier cosa que haya pasado de seguro que no fue un palo, porque estaban los dos completamente vestidos. . . ¿o se pondrían rápido las ropas en los minutos que el Gena tardó en abrir la puerta? Imposible. De pronto no quise pensar más en aquello, no lo resistía; tampoco resistía verle la cara a esa descarada, ni oír las disculpas, las excusas que le daba a Richy, ojala él le hubiera caído a golpes; creo que no lo hizo porque el Gena se metió en el medio y la defendió. Claro, seguro que se la singó. Yo me fui de allí y vine para la habitación, este asunto me ha dado más pena que a ella misma.

7.04 p.m.

Aprovecho un chance para escribir algo antes que nos vayamos para el concierto, aunque no hay mucho que contar. Por la tarde, a las 3.00, fuimos para la prueba de sonido, que estuvo muy ok. Parece que todo va a fluir bien esta noche. Richy le daba a la batería con una rabia del carajo, como si le estuviera cayendo a golpes a Yanelis... al menos eso fue la impresión que me dio. En la prueba ella ni hablaba, nada más era mira que te mira a Richy, que clase de descarada. Dentro de diez minutos viene la ladilla de Francis a buscarme para ir a

comer. Tenemos que estar temprano en la Pista Rita, aunque somos los penúltimos. Hoy tocan Mermelada de Guayaba, Carnivore y Aglareth.

Nos iban a poner de últimos pero nos negamos; siempre hemos creído que nunca conviene tocar ni de primeros ni de últimos, por eso no transamos. O nos cambiaban o no tocábamos ni cojone. Tengo hambre

PABLO NEGRURA

Y en medio de la distancia, agraviado en su hombría
Se desencadenó la furia, largamente contenida
de aquél que anoche, tras juerga estrepitosa
colmó su organismo de bebida engañosa
pensando que era Refino, o tal vez Vodka
sin sentarse a pensar en su factura dudosa.

Y según la Geisha: Richy, en el mejor momento
no pudo erguir el mástil pues perdió el conocimiento
se durmió como un bebé, despatarrado, macilento
y ella no podía creer, la había dejado ardiendo:
con la capucha caliente, los pezones enhiestos,
los gemidos a punta de lengua
y las ganas de intercambiar alientos.

—¡Negro! —se escuchó al otro lado de la puerta— ¡Apúrate para ir a buscar al Mosque!

—Me cago en el maricón 'e mierda éste—masculló, soltando el lapicero.

DIARIO DE VIAJE.

2.20a.m.

De pinga, de pinga, de pinga el concierto. Para nada hemos venido por gusto a Pinar del Río, fue lo máximo. Tocamos durísimo, con un sonido de maravilla; todos

tocamos súper bien. No hubo ni Carnivore, ni Aglareth, ni menos que menos Mermelada de Guayaba para hacernos competencia. No dudo que seamos los mejor de todo el festival; hay que esperar a mañana para ver cómo van a tocar los Ocanna, ese grupo brujo. Puedo acostarme satisfecho. Al carajo todo el mundo, tengo la mejor banda de Rock del país.

30 de Marzo.8.15 a. m.

Ella me ha echado a perder el día, malogró mi felicidad, la satisfacción que dejó en mí el concierto de anoche. Eso prueba que hasta que no logre eliminar del grupo todo lo que lo esté echando a perder, no puedo dormir tranquilo. Anoche, cuando ya estaba casi al dormirme, alguien me tocó la puerta. Al abrirla me topé de frente al mismísimo Narra. Ni sé la cantidad de cosas que pasaron por mi mente cuando lo vi, ni tampoco me imaginaba que me buscaba para que lo guiara a la habitación de Yanelis. Me puse un pullover y guié al Narra. Cuando ella abrió la puerta pudimos ver que estaba sola en la habitación. La expresión que puso cuando nos vio a mí y al Narra juntos fue del carajo.

Ahí te dejo, le dije al Narra y me fui de allí.

Hace unos minutos estuvieron aquí Francis y el Negrura y me contaron que casi todos no pudieron dormir de la gritería que se escuchaba en la habitación de Yanelis.

Como a las cinco de la mañana se fue el Narra, me comentó Francis. Está del carajo la loca esa, dijo Pablito, se templó a Richy, se quiso temprar a Miki, parece que se templó al Gena y ahora se tiempla al Narra. Qué clase de puta.

Sí, que clase de serpiente venenosa ha caído en el grupo. Me siento tan mal que no quiero ni desayunar. Cada vez que alguien habla de las atrocidades de Yanelis me siento como si se estuvieran riendo de mí, yo, que fui su víctima, un estúpido enamorado.

He tomado una decisión. Cuando llegue a Holguín y pasen unos días, voy a convocar una reunión con todos y les voy a decir que Yanelis no puede seguir en el grupo, tiene que irse o me irá yo, porque ella es una vergüenza para nosotros,

un desprestigio, una mala influencia. Está bien que el Gena y Adolfo se tiren a cuanto diablo se le ponga delante, eso no importa mucho, pero ¿Yanelis? ¿Ella que es quién nos representa? ¿La cara, la fachada del grupo? ¿Qué pensarán la gente y los ejecutivos de la Asociación si ven que nuestra representante es una puta sin frenos? No, no puede ser.

Me siento tan mal que se me han quitado las ganas de terminar éste diario. Lo que yo pensaba iba a ser un documento testimonial de un viaje que sí, terminó en un éxito más del grupo, se ha convertido, al final, en un asco, en evidencia de la porquería que venimos arrastrando desde siempre. Primero Osmel, después aquel utilero drogadicto, mariguanero, que por nada nos hace caer a todos presos, y ahora una desprestigiada, zorra manipuladora, una vulgar representante que se da aires de universitaria, de psicóloga de caché y no es más que una concubina, una geisha, una ramera de Babilonia.

Debería de quemar este diario como mismo quemé todas las cartas de la perra para acabar de desaparecerla de mi vida, porque para mí ya no existe, nunca ha nacido, porque desde ahora, para mí y para todos los que han sido testigo de sus desafueros, ella es lo siempre será hasta su muerte: una puta.

XI

Despierto en medio de una extraña sensación, un mal sabor que desaparece parcialmente cuando percibo que aquello tan nítido y palpable solo ha sido un sueño: la remembranza onírica de una de las experiencias más desagradables por las que he pasado en mi vida. Por suerte ya pertenece al pasado, a un mal recuerdo que no debo permitir que vuelva a pasar. Ni siquiera algo parecido a aquella obsesión, sí, a aquella maldita dependencia que sufrí por esa perra, y todo por mi debilidad ante los encantos femeninos, a mi falta de carácter. Sí, Alexis Carralero, y también a tu ingenuidad, tu ceguera, a la subordinación en la que siempre te sumes cuando una mujer conquista tu corazón blando y de fácil flechadura.

Algo pasa. Los bandazos y la vibración a las que ya me había habituado han sido sustituidos por una ululante cascada de voces; y detrás, el silencio; una quietud que solo puede significar una cosa: el tren se ha detenido.

Trato de abrir los ojos pero tengo que cerrarlos al instante: han encendidos las luces, y es como si mil alfileres se clavaran en mis pupilas. Intento abrirlos de nuevo. Lentamente, entornándolos con cuidado. Logro ver. Sí, el tren se ha detenido, y en seguida me percató que el asiento de Sonia se haya vacío. En todo el coche hay personas de pie, otras caminan por el pasillo, van y vienen. Los que aún están sentados tratan de desperezarse, otros duermen, algunos mastican dulces, bocaditos, galletas. Por un momento pongo atención en los pregones

provenientes del exterior, y observo, curioso, a pasajeros que asoman medio cuerpo por las ventanillas, extendiendo billetes, pidiendo, preguntando. Vuelvo a mirar el asiento de Sonia. ¿Dónde estará? Ahora mi única compañía es el mulato del Ministerio del Interior. El asiento a mi lado también está vacío. La somnolencia me mantiene atado al asiento. ¿Ella estará tan enojada que ha decidido cambiar de coche? ¿Por qué el tren se ha parado?

Miro por la ventanilla. Estamos detenidos en una estación, al inicio, desconocida para mí. Recorro con la vista el amplio andén de grisácea superficie, la multitud agolpada en las puertas de salidas, la estructura de aquella estación, ahora conocidísima, evocadora: la estación de Santa Clara.

Ya comprendo. Ella se ha marchado y debe estar llegando a su casa, pues no la distingo en el tumulto que pugna por salir de la estación para diseminarse por las calles, atravesar el parque, la plaza, perderse en la ciudad. Me levanto del asiento y salgo a la carrera. La mochila, no importa, tengo que alcanzarla, verla, hablarle. ¿Y si todavía no se ha ido? ¿Estará ella en el tumulto? Trato de pasar por entre la gente, que avanza hacia mí, permiso, adelantarme a las que van saliendo, permiso que es urgente, otras que suben, voy abran paso, empujo, esquivo, logro poner mis pies en la escalera metálica; salto al andén, me acerco al tumulto, observo rápidamente, en ocasiones me pongo en puntillas de pies, corro de un lado a otro, ahí está, no, no es ella; sigo buscando, mi corazón da un vuelco varias veces: un rostro similar, una figura casi homóloga, una sombra fantasma, no, no está, ya se ha ido; pudo salir a la calle antes que me diera tiempo bajar del tren, o mucho antes, cuando yo estaba dormido como un maldito idiota. ¿Cómo pude quedarme dormido de esa manera y dejar que se fuera así? ¿Y ella? ¿Por qué no me despertó? No puedo creer que no haya querido despertarme con tal de, ni siquiera, despedirse de mí. ¿Fue tan terrible para ti, Sonia, que yo tratara de darte un beso? ¿Fue tan desagradable para ti? Maldita sea tu... ¡La veo! Está allí, casi sumergida en la vorágine humana que pugna por salir del andén, empujando, tratando de abrirse paso entre la muchedumbre, mucho más ávida y aviesa, que viene de la calle y trata de hacer lo contrario: ganar el andén.

—¡Sonia!

La muchedumbre ruge, mi llamado se pierde en medio del escándalo y las imprecaciones. Los cuerpos comienzan a transpirar, a pesar de la fría temperatura de la madrugada.

—¡Sonia!

Ella está justamente delante de mí, casi imperceptible dentro de la masa de cuerpos. No me ha escuchado. Parece...

—¡Sonia!

Ella hace el ademán de mirar. Dirección equivocada: atrás de ti, Sonia.

—¡Eh, eh, Sonia! ¡Aquí! ¡Aquí!

Ella mira de derecha a izquierda, se da media vuelta, me vuelve la espalda, aquí Sonia. Por fin se vira completamente de frente a mí, está asombrada, le hago una señal para que se acerque.

—No puedo—me grita—. Ya me tengo que ir.

—Sal de esa matazón, te van a pillar ahí; sal y espera a que pase un poco de gente y después te vas.

Ella me vuelve a dar la espalda, pero tomo una determinación, permiso, entro en la turba, permiso un momentito, empujo, gano terreno, déjenme pasar, aquí todo el mundo quiere pasar socio, llego a ella, Sonia tengo que hablarte.

—Vamos a salir de aquí, ¿no ves que no se puede pasar por ahora?—gritos, los ánimos exaltados—. Es capaz que se forme una bronca y te den un mal golpe. Anda, espera un poco.

El nudo humano logra avanzar unos pasos. Ella trata también de ganar terreno.

Una fuerza me obliga a dar algunos pasos hacia delante, Sonia vámonos para fuera. La muchedumbre antagonista nos hace tropezar, Sonia esto es para rato. Groserías, empujones, vámonos Sonia, amenazas. Aparece la oficialidad.

—Sí —me contesta—, vamos a salir de aquí.

Escapar de la vorágine resulta más difícil que entrar en ella. De nuevo empujones, codazos, permiso vamos saliendo, su maletín atascado entre los cuerpos, trato de abrir brecha, permiso por favor o hay que usar la fuerza bruta pa'

que entiendan, un esfuerzo más, oye cadvito, sin empujar, y por fin el aire fresco, la libertad de movimientos, ella y yo lejos del tumulto, frente a frente los dos.

—Te ibas sin despedirte...

Titubea, no responde, mira a los lados: el tren. Lanza una ojeada hacia el tumulto: los policías han logrado que fluya el torrente: con calma y organización, ciudadanos. El tren lanza un estornudo de vapor, la premura impulsa al tumulto: el tren no se va a ir ahora, ciudadanos, cojan calma. La hilera de coches, la turba desmigajándose, el horizonte a oscuras, las luces distantes, lo siento tengo que irme.

—Es tarde y ya tengo ganas de llegar a mi casa.

—¿Por qué no quisiste despertarme, es que no querías despedirte de mí?

No me contesta, y no quiero pensar que ella me está rechazando. Maldita sea la idea que tuve de bes... ¿Es por eso, Sonia? ¿Tanto enojo por eso, por algo tan minúsculo? Demasiado desaire por tan poca cosa, Sonia, no lo puedo aceptar. Ella se sorprende, clava sus ojos en mí: tengo sueño.

—Y estoy loca por llegar a mi casa.

—Espérate, yo solo quiero decirte... es que no quiero que te vayas así, tú sabes, no quiero que estés brava conmigo y de que te vayas de esa manera. Bueno, lo que en realidad quiero decirte... pedirte, es que me perdones. Tú...

—Estás perdonado.

Trata de darse vuelta pero la tomo del brazo, espérate chica. Ella me mira, no sé si sorprendida o furiosa, rechaza mi garra, déjame no me toques.

—¿No te dijés que estás perdonado, qué más tú quieres?

¿No te sugiere algo su tono hostil, Alexis Carralero? ¿No te parece que ya has pasado por esto, que estás repitiendo aquella otra historia igual de patética, de ridícula; igual de desagradable, maldito seas? ¿Se te han olvidado en tan poco tiempo tus estúpidas plegarias en aquel apartamento de la Comunidad Militar; tus noches de insomnio, tu llanto a escondidas, la infelicidad, el ridículo?

—Así de esa manera no quiero que te vayas. Yo quiero que me perdones de verdad.

—¿Y cómo hay que decírtelo?

La hostilidad ahora es explícita: ¿No entiendes que no tengo ganas de perder el tiempo hablando contigo, que quiero irme? Su mirada se desvía al gentío que ve despejándose, y está bueno ya, déjame, me voy.

—Y por favor, no me molestes más.

—No quiero que te vayas así, nos estábamos llevando tan bien.

—La culpa es tuya... y además, a mi qué me importa, si ni te conozco. Nosotros ya no nos vamos a ver nunca más.

De nuevo se da vuelta, pero chica, la vuelvo a sujetar por el brazo, suéltame.

—No se te ocurra volver a hacer eso.

—No te pongas brava, chica. Escúchame, me gustaría que nos despidiéramos cordialmente, sin rencores. Y también me gustaría...

¿Qué te diera su dirección, Alexis Carralero? ¿Esa es tu gran idea de llevar anclas, soltar ataduras, hacer borrón y cuenta nueva? ¿Ese era tu plan cuando saliste de Holguín, imbécil?

—Tú mismo me has dado pruebas de que eres un descarado y un atrevido; a la primera oportunidad que tuviste trataste de darme un beso.

—Pero...

—¿Qué vas decir? ¿Acaso yo estoy obligada a estar aquí, hablando contigo, que prácticamente eres un desconocido, eh? ¿No ves que lo único que quiero es acabar de irme de aquí? Mira qué hora es y no he llegado a mi casa. ¿En qué idioma te lo tengo que decir?

—Te juro que no sé lo que me pasó —que clase de respuesta di, Jaime, que falsa—. No pude parar mis impulsos, es que...

—Lo que pasa es que desde que me sacaste conversación en el tren ya venías con esa idea.

—No es cierto.

—Me voy ya, y no me vuelvas a sujetar del brazo.

Pero mi garra inconsciente la atrapa.

—¡Suéltame, coño! —grita. Tremendo susto que pasé, primo.

—No te pongas así.

—¡Y cómo quieres que me ponga, comemierda!

—No me digas comemierda —me dieron ganas de darle un bofetón, Jaime, de verdad que me dieron ganas.

—¡Voy a formar un escándalo si me vuelves a sujetar!

—No hay que llegar a eso; yo solo quiero que te vayas con una buena impresión de mí.

—Jamás voy a tener una buena impresión de ti después de todo esto. ¿Qué tú te piensas, que porque hablamos dos o tres veces ya tienes derecho a meterte conmigo?

—No, no, claro que no, discúlpame... vaya, no sé qué decirte para que me creas.

Ahora el que casi se tiene que ir soy yo.

—¿A qué esperas?

—Vamos a hacer una cosa... intercambiamos direcciones, ¿vale?

—Mejor olvídalo. Me voy.

Hago el intento por atrapar su brazo. Ella se detiene en seco, clavándome una mirada feroz.

—Me parece que voy a tener que formar un escándalo aquí de verdad —echaba candela por los ojos, se le veía que era capaz de hacerlo de verdad, Jaime.

—No chica, no te pongas así. ¿Qué puedo hacer para que confíes en mí?

El tren lanza un pitazo. Doy un respingo que casi le arranca una carcajada a ella, pero de inmediato su rostro adquiere austeridad.

—Se te va el tren —me dice—. Chao, nos vemos.

La vuelvo a sujetar, espérate todavía no me has dado tu...

—¡Suéltame, coño! —un intento de bofetada que logro esquivar. Puntapiés, forcejeos, su maletín cae al suelo con estrépito.

—Buenos días ciudadanos, qué pasa aquí.

La llegada del policía es tan repentina que la suelto al instante. Sonia se alisa los cabellos, recoge el maletín. Yo me quedo inmóvil, sorprendido, avasallado psicológicamente por aquel uniforme que tan malos recuerdos me trae a la mente.

—No, no pasa nada —dice ella. Lo menos que yo pensaba que iba a decirle al policía, Jaime.

El policía escruta mi rostro, como si tuviera la mentira pintada en la cara, Jaime.

Este rostro que siempre ha tenido el increíble talento de generar desconfianza. Es estos momentos me siento como si el policía estuviera leyendo en él todos mis antecedentes, las noches que pasaste en los calabozos de disímiles unidades de la P. N. R, Alexis Carralero, cuando eras un friqui rebelde y trasgresor.

—Si todo está bien, entonces que tengan buenos días.

—Que tenga buen día usted también —cagándome, Jaime.

Sonia levanta el maletín, se lo acomoda en el hombro.

—Está bien —me dice, tranquila—, te voy a dar mi dirección.

Busco en mis bolsillos. ¿Tienes papel?, le digo. Ella se palpa los suyos, busca en el maletín: no, no tengo.

—Coño, yo tampoco.

El tren lanza un lamento. Mis movimientos adquieren premura.

—Espérame un momento, voy a buscar una agenda que tengo en la mochila. ¿Me juras que no te vas a mover de aquí?

Ella asiente. Mi desesperación aumenta cuando me percató que el andén se está despejando: Vengo ahora rápido.

—Dale, apúrate. Yo te prometo que no me voy a mover de aquí —me dijo ella. Ah, sí, no me digas más nada, ya yo me sé el final, primo.

Subo al coche, atravieso el pasillo, llego a mi asiento: una señora desconocida está sentada en donde estuvo Sonia. En el mío se ha sentado un niño: ay, ¿tú eres el dueño de ese asiento, no quisieras cambiar por ese?, señala al asiento vacío. Busco la mochila en el suelo, no hay lío, la pongo sobre el asiento que me ha intercambiado la señora, meto la mano en el bolsillo exterior, rápido Alexis, encuentro la agenda, rápido coño, mis teléfonos y direcciones, busco el bolígrafo,

apuradísimo Jaime, lo encuentro casi en el fondo del bolsillo, ni cierro la mochila. Salgo disparado, llego al entrecoche, apúrate idiota. Me lanzo al andén: aquí traigo la agenda y el...

—Pero ella ya no estaba ahí. Se había ido, Jaime, ¿lo puedes creer?

—Oiga, casi lo deja el tren —me dice la señora.

Hago un mohín de disgusto. Coloco la mochila en el suelo, me lanzo en el asiento. No puedo evitar que la desazón se refleje en mi rostro.

Me fijo un momento en los nuevos acompañantes. La señora debe tener más de cuarenta años, maldita seas Sonia, de figura semi-obesa, más bien de línea descuidada, eres una maldita cabrona, y de mal vestir, como decía Francis de las personas de indumentaria sencilla. Al niño, en cambio, ella lo ha vestido con la mayor ampulosidad posible, Le ha echado encima un pomo completo de perfume, perra, me tomaste por estúpido. El niño sostiene un libro de escasas páginas y carátula de cartón duro con sobrecubierta de papel cromado. “Los animales y la naturaleza”, leo.

Vuelvo a abrir la mochila, maldita cabrona, esta vez para guardar la libretita y el lapicero, y extraer, mereces que te rejodas con una hija sin padre, otro pulóver; hace frío, hija de la grandísima puta que te parió. Ahora sí hace frío de verdad y no quisiera ni imaginar la temperatura que hubiera en este coche si tuviera aire acondicionado, caramba, de día un desierto y de noche un frío de Polo Norte. Estoy tratando de no pensar en ella, perra maldita, me siento incómodo en este asiento, no querías darme tu dirección, me remuevo, maldita puta de moto, me estiro, bostezo, si me hubieras dicho de antemano que no te daba la gana de darme tu dirección me hubieras ahorrado, hago un gesto sobre mi cabeza, como ahuyentando espíritus malignos; la señora me observa, debe haber creído que me faltaba una tuerca, primo. Carajo, no llevo ni dos minutos con estos pulóveres puestos y ya tengo calor, ni que tuviera la menopausia. Un calor ígneo: ¿Furor? ¿Rabia? Sí, por eso las odiosas ganas, qué carajo me pasa, de llorar, sí, de llorar de rabia... creo. Unas ganas de pararme en medio del coche y gritar: putas, todas las mujeres son unas putas, unas recontraputas del coño de su madre, Jaime, qué

rabia tenía por dentro, unas mentirosas, descaradas, zorras—Pero no estás muy lejos de la verdad, Alexito—, malditas sean todas: Adis, la Cangreja, Yanelis, Sonia. Me cago en todas.

El tren echa a andar. Lanzo una mirada al exterior. Observo que ya no queda nadie en el andén, que va alejándose, y caigo en cuenta que en el momento en que hablaba con... con la perra, e intervino el policía, toda aquella turba que casi nos lanza al suelo han subido al tren y ni me había enterado, qué imbécil.

El niño me observa, le lanzo una mirada torva, a él y a su maldito libro. Esa manía de los niños de querer lucir ante todos cualquier objeto que consideran valioso, como hacías cuando tenías esa edad, Alexis Carralero, y antes, y después, y todavía a estas alturas, después de viejo, cuando de vez en cuando se te ocurre tratar de darle envidia a alguien con cualquier objeto que solo tiene importancia para ti, imbécil, como aquella vez que te dio por sacar la guitarra del forro delante de todos, en medio de un tren como este, en un viaje a Matanzas con el grupo. Y la gente miraba tu guitarra, Alexis

Carralero; tu guitarra flamante a pesar de ser de uso, y ese era tu nuevo instrumento, tu más reciente adquisición. Pero también recuerdas que hace poco, cuando viajabas, como ahora, para la Habana, al primer encuentro en el taller Onelio, y en el coche te pusiste a leer —u ojear—un libro de Borges, para que todos vieran que leías lo mejor, estúpido, y después, años después, cuando tu mente se limpió de tanta estupidez acumulada, aprendida, asimilada de tanto bregar por el mundejo rockero —¿o todavía te quedan rezagos, Alexis Carralero? —, comprendiste que a ninguna de esas personas que trataste de meterle la guitarra o el libro de Borges por los ojos no conocían, y tal vez nunca conozcan, si Lead Star es o no una buena marca de guitarra o si un libro de Borges es un buen libro o una mediocridad.

—El león se va a comer a un venado ¿Viste?

No son venados, estúpido, son antílopes. Se me ha quitado el sueño de la ira que todavía reverbera en mí. ¿Por qué me pasan estas cosas? Desde niño he estado marcado para hacer el ridículo, para que las muj... las perras, me tomen

por bobo y se burlen de mí, como cuando estuve enamorado de aquella imbécil de mi barrio que ahora anda por la calle cargada de hijos y flaca como una antena de televisión, pero en aquellos tiempos era linda y graciosa, y yo estaba como bobo por ella, y ella me dijo, iracunda y como asqueada: ¿Tú?, con desdén, señalándome con un dedo inquisitivo, tal vez satírico, riéndose en mi cara que cambió de color como un semáforo, según me dijo un testigo del suceso, y ella siguió carcajeando como una hiena, arqueándose, ensalivando el éter, ridiculizándome delante de todos, del barrio; y años después, en la beca, me pasó algo parecido, pero con una muchacha pecosa y medio gordita, amiga de la novia de un amigo que quería que le hiciera la media, y cuando llegó el momento decisivo la gordita dijo, como si yo no estuviera allí, de cuerpo presente: ¿Con él?, como si fueras un bicho raro, Alexis Carralero, un apestado: ¡No, con él no!, remató la gordita hija de puta, como si yo fuera un monigote feo: ¡Ni loca, búscame a alguien que no sea él!

—Mira—me dice el niño plantándome el maldito libro casi en las narices—, a que el león se come el venado—a cada rato, Jaime, qué maldición.

—Sí —contesto—. Eso mismo, un león.

Maldito niño con su maldito libro. Maldita luz encendida, maldita señora que no le llama la atención a éste maldito niño; maldito mulato del Ministerio del Interior, malditos pasajeros con sus malditas sábanas, colchas y toallas; malditos los que conversan, maldito sueño, maldita luz, Alexis Carralero, que no te deja dormir.

—Y cuando se coma el venado también se va a comer u... una cabra —dice el niño.

—Antes el león era amigo de los venados y las cabras —se me ocurre decirle, aunque de mala gana, posando un dedo en la página y retirándolo inmediatamente.

—Mentira.

La historia del Negrura. ¿Cómo al negro se le habrá ocurrido algo así? Ah, negro, no se puede negar que esa historia... ese poema, fue lo mejor que escribiste en toda tu vida.

—Es verdad —primero con desgano—. Antes ningún animal se comía a otro, y el león era amigo de los demás animales.

—Mentira. Si esa sí, ¿entonces qué comía el león?

—Bueno, no sé—no habías pensado en eso, negro, ahí se te fue la musa—. Tal vez frutas... o hierba.

—¿Hierba, como los caballos? ¿Y por qué ahora come carne?

—Porque todo se echó a perder —ahora sí me gané la lotería con este vejigo—. Se acabó la amistad entre los animales y se empezaron a comer los unos a los otros.

—Mentira. ¿Cómo tú sabes todo eso?

¿Ponerte a recitar aquí, ahora, el poema del Negrura, Alexis Carralero? ¿Delante de todo el mundo? Tal vez sí, cómo no. Un tributo al Negrura, un acto de justicia hacia el pobre negro, que le dio por escribir poemas en el momento y en el ambiente equivocado. ¿Selo vas recitar de verdad? ¿No era un estúpido este niño, para ti, Alexis Carralero; no eras el que estaba loco por quitártelo de encima? ¿Qué eres ahora: recitador, juglar, declamador como Luis Carbonell? ¿O tal vez... resucitador del Negrura?

—Lo sé por... por un poema.

—Cuéntame.

—Eso no se cuenta.

—Entonces cántamelo.

—Eso no se canta, se recita.

—Entonces recítamalo.

—Recítamelo—le corrijo—. Pero ahora mismo no puedo.

—Andaaaa.

—Bueno, está bien, no comiences. Déjame ver si me acuerdo —miro a todos lados—. Espera un momentito, ¿sí?

Y comienzo a recordar el poema, negro, a recitarlo en mi mente, tu poema,

Pablito, el que más me gustaba a pesar que los pericones de la Asociación te lo hicieron mierda en aquel taller literario, y a pesar de todo lo que decían de él los

rockeros que nunca te comprendieron, y a pesar que una vez tu mamá se limpió el culo con él —por suerte tenías un borrador a máquina— junto con aquel cuaderno que sí se perdió para siempre. A mí nunca me importó que no ganaras ningún premio, ni que no te invitaran a los recitales de poesía, ni que ni en broma te hicieran asociado. Yo siempre confié en ti, Pablito, pero yo no sabía nada de poesía, ni de métricas, ni de otros detalles del género; por eso solo me limitaba a ayudarte en la ortografía y en defenderte de las opiniones y las injurias de todos, amigo, porque para mí tú eras mejor que todos ellos, Pablo Negrura, tú siempre fuiste mejor que toda esa partida de pajarracos de la Asociación.

—Escucha—le digo de pronto—. El poema es así: sube al cielo con las alas de la imaginación y siéntate en las nubes que son el trono de Dios. Observa sobre la tierra la historia que te he de contar y luego derrama tus lágrimas sobre la mar.

Érase un campo de flores inundado de frescos olores
libre de plagas malignas, de gusanos, de ratones.
Toda la inmensa maldad engendrada por Satán
se encontraba encerrado en una botella con el nombre de Istar.

En medio de aquella floresta, donde mejor daba el sol
se hallaban todas las rosas, terrenal orgullo de Dios.
Inmensamente hermosas, fuertes, olorosas,
lo mejor de todo el campo, paraíso de mariposas.

Todos los animales les rendían justos honores,
el mágico unicornio admiraba aquellas flores.
El ruiseñor, el sinsonte, todos los pájaros del universo,
viajaban a esta región y les cantaban con placer inmenso.

Surgió el sentimiento nunca visto entre las otras flores,
las violetas, las azucenas, las amapolas de vivos colores.

Se llenaron de envidia ante tal admiración,
planearon en secreto para cesar tal situación.

Instigaron al castor a que royera sus tallos,
invocaron al cielo para que les cayera un rayo,
vociferaron al bisonte que aplastara las rosas,
intrigaron para poner en su contra a las mariposas.

El ruiseñor se dio cuenta que su canto nadie admiraba,
pues todos solo prestaban atención a la belleza de las rosas damas.
Nadie se daba cuenta del porte y la fuerza del bisonte,
nadie se fijaba en la gracia del pequeño sinsonte.

No había ojos melosos para todas las mariposas.
¡Hasta cuándo van a adular a esas malditas rosas!
El demonio de la envidia, las sucias ideas, la maldad,
se arremolinaban cual tormenta negra en la botella de Istar.

El bisonte descontento les arrojó excrementos,
el topo ciego y torpe les ablandó los cimientos.
¡Muéranse!, les gritaron todos los pájaros del monte.
¡Maldita sean mil veces!, bramó el rinoceronte.

¡Amigos! ¿Por qué nos injurian con tan cruel vehemencia?
¿Se han vuelto locos, han perdido la cabeza?
Siempre les hemos ofrecido a ustedes el más grato cariño,
amistad, solidaridad, desde el bisonte hasta el mirlo.

Charlamos con el coyote, bromeamos con la paloma,
le regalamos a todos nuestro mejor aroma.

Adoramos por las mañanas escuchar el canto del ruiseñor.

¿Por qué nos tratan así, nosotras que damos amor?

¡Nada puede ser más bello que yo!, bramó el bisonte.

¡Nada puede opacar mi canto!, trinoó el sinsonte.

¡Mis colores no pueden ser superados!, les respondió la cotorra.

¡Mi hermoso pelaje es digno de admirar!, aulló la zorra.

¡Ah, perversos animales!, el bien ya no les pertenece,

aquel que no cultive en su jardín el amor siempre perece.

Se arrepentirán para siempre de su falta de amistad,

probarán el veneno de vuestra envidia de la botella de Istar.

No queremos vivir en un mundo donde el bien ya no existe,

donde la relación entre todos es nefasta y no sirve.

Preferimos morirnos, marchitarnos, para siempre destruirnos,

Y muy tarde nos llorarán todos, desde el bisonte hasta el mirlo.

Diciendo esto las rosas derramaron sin piedad

sobre su pulcro territorio el veneno de Istar.

Se marchitaron, murieron, sus colores desaparecieron,

y la oscuridad vino al mundo, el terror, el miedo.

Vinieron los días y las noches sobre la inmensa tierra,

entre los diferentes animales comenzó la guerra,

cada especie fue a vivir a distintos territorios,

viviendo en la incertidumbre, la soledad y el odio.

Donde en otrora no existía la malicia y el pecado,

donde en un mundo de luz todos eran hermanos,

allí recuerdan con llanto, incluso las mariposas,
del fin de todo lo hermoso, del suicidio de las rosas.

—Que poema más lindo—comenta la señora—. ¿Es tuyo?

—No—contesto—. Es de un amigo.

—Qué lindo.

Lindo y como te lo vapulearon, Pablito, todos aquellos criticones de la Asociación, y tú tratando de colarte en los recitales, intentando que las hipócritas de Mariana y Marina lo leyeran y te tuvieran en cuenta. Pobre negro, te tenía lástima, porque eras demasiado bueno para ese ambiente, demasiado noble y sin más ambición que ser un buen poeta, que te publicaran y todos leyeran tus poemas, que tu alma se desbordara por todas las librerías del país... o de la provincia, con eso te conformabas, Pablito, pobre negro, tú no eras como los pericones, que para ellos pertenecer a la Asociación, ganar premios, viajar y participar en Ferias del libro, constituían alimento para su ego, una vía para ascender por los sucios y resbaladizos escalones de la farándula literaria donde se hunde el genuino talento artístico para salir a flote un cieno corrupto y maloliente. Ellos mismos, Pablito: los pericones de la Asociación.

—¿Y lo han publicado en alguna parte?

No llego a responder, pues las luces se apagan y el niño comienza a quejarse. En todo el coche se escucha un murmullo de desaprobación. La señora, para callar al niño, trata de explicarle, es que ya es tarde, de hacerle comprender, no puedo hacer que enciendan la luz niño, de interiorizarle, la gente tiene que dormir, de controlarlo, no patalees, de calmarlo, que ya viene la policía y te van a meter preso, de someterlo, está bueno ya que te doy una nalgá, de sobornarlo, si te quedas tranquilo te doy más galleticas. Y más adelante un sonido crujiente delata la transacción: 6.0° de proteínas, 73.0° de hidratos de carbono/carbohidratos, 17.5 ° de materias grasas, 8.2 ° de ácidos grasos saturados, 23 ° de colesterol, 320 mg de calcio y 0.1 g de fibras solubles a cambio de un sordo crujir de mandíbulas: lo más parecido al silencio, Alexis Carralero.

Y por fin comienzo a recobrar el sueño, Sonia, por qué me hiciste eso. La luz por fin apagada, qué bien, lo que me hacía falta para conciliar el sueño. Los tenis, sí, con los pies, ya me los quité, qué alivio. Sonia, si me quisieras. Déjame ponerme cómodo, qué sueño, Sonia, tú y yo, de lado es mejor, más cómodo, las piernas, sí, déjame subirlas, al fin silencio Sonia en tu cuarto, me da un sueño el traqueteo del tren, ah, me olvidaría Sonia de tus palabras, tus mentiras Sonia, si pudiera tú y yo en Santa Clara Sonia, nunca existieron, me olvidé, me olvidaría de tus palabras, esas, las ofensas, de la mano tú y yo por todo Sonia, Santa Clara Sonia, tú y yo casados sí tu cuerpo siempre junto al mío, Sonia, esas nalgas, tu olor, tu olor a hembra, a gacela salvaje tu pelo Sonia, tu boca, Sonia, esa que casi beso, qué frío está haciendo, por tu madre, sin discutir Sonia nunca más ni mentiras ni engaños ni secretos tú y yo Sonia nunca jamás de eso de que me tengo que ir suéltame el brazo, no, otra cosa sí yo quiero casarme contigo sí qué bien sonaría eso Sonia eres el amor de mi vida tú Alexis el hombre de mi vida que bien suena de tu boca Sonia tú y yo viviendo en Santa clara mía de tantos recuerdos y éxitos y aventuras allí y en Placetas y Remedios y Sagua la Grande y Manicaragua y sí Caibarién allá en el festival y también el Ciudad Metal donde quise, ¿recuerdas, Alexis Carralero?, despedirme eso quise sí de todo la música el grupo el ambiente los malos ratos y las discusiones y del Gena y...

XII

—De toda esta mierda, compadre. ¿A ti no te pasa lo mismo?

—Claro —contestó Richy, observando las baquetas que traía en las manos. Por eso voy hacer lo que te dije en el tren; y más ahora que tú...

—No hables más—dijo el Mosque—, que viene éste.

—Ahora te toca maquillarte—dijo Francis al llegar a ellos; en sus manos traía un recipiente de desodorante sólido.

—Niño, deja al muchacho tranquilo, no seas fresco —dice la mujer. El niño esconde el trozo de papel, enrollado como un cigarro—. ¡Dame ese papelito!

Francis comenzó a esparcir, con sus dedos morenos, untadas del contenido del desodorante por el rostro del Mosque. El niño vuelve a mirar a la madre, vigila sus movimientos. Los párpados, los labios de gruesos trazos y el cuello salpicado de lunares del Mosque, parecía que tomaba una personalidad más oscura por el contraste entre la pálida y cremosa película del desodorante y el color de la piel. Mira como abre la boca, mamita mira, dice el niño. Richy observa el proceso de maquillaje a que estaba siendo sometido el Mosque a la vez que repica las baquetas sobre el fondo de la silla.

—Vas a romperla—le dijo Francis sin dejar de embadurnar el rostro del Mosque —, acuérdate que estamos en casa ajena.

Porque estábamos en casa de un socio, un friqui fan a nosotros que se ofreció para maquillarnos allí, menos mal. En aquel lugar no había donde hacer eso, asere, el festival lo estaban haciendo en una plazoleta al aire libre. A un lado de

ella estaba la pared de una casa de dos plantas, al otro lado una cañada, y al fondo había una tapia altísima que daba al patio de otra casa, no había dónde meterse, vaya, que nos hubiéramos embarca'o si no hubiera aparecido ese socio, tú sabes que no podíamos tocar sin el maquillaje. ¿Cómo, que es mucho trabajo? Sí, claro que es tremendo trabajo pero qué se va a hacer, así es el swing del Black Metal, tú sabes: coba negra, maquillaje diabólico, cruces invertidas, satanismo, las... ¿Qué quién nos maquilla? Francis, claro, quién otro va a ser. Tú sabes que no hay otro mejor que él para esa pincha, él es estilista, le sabe a toda esa mariconería. Sí, no dudes que cuando era chamaquito le robaba los creyones a la pura para pintarse escondido. ¿Te ríes? No lo dudes, asere, por algo tiene arte para eso del maquillaje. Bueno, como te iba contando, Francis estaba maquillándonos y solo faltaba el Gena, Richy, que nunca llegó a pintarse... ah, y Adolfo, que estaba afuera...

—¡No van a creer lo que está ocurriendo en el concierto! —dijo Adolfo al aparecer súbita e intempestivamente. La puerta dio un golpe contra el armario.

—Oye, gracioso, dale suave—dijo Richy—, mira lo que hiciste, por poco rompes la puerta.

—¡Olvídense de la puerta, allá afuera está ocurriendo una cosa tremenda!

—Éste no cambia —dijo el Gena haciendo un gesto de contrariedad—. Coño, compadre, el socio nos está dando una mano con su casa —señaló al Bizco— y tú te apareces de cojonú y le das un golpe a la puerta como si fueras el dueño de esta casa.

—Bueno ya, está bien —responde Adolfo contrariado—, que el socio me perdone, pero ahora eso no es lo más importante, es que allá afuera...

—Lo que tienes que hacer es venir de una vez a maquillarte antes que empiece el concierto de nosotros —dijo Francis—. ¿Cuánto falta para que terminen de tocar esta gente?

—¡Que maquillaje de qué! —Adolfo hizo un gesto de enfado—. ¡Esto es más importante!

—¿Cuál es la comedera de mierda?—el Gena avanzó hacia él—. ¡Tú sabes que te tienes que maquillar! Y a ver, ¿qué es lo que tú dices que está ocurriendo allá afuera?

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE Nro. 8

Ciudad Metal fest. 11 de mayo.

Desde el comienzo, los encargados de abrir la noche: el grupo punk Kalabozo, mostraron que su concierto iba a ser inusual e inolvidable para todos nosotros. El Yogui, líder de la banda, comenzó el concierto con un: ¡Buenos días, Cienfuegos!, dejándonos atónitos. ¿Cómo que Cienfuegos si esto es Santa Clara?, decían la mayoría. Ya Norge Doimeadiós, editor del 'Férrea Voluntad' zine, me había advertido del insólito espectáculo del que todos íbamos a ser testigos.

El grupo comenzó con el tema Lo ke me dijo Robert Plant, del demo Eskaleras a ninguna parte, un fonograma obviamente pesimista donde se hace clara alusión, a lo largo de sus seis cortes, al futuro incierto que, según ellos, estamos condenados todos los rockeros de esta isla. El público se prendió con la banda desde el primer estribillo y no ocurrió nada fuera de lo común hasta que comenzaron a tocar el cuarto tema, estreno, por cierto, donde...

—¿Qué dijo ese? —el Caníbal se volvió hacia el escenario. El pico de la botella detenido a solo centímetros de su boca.

—No sé—respondió el Gíbaro—. Algo sobre el Mejunje.

—A mí me sonó como a...

El público comenzó a lanzar improperios contra el Yogui, algunos arrojaron pomos sobre el escenario. Una botella de vidrio se hizo astillas frente al bombo de la batería. El Yogui guitarreaba sin parar; reía y sacaba la lengua como si estuviera poseído. De súbito se acercó a la batería caminando sobre los vidrios rotos, con la misma dio la vuelta y se acercó al borde del escenario. Varias manos trataron de agarrarlo, pero el Yogui retrocedió algunos pasos para plantarse frente al micrófono.

Nosotros no nos habíamos dado cuenta de eso, compadre. Sí, oíamos el escándalo, imagínate, la plazoleta estaba de frente a la casa donde nos hallábamos nosotros, pero el sonido rebotaba contra la fachada y eso causaba un efecto del carajo, lo que se oía era una bola, había que acercarse por lo menos a la torre de la consola para escuchar las cosas claras. Después de todo lo que nos contó Adolfo, fue entonces que le prestamos atención a las canciones de esos anormales. ¿Que qué estaban cantando? Una pila de jodederas. Bueno, comenzaron con jodederas. Las primeras canciones estaban más o menos picantitas, pero la que estaba del carajo era la del Mejunje. ¿Que qué es el Mejunje? ¿Tú nunca has estado en Santa Clara? Bueno, el Mejunje es un lugarcito ahí, cerrado, pero sin techo; creo que era una casa antigua que se le cayó el techo. El lugarcito tiene fama de ser el lugar donde se reúnen los maricones de Santa Clara. ¿Qué si he ido allí? No jodas, que yo sé por dónde tú vienes. No te creas, que allí van to' tipo de gente, no sé, raperos, salseros, trovadores, plásticos, poetas, y claro, los maricones. El asunto es que esa gente hacen allí shows de travestis, de ahí es donde le viene la famita del lugar. ¿Yo? No, nunca vi un show de esos, pero me lo han contado. Imagínate, lo último en mariconería. Pero bueno, lo que te estaba contando. El grupo aquel estaba cantando una canción donde decían que todos los friquis de Santa Clara eran maricones porque iban al Mejunje y mil locuras más. ¿Te imaginas?

—A mí no me gusta nada lo que está pasando —dijo el Gena—, se puede malear la cosa si esa gente siguen con esa gracia.

—Va y hasta suspenden el concierto —dijo Richy—. ¿Te imaginas?

—Ni pienses en eso —dijo Francis—. Mejor pensamos en lo de nosotros. ¿Cuánto faltará para que esa gente terminen de tocar?

—Según me dijo Norge Doimeadiós, van a tocar como doce temas—respondió el Gena.

—Coño—dijo Francis.

—Con doce temas que toquen esa gente nos añejamos aquí —interviene Miki—, esa gente solo van por tres o cuatro temas y parece que llevan cuatro horas tocando.

—¿Tú te imaginas que esa gente formen algo y se joda el concierto?—dijo Richy de pronto.

—Coño, no seas ave de mal agüero —dijo Francis, cállate la boca y acaba de venir para acá pa' maquillarte.

—No me voy a maquillar na'. Total, el concierto se va a joder —respondió Richy.

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE

En poco tiempo ya la atmósfera se había caldeado. El público respondía con ofensas y amenazas a las intervenciones del Yogui, pero poco a poco la gente empezó a comprender la broma, y aquello, que parecía que iba a terminar en conflicto, se convirtió en diversión. Los temas: “Friqui-palo”, “Bienvenidos al Sidatorio” y “La balada del paco”, fueron el deleite de los allí presentes. En lo adelante, comenzaron a tocar temas nuevos de lo que parece será el próximo demo de la banda, pero a partir de ahí llegaron los problemas...

—A mí no me cuadran estos tipos—dijo el Caníbal—, y me parece que hay unos cuantos por aquí que no les hizo ninguna gracia eso del Mejunje; te pago si esta gente llegan vivos hoy al hotel.

—Parece que no —respondió el Gíbaro—. Mira, la gente les están descargando de verdad, yo creo que les cuadra.

—¿Tú crees? Mira para el piquete de Abelito, ninguno se está riendo de las gracias del tipo ese; apuéstate a que le están preparando una cama.

—Asere, esa gente lo que son unos cómicos. Eso del mejunje lo dicen por pura jodedera.

—¿Jodedera? ¿Quién coño son ellos pa' meterse con los friquis de aquí, de Santa Clara?—respondió el Caníbal—. ¿Tú sabes lo que pasa? Que ellos tienen que valerse de toda esa payasada para tapar la mierda de música que hacen. Mira

—señaló al escenario—, mira las monerías que está haciendo el cantante, ya a mí me habían contado que ese tipo es tremendo payaso.

—A mí también me estuvieron contando.

—Escucha bien. ¿Tú crees que esa mierda es música? Eso no es punk ni un carajo —el Caníbal comenzó a gesticular—, y ese tipo no sabe ni cantar. ¿Quién coño se cree? El tipo quiere hacerse el show-man, el locote, y eso lo puede hacer, no sé... Chris Barnes, o alguien mucho más famoso, pero ¿él? ¿Quién coño es él? Total, tanta cosa para lo malo que está el grupo. ¿Qué me dices de las letras de las canciones? ¿Qué es eso de “Chupando Sida”, “La puta de mi madre”, o eso de “Escaleras a ninguna parte”? ¿Qué coño significa eso?

—Ná, pero no se puede negar que son una descarga.

—Unos comemierdas es lo que son.

A mí aquello me daba mala espina. Ya no eran las letras de jodederas sobre el Mejunje, ni eso de: me voy a inyectar Sida para comer carne de vaca en el Sidorio, ni nada de eso, sino que habían comenzado a meterse en política. Sí, asere, política; tiraron un tema que decía algo así como: “dónde está la libertad de expresión”, y otra que decía: “si hablas de la situación el D.T.I te mete en prisión”, y que si te llevan a to’ el mundo canta y que si la cocodrila sin dientes y que si te echan hormigas en los cojones y mil locuras más. Sí, ríete, pero así mismo eran las letras de esa gente. ¿Te imaginas? Estaban locos esos tipos, y se volvieron locos de verdad con una canción que se llamaba “Trabajo voluntario obligatorio”. Pal carajo. Nosotros no veíamos mucho porque estábamos asomados por una ventana, tratando de echarnos el play. ¿Qué si pudimos ver algo? Había tanta gente que el grupo ese ni se veía, y eso que la tarima era grande y alta. Richy y Adolfo aprovecharon que todavía no se habían maquillado para salir afuera y ver de cerca todo lo que estaba pasando.

—¿Estás oyendo eso?—le dijo el Caníbal—. ¡Pero esto ya es demasiado!

—Sí, la verdad es que se están pasando.

—¡Saquen a esos comemierdas de ahí! —gritó el Caníbal en dirección al escenario, utilizando las manos como bocinas—. ¡Bájenlos!

—Ahora sí estoy convencido que lo que decía Richy era verdad —dijo el Mosque.

—Yo creo que sí —dijo el Gena.

—¡Muchacho, carajo! —dice la señora, dándole al niño una palmada en el muslo—. ¡Estate quieto!

—No, pero... ¡no lo puedo creer! ¡Yo no creo que esos idiotas lo vayan a echar a perder todo! —Francis gesticulaba como un ave de alas rotas, se removía inquieto, el lápiz labial se le escapó de las manos, se inclinó para recogerlo.

—Vamos a meternos ahí, entre la gente —dijo Adolfo en cuanto llegaron a dos pasos de la aglomeración—. Desde aquí no se puede ver nada.

—Qué va —respondió Richy—, no podemos alejarnos mucho de la casa, ya casi nos toca y tenemos que regresar a maquillarnos.

—Voy para afuera yo también, quiero verlo todo de cerca —dijo el Bizco y desapareció por la puerta. Segundos después lo vieron cruzar la calle y acercarse al tumulto.

—Mira, se está moviendo—dice el niño—. Y mira, está hablando dormido.

— ¡Que se bajen esos comemierdas de ahí! —gritaba el Caníbal. Algunos comenzaron a hacerle eco.

—De pinga venir de tan lejos y que todo se joda—dijo el Mosque con la cara casi incrustada en la ventana.

—Parece que tiene una pesadilla —responde la señora, escruta los movimientos del niño, se inclina y trata de atrapar un papel que el niño trae en las manos—. ¡Dame acá eso! —le dice.

—Ahora sí se puso malo esto —dijo el Gena, separándose de la ventana y mirando a todos con la preocupación fraguada en el rostro—. Llegó la policía.

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE

La oficialidad hizo acto de presencia con cuatro patrullas, estacionándose casi frente al lugar donde se estaba efectuando el espectáculo. Al inicio los oficiales se posicionaron al lado del andamio de la consola. Los Kalabozo se estaban divirtiendo de lo lindo sobre el escenario pero ya la atmósfera estaba adquiriendo vientos de tormenta. A poca gente le estaba haciendo gracia la letra del tema: “Trabajo voluntario obligatorio”, y aprovecho estas líneas para manifestar mi rechazo absoluto hacia este tipo de conducta dentro de la escena rockera nacional que empaña nuestra imagen ante la opinión pública. El próximo tema que...

Imagínate, asere; hasta el más gusano y recalcitrante de los friquis respeta al Che. Es más, yo me atrevo a asegurar que es el único de los héroes revolucionarios que respetan los friquis. ¿Te imaginas? En pleno Santa Clara, donde lo veneran tanto, y aquellos anormales cantando mil mierdas contra él. ¿Que qué decía la canción? Ni me acuerdo casi, compadre; algo así como: “Trabajo sin pago es lo que le gusta al estado/ Comandante extranjero, nos jodiste con tu invento/ Ahora nos joden los domingos, descansar es lo que pido”, y mil mierdas más. ¿Lo puedes creer? Sí, sí, estoy de acuerdo contigo. Claro que es una estupidez y una comedera de mierda del carajo. Es verdad que aquí una pila de gente no le gusta eso de hacer trabajo voluntario, pero tampoco es para que esos anormales insulten al tipo, al dirigente más legal que tuvo este país, coño, respeto es lo que se merece, qué carajo, ¿no es verdad? Dime tú. Y más en Santa Clara, compadre. Allí todo el mundo lo quiere, allí están guardados sus restos; por eso una pila de gente le estaban gritando cosas... los amenazaban; y menos mal que terminaron de cantar la cancioncita, porque si llega a ser más larga...

—A esos tipos no los van a invitar más nunca aquí, a Santa Clara—dijo el Gíbaro.

—Tú dirás que posiblemente no salgan sanos de aquí —respondió el Caníbal—, ya oí comentarios del piquete de Sagua la Grande; estaban diciendo que los iban a esperar en la entrada del Santa Clara libre, pa’ pilarlos a todos.

— ¿Cuándo acaban ésta gente?—preguntó Richy.

—Solo van por cuatro temas —respondió Adolfo—, y ¿cuánto dijo el Gena que eran? Como doce temas, ¿no?

—Me voy para allá yo también —dijo el Mosque, separándose de la ventana.

—Mira, ya la policía está aquí —dijo el Gíbaro, alzándose en puntillas de pies—, ya les dieron el pitazo.

—¡Tú no vas a ninguna parte! —saltó Francis.

—Esto se está poniendo feo—dijo el Caníbal.

—Ahora sí me voy a colar en el molote, para ver de cerca—dijo Adolfo.

—Yo también voy para allá—dijo el Gena mirando a Francis de frente.

—Allá tú —le contestó Richy a Adolfo—, ya casi nos toca a nosotros y Francis nos debe estar esperando para maquillarnos.

—Pero mami —dice el niño con voz ñoña—, mira cómo mueve la cabeza, me da miedo.

—¡Lo van a echar todo a perder! —chilló Francis—. ¡El público les va a ver el maquillaje y todo lo que hice va a ser por gusto!

—Yo no puedo creer que estos payasos lo vayan a echar todo a perder —dijo el Caníbal—. Atrás de ellos vienen los Faustus; fíjate que yo sólo vine al Festival para verlos a ellos, y a nadie más. ¿Te imaginas que no puedan tocar?

—Es que parece que tiene una pesadilla, niño, no tengas miedo —le responde la señora.

—¡Por mí se pueden ir todos ustedes pal carajo! —chilló Francis, arrojando al suelo el lápiz labial—. ¡A mí ya me da lo mismo una cosa que la otra! ¡A la mierda este grupo de porquería!

—Pero mamita, me da miedo.

—¿Y Adolfo?—preguntó el Mosque al llegar al lado de Richy—. ¿Se fue?

—Está allá dentro—contestó Richy, señalando al tumulto.

—Mira, los fianas se quedaron parados al lado de la tarima—comentó el Gíbaro—, parece que van a esperar que termine el concierto pa' meterlos presos.

—Estás hecho un foco —dijo Richy, observando el maquillaje del Mosque.

Muchas miradas estaban fijas en la capa de desodorante sólido y los trazos del creyón labial. Francis le había garabateado en la frente una cruz invertida.

—¿Y Adolfo?—preguntó el Gena al llegar al lado de ellos.

—Va a haber que despertarlo con cuidado —dice la señora—; si sigue moviéndose así se va a caer del asiento.

—A mí de verdad que no me importa lo que le pase a esos comemierdas—dijo el Caníbal—, yo lo único que quiero es que toque Faustus; después de eso como si se acaba el festival.

—Está allá dentro—respondió Richy, señalando al tumulto por segunda vez.

—Ni se ve—dijo el Mosque, auscultando la masa de personas—, y ahora quién le avisa.

—Qué volá—dijo Miki, apareciendo de repente—, no pude resistir la tentación.

¿En qué acabará todo esto?

—Va a terminar mal —dijo el Gíbaro, escuchando atentamente la canción que había comenzado a vibrar en los altavoces del audio—. ¿Estás oyendo eso, Caníbal?

—¿Están contentos, eh? —dijo Francis, apareciendo de improviso—. Ya Santa Clara completa les vio el maquillaje, se acabó el plan sorpresa. ¿Les da gracia eso, eh?

—Posiblemente eso no sea lo único que se va a acabar aquí —respondió Miki.

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE

El próximo tema que comenzó a ejecutar Kalabozo: “Televisión basura”, fue la gota que colmó el vaso. Un comentario directo sobre la Mesa Redonda Informativa que diariamente transmite la Televisión Cubana. Si con el tema anterior, “Trabajo...”, el público les respondió con desaprobación, con este tema el apoyo fue unánime y varios suicidas de primera fila comenzaron hacer stage-diving, para asombro de los agentes del orden, quienes se encontraban cerca del escenario. Los más osados se lanzaban en increíble salto mortal, y por suerte, la gente los recibían muy bien, porque no quiero ni imaginar lo que sería de ellos si no

hubieran encontrado unas manos que los recibieran. No tardó mucho para que en el centro del conglomerado surgiera un foco de *slam*. Desde mi posición pude ver a cuatro friquis abrazados entre sí como si ellos fueran una masa de aplanadora, curiosa forma de hacer *slam* la de los santaclareños.

Fula, bien fula que empezó a ponerse aquello, compadre; imagínate, el público se puso violento, más la policía allí, más los anormales aquellos cantando una cosa que decía: “Basta de política, de muela y manipulación; no queremos Mesa Redonda, sino droga y Rock ‘n roll”. ¿Te imaginas? Se volvieron locos los anormales esos. Recuerdo otra parte de la canción que decía: “Lavado de cerebro, usando la psicología, no queremos Mesa Redonda, sino Rock y pornografía”. ¿Te imaginas qué clase de anormales son? ¿A quién se le ocurre ponerse a cantar esas cosas en este país, y una plazoleta, en plena calle? Ahora yo me pongo a pensar en todo lo que pasó y no fue para menos. Es verdad que a la policía se le fue la mano, pero, ¿qué otra cosa podía suceder? Aquellos locos estaban cantando aquello y ya los policías parece que se estaban berreando...

—¡Ahora sí que se volvieron locos! —dijo el Gena—. Y miren, están llegando más policías.

—Yo voy a ver de cerca lo que está pasando —dijo Miki antes de adentrarse en el tumulto.

—Yo voy también —dijo el Gena. Echó a andar detrás de Miki.

—Yo me voy pal hotel —dijo Francis.

—¿Pal hotel?—dijo el Mosque—. ¿Y el concierto?

—Me parece que no va a haber concierto ni un carajo —respondió Francis, iracundo.

—¿Sí, no me digas?—saltó Richy—. ¿Cómo te vas a ir así, sin más? ¿Tú no ves que ya casi nos toca a nosotros?

—Si les sale de dónde ustedes saben me van a buscar al hotel.

—¿Sí, quién tú te piensas que eres?—dijo Richy—¿Una estrella del Rock ‘n roll?

—Yo soy quien me salga a mí de la pinga —respondió Francis, dio la espalda y echó a andar.

—Tú dirás del bollo—dijo Richy. Francis no respondió.

—Deja a ese maricón —le dijo el Mosque—, que se vaya a la mierda.

—Maricón tenía que ser —dijo Richy—, me da una rabia cuando a él le dan esas perretas de jeva.

—Mira, Caníbal —dijo el Gíbaro—, los fianas están subiendo al escenario.

Ya se jodió esto, me dije cuando vi a los policías subiendo a la tarima. Se pusieron a discutir con el cantante. Le decían cosas y él se hacía el desentendido, no dejaba de tocar, si vieras qué gracioso se veía aquello: el grupo tocando y aquellos fianas parecían lamparones metidos en el medio, no dejaban ver a nadie. ¿Que qué canción estaban tocando en ese momento? La misma. Esa de “no quiero Mesa Redonda sino Rock y pornografía”, y cada vez que el loco aquel decía “pornografía” todo el mundo le coreaba. La palabrita se debe haber escuchado en toda Santa Clara.

—Por eso ya a mí no me cuadra esto—el Mosque hizo un gesto de negación con la cabeza—, este ambiente no me va a traer nada bueno.

—No cojas lucha—contestó Richy—, dentro de poco tú y yo vamos a salir de todo esto, deja que echemos a andar los planes.

—Apenas llegue a Holguín —dijo el Mosque.

—Y yo apenas tú le des la noticia a la gente del grupo.

—Ya el grupo me sabe a mierda —prosiguió el Mosque—. Sobre el escenario parece que todo nos va bien, pero la gente no se imagina lo que pasa detrás, tú lo sabes bien, todo es mariconás y mil broncas y malos ratos... y todo por culpa del Gena, ya no lo aguanto más, no resisto ya ni verle la cara.

—Yo tampoco.

—Llevo más de ocho años en esta mierda y no me he ganado ni un quilo.

—Así mismo es.

—Ya a mí no me importa si se jode el grupo o no; total, lo que estoy haciendo es resolviéndole la vida al Gena. Antes él no era nadie y gracias al grupo el muy cabrón ha levantado cabeza en la Asociación y ahora hasta es Representante de la Sección de Música. Dime tú... él, el menos rockero de todos nosotros.

—Sí, pero la culpa es tuya.

—La culpa es de todos. ¿Se te olvidó lo que pasó aquella vez, en la Casa de la Cultura, cuando quise botarlo del grupo?

—Teníamos que haberte hecho caso.

—Sí, pero ahora ya es tarde. El Gena ya le sacó al grupo todo lo que iba a sacarle.

Por eso ahora ya no me importa lo que pase con el grupo.

—A mí tampoco.

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE

El escenario había sido tomado por la policía, pero el grupo se resistía a dejar de tocar. Desde nuestra posición pudimos observar al Yogui discutiendo con uno de los policías. Pronto ambos se fueron acalorando y los demás integrantes iban callando los instrumentos a medida que se percataban que el olmo no estaba para peras. A través de los micrófonos que todavía estaban abiertos se escuchaban frases aisladas de la discusión entre el grupo y los agentes del orden. Entonces ocurrió lo peor, el principio de la hecatombe. El Yogui, sin que nadie lo esperara, le centró una bofetada al policía, dejando a todos atónitos, principalmente al agredido. Lo que ocurrió después era obvio. El Yogui fue lanzado al suelo y esposado, no sin antes recibir dos o tres “caricias” de los policías. Los demás integrantes fueron también esposados, pero éstos no ofrecieron resistencia. Todos ellos fueron inmediatamente conducidos fuera del escenario.

Asere, yo solo vi que los bajaron del escenario y los llevaban por el medio de la gente. Imagínate, los llevaban pa' las patrullas, pero tenían que atravesar to' el tumulto aquel. La gente les gritaba, les decían abusadores, que los soltaran, que

los dejaran en paz, que eso era un abuso, que dónde está la libertad de expresión, ja, parece que a la gente se les pegó el estribillo de la cancioncita, ¿no? Bueno. ¿Qué? ¿Que qué hicieron los policías? Nada, no le hacían caso a lo que gritaba la gente, solo los llevaban pa' las patrullas y ya. Ah, pero ahora viene lo mejor. A mí me contaron, porque desde donde yo estaba no se veía nada, que la cosa grande comenzó porque un friqui ahí les gritó batistianos y uno de los policías intentó llevárselo preso y no sé quién le sacó al policía la tonfa del cinto y se la mandó al tipo por la nuca y ahí mismo se jodió todo. Si tú vieras eso, se formó una descojonazón del carajo, yo sólo veía un reguero de gente y un tropelaje y yo pensaba que aquello se había puesto malo, pero no sabía qué se iba a poner peor... vaya, que ni una batalla del Señor de los Anillos.

—¡Ahora sí se cagó esto! —dijo el Mosque—. ¡Dale pa' tras que nos pilan!

El Mosque y Richy se hicieron a un lado en el mismo instante en que varios friquis salían del tumulto y se abalanzaban a la calle, en dirección a las patrullas. Los dos policías que estaban recostados en una de ellas se enderezaron y sacaron los bastones de goma. El Mosque trataba de ver lo que estaba por suceder pero la masa humana que se hallaba a su espalda retrocedió bruscamente lanzándolo a él, a Richy y a muchos más por el suelo. A sus oídos llegaba el sonido del fragor de la pelea: los policías estaban siendo linchados.

ROCKSPADURA DE CAÑA 'ZINE

Era increíble lo que estaba pasando. En los años que llevo en el Rock 'n roll y los tres de vida que ya tiene este fanzine jamás había sido testigo, ni tampoco había sido reseñado en estas páginas un suceso de tales dimensiones. Todos pensábamos que los policías iban a salir muertos de aquella encerrona. En la calle, un enjambre de friquis se enfrentaba a otros policías que pudieron defenderse mejor. Yo me bajé del andamio de la consola, y al llegar abajo escuché un sonido de cristales al romperse; después me enteré que habían virado una patrulla. Todo lo demás fue caos y confusión. El sonido de sirenas anunció la

llegada de un batallón de policías, boinas rojas y la Brigada Especial. En cuanto se detuvieron frente al tumulto los agentes del orden se desplegaron, ordenados como un ejército profesional, para lanzarse sobre todos nosotros. Era el comienzo del fin.

El Gíbaro, junto a tres más, le propinaba patadas a un policía que yacía en el suelo. El Caníbal se acercó rápidamente a él: vámonos de aquí, le dijo. Por un instante pudo ver al Yogui apoderarse de la pistola del policía y alejarse entre la gente. El Caníbal escuchó unos disparos y vio un movimiento inquietante en el tumulto. En los rostros de la gente se reflejaba miedo y sorpresa, pero en la mayoría el sonido había causado un ascenso fortuito de adrenalina: estaban tomando revancha por tantos años de persecuciones, atropellos y discriminación.

Sobre el escenario estaba ocurriendo un enfrentamiento entre los técnicos de audio y un número indeterminado de friquis. Los cuerpos rodaban por la dura superficie de la tarima. Atriles y micrófonos fueron lanzados del escenario. Alguien volcó al vacío las plantas del audio y un chisporroteo se extendió por los cables hasta los bafles, haciendo que los focos de una de las torres de luces se apagara. Una extensión de corriente cogió fuego y un desconocido la tomó por una punta para hacerla girar sobre su cabeza como si se tratase del aspa de un helicóptero, creando un efecto alucinante. Otro friqui comenzó a lanzar los platillos de la batería hacia el lugar donde se hallaba el grueso de los efectivos policiales, hiriendo a uno de ellos, quien cayó al suelo con la frente lacerada: la sangre cubría su rostro. La otra torre de luces, que aún se mantenía iluminada, comenzó a balancearse peligrosamente: un hormiguero de friquis estaba aferrado a la base: unían fuerzas para derribarla.

¿Y tú me lo dices? Yo que me había hecho ilusiones de que aquel iba a ser mi último concierto, mi último festival, asere. No quiero ni acordarme de la fuerza de voluntad que tuve que reunir para seguir asistiendo a los ensayos y aguantar al mierda del Gena, a pesar de ya haber tomado la decisión; y todo por querer

cumplir el deseo romántico... mejor dicho, estúpido, de dar el último concierto de mi vida en la provincia de éste país que más me cuadra, y mira todo lo que pasó; pero para sorpresa mía él también pensaba... sí, chico, te hablo de Richy, también pensaba hacer lo mismo, aunque de forma distinta...

El Mosque huía de la ofensiva policial retrocediendo, rodando por el suelo, volviéndose a levantar, saltando por encima de cuerpos caídos, esquivando mandoblazos, agachándose, hasta llegar al muro colindante con la cañada; allí vio a Richy tratando de escalarlo, pero le resultaba difícil: una de sus manos estaba ocupada, agarrando el par de baquetas.

—Suelta ya esa mierda—le dijo el Mosque—, con eso en la mano no vas a poder subir.

Richy contempló un instante las baquetas: me costaron una bala, respondió. Reflexionó un instante y luego las lanzó al otro lado del muro.

—Vamos—dijo.

El Mosque y Richy escalaron el muro. Ya en la cúspide escucharon una elevación de exclamaciones y alaridos y se volvieron en el mismo instante en que la torre de luces se iba abajo. El estrépito se escuchó a varias cuadras, junto a gritos y lamentos. Bajo la estructura metálica había florecido un jardín de extremidades, torsos e intestinos. Una mancha granate iba tomando enormes proporciones.

El Mosque y Richy se lanzaron al otro lado del muro. En cuanto tocaron suelo rodaron por la pendiente hasta el medio de la cañada. Estaba casi seca, pero la humedad del lecho era suficiente para arruinar sus ropas.

—Me cago en... —dijo Richy, pero quedó mudo al divisar las baquetas que había arrojado. De un manotazo las agarró y comenzó a limpiarlas, pasándolas por el pantalón.

Ambos subieron por el otro lado de la cañada y salieron a la calle. Desde allí pudieron ver que los últimos focos del motín estaban siendo extinguidos. A las patrullas y los carros jaulas se les sumaron ambulancias. El Mosque y Richy

lograron escabullirse y atravesar el cerco policial. Caminaban con la premura de a quien todavía le trota el corazón. Avanzaban mudos, pensativos. En sus mentes bullían las imágenes de las personas destrozadas bajo la armazón metálica.

Ya a una cuadra del parque Vidal, Richy decidió romper el silencio:

—De pinga, a mí nunca se me va a olvidar esto.

—A mí tampoco.

Llegaron al final de la calle, torcieron a la derecha y penetraron en el interior del pasillo aledaño al parque. Al otro extremo se hallaba el portal del hotel Santa Clara libre.

Apuraron el paso.

—¿Qué habrá sido de los demás?—dijo Richy.

—No me importa.

—No digas eso, va y les pasó algo. A lo mejor estaban cerca de esa torre...

—Ya todo se jodió. Lo único que me queda es llegar a Holguín y recoger to' mis cosas en el local de ensayo. A la mierda Faustus, el Club Atlético, la Asociación, Yanelis y to' esta vida de friqui. Al carajo todo.

—No se te ha olvidado Yanelis, ¿verdad?

—Al carajo ella y todos los demás.

El Mosque y Richy se detuvieron de repente. Del interior del lobby del Santa Clara libre apareció el portero acompañado de dos policías. Sintieron pasos a sus espaldas. A la izquierda, en la calle, se detuvo una patrulla. El portero miró al Mosque y a Richy con detenimiento, la alarma se fue dibujando en su rostro.

—¿Son esos?—le preguntó uno de los policías.

—Sí —respondió el portero—, son ellos mismos.

XIII

Vuelvo a despertar, esta vez en un sobresalto. Trato de abrir los ojos, pero los tengo que cerrar de inmediato: el sol atraviesa el doble cristal de la ventanilla y una lengua de luz se despliega hasta la cúpula de mi asiento —encegueciéndome—, atraviesa el pasillo y termina lamiendo la base metálica del asiento vecino. Intento abrir los ojos por segunda vez, pero en esta ocasión los voy entornando y hago una visera con la mano para evitar la refracción del sol en mi cara.

Advierto que el mulato del Ministerio del Interior no está en su asiento y que en el de al lado la señora está buscando algo en un bolso mientras lanza miradas de soslayo al niño. ¿Viste lo que acabas de hacer?, le dice, señalándome, te lo dije, que lo ibas a despertar. El niño se revuelve, malhumorado. Dale, acaba de cerrar esa ventanilla, chico, que está entrando demasiado sol, le ordena. El niño se levanta y hace girar una manigueta que sobresale de la pared. Entre los cristales de la ventanilla unas rejillas comienzan a descender, obligando a la luz que retroceda poco a poco.

El mulato de Ministerio del Interior aparece repentinamente con un cepillo en la mano. Miro en derredor, la gente conversa, observa el paisaje que huye; otros mastican, beben —comienzo a sentir hambre—, se desperezan, guardan sábanas, toallas, colchas, se quitan abrigos y suéteres.

Hace calor. El policía se ha desabrochado la camisa del uniforme y se abanica con la gorra. Mi hambre se agudiza al ver que los demás comen y beben, y comprendo que mientras estuve perdiendo el tiempo en la estación de Santa Clara, derramando litros de baba con Soni... ella, la perra, los demás pasajeros

tuvieron la precaución de proveerse de víveres para el resto del trayecto, maldita sea; y todo por una mierda de beso, o intento de beso, qué tanta cosa, tanto enojo por eso, coño, parecido a lo que me pasó con Yanelis, aunque a ella nunca le intenté dar un beso, pero sí le caí atrás como un perro, a pesar de saber que ella no quería nada contigo, esa otra perra, pero tú pensabas que sí podías, estúpido, que ella algún día iba a caer en tus brazos y que sus negativas eran broma, o que no estaba segura de las respuestas que te daba, maldito anormal. ¿Te era tan difícil comprenderlo, Alexis Carralero? ¿Te era, coño, tan extremadamente difícil adivinar, o percibir, o qué se yo qué carajos, que para ella tú solo eras un estúpido romántico, el más estúpido de todos los románticos estúpidos del Hato de San Isidoro completo? Comemierda, claro que te hubieras podido dar cuenta si solo hubieras escuchado al Bosco y a todos los que se acercaban a tratar de abrirte los ojos, o si le hubieras prestado más atención a la falsedad intuida en sus palabras melosas, al rechazo oculto tras cada gesto o frase ambigua. Qué distinto de ahora, cuando escrutas en tus recuerdos y entonces sí vez claramente todo aquello.

Y éste cabrón muchacho que patalea a mi lado y me golpea con el codo en el frenesí de sus arrebatos de malacrianza y está promoviendo el asiento y ahora se tira contra el espaldar, como si fuera epiléptico. ¿Qué coño querrá? La señora le vuelve a dar el álbum, ¿será eso lo que quería? El niño se calma. ¿Qué? ¿Qué te vuelva a recitar el...? Ahora comprendo el error que cometí al haberle recitado el poema del Negrura a este niño impertinente y repugnante. Deja ya tranquilo al muchacho, le dice la señora —¿será la madre o la abuela?—, él ya te lo recitó anoche, ¿para qué quieres oírlo de nuevo? Pero el niño discrepa, grita; sus garras de roedor se aferran a mi brazo, me zarandea, sus ojos clavan en mí una mirada odiosa, vehemente, que me causa el rechazo inmediato; y qué decir de su maldito: andaaaaa, que me dan tanto deseo de machacarle la cabeza con un martillo y regar sus malditos sesos de niño imbécil por todo este coche de mierda.

Después te lo recito, le contesto para salir de él, pero en lo único que pienso ahora es en el hambre que siento; un hambre que hace gemir mis tripas. Me siento enormemente contrariado por no haber tenido la idea de comprar algo de

comer cuando tuve la oportunidad, todo por culpa de mi maldito carácter, porque cuando me gusta una mujer y mi mente de estúpido fabrica escenas de romanticismo shakesperiano, con serenatas en balcones y juramentos de amor eterno, y paseos por la playa, tomados de la mano, observando juntos el crepúsculo, ¡imbécil! Ahí es cuando comienzas a hacer el ridículo, Alexis Carralero, por eso tienes tan mala suerte, por iluso e imbécil. ¿Quién coño se va a enamorar de un maldito estúpido como tú? Te mereces la mala suerte y te mereces estar aquí, muriéndote de hambre en este tren infernal. ¡Imbécil!

Y este niño del demonio sigue con el: andaaaa, andaaaa, y ya estoy furioso, asesinando en mi imaginación a esta molestia de cabeza grande, pelo azabache y dientes de ratón.

Me levanto de golpe: necesito ir al baño.

Avanzo por el pasillo a grandes trancos. Toco en la puerta al llegar al baño, nadie contesta, la abro, entro y la cierro tras de mí con estrépito. Extraigo mi portento y comienzo a... ah, qué alivio, orinar... ah, qué Cangreja. Que estúpido eres, Alexis Carralero.

Cuando regreso a mi puesto, esperanzado de que el niño ya se le hubiera ido de la cabeza el poema del Negrura, el muy odioso me recibe con un: andaaaa, andaaaa; y yo: compadre—enojado—, ahora no, mejor después; y él: andaaaa, recítamelooo.

—¿Dónde estamos?—le pregunto a la señora, tratando de ignorar las súplicas del niño. Casi llegando a la Habana, me contesta ella—. ¿Sí, ya... a la Habana? ¿Tan rápido ya pasamos por Matanzas?—Ya lo pasamos hace rato, me contesta. Y yo no podía creer que había dormido tanto. Es que cuando el tren pasó por Matanzas tú estabas roncando, añade ella con una sonrisa —¿Sí?—le contesto, asombrado. Sí, sí, tú estabas con la boca, ahhhh, abierta, dice el niño abriendo la suya, así, ahhhh, como la de un hipopótamo. El niño me planta el álbum en plena cara, observo en él una foto de una manada de hipopótamos tomando un baño en las márgenes de un río africano—. ¿De verdad? —contesto. Roncabas igual que

un motor de tractor, me dice el mulato del Ministerio del Interior —. Tenía sueño de verdad —justifico.

Y el niño sigue con el asunto de que le recite el poema del Negrura. Me cago en ti, Pablito, y en mí también, por habérselo recitado a éste niño de mierda que no me deja en paz.

La atmósfera comienza a caldearse por el sol, lo que me obliga a despojarme del pulóver que traigo puesto encima del otro. El cansancio aparece y toma mi cuerpo a medida que se entibia; un cansancio sucio, devastador, y mis deseos de acabar de llegar a la Habana se acrecientan. El paisaje que se vislumbra por las ventanillas comienza a cambiar, los pasajeros se animan: ya casi llegamos, comentan. El mulato del Ministerio del Interior conversa de política con el policía. Más allá la gente comenta sobre la novela. A mi espalda alguien canta una canción de moda; y el niño sigue jodiéndome. La ¿madre o abuela? trata de controlarlo, y alguien cuenta chistes, se escucha un murmullo, luego un portazo proveniente del baño; y el niño casi me restriega de nuevo el álbum en la cara, y la señora: niño, déjate ya de frescura, que te voy a castigar, Alejandrino.

—¿Alejandrino?—exclamo—. Mi hermano también se llama Alejandro —¿Sí?, me dice la señora, qué casualidad. Y el niño: cuéntame de nuevo el cuento, andaaaa—. Es un poema y no un cuento, ya te lo he dicho mil veces —le reitero. Está de lo más bonito, comenta la señora; y una idea se ilumina en mi mente— ¿Quiere que le copie ese poema en un papel para que se lo lea al niño cada vez que él quiera?—le digo. Al diablo todo, Pablito, pienso, nunca te van a publicar ese poema, para qué guardar tanta exclusividad; además, lo mío es quitarme de arriba a este vejigo.

La señora se apresura a buscar en el bolso, revuelve su contenido hasta que encuentra una agenda; luego elige una página, dobla la agenda y me la entrega: escribe a partir de ahí, me dice; y comienzo a copiarle tu poema, Pablito, qué carajo si nunca te lo van a publicar, para qué tanta cosa; y el maldito niño se recuesta a mí para ver cómo las letras surgen bajo la punta del lapicero.

—Tú dirás que no pero yo estoy segura que ese poema lo hiciste tú, lo que pasa es que te da pena decirlo —me dice de pronto la señora. No, le contesto, lo escribió un amigo mío que se llama Pablo—. ¿Y ese amigo tuyo tiene algún libro publicado?—dice ella—. Me gustaría leer un libro de él completo —dice—, si todos sus poemas son tan bonitos como ese—observa como mi mano garabatea apresuradamente en el papel. No él nunca llegó a publicar nada, le contesto, todo lo suyo todavía está inédito —¿Sí? ¿Y tu amigo qué espera para publicar un libro?—dice ella—. Si todo lo que escribe es así de bonito seguro que va a tener éxito y va a ser reconocido. ¿No?

¿Oíste eso, Negrura? ¿Oíste eso donde quiera que estés?

Como te hicieron falta esos elogios en aquellos tiempos, Pablito, como los necesitaste, no solo de ellos, sino de críticas constructivas, de señalamientos positivos, y no frases humillantes, ni burlas, negro. La falta que te hizo también la comprensión y el apoyo de tu madre. Esa negra de pelo desgredado, pantrista del hospital; ese tronco de animal vestida de mujer: tosca, vulgar, ignorante y malhablada que vivía diciéndote que dejaras esa pajarería de escribir poemitas que no dan de comer, así que ponte pal negocio, Pablo, que la cosa está en candela y ella se limpiaba su culo negro y desproporcionado con los borradores de tus poemas sin pensar en el esfuerzo intelectual que tenías que hacer para escribirlos, Pablito, qué vida llevabas: incomprendido, ignorado, ridiculizado por tu madre, por los rockeros y los pericones hijos de puta de la Asociación.

—Deberías aconsejar a tu amigo —prosigue la señora—, decirle que no pierde nada con probar, a lo mejor hace el intento y le aprueban el libro y se lo publican, ¿quién sabe?

—Ya es demasiado tarde—le digo sin levantar los ojos de la agenda—, él nunca va a poder publicar nada.

—¿Quién dice eso?—la señora hace un gesto de contrariedad—. La esperanza es lo último que se pierde, claro que todavía se puede.

Mi mano se detiene, Pablito. Levanto la vista de la agenda y observo a esta mujer que lo ignora todo, amigo mío, porque un dolor ha comenzado a renacer en

mi pecho, como si hubiera tenido una espina alojada en el corazón durante años y ahora estuviera punzando, causando un dolor parecido a aquel que sentí la vez en que me topé con el Pasta en la calle: él me dio una de las noticias más desagradables que he recibido en la vida. Pero también recuerdo las ideas que cruzaron por mi mente cuando extraje aquel papel de la mochila, en la ocasión en que la dejaste a mi cuidado en el Club Atlético, porque te antojaste ir al baño y Richi me vio con ella y se le ocurrió meterle un pedazo de ladrillo para que tú, quien siempre andabas en la luna, rumiando versos, te la llevaras a la casa inconscientemente; y ahí, dentro de esa mochila, vi el papel, Pablito, y lo leí, y era uno de tus poemas, negro estúpido, uno que yo no había leído: tu último poema, Pablito, el último que escribiste antes que hicieras aquella estupidez; y cuando lo leí me di cuenta que había algo que no estaba bien en ti, que algún resorte de tu atormentada mente había saltado y ya no serías nunca el mismo:

La huelo. Sin atisbar siento su presencia,
cosquillea mi paladar, me inunda de fantasía.
La veo negra pero luminosa, fatal pero salvadora.
Añoro transportarme en sus alas negras a los abismos de la nada.

Me hacen daño, se agrieta mi paciencia,
la veo venir, pasar a mi lado... y no me lleva.
Remo en su mar oscuro y las olas me rechazan.
La deseo cual sexo de mujer y no se apiada.

La toco, la palpo, más no la puedo sujetar.
Sueño con su abrazo eterno, la pido a gritos.
Añoro, suplico, imploro su beso gélido.
¡Que me lleve bien lejos de este escenario inmundito!

En la hora decisiva y si atisbar atrás puedo,

veré que no dejo nada, que no he podido grabar huellas,
ni plantar la flor de un beso en corazón ajeno.
Me voy hecho humo, cual sombra de algo que nunca existió,
o como un trazo de tiza raptado por la lluvia.

La huelo, sin atisbar presiento la felicidad palpable
que solo la autodestrucción me traerá en segura recompensa,
y aunque en el infierno tenga mi lugar nefasto
en el círculo de los impíos suicidas,
cedo sin temor mi alma al diablo, pues no le debo nada a la vida.

Y esta maldita mujer me ha hecho recordar que no le creí al Pasta lo que me dijo, Pablito, y él me respondió: ve a verlo tú mismo, está en la Funeraria Delgado, y fui corriendo para allá mientras me repetía mentalmente: no puede ser, no puede ser, no puede ser, carajo, no puede haberle pasado eso a Pablito, no coño; pero allí estabas, encerrado en un ataúd, blanco por primera vez en tu vida, como siempre soñaste, porque eras hasta racista contigo mismo, y allí en la Funeraria estaban también todos los friquis que siempre se burlaban de ti, y casi exploto de ira y los saco a todos a patadas, Pablito, porque estaban discutiendo de música en medio del velorio, ¿lo puedes creer? Y también estaba allí tu madre, desbordando su humanidad en un pobre balance que crujía lastimeramente, rodeada de gente que le susurraban pésames hipócritas, llorando ella como un caimán que era, Pablito.

Por todos aquellos recuerdos y el dolor que ha renacido en mí es que he tenido que dejar de escribir. Las lágrimas han humedecido mis ojos, negro, porque yo fui quién más sintió tu muerte, mucho más que la bestia de tu madre y que todos los que te conocían y nunca te dieron una mano. Yo era tu amigo de verdad, Pablo Negrura, tu único amigo.

—Él no va a poder publicarlos jamás... porque está muerto. Se suicidó.

El rostro de la señora se transforma por el asombro. Su mirada salta de la agenda a mi rostro, como si no creyera lo que le acabo de decir, o como si estuviera escribiendo en la agenda algo secreto o sagrado.

—¿Se mató?—su asombro es mayúsculo— ¿Y cómo?

—Se envenenó —le contesto—; y lo hizo de una manera que fue imposible salvarlo.

Termino de copiarle el poema. Al entregárselo ella lo toma con solemnidad, irradiando respeto hacia aquellas páginas garabateadas con uno de tus poemas más vapuleados, Pablito, que en paz descanses. Y el paisaje, huidizo, comienza a cambiar, pero ésta vez radicalmente: estamos llegando a la Habana.

Me levanto del asiento en busca de agua, y mientras avanzo echo una ojeada a mi alrededor: un hombre mayor envicia el aire con el humo de un tabaco, rostros malhumorados a su alrededor, más niños, un muchacho contando chistes, un negro fuerte y voluminoso bajando del porta-equipajes unas cajas amordazadas con sogas, jóvenes cantando una canción de moda.

Llego al entrecoche, los baños... ¿dónde está el bebedero? Solo encuentro un orificio vacío donde debería estar la llavecita del agua. Sigo avanzando, llego al otro coche, lo cruzo, pongo los pies en el entrecoche, sigo camino; el próximo coche resulta ser el comedor, lo atravieso y al llegar al entrecoche advierto que allí hay un bebedero, al parecer, en perfectas condiciones.

Pulso el botón: sí, hay agua, pero no había traído un vaso, qué cabeza la mía.

Coloco mi mano dentro de la concavidad, pulso el botón con la otra, pero retiro las dos al instante, Jaime, no lo vas a creer: el agua estaba llena de cucarachitas.

Regreso a mi coche. Por el trayecto percibo que los pasajeros se están movilizand: recogen sus equipajes, guardan las pertenencias que tenían fuera de los maletines y mochilas, se acicalan. El policía se peina y una ferromozza, que camina recogiendo el pelo en lo alto de la cabeza, se cruza conmigo: esta vez sí vamos a llegar temprano, le dice a un conductor que viene caminando tras de mí. Al llegar a mi asiento tengo que quitarme el pulóver, qué tortura, Jaime, ese tren

sin aire acondicionado, y un ligero mal olor me hiere el olfato. Se me estaban muriendo los enanitos, primo.

El tren comienza a disminuir la marcha y varias personas se lanzan hacia las ventanillas por donde, dentro de breves instantes, se verá el puerto. En este momento se hace más profundo en mí la sensación de haber cometido una estupidez al cambiarle el asiento a la gorda, y todo por querer estar cerca de aquella...

Me levanto del asiento. Desde mi posición solo logro atisbar retazos del panorama más alucinante que he podido disfrutar en los disímiles viajes que he hecho a casi todas las provincias de esta isla: la Bahía de la Habana.

Y al bajarme en la estación no te vi por ninguna parte, primo, y evadí las propuestas de los chóferes particulares, y las de los revendedores de pasajes que asaltaban a todo el que saliera de la estación, y ellos no se habían dado cuenta que yo acababa de llegar, ¿paraqué coño quiero ahora un pasaje de vuelta?, y crucé la calle, el parquecito; me introduje entre los edificios, atravesé corredores mirando de soslayo la fauna capitalina: la omnipresencia de la raza negra, los vehículos, los carritos de granizados, los merenderos particulares de precios exorbitantes, ancianos arrastrando su decrepitud física, niños jugando un improvisado partido de pelota en medio de una vía estrecha y peligrosa; la basura preponderante, ofensiva: monarca de las aceras y terrenos baldíos; cubil de cucarachas, comando central del exuberante tráfico terrestre y aéreo de insectos y roedores que pululan con entera libertad por las calles de Centro Habana y la Habana Vieja, y de pronto recordé aquella versión que el eterno bromista de Miki le hiciera a la canción de Gerardo Alfonso:

La Habana.

Si tu churre se limpiara, si tu peste acabara qué bueno sería.

Yo te juro que me voy a enfermar en Centro Habana.

O al andar por tus calles, tus barrios y tus ciudades.

Virgen del Camino, resguarda a los que son asaltados en tu ciudad.

No se puede andar ni por el Malecón ni por la Catedral.

Barrios y solares llenos de estafadores y ladrones.

Sábanas blancas se roban de los balcones.

Sábanas blancas se roban de los balcones.

La parada del Capitolio está atascada de gente. La cola es interminable. El sol hace saltar el sudor, el aire reverbera a ras del asfalto. En la calle hay un interminable hormigueo de personas—pluralidad de razas, edades y fisonomías. Mis ojos devoran las históricas construcciones, alucinan grandemente con el Capitolio, acariciando sus columnas, los ventanales, la cúpula, la magnificente escalinata, y me reprocho no haber visitado nunca su interior el millar de veces que he estado aquí, en la capital.

Todavía estoy admirando el Capitolio cuando de súbito un auto se detiene en un chirrear de gomas, casi donde estoy parado. Es un auto de contornos muy bien conocidos por mí, y la suposición se vuelve realidad cuando de la ventanilla delantera se asoma un rostro aún más conocido y escucho una voz alegre, escandalosa, diciéndome: Alexito, qué volá, primo; dale loco, acaba de subir; éste es mi primo, caballeros —dirigiéndose a la multitud en la parada—, el tipo más loco de Holguín —haciéndome pasar tremenda pena. Qué hijo de puta eres, Jaime, ¿me dices loco? Quien en realidad está loco eres tú, y es que no se me ha olvidado la vez que te pusiste a discutir con una guaricandilla en pleno hotel Pernik, cuando la reservación, y ella te decía: habanero especulador, y tú le decías: puta barata, y ella refutaba todo lo que le decías a puras palabrotas y te gritaba también que tú no tenías dinero nada, que la ropa que traías puesta era prestada, pero tú trataste de demostrarle lo contrario con la locura de botar le cerveza en el interior de un macetero que había cerca de nosotros, porque yo sí puedo, suéltame Alexito, qué se cree la puta ésta, cantinero, ven acá, sí tú mismo, trae una caja de cerveza, y él te respondió que la reservación solo viene con cuatro cervezas per cápita y una botella de ron, pero tú le pusiste un billete grande, de los gringos, al pobre hombre en el bolsillo, y él se quedó pensando y

luego partió a cumplir tu cometido. Pero ahí no terminó todo; comenzaste a repartir generosas propinas para todo el mundo y contrataste a los trovadores para que no se separaran de nuestra mesa y se la pasaran cantando boleros, guarachas y mexicanos toda la noche, y cuando ya estabas macerado en alcohol te ponías a sacudir las botellas de cerveza con el pulgar en la boca, para que al quitarlo, el chorro salpicara, como en las botellas de champaña, y luego, cuando ya nos íbamos y todos montamos en el carro, aceleraste chirreando las gomas, como hiciste hace un momento, y te mandaste a correr, maldito loco; ibas a toda la velocidad por la avenida XX Aniversario y casi volaste por la de los Libertadores, te llevaste el semáforo de Aricochea, cabrón homicida, y casi le pasaste por encima a un ciclista que se cagó en tu madre, pero sí te detuviste en el pare de Martí, porque allí había un policía y de golpe se te fue la borrachera, ¿no, descarado hijo de tu madre? Pero volviste a acelerar al doblar por Frexes y casi gastas las gomas del auto al torcer por Maceo y para colmo decías palabrotas por la ventanilla. Al final te detuviste a todo neumático a un lado del parque, y todos nos bajamos más muertos que vivos, blancos como un papel de fotocopia, y te dio por invitarnos a La Begonia y de nuevo el derroche, la borrachera, y más tarde, después de un montón de bebidas, te dio por orinar en la pared —tan cerca que estaba el baño, maldito loco—, y te llamaron la atención y querías fajarte y nosotros tratando de calmar los ánimos y te sacamos de allí, Jaime, ya perdido, hecho una esponja inflada de alcohol, qué borrachera tenías, y tuvimos que mandarte a la casa en un bici-taxi, y nosotros tuvimos que irnos en bici-taxi también porque el auto se tuvo que quedar allí, en el parque, y al otro día no querías creer que habías hecho todo lo que te contamos, y te mirabas en el espejo, te viste las ojeras, el rostro ajado, macilento, pero a las pocas horas te plantaste frente a mí cuando ya me disponía a ver las aventuras en la televisión y me dijiste: Alexito, vámonos esta noche pa' la calle a buscar par de locas y seguir la parranda, dale.

Y ya montados en el auto y yendo por el Paseo del Prado todavía Jaime me está saludando con su efusión de siempre. Palmea mi nuca, me soba la cabeza con su

mano libre, me golpea el hombro con el puño, diciéndome siempre: loco, cuánto hace que no venías por acá, primo, estaba loco por verte, coño, mi primo preferido; y su efusión todavía se mantiene cuando nos adentramos en el Túnel de la Bahía. Loco, me dice, sigues de loco ¿no? ¿Cuánto hace que no venías por la Habana? ¿Tres años? Una pila, Alexito, ¿no? Bueno, la verdad es que yo tampoco he ido más por allá, tú sabes, los negocios, la cosa por aquí está mala. ¿Y tú? No te imagino abogado, con lo loco que tú eras. ¿Te acuerdas cuando te perdiste aquí, en la Habana, y tío y papi te andaban buscando por todas partes? Qué tosta'o estabas, socio, todavía nos queda el misterio de dónde estabas metido de verdad, porque ese cuento del calabozo... aunque sí, un día te apareciste de pronto flaco, sucio. Parecías un muerto, loco.

Salimos del túnel y remontamos la Vía Monumental. En ese momento comienzo a contarle, por un impulso indefinido, el tan largamente guardado secreto sobre lo que me ocurrió en aquella época. El silencio sobre aquel asunto ya no era prioridad para mí, pero sí lo fue en el momento en que tuve que enfrentarme a mi padre, muerto de miedo, o algo parecido al miedo, y casi le digo la verdad, o se la dije a medias, y él no me creyó, o me creyó a medias y se le ocurrió querer corroborar lo poco que le conté y ahí mismo le negué todo para sellar mi boca en un voto de silencio. Mi primo me escucha atentamente y a ratos pregunta, asiente, abre los ojos, exclama, prende un cigarro, me repite: qué loco eres, Alexito, o frases similares, y maniobra, sonrío, carcajea, cambia de velocidad...

—Si tío hubiera sospechado que era verdad lo poco que le dijiste te hubiera matado—me dice.

Y le cuento de mucho antes, de mis inicios en el Contingente, de mis incursiones nocturnas al cine Yara, cubil de friquis en aquella época; de los conciertos, las locuras, mucho antes que ocurriera aquella detención masiva donde...

—Ni se sabe las veces que los friquis se han tenido que ir de esos lugares —comenta Jaime—. Primero el Yara, después en el parquecito de al lado, después en G y después no los vi más hasta que me los topé un día de casualidad en

Paseo y Malecón, pero después me enteré que también estuvieron en G y Malecón.

Comienzo a entusiasmarme y le cuento sobre aquel despliegue rimbombante, espectacular y coreográfico de efectivos policiales, patrulleros y carros jaulas que una noche interrumpió el tráfico de 23 y N para limpiar el cine Yara de friquis, y de la bienvenida que nos dieron al nosotros ser conducidos a los carros jaulas. Un recibimiento a base de mandoblazos, empujones e injurias, Jaime, nos decían de todo: putas, mariconas, antisociales, hippies, churrosos, lumpen y todo lo que se les ocurriera.

—Y tú de loco en medio de todo eso —Jaime sonríe—. ¿No te daba miedo estar metido en tantos líos?

Y de cuando me hice de mi primera guitarra y de mi primer grupo, los festivales: Santa Clara —¡Adis!—, Camagüey —La Cangreja—, y Jaime carcajea de lo lindo, me hace preguntas y a momento me dice: loco, estás tosta'o, qué clase de tipo eres, primo, el quema'o de la familia, y termino contándole sobre el trayecto en tren hasta aquí... de Sonia, el chasco con ella, la escena en la estación de Santa Clara. En el mismo instante en que le cuento la intervención del policía en la discusión entre So... la perra, y yo, hacemos entrada en Alamar.

El llano cubierto de edificios se abre ante nosotros. Un panorama que siempre ha causado en mí la sensación de hallarme en presencia de un montón de cajones de concreto que han sido lanzados sin orden sobre esta tierra perdida al este de la Habana.

Llegamos a la zona 12, y antes de Jaime doblar a la derecha para subir por la calle que nos conducirá al bloque de edificios donde se halla el apartamento de tía Victoria, lanzo una rápida mirada a mi izquierda, a través del perfil de Jaime, y logro atisbar, en escasos segundos, la candonga salpicada de puestos de ventas, clientes, perros callejeros, autos y camiones, pero el cuadro se pierde y ahora subimos por la calle 130. Suspiro aliviado al saber que dentro de unos minutos nos detendremos en el edificio H15 y seguiremos a pie por la callejuela que está entre

el edificio y un círculo infantil, hasta el segundo paso de escalera, para después subir hasta el apartamento de tía Victoria, donde descansaré los huesos.

Ve subiendo, me dice Jaime al detener el auto, yo todavía tengo que guardar el yerro en un garajito ahí que tengo alquilado. Desciendo el auto, tiro la portezuela. Jaime me hace un gesto de despedida y echa a andar el auto. Me siento satisfecho, después de casi 18 horas de viaje por fin me encuentro en Alamar.

Ya frente al apartamento de tía Victoria espero la respuesta a mi llamada después de haber hostigado el botón del timbre. En las escaleras, dos pisos más abajo, escucho los pasos de alguien que viene subiendo, tal vez Jaime, y la puerta del apartamento se abre en el mismo instante en que vuelvo a pulsar el timbre.

—¡Alexito! —exclama Tía Victoria al verme—. ¡Mira Tati, ya llegó tu primo!

XIV

Férrea, de gruesos dedos, sustentada por el poderoso antebrazo y la tensión incólume de un bíceps forjado a duras jornadas de trabajo en las montañas de Songo la Maya, la mano cayó con fuerza en el rostro del Mosque, estremeciéndome de pies a cabeza, primo. A la vez, la siniestra del policía sujetaba con fuerza la caída del prisionero. En el mismo instante en que el Mosque recuperaba el equilibrio en la silla, otro oficial pasaba por al lado de ellos dos, Jaime, uno más hijo de puta que el otro, un cabrón arrogante con cara de nazi, qué se yo. El desconocido se detuvo al lado del Mosque, tenía las manos colmadas de files y documentos. Por un instante estudió el semblante del Mosque quien, asombrosamente, no parecía estar ni asustado ni enojado por el bofetón que me dio el fiana, Jaime, qué coño yo iba a estar bravo si no sentía nada, estaba anestesiado. Dale más duro a éste, dijo de pronto el desconocido de los files antes de echar a andar nuevamente.

—Qué cabrones son —dice Jaime—, seguro que si chistabas te caían en pandilla, ¿no?

El policía unió sus manos—guantes de músculo y osamenta—frente al rostro del Mosque. La impaciencia estaba plisando su rostro debido a las prolongadas horas de interrogatorio, según el tipo ese, porque yo no sabía ni qué hora era, ni la fecha ni el lugar donde yo estaba ni un carajo.

—No digo yo, con cuatro parquisoniles en la cabeza —Jaime sonríe—. Loco 'e mierda.

Una leve sudoración perlaba el cutis moreno del policía. Dime, bufó con voz barítono, insufladas las aletas de la nariz, igualito que las de un gorila Jaime, dime cabrón y nomemienta etavé, la manaza esa cerca de mi cara, dime cabrón ¿qué coño tú toma'te?

—Por eso fue que te detuvieron, ¿no? Te vieron en nota en la calle y se dieron cuenta. ¿No?

— ¿Te lo te'go que repetil?—continuó el policía. La voz se le estrangulaba en un furor inaudito—. Dime ya de una vé, ¿qué coño tú toma'te?

—Si le decía que me había metido cuatro parquisoniles el tipo hubiera utilizado mi declaración para partirme en dos. Todavía hoy estuviera preso.

—Claro, loco —Jaime hace un cambio en la palanca de velocidades, asiente mirando al Mosque—; nunca se le puede decir que sí a un policía, a menos que a uno le convenga.

Nada, contestó el Mosque, no he tomado nada. La manaza del policía volvió a caer sobre su rostro, pero no se tambaleó en esta ocasión. El Mosque, previniendo el golpe, había girado la cara para que el galletón no lo cogiera de plano; y dio resultado, primo, logré amortiguar el golpe.

¿Qué-coño-tú-to-ma-te?, reiteró el policía, agarrándome por el pullover, dime, carajo, qué fue: ¿secobarbital, palquisonil, maliguana? El Mosque esbozó una sonrisa: la mariguana no se toma, le dije.

—Y volvió a darme otra galleta.

—Yo no sé cómo aguantaste eso —Jaime le hace un gesto de negación a un grupo de personas congregadas en una parada que nos hacían señas para que nos detuviéramos—, si soy yo le bajo una garúa aunque después me den cadena perpetua.

—Que va, si no me dolía—responde el Mosque—, yo estaba anestesia'o, no sentía nada.

—Estás loco, Alexito—Jaime sonrío.

El Mosque volvió a tambalearse. ¿Tú no sabe, pelúa, que nosotros poe'mos acusalte de drogadilto?, prosiguió el policía, si nos da la gana te poemos echal

trentaños pola cabeza. Pero una sonrisa burlona ironizó tu rostro; por suerte las pastillas habían amodorrado tu cuerpo y no sentiste en toda su magnitud el impacto de los golpes que te estaban dando, ¿no, Alexis Carralero? Si no hubiera sido así, ¿estuvieras ahora riéndote de aquello?

—Ríete, ríete, que dentro de poco no te vas a volver a reír más—dijo el policía —.

¿Tú no sabe que poemo hacelte un análisis de sangle? Por ahí mimo te sale to' lo que toma'te.

Háganlo, dijo el Mosque irguiendo el pecho, haciéndome el guapo, Jaime, cuando ustedes quieran me pueden hacer el análisis ese que dicen. ¿Sí?, el orangután se inclinó hacia él, ¿tú no sabe que si te sale positivo te poemo llevall a juicio?, el semblante rúbeo de ira, se estaba empingando de verdad, primo, y óyeme bien, en el calabozo tú no la vajapasal muy bie que digamo, movió las manazas cerca de tu rostro, Alexis Carralero, loco por darme una galleta, Jaime, ahí en el calabozo tenemo un negro bugarrón y te vamo a encerrall con él.

— ¿Y eso fue verdad, primo? —dice Jaime vadeando un bache con un ágil movimiento del volante.

—Sí, fue verdad; pero eso de que el negro con quien me iban a encerrar era bugarrón sí era mentira, el tipo resultó buena gente y to'.

¿Y qué?, respondió el Mosque, yo no le tengo miedo a nadie. El policía unió las manazas, sus ojos estaban atornillados a las órbitas enrojecidas del Mosque. Fíjate pelúa, continuó, esto aquí no e juego, aquí sí que se juega a la gradeliga, negüe, y si tú no coopera voyjacel que la cosa no te vaya muy bien poraquí. ¿Y a mí qué?, haciéndome el guapo, si me ves, pero su voz trémula delataba temor; acaben de llevarme a donde me vayan a llevar y no me estén haciendo más preguntas. El Mosque fue halado hacia delante, lo habían agarrado por el cuello del pullover. La halitosis del policía le cortaba la respiración, Jaime, qué clase peste a boca tenía el tipo. ¿Tú no sa'e, mariconcita, que to'eto está lleno de malacabeza bugarrone? Vaja peldel el sellito en el calabozo, si ya no lo has peldido andando con los friquis maricones esos. Yo soy hombre, no se vaya a

equivocar, la voz me traicionó, Jaime, se me puso más fina que a Rudy la Scala. ¿Segura?, respondió el policía.

—Seguro, le dije bien fuerte, y esa vez no me falló la voz —dice el Mosque—.

Imagínate, no le podía mostrar miedo a ese comemierda.

—Vea, tenía que ser oriental el policía ese, y me perdonas que diga eso, primo —contesta Jaime—; es que los policías de oriente que están pinchando aquí en la Habana son todos unos payasos.

En la puerta de la oficina se detuvo el policía de los files. ¿Es guapita la pelúa?, dijo acercándose, vamos a meterlo en el calabozo con el negro puñalero a ver si es guapa de verdad. Otro golpe estremeció al Mosque: el policía songomayence le había propinado un manotazo en la sien: ¡habla, cojo'e!, gritó. El de los files se plantó al lado del Mosque: ¡habla, mariconsita!, soltándole un manoplazo en el pecho. El Mosque al escuchar, proveniente de su tórax, una resonancia hueca, se asombró de no sentir dolor alguno, qué clase de nota, Jaime, no tuve más remedio que reírme. Ah, ¿te estás riendo?, dijo el orangután, yo voy a ver si te vaja seguir riendo en el calabozo, te vas a podrir ahí, pelúa.

—Y entonces fue cuando te metieron en el calabozo las dos semanas que estuviste perdido ¿no?

—No, en ese momento no fue la cosa—responde el Mosque—, ellos se cansaron de darme golpes y después se fueron al pasillo a conferenciar. Se alejaron para que yo no los oyera, pero el tiro les salió mal porque de vez en cuando yo oía...

—No podemos...

Algún que otro comentario escapado que...

—Los familiares... ellos pueden... no hay más remedio, hay que...

Y eso me dio esperanzas, primo, ya yo me imaginaba que...

—No hay pruebas de eso... tú dices que... esos análisis no van a...

Ya se veía, Jaime, que ellos no podían...

—Sí, ahora mismo... tú encárgate... no, no pongas eso en el...

Cuando el Mosque salió de la 5ta. estación de policía, sintió en pleno rostro la brisa de la noche, de una gelidez inusitada. Parecía mentira que te hubieran soltado, Alexis Carralero, ya pensabas que ibas a estar encerrado allí por sabría Dios qué cantidad de tiempo y en un calabozo lleno de puñaleros, todos de seguro sodomitas, que te mirarían con lujuria, carne fresca, un manjar, un faisán servido en bandeja de plata, Jaime, no podía evitar pensar en eso cuando aquellos dos tipos me hablaban del calabozo.

El Mosque no sabía en qué parte de la Habana se hallaba y echó a andar sin rumbo ni brújula por una avenida, luego se adentró por una estrecha calle lateral de oscuros contornos y pendiente en ascenso, pero la nota no se me había pasado como yo pensaba, Jaime. Cuando ya iba a mitad de cuadra el Mosque vio una hilera de plantas de palmita sembradas en los canteros de la acera por donde iba transitando y en el acto comenzó a recordar su niñez, de un día en que él y un amiguito suyo del poblado santiaguero donde vivía su abuela se deslizaban, sigilosos, por el lateral de una carnicería para robar tallos de palmita que, según su amigo, era blanda y se comía.

—Prueba—dijo Pol, arrancándolo del centro de la planta—, vas a ver qué rico es esto—le extendió el tallito.

Alexito —futuro Mosque— observó dudoso la albura del tallo y luego prestó atención a la hilera de latas llenas de tierra donde se hallaban sembradas más ejemplares de palmitas. Más allá, al frente de la carnicería, dos ejemplares adultos formaban una espesa madeja.

—Prueba—reiteró Pol.

—¿Y por qué te acordaste de eso en aquel momento?—dice Jaime.

—¡Eh, eh, tú! ¿Qué tú estás haciendo ahí?

El Mosque había arrancado el tallito de una de las plantas de palmita cuando, a escasos metros de él, proveniente del interior de una empresa en cuya entrada, colgando de un asta mediana, se hallaba una marchita enseña nacional —no soplabla la brisa en aquella callejuela—, apareció un custodio. El Mosque se quedó

parado en seco. Las sombras de la noche no dejaban ver el rostro del custodio, solo podía atisbar a medias los contornos del uniforme.

—¡Ahora sí los cojí, carajo! —dijo el carnicero.

—¿La nota te dio por eso?—Jaime carcajea—. Tú si eres loco.

—No estábamos haciendo ná malo —dijo Pol. El carnicero tenía a ambos atrapados por el cuello.

—¿Qué tú estás haciendo con las matas?—el custodio avanzó resueltamente hacia él—. ¡Suelta eso!

—¿Y para que querías arrancar eso, loco?—dice Jaime.

—¿Quién les dijo a ustedes dos que eso se come?—dijo el carnicero.

—Querían saber si verdad que aquello se comía—responde el Mosque.

—Y sabe a coquito—añadió Pol.

—Eso...eso que traes en la mano —el custodio sacó la tonfa—, eso se lo arrancaste a una palmita de estas.

—No jodas Alexito, eso no se come—dice Jaime.

—¿Esta mierda?—dijo el Mosque enseñándole el tallo al custodio—. Te lo puedes meter por el culo.

—Ya van como cinco veces que me arrancan las palmitas —dijo el carnicero. No hemos sido nosotros, respondieron Pol y Alexito al unísono—. Si fueron o no, no me importa, lo van a pagar ustedes; voy a mandar a buscar a las madres de ustedes dos para que le den unas buenas nalgadas.

—¡Te voy a partir el lomo! —dijo el custodio avanzando resueltamente hacia él.

Pero el Mosque ya corría por la avenida dejando atrás aquella callejuela y otras más que en su loca carrera no había podido detallar. Luego de percatarse que el custodio ya no lo estaba siguiendo, se detuvo en seco. Observó bien tras de sí para estar mucho más seguro y luego echó andar despacio, sonriente, diciéndose así mismo que cómo no hubiera podido huir así aquella vez que él y Pol fueron atrapados por el carnicero, qué pela me dieron por eso, pensaba, y siguió vagando sin rumbo por cuantas calles, plazas, parques y avenidas surgieran a su paso.

—Después fue cuando ocurrió lo peor —dice el Mosque.

Se hallaban en una parte de la ciudad que nunca había explorado, y, por mucho esfuerzo que hiciese, no recordaba cómo había ido a parar allí. Después de salir de la nebulosa, un nuevo grupo de mansiones y pequeños edificios se había abierto ante sus ojos. En su mente había un paréntesis de vacío, de alarmante e inexplicable nulidad.

Para colmo tenía sed, una sed inconmensurable, desgarradora, y enseguida se dio a la tarea de encontrar agua a cualquier precio.

—No lo dudo, dicen que el parquisonil da tremenda sed. ¿No es así, primo?

Pero no fue la posibilidad de hallar agua lo que le hizo detenerse ante una cerca metálica que aislaba, de la calle y los transeúntes, a un simétrico edificio de tres plantas que a él le dio aires de pertenecer al MINAZ, al MICONS, al MINTRANS o cualquier otra empresa de sórdidas y homólogas características, Jaime, dime tú si no es verdad; sino por estar viendo a su padre sentado al otro lado de la cerca sobre un pedazo de bloque.

—¿Tío, Alexito?—dice Jaime abriendo los ojos—. ¿Qué viste a tío allí?

El Mosque observó estupefacto la figura de su padre, quien también lo miraba, y poco a poco fue convenciéndose de lo que estaba viendo; más cuando su padre, utilizando un gesto propio en él, le hizo una seña, diciéndole ven, pasa al otro lado que tenemos que conversar.

El Mosque no lo pensó mucho y trepó por la cerca, agarrándose a los alambres con la agilidad de un felino. Al saltar al otro lado recogió un pedazo de bloque de los tantos que se hallaban apilados contra la pared y lo trasladó hasta donde estaba el padre, lo plantó en el suelo y se sentó sobre él.

—¡Qué clase de loco! —Jaime carcajea—. ¿Saltaste la cerca de una empresa?

—Qué, cómo está la cosa—le dijo al padre—. Cuéntame cómo va todo por el gao, puro.

—Tú mamá está preocupada por ti —la misma voz, Jaime, el mismo timbre, era él, compadre—, llevas ya una semana y no has mandado a la casa ni un telegrama.

—No, lo que pasa es que...

—Ni una carta, ni un telegrama, ni una llamada. Nada —yo juraría que era él, Jaime, sus mismos gestos, todo—. ¿Por qué razón le haces eso a tu madre?

—Compadre, ya yo no soy un chamaquito —respondió el Mosque—; qué es eso de estar llamando a cada rato a la casa como si yo estuviera en la escuela al campo, eso es de gente ñoña.

—Imposible—dice Jaime—. Tío no llegó a verte hasta después de una semana y pico de haber llegado aquí a la Habana, y te encontró porque de tu pincha llamaron que habías aparecido, sino se mete un mes.

—No es que tú seas un niño ni nada de eso —el sudor en la piel, el pelo moviéndose con la brisa, Jaime, todo super real—, es que ese es tu deber de hijo. ¿Acaso no te importa cómo se siente tu madre?

—No, sí, claro pero, ¿tú te imaginas si yo un día me caso aquí en la Habana?—era mi sueño, lo que más quería en el mundo, primo, venir a vivir aquí—. Supón que eso suceda. Mentira que entonces voy a estar cada cinco minutos llamando a la casa. Las llamadas para Holguín cuestan una astilla.

—Mira, no es que llames cada cinco minutos —la misma expresión cuando se empinga, Jaime, los mismos ojos abiertos. La mano. ¡La mano! , temblándole, primo—, y vamos a suponer que sea verdad que un día te cases aquí y...

—Lo pienso hacer de verdad —interrumpió el Mosque—, voy hacer lo posible por quedarme aquí, donde la gente no se mete con uno porque tenga el pelo largo.

—¿Quién se mete contigo en Holguín por eso del pelo?—la misma incredulidad, primo—. Esas son ideas que tú te haces.

—¡Pelúa, jeva, mariconal! —en plena carretera, Jaime, no te rías. El Mosque se quedó clavado en el medio de la acera, se dio cuenta que mil ojos lo observaban en espera de alguna reacción por parte de él.

—Y yo rabiando, sin poder hacer nada—concluyó el Mosque, y a pesar de eso no me hacía caso, como siempre, Jaime. ¿Qué iba a imaginar que él...?—. Tú no sabes por lo que yo he tenido que pasar en Holguín.

—¿Y cómo conmigo nadie se mete?—contestó el padre. Las mismas estupideces de siempre, primo.

—No digas eso de tío que él es un hombre bueno —interrumpe Jaime.

—¿Acaso tú tienes el pelo largo como yo? ¿Acaso tú eres rockero? —demasiado bueno, primo, demasiado ingenuo— ¡Por supuesto que nadie se va a meter contigo, si tú no llamas la atención en nada!

El Mosque percibía la sorpresa reflejada en el rostro de los transeúntes que pasaban próximos a él, del otro lado de la acera. Qué coño mirarán, se preguntaba. Yo no sabía que estaba hablando solo, primo, que yo estaba conversando con una visión, un holograma. Sí, no te rías, un holograma creado por mi mente embutida en parquisonil. Sí, Jaime, como tú siempre dices, yo era un loco.

De súbito la sed lo arrancó de donde estaba sentado. Espérame aquí puro, dijo, y avanzó hacia un paso de escalera que daba acceso a una plazoleta rodeada de oficinas.

Fugaces remembranzas de aquella empresa del MICONS—donde una vez trabajó— le vino a la mente como una ráfaga de pestilencia, primo, uno de los trabajos más malos que he tenido en mi vida; aquella empresa era igualita, con el comedor abajo, y más acá la caseta del CVP y ... El rostro del Mosque se iluminó, no lo podía creer: entre los baños y el comedor había visto, pequeño, de niquelada superficie, con la botella de refrescante tonalidad azul coronando la rectangular y frágil estructura, un bebedero refrigerado cuyas superficies —la de metal y la de plástico— sudaban a gotas heladas, para locura del sediento Mosque.

—¡Eh, tú! —en el mismo momento que ya me iba a tomar el agua, compadre—
¡Qué tú haces aquí adentro, vete de aquí! —ya tenía la boca en la plumita, Jaime
¿Lo puedes creer?

—Nada, no estoy haciendo nada malo —respondió el Mosque resuelto, arrojado, dispuesto a proseguir lo interrumpido.

—¡Oye, que salgas de aquí te he dicho! —qué tipo más hijo 'e puta, Jaime.

—Yo lo único que quiero es tomar agua.

—¡Oye! ¡Qué te vayas de aquí te he dicho! —no me dejó ni probarla, me cogió por el pullover. Coño, y yo lo único que quería era tomar un poquito de agua.

—¡Levántate, ladrón! —yo no quería soltar la llavecita del bebedero, todavía no me había dado ni un trago.

—Un trago, compadre, uno solo—clamó el Mosque.

Pero ningún argumento, por muy verosímil que pareciese, bastó para que el vigilante nocturno...

—¡Pa' fuera te he dicho, delincuente!

Y el Mosque fue arrojado al medio de la acera, frente a la entrada de la empresa, primo, yo le iba a caer a pedrá al custodio ese, pero...

—¡Y si te veo de nuevo por aquí voy a llamar a la policía!

El Mosque se alejó apresuradamente, instigado por el desagradable recuerdo de aquel policía songomayence que lo abofeteara sin tregua para arrancarle una confesión que jamás salió de mi boca, Jaime, el tipo estaba loco por acusarme de consumo de drogas prohibidas, como me dijo él mismo. ¿Y acaso existen las no prohibidas?, pregunta Jaime. El Mosque recordó, mientras caminaba, que después de escuchar las frases sueltas de la conversación entre el orangután y el policía de los files corroboró que sus sospechas eran ciertas, pues ellos dos volvieron a aparecer por la puerta de la oficina y el orangután le dijo:

—Levántate.

El Mosque, al principio, sintió el recelo oprimiéndole el pecho. Pensó, por el tono de voz del orangután, que tal vez estaba equivocado, que ellos no lo iban a soltar, que lo iban a llevar de verdad para el calabozo.

—Te vas en el último tren —dijo el de los files.

Lo llevaron a la carpeta y allí le entregaron las pertenencias, menos el cinto de tachones y las manillas, esto va pa'la basura, le dijo el orangután. Al Mosque ya no le importaban mucho el cinto y las manillas, más bien aquella muestra de irracionalidad le dieron ganas de reír, pero se aguantó, pues podía desatar la furia de aquella bestia y eso no le convenía. Cuando le entregaron el carnet de

identidad, el orangután songomayence plantó su manopla sobre la mano del Mosque.

—Epérate un momento—le apartó la mano y agarró el carnet.

El rostro del orangután fue mudando de expresión cuando observó, bajo el forro transparente del carnet, la foto de Quiet Riot que yo había conseguido con tremendo trabajo, primo; tuve que dar una pila de cosas por ella. El Mosque trataba de imaginar lo que estaba pasando por la mente del policía mientras detallaba, en medio de las más horrendas muecas, los pelos ultra largos, las chaquetas de cuero y los tremolantes botines, empedrados en tachones, de los integrantes de Quiet Riot en aquella foto. Pero lo que de seguro le iba a chocar más al orangután era la expresión exageradamente amanerada en el rostro de uno de los músicos.

—Utede tienen que sel maricone to'o pa tenel fotos de machos pelús en el calné —dijo.

El Mosque no articuló palabra alguna. Total, pensaba, pronto me voy a ir pal carajo de aquí.

—Tú te vaja salvá que te vas de aquí —dijo el orangután, extrayendo la foto de Quiet Riot del forro del carnet—, te salvó la campana, pelúa.

—Eh, eh. ¿Para qué saca esa foto de ahí?—el Mosque se estremeció.

—Pa e'to—respondió el policía, y comenzó a romper la foto en pequeños pedazos.

El Mosque pateó con furia un latón de basura atravesado en el medio y prosiguió camino, guiado por el azar. Marchaba rumiando maldiciones contra el orangután songomayence que nunca supo el esfuerzo que había tenido que hacer para conseguir esa foto que rompió, compadre, yo la tuve que cambiar por un pila de recortes de revistas, y en una época en que las revistas yumas de Rock no entraban casi al país.

—¿Y en ese momento no le dijiste nada al tipo ese?—dice Jaime.

—¿Qué vaja sel mariconsita? —dijo el orangután, observando el rostro congestionado del Mosque. Ante su silencio comenzó a esbozar una sonrisa torcida— ¿Qué vaja sel?—repitió—. Arriba, áte hombre.

—Nada—fue lo que le dije, primo; me tuve que tragar la rabia.

El Mosque se halaba los pelos de la cabeza: ¿de dónde saco otra foto igual, de dónde?, me decía. La enervación de adrenalina que le había causado aquel recuerdo le afianzó la sed. Agua, necesitaba agua, Jaime, como jamás la había necesitado en toda mi vida; cualquier cantidad, un jarrito, un sorbito, una gota, lo que fuera, Jaime; si hubiera aparecido un charco de agua me hubiera empinado como un perro; a esas alturas la pena de acercarme a una casa a pedir agua ya se me había ido pal carajo.

—¿Y pediste?

—No me digas. ¿Tú sabes la distancia que yo tengo que caminar hadta el punto de agua pa' edtar regalándola así como así?—la mujer cruzó los brazos sobre el pecho.

—No te creo, loco, ¿te dijeron eso en una casa? ¿Aquí, en la Habana?

—Pero mire, yo solo necesito un vasito, cualquier cantidad...

—No mi vida, aquí no se puede dar agua a nadie.

Y en ese momento el Mosque empezó a conocer la naturaleza egoísta de muchos de los habitantes de la capital, y más tarde pudo llegar a la conclusión que aquella ciudad donde añoraba tanto vivir estaba carcomida desde los cimientos, que toda la glamorosa carcasa, atrayente, de ensueño, que tanto se empeñaban en publicar en la televisión, las revistas y las postales turísticas era falsa. Años después había desechado ese deseo de su mente: prefería podrirse para siempre en Holguín que pasarse el resto de su vida en una ciudad donde la mayoría de los vecinos no se conocen ni se ayudan, donde impera la ley del dinero, la égida de las cifras; donde el grosor de la billetera es lo que te convierte en persona, Jaime, y perdona que te diga eso, a ti, que eres habanero, pero es la más pura verdad. Y dime tú mismo, ¿no es así?

—Es verdad, compadre —Jaime adquiere una expresión austera—, la gente de aquí es de pinga, no es igual que en oriente, donde to' el mundo se lleva bien.

—¿Y por qué no te mudas entonces para Holguín, Jaime?—pregunta el Mosque con incredulidad.

—Ná, ná, déjame aquí, en la Habana. Aquí estoy muy bien.

En ese mismo instante, mientras escrutaba en los ojos de aquella mujer, el Mosque recordó la etapa en que estuvo en la escuela al campo en las montañas de Sagua de Tánamo, recogiendo café, cuando en una tarde de sol rabioso, se acercó a un bohío para implorar...

—El agua no se le niega ni a los perros—le dijo a la mujer, recordando lo que le respondió la guajira que encontró en aquel bohío.

Pero un hombre corpulento se irguió detrás de la mujer. Tenía desnudo el torso y traía puesto un short ridículo, de colores chillones. Sudaba copiosamente.

—Pero es que tú eres menos que un perro —me dijo aquel hijo de puta, Jaime.

—¿Cómo?—el Mosque no podía creer lo que estaba escuchando.

—Este es un friqui churroso de esos que van al Yara—le dijo el hombre a la mujer, ignorándolo—. Ni se te ocurra darle agua, que se pierda antes que lo saque de aquí a patadas.

—Yo hubiera sido tú y le hubiera caído a golpes al tipo ese—dice Jaime haciendo un cambio de velocidad.

—¿Oíste? Mejor te vas—le dijo la mujer.

—Se pueden meter el agua por el culo las dos —respondió el Mosque, antes de echar a correr.

—Asere, pero tú siempre vives corriendo —Jaime hace un gesto de contrariedad—. Tenías que, aunque sea, haberle caído a pedrá a la casa esa.

Tras semejantes recuerdos, la idea de pedir agua en otro hogar capitalino se había borrado de su mente. Tal vez al amanecer, cuando abrieran los centros gastronómicos, podría pedir, mendigar o pagar un vaso de agua.

Pero el amanecer se hacía tardío y a cada minuto aumentaba su sed. La ininterrumpida caminata, unido a la suciedad que ya se le estaba acumulando en

el cuerpo y la ropa, producía en él un aumento en su temperatura corporal. Estaba sofocado, sediento a pesar de la brisa fresca que estaba circulando, y trató de alejar de sí las reflexiones funestas para poder sentirse mejor. En su lugar comenzaron a llegar a él las imágenes acogedoras, tiernas, agradables, de irresistible seguridad de su hogar donde, en situación semejante, hallaría alimento seguro, reposo y, por supuesto, generosas dosis de fresca, cristalina, vivificante y helada agua rebosando una voluminosa jarra que, lustros atrás, perteneciera a su abuela. Y quién me viera ahora abriendo el frío de la casa y la niebla dándome en la cara y allí la jarra, con una capita de hielo por encima, ah, y la rompiera con mi jarrito preferido y se hundiría en el agua fría, ah, el agua, el agua, para tomarla así de rico, qué rico, agua, decía yo en voz alta, como si fuera un loco, Jaime, lo que le obligan hacer a uno las pastillas.

Y la desesperación hizo que el Mosque cruzara una avenida—años más tarde supo que había sido la del Túnel de Línea—de forma arrojada e inconsciente, impulsado por la insania de los alucinógenos, con el objetivo de acercarse a una casa antigua, guiado por el mismo tozudo e irreverente anhelo de conseguir agua.

Enseguida se dio cuenta que no se hallaba nadie en aquella casa y comenzó a explorar el frente para localizar alguna ruta de acceso. Por fin decidió escalar una portería de madera que, al parecer, custodiaba un pasillo; y justo cuando ya se hallaba subido en su cúspide, una luz se encendió por encima de mí, Jaime, qué susto.

Alexis miró hacia arriba. En la parte más alta de la casa vecina, casi llegando al techo de la misma, se había abierto una buhardilla y, para sorpresa de él, desde allí lo estaba observando una anciana de cabellos cortos. En su rostro se reflejaba alarma.

—¡Oye, tú! ¿Quién tú eres? ¿Qué tú haces ahí, en una casa ajena?—gritó la muy comemierda.

—Ahí sí que te cagaste en los pantalones ¿no?—comenta Jaime, sonriendo.

El Mosque tardó en recobrase de la sorpresa. No atinaba a hablar, compadre, me quedé mudo.

—Nada—contestó al fin, y se dispuso a saltar al otro lado de la tapia.

—¡No te atrevas! —chilló al anciana. Una bruja legítima, primo, nada más le faltaba la escoba—. ¡Bájate de ahí o llamo a la policía!

—Me imagino que te hayas ido echando ¿no? —el auto toma una curva, Jaime maniobra con agilidad.

—Vete a la mierda, vieja bruja—contestó el Mosque.

Voy a llamar a la policía, prepárate, escuchó antes que la anciana desapareciera por el hueco de la buhardilla. Tomó impulso, saltó al otro lado. En el suelo, agazapado, atisbó hacia el pasillo, tratando de descifrar lo que se encontraba al final, en un espacio de suma oscuridad que sugería ser el patio de la casa. De súbito tuvo en cuenta un detalle que no había previsto: la posibilidad de que en aquella casa estuviera suelto un perro.

Solo le bastaron unos segundos para deducir que no podía haber perro alguno en aquella casa, pues su presencia había sido detectada por el de los vecinos, creando un eco que se había alargado por todo el barrio, pero en aquella casa no había ocurrido ninguna conmoción. Si hubiera alguno ya me hubiera salido, concluyó, suspirando de alivio, y echó a andar por el pasillo cuya oscuridad se estaba disipando debido a la natural dilatación de sus pupilas.

La sorpresa fue mayúscula. El regocijo hizo que se abalanzara, en rauda pero corta carrera, hacia aquel espacio oscuro, pues había visto ahí varios tanques en retahíla disposición. Eran tanques de agua, primo, agua, carajo: casi grita, y en su desesperación lanzó al suelo la tapa de uno de los tanques provocando un estruendo de gran magnitud.

Y efectivamente, aquel recipiente de acero-níquel estaba repleto de fresca y vivificante agua.

El Mosque hundió el rostro en el agua y bebió, absorbió desbocada, ávida y exasperadamente, generosas dosis del líquido hasta mitigar la sed. Al erguirse para tomar aliento —había bebido sin respirar—, comenzó a lavarse la cara, sucia de tanto bregar sin aseo, y la frescura del agua llenó de bienestar su maltratado organismo.

Sugestionado por los deseos de lanzarse toda aquella agua sobre su sofocado cuerpo, el Mosque dibujó en su mente los detalles del baño de su casa: pequeño, estrecho, de paredes de ladrillos desnudos y semiataviadas de mosaicos abigarrados por la humedad y las partículas de sal del agua; pero fresco, agradable, más aún cuando, en el momento del baño, daba la casualidad que llovía afuera y una humedad tonificante penetraba por la única y pequeña ventanilla.

Pero sus remembranzas se vieron borrascosamente interrumpidas por la irrupción de varios policías que aparecieron de la nada, Jaime, ni los vi venir, y el Mosque escuchó detrás una voz conocida que graznaba: ése, ése es el ladrón. Jaime, era la vieja bruja de la casa de al lado.

Lo demás sucedió rápida y atropelladamente sin darle tiempo a reflexionar: fue conducido a la calle y lanzado a una patrulla en medio de los comentarios de varios vecinos que se habían congregado frente a la casa; y allí, por encima de todas las voces, escuchó el graznido de la anciana, autotitulándose héroe, captora del delincuente, del lumpen, del ratero y demás epítetos ofensivos, y también salvadora de las pertenencias de la familia Menéndez-Montes de Oca, propietarios de la casona.

Al llegar a la estación, el Mosque se dio cuenta que había regresado a la misma zahúrda donde fue liberado milagrosamente después de aquel humillante interrogatorio.

El comentario que oyera en el trayecto, en boca de uno de los policías que lo habían detenido, cobró significado para él, primo, recuerdo que había dicho: éste debe ser el que nos advirtió Montoya, vamos a llevarlo a la 5ta. El Mosque, ante tal revelación, comenzó a prepararse física y psicológicamente para otro interrogatorio.

La pelúa, cará, dijo el orangután songomayense en cuanto le plantaron delante al Mosque. A su lado estaba el policía de los files desplegando una sonrisa siniestra en el rostro cuidadosamente afeitado. Los policías que lo habían traído se despidieron con un rápido gesto y desaparecieron. El Mosque pudo escuchar el

ruido del motor de la patrulla cuando se alejaba, y de momento se sintió desamparado, ansioso, completamente a merced de aquellos dos sicarios que no le querían nada bien.

—Eso si es mala suerte —interrumpe Jaime—, volver a caer en las manos de los mismos tipos.

—Ahora si estas jodi'o —dijo el orangután palmeándole la nuca—, allanamiento de morada y todo.

—Diez años por lo menos—añadió el otro.

En la carpeta de la unidad le quitaron las pertenencias y los cordones de las botas.

Todo fue guardado en un sobre amarillo y sus datos reflejados en una laberíntica planilla. El Mosque recordó entonces, al ver de nuevo el latón de basura que se hallaba al lado de la carpeta, el momento desagradable en que el orangután le rompió la foto de Quiet Riot y arrojó allí los pedazos.

—Pensaba en la posibilidad de que todavía estuvieran los pedazos —le dijo a Jaime.

—Directo pa' los calabozos—dijo el orangután. El Mosque se sintió algo aliviado: por lo menos no lo iban a interrogar.

—Yo no sabía que los calabozos de las unidades de aquí de la Habana estaban bajo tierra.

—¿En serio? —responde Jaime—. Yo tampoco lo sabía, hasta ahora que me lo dices.

—Yo pensaba que esa unidad era la única, pero años después me dijo un socio de aquí, de la Habana, que en todas eran iguales.

El Mosque fue conducido por varios pasillos y más de dos veces tuvo que descender por cortos escalones. Le dio la sensación de que se dirigía a un sótano, o a un pasadizo secreto, y no pudo evitar sentir temor ante la inminencia de una experiencia desconocida, y de seguro desagradable.

Frente a una reja fue entregado a un policía de reluciente uniforme y músculos tensos. Más allá de las rejas se podía atisbar un amplio pasillo encandilado por

numerosas lámparas fluorescentes; y a ambos lados, las bocas negras de los calabozos fuertemente enrejados, de donde sobresalían algunos rostros.

Cuando descendió hacía aquel recinto, acompañado del fornido policía, pudo ver de cerca el rostro de algunos prisioneros, torvos la mayoría, diáfanos y serenos algunos, pero en la oscuridad de los calabozos se escondía el grueso de la amplia galería delincencial compilada en disímiles operativos.

El Mosque caminaba a pasos cortos. Estaba siendo acechado por las miradas auscultadoras de los prisioneros: Algunos con cicatrices—uno de ellos poseía la terrible huella de un navajazo surcando un lado del rostro, desde la frente, pasando por el párpado caído del ojo, hasta la mejilla—, la mayoría de sólida y amenazante complexión física en preponderante contraste con la escualidez suya.

Pero, por suerte para mí, fui encerrado en un calabozo que albergaba a un solo prisionero, qué alivio primo, ya me veía rodeado de matarifes. ¿Qué cómo era el tipo? Qué tú crees: no podría ser de otra manera. Si vi allí a más de dos blancos fue mucho... Y bueno, el tipo era alto, altísimo, delgado pero de músculos definidos, y tenía el cráneo afeitado...

El Mosque lanzó una rápida ojeada al pantalón rasgado hasta la rodilla, única prenda de vestir que poseía aquel personaje: me lo rompí saltando una cerca cuando me sorprendió la fiana, le confesó el negro dos días después.

—Era el famoso puñalero que decía el policía —añade el Mosque—, pero no asesino de gente, sino de vacas, el tipo era un matarife, lo habían cogido con las manos en la masa.

Alexis se sentía confiado. A pesar de la indigente figura, aquel prisionero irradiaba confianza. Tras aquel rostro de fuertes rasgos se atisbaba un aura positiva, inexistente en los demás prisioneros.

—Vaya, Ninja—dijo una voz desde otra celda—, carne fresca.

El negro lanzó una rápida y ambigua mirada hacia el Mosque: no les hagas caso, le dijo y se volvió hacia la reja, se apoyó en ella: guardia, dijo sacando un brazo por fuera de la reja, guardia, volvió a decir, esta vez en un tono más alto, guardia, ven acá un momentico.

—¿Tienes fuego?—le dijo al policía cuando éste se acercó a la reja.

El policía buscó en sus bolsillos y extrajo una resplandeciente fosforera: hoy te toca el autoservicio, dijo mientras le daba fuego al prisionero.

—Sí, no se me ha olvidado —respondió el negro luego de aspirar una bocanada de humo.

En cuanto el policía se hubo retirado el negro se sentó en el suelo y comenzó a fumar, abstrayéndose en su adicción como si se hallara solo en el universo. El Mosque supuso que por unos minutos podría bajar la guardia y comenzó a fijarse en los detalles de aquel calabozo: la nulidad de ventanas, la burda y tosca corteza de cemento de las paredes, las literas de concreto, un orificio en el suelo —¿eso es para orinar? No lo puedo creer—, un marco de hierro en la pared del fondo con unas ventanillas del mismo metal, inclinadas a 60 grados y completamente soldadas al marco. Del interior de aquella reja provenía un sonido cíclico y acompasado. Era un especie de ventilador o extractor, qué se yo, primo, algo de eso. El Mosque se acercó a la reja, un aliento fresco le lamió el rostro, pero, al alejarse, el caldo etéreo del calabozo volvió a rodearlo. El sudor ya le amolchaba la piel pero no se atrevía a quitarse el pulóver, temía hacer explícita su lastimera complexión física y llamar la atención, despertar deseos sodomitas en algún prisionero de aquel lugar.

—Qué pendejo tú eres, Alexito—dice Jaime—, la cosa no era para tanto.

—Tú eres friqui, ¿no?—dijo el negro de pronto.

—Se ve que no eras tú el que estabas encerrado allí, ya quisiera verte en esa misma situación.

El Mosque se volvió rápidamente, el corazón le saltaba en el pecho, pero se sintió más tranquilo cuando vio que su interlocutor le había hecho la pregunta con aire distraído. En ese momento el negro miraba hacia el pasillo y aspiraba humo del cigarro.

—No me vayas a decir que no, que a la legua se te ve que eres friqui —añadió el negro sin mirarlo.

—Una vez yo estuve en un calabozo pero estaba tan borracho que ni me di por enterado—Jaime sonríe—; cuando el puro me fue a sacar de la unidad todavía yo estaba en nota.

—Por fin, ¿eres friqui o no?—reiteró el negro.

El Mosque no sabía qué responder en aquel momento. ¿Y si los friquis no eran bien mirados aquí adentro?, pensó, ¿y si a éste tipo no le caen bien los friquis o tuvo problemas con alguno y se la desquita conmigo? ¿Y si es bugarrón y se piensa que uno por friqui es maricón y después me quiere pasar la cuenta?

—S... sí —respondió el Mosque con voz trémula—, yo soy friqui.

—¿De los pelús esos que van al Yara?

—Más o menos. Yo he estado en el Yara unas cuantas veces pero no soy de esa gente. Es que yo no soy de aquí, de la Habana.

¿Habré cometido un error?, se dijo. Dedujo que tal vez el haber revelado aquello le traería al negro ideas nada buenas para envolverlo en alguna madeja en el momento menos esperado, primo, para cogerme para esa, tú sabes que aquí, en la Habana, la gente piensa que los orientales somos mongólicos.

—¿Ah, sí; así que no eres de aquí? ¿Y de dónde eres, entonces?

—Aquí podrán decir que los orientales son guajiros, pero no mongólicos, como los pinareños.

—Ná, yo soy de Holguín.

—¡Ah, oriental, caramba, qué lejos has venido a parar!

El negro le dio una última chupada al cigarro y se levantó. El Mosque se sintió intimidado cuando vio la estatura real del negro. El solo pensamiento de saberse encerrado entre aquellas cuatro paredes con aquel delincuente, cuyo historial desconocía, le hizo sentir una oleada de pánico. Y no era para menos, Jaime, una bronca con ese tipo en aquel lugar hubiera sido del carajo, allí no había por dónde salir.

—Bueno, oriental —dijo el negro acercándose a él—, ya que tenemos que estar juntos aquí obliga'os, mejor nos conocemos ya.

—No me digas más nada —dice Jaime sonriendo—, ahí mismo te cagaste de miedo.

—Yo soy el Ninja —dijo, extendiendo una zarpa huesuda hacia el Mosque—. ¿Y tú?

—A mí me dicen el Mosque—el apodo me hacía sentir en onda con el ambiente, Jaime, por eso se lo dije.

—El Mosque —repitió el Ninja, como memorizándolo—. ¿Y por qué te trajeron aquí, Mosque, qué hiciste?

—Nada—le respondí—, es que se me ocurrió meterme en una casa ahí y...

—Robo con fuerza—interrumpió el Ninja—, son como quince años.

—No, no, yo no llegué a robar nada en aquella casa —el Mosque sudaba a gotas frías—, solo entré por un pasillo y me puse a tomar agua de un tanque que había en el patio.

El Ninja sonrió a medias. Su mirada se clavó en el rostro del Mosque, como calculándome, primo.

—Conmigo no hay talla, friqui —dijo—, me puedes decir la verdad, yo no te voy a chivatear.

—No, no, chico, en serio —respondió el Mosque con inusitada voz de castrato—, te estoy diciendo la verdad, es que tenía una sed tremenda, por eso me empiné del tanque, es que me había tomado unos pacos y...

—¿Pacos?—interrumpió el Ninja—. Pastillero el friqui, qué bien.

El Mosque se sintió molesto. Aquel tipo se estaba tomando demasiada confianza, primo.

—¿Y tú? ¿Nunca le has dado a los pacos?—le dije, para intimar.

—Ná, eso es de jeva—respondió el Ninja. El Mosque quedó sorprendido: ¿Me dijo jeva?, pensó.

Pero a pesar de aquella ofensa había decidido hacer lo posible y lo imposible por evitar una confrontación en aquel lugar, y menos con aquel negro con quien tendría pocas posibilidades de ganar. Respiró profundo, llenándose de oxígeno y

paciencia y se echó sobre unas de las literas de concreto. No pretendía seguir con aquella conversación.

Por suerte para él, el Ninja no le prestó más atención. Tal vez el tipo se dio cuenta que yo le había cogido miedo, Jaime, y ya me estaba calculando. A esa gente no se le puede mostrar miedo, dice Jaime. O tal vez estaba dejando que alguna idea macabra se fuese cociendo lentamente en su cabeza de delincuente, ¿no, Alexis Carralero? ¿Puede ser eso que estás pensando o solo te estás dejando envolver por el pesimismo y el miedo?

Y así, envuelto en extraños pensamientos, el Mosque se dejó llevar por una imprevista somnolencia. Lentamente, a pesar de los esfuerzos por mantenerse en estado de vigilia, alentado por el temor a ser atacado y violado en aquella celda, se fue durmiendo, arrojado en medio de visiones de negros abismos ocasionalmente trasgredidos por calidoscópicas remembranzas. Su cuerpo ya comenzaba a sentir la erosión de varios días de ininterrumpido bregar, sin dormir ni alimentarse. La salvaguarda del parquisonil, la coraza de insensibilidad, la fuente de hiperactividad que movía su cuerpo lo estaba abandonando; por eso fue imposible despertarlo al otro día, a la hora del desayuno. El Ninja, cansado de zarandear el cuerpo inerte del Mosque sin poder hacerle reaccionar, fue hacia la reja y echó una mirada al pasillo. En un extremo vio la silueta de un policía quien, junto a dos más, se estaba haciendo cargo de custodiar la caravana de prisioneros de la celda contigua que se dirigían al comedor. ¡Guardia, guardia!, gritó el Ninja, ¡guardia, ven acá un momento!, y lanzó una mirada en dirección al Mosque: le preocupaba el pálido semblante de aquel muchacho de cabellos largos, ensortijados por la suciedad, que yacía como un muñeco sin vida en una de las literas.

Qué te pasa, dijo el policía al llegar a la reja del calabozo. El friqui que trajeron aquí, respondió el Ninja, pa' mí que le pasa algo, está más blanco que un papel y no se despierta con nada. El policía intentó echar una ojeada, pero no pudo ver nada del interior de aquella cueva oscura. En segundos había abierto el candado, la reja, y ya estaba al lado del Mosque. ¡Oye, pelúa, oye!, lo sacudió, agarrándolo

por el pulóver, ¡oye, oye, despierta!, vociferó soltándole dos formidables cachetadas, ¡despierta, friqui! Pero al ver la imposibilidad de despertarlo con sus gritos y golpes optó por blandir el bastón de goma que le colgaba del cinto. ¡Despierta, coño!, gritó, propinándole un contundente golpe en el muslo. El Mosque abrió los ojos. No te despiertes para que tú veas, concluyó el policía antes de darle la espalda. El Ninja, visiblemente aliviado, se acercó al Mosque: yo pensaba que te pasaba algo, friqui, le dijo, pero el Mosque no le contestó. Callado, aunque adolorido, hacía esfuerzos por disipar el dolor sobándose el lugar donde había recibido el golpe. Apúrate, añadió el Ninja, que ahora le toca el desayuno a esta celda.

Y en ese preciso momento, cuando el Mosque cayó en cuenta que se hallaba de veras confinado en un sórdido calabozo, comprendió que no había vivido un sueño, que las imágenes de la discusión con la anciana, la incursión en el patio de aquella casa, la detención, el efímero interrogatorio, el pasillo, los torvos semblantes, la reclusión junto al Ninja en aquella zahúrda, ahora real, corpórea, mucho más desagradable sin el velo de euforia y arrojo propiciado por los alucinógenos, pertenecían a una realidad objetiva, y le parecía inverosímil que se hubiera atrevido a hacer todo lo que el Ninja comenzó a recordarle. ¿En una casa?, exclamó, ¿entré en una casa, así, sin más?, la sorpresa figurada en su rostro. Sí, Alexis Carralero, nada de eso había sido un sueño. Y todo eso es, aunque no hayas robado nada, allanamiento de morada, diez años por lo menos, concluyó el Ninja. En la mente del Mosque se dibujaron escenas de aquella serie policíaca que transmitían los domingos por la televisión y donde un agente encubierto pasaba por las penurias de la cárcel para poder resolver un caso. El recuerdo de crueles personajes, sicarios de prisión, puñaleros a sangre fría y violadores reflejados en aquella serie hicieron crecer en él un temor inconmensurable. Quería que se lo tragara la tierra, morirse, ahorcarse; sí, ahorcarse, prefería ahorcarse antes de ser maniatado en la cárcel y convertido en la puta de cualquier camaján que lo arrastraría a la esclavitud y la ignominia, marcándolo para siempre como un pendejo, un maricón de presidio: fámulo,

deshonorable; una maloliente caverna pringada de cuanta simiente fuera expelida en territorio penitenciario. Y así, bajo la hipnosis de aquellas lúgubres cavilaciones, echó a andar el Mosque, guiado por el Ninja, en dirección al comedor.

XV

—¿De cine, Alexito; guionista de cine?

Jaime me observa con su característica expresión de asombro casi infantil, entre divertido e incrédulo. Tati me mira y esboza una sonrisa que se esfuma de inmediato. Tía Victoria me observa con detenimiento. Me llevo a la boca una cucharada de arroz y comienzo a masticar. Recorro la vista por el rostro de ellos, trago el bocado. Jaime sonrío y hace un gesto de negación con la cabeza.

—Sí, es eso mismo, un curso de guion de cine —reafirmo ante las miradas ambiguas de Jaime y Tatiana—. ¿Tiene algo de malo?

—No, no, nada—responde Tatiana—; pero, ¿tú no habías pasado ya un curso de eso?

—Aquello fue otra cosa, un taller literario —respondo—, es parecido, pero no es igual.

En cuanto puse en pie en el apartamento de tía Victoria percibí que muchas cosas habían cambiado desde la última vez que estuve aquí de visita. Los muebles de la sala han sido sustituidos por mullidos butacones y un elegante sofá. El televisor ruso, borrado del mapa, y en su lugar yace, solemne, un televisor Sanyo de 29 pulgadas que ahora está encendido y sintonizado con el noticiero del mediodía. Las paredes de todo el apartamento han sido pintadas de vinyl verde claro. Una mesita nueva, de madera pulimentada, es ahora dueña y señora del centro de la sala.

—Te vas a volver loco con tantos cursos—me dice Tatiana.

—Ya él está loco—afirma Jaime. Tía Victoria sonrío.

La vieja mesa de madera de la cocina-comedor también fue sustituida, ahora su lugar lo ocupa una moderna mesa de cristal y tubos metálicos. En la estancia ha sobrevivido el viejo horno de gas licuado y un antediluviano viandero construido de varillas de hierro.

—Hay que aprovechar lo que venga—comento—, si aparece un curso, como si es de cosmonauta, pues a pasarlo.

—Tú lo que eres tremendo falso —dice tía Victoria—. Cuando venías a la Habana por lo del curso ese de... de...

—El taller literario—le completo.

—Eso mismo, qué se yo cómo se llama. Viniste como tres veces y solo estuviste aquí, en la casa, una sola vez.

—Casi no tenía tiempo para hacer visitas —respondo—, las clases eran el día completo, de mañana y tarde; solo tenía libre la noche.

—¿Y estuviste aquí en la casa?—salta Jaime—, caramba, ¿dónde estaba yo ese día que no te vi? Porque hacía ya una pila que no te veía, primo.

Mis primos han cambiado también. Al morir mi tío, ellos se fueron emancipando paulatinamente y las transformaciones comenzaron a operarse primero en el físico, luego en la personalidad de ambos. Ya no lucen aquellos peinados y cortes de cabellos aniñados, con cerquillos cubriendo sus frentes. Ahora Jaime está casi pelado al cero y Tatiana luce un moderno peinado, habiendo sacrificado su larga cabellera; se había cambiado también el color natural de sus cabellos por un tinte caoba.

—Me parece mentira que te hayas hecho abogado —dice Tatiana—, tan loco que eras, Alexito.

—No te creas, todavía está loco—interfiere Jaime.

—Hizo bien —dice tía Victoria—, aprovechó las oportunidades que ahora se están dando con eso de la universalización. Tú deberías tomar ejemplo de eso —dirigiéndose a Jaime—, estás perdiendo el tiempo.

—¿Yo, perdiendo el tiempo?—Jaime suelta el cubierto—. ¿Entonces tú crees que tirar pasaje es perder el tiempo?—se dirige a mí—. ¡Me estoy buscando tremendo baro!

¿Tú crees que eso es perder el tiempo, Alexito?

No respondo. Tatiana se levanta de la silla. Algo de las noticias, que llegan a nuestros oídos, le ha llamado la atención. Se dirige a la sala.

—Deberías, sí, hacer otra cosa con tu tiempo libre.

—¡Que tiempo libre de qué si me paso el día tirando pasajes!

—¿Sí, y cuando te pones a jugar dominó con los socios tuyos, eh, ahí te acuerdas de los pasajes?

—¿Y qué quieres, que me ponga a estudiar en el poco tiempo libre que tengo?

—Claro que sí.

—¡Pero si yo me gradué de informática hace dos años! ¿Para qué voy a seguir estudiando?

—Es verdad —interfiero—. ¿Para qué va a seguir estudiando si ya tiene un título?

—Estudiar nunca está de más—responde tía Victoria.

—Sí, pero es que tener un título de informática es un batazo —respondo—, ¿para qué seguir estudiando después de eso? Yo no sé cómo Jaime no está trabajando en una Corporación o algo así.

—Es que a este cabeza hueca le gusta más manejar, y los camiones y las máquinas —responde tía Victoria—; desde niño siempre le gustó manejar más que cualquier otra cosa.

—¿Y te da mucho billete eso de tirar pasaje?—le pregunto a Jaime.

—¿Que si me da billetes?

El auto también ha cambiado. Cuando tío vivía, la tapicería de los asientos y del interior era la original y en la cabina no existía adorno alguno. Ahora todo está vestido de material negro y los asientos están más cómodos, mucho más mullidos que antes, según recuerdo. El color de la carrocería ha sido sustituido por una tonalidad más fuerte y de brillo metálico.

—¡Claro que me da billetes, primo! —Jaime se exalta—. ¡Un baro largo!

—Está de madre eso—dice Tatiana, apareciendo de repente.

—¿Qué cosa?—pregunta tía Victoria.

—Qué va a ser, eso que está pasando en Irán.

Me percató que Tatiana tiene un celular prendido del borde del short. Ella también conduce tan bien como su hermano. La última vez que estuvo en Holguín se apareció en un flamante Hyundai de alquiler, rentado para ella por un novio mexicano, según me dijo alguien que no recuerdo, y lo único que lamenté en aquella ocasión es que ella hubiera pasado por casa de tía Omara, en Pueblo Nuevo y no por la mía. ¿Te quedaba tan lejos la Salida de San Andrés, Tatiana, o simplemente no querías que el hermano de tu fallecido padre viera los resultados de tus relaciones con extranjeros? Que boba eres, prima.

—Ahora mismo dijeron por el noticiero que los yumas lanzaron un misil y que cayó por equivocación en una escuela de Teherán —prosigue Tatiana—. No quedó nadie. Hubo más de cien niños muertos y no sé cuántos maestros.

—Qué hijos de su madre —masculla tía Victoria. Jaime mastica en silencio sin dejar de mirar a su hermana.

—Y dicen por ahí que nosotros somos los próximos en la lista—comento.

—¡Déjalos que vengan! —tía Victoria se enardece— ¡Aquí sí que se van a tragar un cable!

De improviso el celular de Tatiana comienza a sonar. Ella lo toma, oprime un botón.

—¡Aquí sí que nadie va a esperar que los maten de mansitos! —tía Victoria prosigue—. ¡Aquí nadie va a aceptar que destruyan así de fácil todo lo que ha hecho la Revolución!

—Dime—dice Tatiana.

—Mami ¿qué tú sabes de una guerra? —dice Jaime—. ¿Tú crees que eso es así como tú dices? ¿Tú no sabes que si bombardean no vamos a poder hacer otra cosa que escondernos hasta que pase todo?

—Anjá, sí —dice Tatiana.

—Pero... no es fácil, tú, ver cómo destruyen tu casa y todo lo que ha hecho la Revolución con tremendo esfuerzo y quedarse así, pasmado.

—Eso a mí no me importa—dice Tatiana—, a ti a lo mejor sí, pero a mí no.

—Pues así mismo va a ser —dice Jaime—. Primero van a lanzar bombas y más bombas a todas las ciudades, las bases militares y las fábricas, y después, cuando ya todo esté destruido, mandan a la infantería.

—No. No hay pro... no, chico, no hay problemas con eso, ya te lo dije —dice Tatiana—. Sí, sí, ahora mismo voy.

—Pues que vengan —tía Victoria enrojece de ira—. Que vengan que aquí los vamos a recibir como se lo merecen.

Jaime la mira incrédulo. Tatiana apaga el celular y se lo vuelve a colgar del short.

—Pues mira, mejor que no vengan —contesta Jaime—, que ni Dios lo quiera.

Tatiana se retira a su cuarto. Tía Victoria la sigue con la mirada.

—¿Ya te vas?—le vocea.

Bebo un poco de agua para bajar el bocado, trato de acomodar otra ración de comida en el tenedor. Tal vez por el hambre que me ha dado la travesía en tren el picadillo con arroz blanco me sabe a gloria. El sueño que tenía al llegar ha desaparecido, aunque todavía tengo intenciones de echarme un rato en la cama para descansar. El sueño ya vendrá después.

—Tatiana, ¿no vas a terminar de almorzar?—tía Victoria vuelve a vocear.

—No, mami —contesta Tatiana desde el cuarto.

—¿Otra vez?—tía Victoria suelta los cubiertos con rabia— ¡Hasta cuándo vas a seguir haciendo lo mismo!

—Nada más que la llama el yuma y ella deja lo que está haciendo para salir disparada a encontrarse con él —dice Jaime.

Tatiana aparece, se ha cambiado el pulóver y el short por una mini falda y una blusa elastizada. En la diestra trae una cartera.

—Te oí, ¿oíste? So comemierda—le propina un pescozón a Jaime.

—Y tú jinetera.

—¡Está bueno ya! —tía Victoria se levanta de la mesa.

—¡Estúpido, anormal! —Tatiana trata de acertarle un golpe a Jaime en la cabeza.

—Putá—contesta él.

—¡Está bueno ya los dos! —tía Victoria da un puñetazo en la mesa—. ¡Cómo se van a estar diciendo esas cosas delante de Alexito, qué va a pensar él!

—No va a pensar nada, si él está más loco que to' nosotros—contesta Jaime.

—Mejor ni me metas en eso—le digo.

—Me voy —dice Tatiana—, me importa un carajo lo que diga éste estúpido —señala a Jaime.

Tía Victoria se vuelve a sentar a la mesa, mira el plato con desgano, lo empuja lejos de sí: ya perdí el apetito, dice.

—Qué pena contigo —me dice a mí—, cualquiera que oye a este cabeza de chorlito —señala a Jaime—piensa que Tatiana es una bandida, una jinetera de esas que se venden por ahí.

—No te preocupes por eso, tía.

—Todos saben que Tati nunca ha andado por ahí persiguiendo extranjeros, ni ofreciéndose como si fuera una cualquiera. Todos saben que ellos dos se conocieron en una fiesta y que se enamoraron sin interés ninguno.

—Sí, claro—interfiere Jaime—, se conocieron en la fiesta de una jinetera.

—De la hija de una vecina —especifica tía Victoria—; de una de las mejores vecinas que tenemos, amiga de la familia. Su hija andará en malos pasos pero no se puede negar que es una persona muy humana, agradable; acuérdate lo que ella hizo una vez por ti.

—Sí, lo hizo porque estaba puesta pa' mí.

—Tan lindo que te crees. A lo mejor tú sí la hubieras podido encaminar, pero, ¿Qué más se puede esperar de ti? Siempre has sido un cabeza hueca, milagro terminaste la carrera.

La situación comienza a divertirme. En mi plato, la comida se enfría lentamente.

—Porque papi me obligó; él sabía que a mí la informática nunca me gustó.

—Sí, claro —tía Victoria gesticula exageradamente—, yo sé que lo que a ti te gusta es el bisne, la ilegalidad.

—Tengo patente.

—Sí, pero ya me enteré que te dedicas a otras cosas con el carro.

—¿Y qué? —Jaime gesticula también—. Bastante que te gusta el dinerito que traigo a la casa.

—Tú estás salvado porque tu padre ya no está aquí. Él te hubiera puesto en cintura, no hubiera permitido que su hijo no llevara una vida acorde a los principios revolucionarios.

—¿Sí?—Jaime se iracunda—. ¡Mi hermana es jinetera y ahora resulta que la oveja negra de la casa soy yo!

—¡Tú hermana no es ninguna jinetera!

—¡Ah, chica! ¡Está bueno ya, vete pal carajo!

Tía Victoria enmudece de ira. Jaime observa, desconfiado, la mano de ella que comienza a crispase sobre la mesa.

—Y atrévete a hacerme algo—le advierte.

Se hace un silencio embarazoso, sobrecogedor. Aprovecho para tratar de aflojar las tensiones.

—¿Y a ti qué te hace pensar que estoy loco?—le pregunto a Jaime.

—¿Y quieres más?—me contesta, suavizando el tono de voz—. Si tú vieras —le dice a tía Victoria—, Alexito me contó, cuando veníamos para acá, lo que le pasó la vez aquella en que se perdió aquí, en la Habana.

—Ni me recuerdes eso —tía Victoria hace un ademán, como tratando de ahuyentar los malos recuerdos—, tremendo susto que pasamos. Un día tu papá llama aquí, alarmado —dice, dirigiéndose a mí—, contándonos que lo había llamado el jefe de brigada del contingente donde tú estabas trabajando y le había dicho que tú te habías perdido, que no aparecías por ninguna parte. Para qué fue aquello; tu papá estaba hecho un loco, pidiéndole ayuda a tu tío para buscarte en todas las unidades de policías y en los hospitales.

—¿En las unidades? Vaya, que ironía—interrumpe Jaime—. Todo parece indicar que la policía no le hizo mucho caso a las denuncias de tío y papi, porque Alexito...

Jaime calla al instante al percibir en mis ojos una mirada de reproche. Tía Victoria nos mira a ambos, como tratando de descifrar el significado de aquellas palabras.

—¿Y dónde estabas tú todo ese tiempo que estuviste perdido? —me dice tía Victoria—, nunca se lo quisiste decir a nadie.

—Alexito andaba con rockeros —miente Jaime por mí, yo hago silencio: su argumento resulta más verosímil que el que yo iba a dar.

—¿Así que andabas por ahí con rockeros? —tía Victoria se levanta de la mesa, comienza a recoger los platos—. Menos mal que dejaste esa vida, porque la dejaste ¿No?

—Sí —contesto.

—Alexito andaba con to' esos rockeros por el Yara, mami —dice Jaime—. ¿Te acuerdas del Yara en aquella época, como se llenaba aquello de gente con el pelo larguísimo?

—Sí, que horrible—contesta tía Victoria.

—Ni te imaginas, mami, las cosas por las que pasó Alexito, él. . .

Jaime enmudece. Se ha dado cuenta de su desliz y me lanza una mirada de disculpa.

—Pero hace tiempo que a tus socios, los rockeros, los botaron de allí —me dice tía Victoria en tono triunfante—. A la policía les dio tremendo trabajo pero al fin los sacaron a todos del Yara.

—Ya Jaime me estuvo contando que la policía hace poco los desalojó para G y Malecón —comento—. La verdad es que nunca van a dejar tranquilos a los rockeros en este país.

—Claro que no los pueden dejar tranquilos—responde tía Victoria desde el fondo de la cocina—, es que ellos se dedican a hacer cada cosa... Hasta aquí llegaron

rumores de la cantidad de barbaridades que hacían los socios tuyos esos en el parque de G.

—Ah, sí —respondo—. Cuando yo estaba pasando el taller literario, aquí en la Habana, los rockeros todavía se estaban reuniendo en G. después, la última vez que vine, en el tercer encuentro, la policía los había desalojado para G y Malecón.

—Acabaste en aquella época, primo, tremendo bombazo que diste con lo de aquel premio, ¿no? —Jaime se arrellana en la silla, despliega una amplia sonrisa—. ¿Te acuerdas, pura? El loco se ganó una astilla en fulas, quién se lo iba a imaginar.

—No me digas pura—respondió tía Victoria.

—En realidad no fue un premio, fue una mención —rectifico.

—¿Qué importa?—Jaime me da una palmada en la espalda—. ¡Lo que importa es que te dieron una pila de fulas!

—Cien dólares.

—¡Coño, y quieres más!

—Cien dólares es mierda, Jaime, a mí se me fue en cuatro porquerías.

—¡Qué importa! —Jaime se levanta de la mesa, camina hacia la cocina, se detiene antes de llegar a ella—Lo que importa es que te dieron cien fulas por un cuentecito de... de...

—Tres páginas.

—¡Tres páginas! ¡Cien fulas por tres paginitas! —Jaime se emociona.

—Sí, pero fueron tres paginitas que dieron un trabajo del carajo—le aclaro.

—Lo que sea —responde Jaime—. Yo lo que sí sé es que es peor pasarse el día tirando pasajes de aquí para allá, o encerrado ocho horas en un centro de trabajo, marcando tarjetas, pero lo tuyo no, eso es sólo pasarse unas horas llenando papeles para después ganarse una astilla en un premio.

—Eso no es así como tú dices ni remotamente. Escribir no es fácil. A veces se te queman los transistores pensando lo que vas a escribir, y ni hablar cuando llega el momento de la corrección del texto, eso sí es una candela.

—Ah, Alexito, lo que sea. Como quieras que lo mires no es lo mismo sudar bajo el sol ni hacer fuerzas que ponerse a llenar papelitos.

—Y reescribir lo que has hecho en esos papelitos una y otra vez, y revisarlo y volverlo a pasar a máquina y volverlo a revisar y volver a pasar a máquina para que al final te des cuenta que lo que has hecho es una mierda.

—¿Mierda y te dieron cien dólares?

—Sí, pero es una vez cada mil años. Hace rato que no me gano ni un quilo.

Ahora, a tratar de echar un sueñecito, Alexis Carralero. Por fin ya estás en la Habana, casi al final del plan maestro por el que has tenido que pasar tantos malos ratos.

Dentro de poco vas a comenzar una nueva vida, lejos de toda la mierda en la que has estado hundido todos estos años; del mundejo rockero, del Gena, de... en fin, para qué seguir recordando el pasado.

—Dicen que los rockeros no se bañan —me dice tía Victoria—, y que se fajan a escupidas.

—Eso es lo que todo el mundo piensa—le contesto.

—Por algo será —tía Victoria se encoge de hombros—, quién sabe. A mí me comentaron unas cuantas cosas sobre los rockeros del parque G. dicen que allí estaba la droga que daba al pecho y que ellos acabaron con los bustos de los Presidentes, también que se estaban meando en el césped.

—Más que eso —le digo—, yo leí un artículo en una revista... o sea, un fanzine, que es algo así como una revista clandestina que hace la gente con computadoras o una fotocopidora... en fin, ahí leí que esa gente hasta templaban en la hierba. En esa revista salían hasta fotos, na' de muelas.

—No lo puedo creer, qué desparpajo.

—No por gusto los botaron de allí —dice Jaime, saliendo del baño—, después, cuando la policía los botaron de G y Malecón, les dio por dañar el monumento a Calixto García, y hasta formaron broncas.

—¿Sí, estás seguro de eso?—interfiero—. Los rockeros son medios locos pero no bronqueros. Yo te aseguro que en un concierto de salsa hay más broncas y escándalos que en uno de Rock.

—Qué va. Hace unos años se hizo un concierto de esos aquí, en Alamar y se formó tremenda pelotera—dice tía Victoria—, todavía hay gente que se acuerda de eso, fue un acontecimiento sonado.

—Pero el único —respondo sin poder ocultar mi enojo—. Resulta que por una cosa mala que ocurra en el ambiente rockero todo el mundo paga y esa condena dura toda la vida; igual que eso de las escupidas o de que no se bañan. Los rockeros, al principio, comenzaron a hacer esas cosas, sí, pero ya por eso ahora a todos nos... los miden con la misma vara, y la cosa ya ha cambiado mucho, yo conozco muchos rockeros que son médicos e ingenieros y visten mejores que tú y yo... ah, y se bañan.

—¿Que se visten mejores que uno? Lo dudo. La única ropa que le he visto a esa gente son pulóveres oscuros llenos de calaveras y huesos y bichos feos.

—Esos pulóveres de calaveras valen como quince o veinte fulas.

Jaime hace un rictus de incredulidad, luego su rostro adquiere una expresión de conformidad, toma las llaves del auto y las guarda en su bolsillo, vuelve a entrar al baño.

Desde mi posición logro ver que se ha parado frente al espejo y se ausculta los detalles del rostro.

—Voy a dormir un poco—digo.

—Claro —contesta tía Victoria—, si es que debes estar cansado del viaje. Tírate ahí, en el cuarto de Jaime, en la camita chiquita, esa es la tuya.

Siempre ha habido dos camas en el cuarto de Jaime, donde siempre duermo cuando vengo aquí de visita. Nada ha cambiado en aquella estancia, contrario a lo que ha ocurrido en las restantes habitaciones del apartamento. El cuarto de Jaime siempre ha sido de un conjunto convencional, nulo en adornos y parco en mobiliario. Nada de afiches en la pared ni mesitas de noche, ni lámparas, ni

cuadros, ni libros. Nada. Las evidencias indican que Jaime posee una única pasión: manejar.

Pongo, casi lanzo, la mochila en el suelo, al lado de la camita donde siempre duermo. Me quito los zapatos y las medias y me arrojo sobre el mullido colchón, convertido en una nube esponjosa del reino celestial gracias al bastidor, bendito sea. El cansancio se hace sentir aún más cuando mi cuerpo se halla en reposo y los músculos comienzan a relajarse y la sangre a espesarse en las venas. El amodorramiento va empañando mi vista y adormeciendo mis sentidos.

—Alexito —dice Jaime al entrar al cuarto—, cuándo vamos a dar una vuelta por ahí, ¿ésta noche?—se asoma a la ventana, afuera se escucha una discusión.

—No, esta noche no —contesto—. Hoy estoy muy cansado. Mañana sí, para el mediodía quiero que me lleves al Vedado. ¿Mañana vas a venir a almorzar?

—Bueno—Jaime se planta ante mí—, yo no pensaba venir mañana a almorzar, iba a comer cualquier bobería por ahí, no sé, una pizza, tal vez un plato de espaguetis, aquí lo hacen buenísimo, ya tú sabes, cualquier cosa para no perder tiempo.

—Pero, ¿de todas maneras no tienes que venir a Alamar? ¿Esa no es tu ruta cuando tiras pasaje? Centro Habana—Alamar, ¿no?

—Sí, pero a veces llego aquí y la jama no está lista y tengo que esperar demasiado y pierdo mucho tiempo y esa es la hora pico, cuando más pasaje hay, no puedo darme ese lujo.

—Mañana ven a almorzar —le digo—, yo me voy dentro de dos días y antes quiero dar una vueltecita.

—¿No sería mejor por la noche? —Jaime introduce la mano en uno de los bolsillos, hace tintinear las llaves— ¿No te cuadra más? Damos una vuelta, compramos una botella, buscamos par de niñas y... no sé, nos sentamos en el malecón, lo que tú quieras.

—Pasado mañana es cuando necesito salir de noche para matar un asunto ahí, y tú me vas hacer la media.

—¿Sí? —el rostro de Jaime se ilumina de curiosidad, su voz adquiere un tono cómplice—. ¿En qué locura estás pensando ahora?

—Ya te enterarás. Pero oye—pongo un dedo en mis labios—, eso es entre tú y yo.

—¡Claro! —Jaime se revuelve de euforia—, pero sería bueno que mañana saliéramos también por la noche, ¿para qué quieres coger calle al mediodía?

—¿Se te olvida lo del curso? Tengo que ir.

—¡Ah, sí, claro! —Jaime se da un golpe en la frente—, para eso viniste a la Habana, ¿no?

—Sí —contesto. No puedo evitar que la tristeza envuelva mis palabras—; sí, a eso mismo vine a la Habana.

—¿Y dónde es eso? ¿Dónde por fin te dejo mañana?

Reflexiono un instante. Trato de encontrar una respuesta convincente para que no surja una fisura en mi plan. Todavía no es el momento, Alexis Carralero, ya llegará la oportunidad, pero no puede ser ahora.

—Mañana me dejas en 23 y Malecón, para que no te alejes tanto de Centro Habana—le respondo—. Todavía tu puesto de mando es en el Capitolio, ¿no?

—Sí, pero no importa, te puedo dejar donde tú quieras.

—La matrí... es decir, la entrevista, es en la sede de la asociación Ramón Varona, cerca de... de la estatua del Quijote, o más allá, es que...

—¿Y si llegas tarde? Mejor te dejo allí mismo, donde es la cosa.

—No, no, es que la entrevista es bien tarde, a las cuatro —mi mente comienza a funcionar con celeridad—, lo que pasa es que quiero dar una vuelta por ahí, relajarme, preparar todo lo que voy a decir en la entrevista.

—Descara'o —Jaime sonrío—, tú lo que quieres es darte una vueltecita por el Yara, para recordar los viejos tiempos, ¿no?

—No jodas, Jaime—sonrío ante su ocurrencia—. Se te ha quedado grabado lo que me pasó en el Yara, ¿eh?

—Eres un loco —Jaime hace el ademán de marcharse—, pero te aconsejo que no te pases mucho tiempo cerca del Yara—su sonrisa adquiere malicia—, ahora quienes se reúnen allí son los maricones y los travestis.

No lo puedo creer. A mi mente acuden los últimos recuerdos que tengo del Yara, también de cuando iba al Coppelia a tomar helado, o sí, al mismo cine a ver una película con los dos únicos amigos que hice en el Centro Onelio y entonces me fijaba, lleno de nostalgia, en su fachada tremolante; pero en esos recuerdos no existen vestigios de haber visto aglomeraciones de maricones frente al cine o sus alrededores... salvo los habituales.

—¿Sí? Yo nunca he visto el Yara lleno de maricones ni nada de eso —le digo mientras sigo escudriñando en la memoria—. No, qué va, de haberlos visto...

—Desde hace tiempo se reúnen allí, lo que hay que observar bien, porque parecen jevas de verdad.

Jaime hace silencio, titubea, mira al suelo, levanta la vista, me observa.

—Bueno, loco, ya me voy, nos vemos por la tardecita.

Asiento. Jaime desaparece y yo me quedo reflexionando, asombrado, convencido de repente del magnetismo que posee el cine Yara para atraer grupúsculos marginales a su alrededor. No solo fueron los rockeros y ahora los maricones, sino también esa fauna llamada “guapos”, esa jauría que se camuflaban como camaleones, esperando que algún friqui incauto se alejara de la manada para madurarlo a su gusto. Pero quién lo iba a decir. Ahora el cine Yara es cubil y puesto de mando del gremio homosexual habanero. Todavía recuerdo en los interrogatorios que nos hacían los policías del Vedado, de los abusos verbales a que éramos sometidos cada vez que nos atrapaban. Los muy hijos de su madre nos llenaban de insultos diciéndonos: churrosos, indigentes, desviados ideológicamente, lumpen y, principalmente, maricones, y resulta que ahora sí tienen el cine Yara lleno de maricones de verdad, qué ironía, no puedo dejar de reírme.

¿Qué van a hacer ahora en estos tiempos de emancipación sexual? No pueden hacer con ellos... ellas, lo que hacían en aquellos tiempos con nosotros. ¿No

querían pelúas mariconas, como ellos mismos nos decían, en el cine Yara? Pues ahora cojan tres tazas del mismo caldo.

Pero, reflexionando bien, como quiera que sea, a pesar de que las cosas han cambiado, hay que tener fuerza de voluntad para plantarse en un lugar tan público vestido de mujer, desafiante, escandaloso. ¿Qué puede influir en una persona para que se lance a una vida de incomprensiones, rechazos, humillaciones, problemas y puertas cerradas? Como mismo hiciste tú, Francis de la Flor, pero el doble, porque sí, eras rockero, pero al final salió a relucir que eras otra cosa, que tenías una doble vida, por eso todo el mundo comenzó a rechazarte cuando empezaron a descubrir tus detalles y deslices, tus incursiones por todo Holguín con aquel tipo ambiguo, de complexión fornida, pero de voz aflautada que le valió un mote comiquísimo que solo conocíamos entre nosotros.

Lo que sí nunca comprenderé es la manera en que pasó eso. La forma en que cambiaste a pesar de estar bajo la influencia de nosotros, de Marcos, de mí, del piquete, que nunca tuvimos un gesto extraño ante ti, ni hablábamos de los temas que de seguro a ti te gusta hablar con tu misterioso acompañante. Siempre me preguntaré qué pasó para que fueras cambiando tan lenta pero inexorablemente, sin nosotros darnos cuenta, ¿no Francis?

¿Qué pasó para que te nos fueras así de las manos? ¿Qué pasó contigo, Francis de la Flor?

XVI

El Mosque observó, con una indignación que reptó como un crótalo desde su pecho hasta la sienes, el pálido beso que Francis le daba a aquella rubia. Más allá, en la otra esquina, un grupo de muchachos, contemporáneos a ellos, observaban en silencio.

Veinte minutos después, Francis escapaba hacia el interior de su casa utilizando un argumento inverosímil. Cuando el Mosque y la rubia estuvieron solos, ella, de improviso, clavó sus ojos azul celeste en la figura del Mosque.

—¿Tú no vives en la salida de San Andrés?—preguntó ella.

El Mosque no podía creer que la rubia le había dirigido la palabra. Recordó de golpe el momento en que ella apareció por una calle lateral contoneando su esbelto cuerpo enfundado en un pantalón deportivo y una blusa ceñida al busto, provocando expresiones de asombro y oleadas de lisonjas a lo largo de toda la calle. Al ella llegar, lo saludó con un frío: “Hola” y desvió toda su atención hacia Francis.

—Sí —dijo lacónicamente el Mosque.

Y su intrépida pupila se deslizó, con la premura de un haz luminoso, por aquellos ojos, la boca de curvas perfectas, la piel del cuello, la desembocadura de los pechos y la simetría de éstos, trazados en dos pequeñas circunferencias que se insinuaban bajo la blusa; se atrevió a más y siguió hasta el succulento cráter del ombligo, el sendero de tímidos vellos del vientre al descubierto y la masa compacta y ofensiva que amenazaba con abrir una brecha en el tiro del pantalón deportivo.

—¿Tú sabes que yo te conozco?—prosiguió ella—. Tú vives a orilla de la carretera, allá en la salida. ¿No?

—Sí, cerca de la secundaria.

—Yo vivo más allá, en la cuchilla —ella esbozó una sonrisa, el Mosque sintió un estremecimiento de satisfacción—, en la calle que está detrás de la parada, ¿la conoces?

Una que no está asfaltada.

—Sí, ya sé cuál es—respondió, pero no pudo proseguir, se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo me he fijado en tu casa porque tiene un jardín precioso —ronronea ella, el Mosque estaba hechizado—. Una vez me atreví a pedirle una flor a tu mamá... la mujer que siempre trae puesta una pañoleta es tu mamá, ¿no?—el Mosque le respondió con un movimiento afirmativo—. Ella medio la flor, fue de lo más buena conmigo.

—Oye—el Mosque temblaba como una hoja—, cuando tú quieras puedes ir a mi casa para buscar más flores, en serio.

La rubia observaba cada gesto del Mosque. Se sabía deseada.

—¿No vas para la casa ahora?—no esperó respuesta—. ¿Me puedes llevar?

—Sí, claro; claro que sí —el Mosque no podía ocultar la perturbación—, no hay lío.

Al rato, después que Francis reapareció, y tras unas breves palabras, le volvió a dar a la rubia un beso rasante, esta vez como despedida, el Mosque pedaleaba con un vigor poco común, y no era para menos: la preciosa carga que traía en la parrilla de su crepitante Flying Pigeon avivaba sus hormonas. Un chorro de lava le corría por las venas, impulsado aún más por las suaves manos de uñas esmaltadas que se aferraban a su cintura.

—Necesito que me ayudes—dijo de pronto la rubia.

—Bueno, si está en mis manos. . . —respondió el Mosque, rompiéndose la cabeza tratando de imaginar qué ayuda podía necesitar de él un ejemplar de

hembra como ésta, que con solo chasquear lo dedos era suficiente para que el mundo entero se pusiese a sus pies.

—Necesito que me ayudes con Francis—completó ella.

El Mosque se sintió sorprendido: ¿Con Francis?

—¿Cómo que te ayude con Francis?

—Francis me gusta —contestó ella, y el Mosque tuvo la certeza de haber escuchado un petición imposible de complacer—, pero no he logrado que asuma como yo quiero que lo haga—completó.

—Ahorita estaba asumiendo bastante bien —dijo el Mosque, fingiendo inocencia.

—¿Los besitos aquellos? Tú sabes que eso no es nada. Yo necesito que se atreva a más.

El Mosque no respondió. Trataba de encontrar las palabras adecuadas para que sus argumentos resultaran verosímiles. Lanzó una mirada hacia la fachada del Ateneo deportivo antes de volver a fijar la atención en el tráfico de la carretera.

—A mí me parece que él no quiere llegar a más—dijo de pronto, aumentando de intensidad el movimiento de los pedales.

—¿Tú crees?—en la voz de ella se escuchaba un resquebrajamiento—. Sería una lástima—luego un tono triste—, no comprendo entonces por qué le dio por besarme.

—Paripé—contestó el Mosque—, te usa para taparse.

Ella no contestó. Un silencio denso se hizo entre los dos. Las casas y las calles transversales, que a ambos lados de la carretera se acercaban a ellos, volvían a irse con la misma rapidez.

—¿Entonces, será verdad?—dijo ella, rompiendo el silencio—. ¿Será verdad lo que dicen por ahí de Francis?

—Seguro que le dijiste que sí ¿No?—Richy estudió el rostro del Mosque—, lo de Francis es imposible que nadie se dé cuenta.

—Le di una respuesta un poco difusa—respondió el Mosque con la vista fija en la bebida del vaso plástico—; tú sabes, algo como un sí que parece un no. Es que

no puedo darle seguridad de una cosa de la que yo mismo no sé nada en concreto —levantó el vaso a la altura de los ojos, buscando impurezas en la bebida.

—Pero, asere; todo el mundo sospecha lo de Francis. No hacen falta tantas pruebas para eso. Solo hay que fijarse bien en él.

Richy trató de acomodarse mejor sobre la goma de camión. El Mosque tenía puesta su atención en el bar. Esa noche estaba muy concurrido el Caligari.

—A la rubia la dejé cerca de su casa y le dije que iba a hacer lo posible—el Mosque hizo una pausa—... y de verdad hice lo posible—se dio un trago—, pero al final todo fue peor.

—¿Peor?

—Sí. Le conté a Francis lo que había dicho la rubia, ¿y tú sabes lo que hizo él?

El Mosque observó por un instante el rostro de Richy, transfigurado por la curiosidad.

—La barajó—dijo a quemarropa.

La frase sonó en los oídos de Richy como si fuera el golpe de una lápida sellando una tumba. Aquello lo había tomado por sorpresa.

—Y se quedó loco cuando le dije eso —concluyó el Mosque.

—Cualquiera—dijo Sergio, encogiéndose de hombros. Hizo una pausa reflexiva —, no hay que mirarlo mucho para uno darse cuenta; eso de la ajuntadera con Marlon y la gente esa del fan club de Madonna. . .

—¿Te acuerdas que Marlon comenzó así mismo?—dijo el Mosque.

—Claro que me acuerdo —respondió Sergio—; nos reuníamos allí —señaló a la esquina de la calle con la cabeza—, en el portal de su casa, todas las noches para oír música o F.M, hasta que un día, así de sorpresa, empezó a juntarse con la gente esa del fan club de Madonna y empezó a llevar maricones a la casa.

—Estaban del carajo esos tipos ¿No?—el Mosque sonrió.

—Ni me digas—respondió Sergio. El Mosque siguió con la vista la trayectoria de un auto descapotable que pasó a gran velocidad. En pocos minutos aquel auto había recorrido todo aquel tramo de Morales Lemus y ya estaba en el pare de la

carretera de Gibara—, al principio no nos molestaba tanto porque también venía con ellos la prima esa riquísima de Marlon. ¿Cómo era que se llamaba?

—Rocío—el Pasta sonrió al mencionar el nombre—, por supuesto que la conozco, ella es famosa aquí en Holguín.

—¿Famosa? —el Mosque miró al Pasta, luego a lo largo del banco. El parque Calixto García, a esa hora, estaba repleto de personas— ¿Famosa por qué?

—Porque una vez creyó que podía volar y se lanzó de la segunda planta de la Casa de la Cultura.

El Mosque abrió los ojos desmesuradamente, pero de inmediato compuso la expresión de su rostro. No quería que la gente se diera cuenta.

—¿Y cómo no se mató?

—Ella se partió una pila de huesos pero de ahí más nada, ni siquiera se dio golpes en la cabeza. Pero ¿Qué pinta ella en esta historia?

—Es la prima de un tipo ahí que es mano a mano de Francis, y resulta que el tipo es tremendo manfa.

El Pasta reflexionó un instante pero inmediatamente se puso en guardia, en la esquina del parque aparecieron dos policías.

—¿Sí?—contestó— ¿Pero entonces, qué sigue pintando ella en ésta historia?

—Me invitó a una fiesta del fan club de Madonna que Francis está frecuentando últimamente, y no te imaginas lo que es aquello.

—Ahora sí me interesa el chisme—el Pasta estaba entusiasmado. Sonreía pero con el rabillo del ojo no dejaba de vigilar los movimientos de los policías—. Cuéntame, qué viste allí.

—Tremenda mariconería —el Mosque bajó la vista, no resistía la mirada de Francis—. Yo me senté en la cama del dueño de la casa, un tal Luis Miguel; me senté pegado a Rocío y no dije ni esta boca es mía.

—¿Y viste algo más? —Francis adquirió un tono extraño en la voz, desvió la mirada hacía el parque Calixto García.

—Bueno, no sé— el Mosque indagó en su memoria—; solamente recuerdo aquellos tipos hablando con tremendo plumerío y comentaban sobre no sé

cuántos tipos: que si el modelo de Artex, que si fulano, el bailarín de Co-Danza, que si no sé quién que es locutor de Radio Angulo.

—Yo vi más—dijo Francis con cierto tono cauteloso.

—¿Más?—de pronto el Mosque cayó en cuenta que ellos dos se hallaban solos en aquella azotea de la Casa de la Cultura, sus instintos de conservación se activaron—. ¿Cómo que más?

—No te creo —dijeron casi al unísono Adolfo y Osmel— ¿Se atrevió a contarte eso? Eso es declararse a la cara, asere.

—Y más—contestó el Mosque—. ¿Conocen a ese que viene aquí al Club Atlético, a ensayar con el grupito de teatro? ¿Ese que le dicen Chocolate?

—Sí, ya sé quién es—contestó Osmel.

—Claro—dijo Adolfo—, uno que se le ve el pájaro a la cara.

—Dijo Francis que lo vio allí, en otra fiesta de aquella, clavado hasta el gollete con el tipo ese de Radio Angulo, el del programa, ¿cuál es el nombre? —el Mosque reflexionó—. ¡Ah, ya! La noche del Hit Parade.

—¿Ese?—dijo Osmel— ¡Con la voz de hombrón que tiene!

Adolfo se hallaba pensativo, la mirada perdida en un punto abstracto.

—Lo que yo no comprendo es por qué Francis te contó todo eso —dijo de improviso.

El Mosque reflexionó un instante.

—Yo creo que él quería entrarme— dijo, observando a su alrededor, temeroso de que alguien más lo oyera. Pero solo ellos tres se hallaban en el Club Atlético—.

Estábamos él y yo solos en la azotea de la Casa de la Cultura. Él me estaba hablando sobre no sé qué cosa de una foto a las nubes para hacer un montaje en la computadora del Gena, y de pronto cambió la conversación.

Adolfo y Osmel lo miraban expectantes. El Mosque se dio cuenta que ellos esperaban más información sobre el asunto.

—¿También eso? —la rubia abrió desmesuradamente los ojos, se sentía francamente decepcionada—. ¿Lo de la taewandoka y eso también?

—Pues sí —el Mosque se dio cuenta que ellos dos estaban interrumpiendo el tráfico de personas en la acera. Agarró a la rubia por un brazo y la arrimó al corredor del cine Martí —, eso también.

—¡Pero eso es declararse maricón a la cara! —el rostro de ella se congestionó—
¡Si él estuvo en esa fiesta y vio todo eso es porque él también participó!

—No —contestó el Mosque—, él me dijo que cuando vio todo aquello se fue de allí enseguida.

—¿Y lo de la taewandoka?—preguntó Yanelis, bajando el volumen del equipo de música.

El Mosque se sintió aliviado. Los decibelios de la música lo obligaban a hablar en voz alta.

—Eso fue una noche, en la peña de Rock —se recostó al espaldar de la cama para contarle todo con mayor comodidad—. Estábamos reunidos allí Francis, el Pasta, Cerebro y yo cuando. .

La desconocida se acercó, coqueta y graciosa, y el Mosque lanzó una rápida mirada por todo su cuerpo, como siempre acostumbraba a hacer a todas. No está mal, pensó. Los cabellos de la muchacha caían enrevesadamente sobre los pequeños y redondeados hombros y sus puntas terminaban en los pechos. La cintura, de estrecha talla, acentuaba el arco de las caderas.

Ella había interrumpido la conversación entre ellos, causando turbación. El Pasta reanudó el diálogo.

—¿Y qué pintaba ella allí?—interrogó Yanelis.

De súbito, la muchacha atrapó la mano del Mosque, me hizo un ademán para que la siguiera, ¿qué tú crees de eso? Me llevé tremenda sorpresa. Todos callaron y observaron la acción en silencio con expresión estupefacta y miradas interrogantes que luego se convirtieron en atisbos maliciosos, pero en quién el Mosque se fijó antes de seguir a la muchacha fue en Francis, que tenía una expresión ambigua, imposible de descifrar.

—Yo pensaba que ella estaba puesta pa' mi —prosiguió el Mosque, tratando de vislumbrar algún relámpago de celos en los ojos de Yanelis—, me puse hasta nervioso; yo pensaba que se me iba a declarar o algo.

Pero, minutos después, el Mosque regresaba solo. Ella, después de la conversación, se había insertado en el cúmulo de cabelleras que se contorsionaban y agitaban al ritmo de la música. Todos esperaban que el Mosque acabara de llegar para atosigarlo a preguntas. ¿Qué pasó? —de Cerebro. ¿La pusiste a mamar tras las gradas? —del malicioso del Pasta. ¿Qué quería la fea esa?—de Francis.

—Nada, no sean mal pensados—contestó el Mosque—, fue para otro asunto ahí.

La curiosidad fue sustituida por la indiferencia. La conversación reanudó, pero el Mosque ya no podía concentrarse en los parlamentos de sus amigos, sino en la misión que se le había asignado. Una misión condenada al fracaso.

—¿Misión? ¿Qué misión era esa?—Yanelis se moría de la curiosidad.

En cuanto hubo una oportunidad, el Mosque se acercó a Francis y acercó la boca al oído de él; y a pesar de la poca confianza que tenía en el éxito de la misión encomendada por aquella desconocida, le susurró a Francis: el asunto es contigo, ¿me entiendes? Ella está puesta pa' ti.

Yanelis quedó muda de la sorpresa. El Mosque había hecho una pausa teatral para observar, divertido, la exagerada expresión de ella. Yanelis tardó en pronunciar la próxima pregunta, como si la hubiera elaborado con cuidado.

—¿Y él qué hizo cuando le dijiste eso?

—Asumió el muy inteligente, ¿recuerdas?—el Pasta se sentó al lado del Mosque —. Ahora va a ser difícil acusarlo de algo.

—Hagan silencio por ahí —dijo la acomodadora, alumbrándolos con la linterna— que están molestando a los demás.

—No estés tan seguro —susurró el Mosque. En la pantalla del cine rugía el león de la Metro Goldwing Mayer.

El Mosque, Francis y la desconocida avanzaban por la carretera de Gibara. Ella había agarrado la mano de Francis, quién solo se dignaba a dejarse llevar y escuchar, sumiso o conforme—el Mosque no supo definir—, los comentarios de la muchacha. Al llegar al frente de la casa de Francis la muchacha se arrojó sobre él y lo aplastó contra la pared, llenándolo de besos.

—Y el tipo ni se movía, ni la tocaba. Nada.

El Pasta reflexionó en silencio. El Mosque esperó respuesta en vano.

—Pero eso no es todo —prosiguió el Mosque—, llegó un momento en que Francis la empezó a rechazar.

—A lo mejor eso se explica con la taewandoka esa, porque ella no era fea pero tampoco bonita—respondió Sergio—, pero, ¿y la rubia? Eso sí es imposible de rechazar.

—Francis barajó a la rubia con el pretexto de que ella tenía unos pelitos en el pecho. Decía que estar con una mujer así era como estar con un hombre.

—¿Y de verdad ella tenía pelitos en el pecho?

El chequeo de Emulación transcurría sobriamente, pero el Mosque estaba desesperado, solo quería que acabara de comenzar el desfile. Su corazón dio un vuelco cuando el presidente del grupo anunció lo que tan minuciosamente habían preparado los alumnos del grupo.

Al llegar el momento de la exhibición de los trajes de baños, el Mosque se abrió paso bruscamente y se colocó en primera fila. Muchos lo miraron con perplejidad, otros desafiantes, pero el Mosque no se dio por enterado, solo le interesaba despejar la interrogante que por años le martilló la mente. Estaba seguro que aquella rubia era perfecta, única, y que no tenía ningún defecto que la rebajara de categoría, pero necesitaba las evidencias.

Y cuando ella apareció, deliciosa y escasamente ataviada con un minúsculo hilo dental, provocando exclamaciones, chiflidos y piropos, el Mosque auscultó con mirada de cirujano las delicadas protuberancias que se desbordaban de la escasa tela para tratar de descubrir algún rastro de, aunque fuera, microscópicas y albinas vellosidades en aquella superficie.

—Ni uno solo —casi grita el Mosque. Algunos espectadores clamaron por silencio—, ni un solo maldito pelo. Ella es perfecta.

Pero no está lejos el día en que se descubra todo sobre Francis y él no tenga más remedio que confesar sus secretos, y tomaremos la decisión de alejarlo de nosotros, porque ¿quién ha visto un grupo de Black Metal con un cantante maricón? Yo no sé si los demás me van apoyar, pero el prestigio del grupo es el que está en juego, porque si la gente se entera de que Francis es maricón seguro que nos miden igual a todos nosotros.

—Está bueno ya por hoy —se dijo el Mosque, soltando el lapicero. Releyó varias líneas y asintió levemente con la cabeza—. Sí —dijo, ésta vez en voz alta—, está bien así.

Y de un golpe cerró el diario.

XVII

Jaime tamborilea con los dedos en la mesa: Está impaciente, me observa comer.

Coño, qué lento tú eres, me dice. El mediodía se augura denso, caluroso. Puedo escuchar el ajetreo del exterior: personas, autos, bicicletas: Alamar en pleno movimiento. Me imagino las paradas atestadas de gente; la candonga: hormigueante, con humo huyendo de los puestos de frituras y croquetas; pregones, comentarios, retazos de regateos, escándalo; agua de detergente arrojada al suelo, corriendo en busca de alguna salida, estancándose, hirviendo de burbujas, evaporándose al sol; la basura acumulada, moscas, los inspectores rondando, la mano presta a hundirse en la masa de billetes para rentar el silencio.

—Me avisas cuando termines—dice Jaime, levantándose de la mesa.

El mediodía denso, abrumador. Me pesa levantar el tenedor lleno de comida y tener que lanzar la masa caliente al interior de mi boca. Simplemente hoy es un mal día para caminar la Habana. No estaría de más unos tragos de cerveza, ¿no, Alexis Carralero? ¿Te podrás dar ese gusto? Claro que puedes, traes para eso y mucho más.

Tuviste suerte, mucha suerte, aunque esa suerte te haya costado caro, pero bastante dinero que te pusieron en la mano, ¿no? Así hablas de Francis y a lo mejor tenías un Francis oculto dentro de ti y a lo mejor Francis es un producto de las circunstancias; pero si lo piensas bien tú también eres un producto de las circunstancias. ¿Qué diría tu padre, el regio dirigente del gobierno, ahora senil, tembloroso, pero firme de convicciones, si algún día se entera de todo lo que has hecho para lograr tus propósitos?

No te perdonaría jamás. Eso lo sabes muy bien, Alexis Carralero.

Mañana es el día decisivo de tu vida, maldito suertudo...o no, te equivocas, mañana no es el día decisivo de tu vida, sino cuando cumplas el tiempo del permiso y te vuelvan a proponer lo que te propusieron aquel día. Y cuando llegue el momento, Alexis Carralero, ¿qué vas a responder?

—Me voy a tirar un rato—dice Jaime—, me avisas cuando termines de almorzar.

—No te embulles—respondo—, que ya casi estoy terminando.

Media hora después avanzamos en el auto a través de la Vía Monumental, dejando atrás el reparto Alamar y su promiscuidad de edificios. Jaime está sobrio, sin rasgos de euforia, tan característico en él. Al parecer se siente mal, como también se augura mal el entorno. Hoy no es un buen día para caminar la Habana.

—Alexito —dice de pronto—, ¿para qué quieres pasar un curso de guionista de cine?

Es como si me preguntaran para qué quiero escribir: imaginación, Jaime, desarrollar la imaginación, plasmar en un papel las historias que me pasan por la cabeza: exorcizar los demonios, Jaime, exorcizar los demonios.

—Me hace falta—le contesto—. Un guion de cine no se escribe de la misma forma que un cuento o una novela, tiene sus propias características.

—Sí, pero, ¿por qué precisamente de cine, qué piensas hacer con eso?

Sobrio, verdaderamente sobrio, sin sus acostumbrados parlamentos de: qué locura, primo; estás tosta'o, primo; eres un bárbaro, primo; qué loco eres, primo.

—Es que a mí me encanta el cine, Jaime, soy fan a las películas, por eso me gustaría algún día escribir el guion de una, y que lo filmen y ver mi nombre en los créditos, ¿no?

Lo miro un momento, él corresponde a mi mirada, pero no hace ningún comentario y vuelve a fijar la vista en la carretera. Sin dudas hoy Jaime está verdaderamente sobrio.

—Además—prosigo—, el guion no es lo único que me interesa del cine, también me gusta la dirección, la fotografía, la dirección de actores, en fin, todo. Ojala yo

supiera de todo eso; además, el cine tiene muchas más posibilidades que la literatura.

—¿Tú crees? A mí me parece no, fíjate que hay muchas películas hechas de los libros.

—Sí, eso no se puede negar, unos cuantos directores se han inspirado en novelas para hacer películas, pero las posibilidades que ofrece un audiovisual son mejores —¿estás seguro de lo que dices, Alexis Carralero?—. Bueno, todo es relativo —trato de rectificar—, hay películas que están mejores que la versión del libro y hay libros que no pueden ser superados por un filme.

Jaime ignora a un grupo de personas que le hacen señas desde una parada. No traen billetes en la mano, qué se piensan, se dijo. Cambia de velocidad, maniobra: rutinario, aburrido. Hoy no es un buen día para él.

—Hoy no tengo muchas ganas de pinchar —comenta.

Reflexiono un instante. Una idea aflora en mi mente.

—Qué tú crees si nos damos unos traguitos por ahí —le digo—. Yo pago.

Un brillo se atisba en los ojos de Jaime pero se apaga al instante, hace una expresión de desgano. El sudor rueda por su rostro, se pasa la mano con brusquedad, acciona la palanca de velocidades.

—Qué va, no puedo, hoy necesito hacer unos baros ahí.

Decididamente hoy Jaime no es el mismo de ayer. El entorno, la atmósfera: nada es igual que ayer, o anteayer: simplemente hoy no es un buen día para caminar la Habana.

—¿Seguro?—reitero.

—Sí —me contesta con voz apagada—, los otros días gasté una astilla en una parranda y ahora estoy bruja. Yo tengo algunos pesos en el banco pero esos son intocables, primo, después te digo para qué son.

Jaime extrae del bolsillo del pantalón un pañuelo a rayas, se enjuaga el rostro, coloca el pañuelo encima de la pizarra del auto.

—Bueno, primo, tú me dirás dónde y cuándo te voy a recoger.

—No cojas lucha con eso —le contesto—, si cualquier cosa me llego por el Capitolio y te espero allí, eso si no estás en ese momento. Si me coge muy tarde espero el M2 en la parada y ya.

Jaime asiente. Su rostro no adquiere ninguna expresión.

—Bueno ya, está bien —dice—, vamos a hacer eso mismo.

El auto gana terreno. A nuestro lado pasa una simultaneidad de árboles y, de vez en cuando, paradas construidas con piezas prefabricadas. Multitudes esperan en ella el arribo de cualquier transporte. Jaime aumenta la velocidad ante cada seña que le hacen. De gratis a nadie, piensa.

—Anoche quería llevarte por ahí, a dar una vuelta, pero estabas durmiendo como un tronco cuando llegué—me dice de repente.

—Sí —reflexiono un instante—; es que no dormí nada por la tarde y antes que tú llegaras me tuve que tirar de nuevo en la cama. Me dormí enseguida.

—No jodas, primo, si yo te dejé durmiendo el mediodía.

—Eso parecía, yo traté de dormir pero lo que hice fue ponerme a pensar mil mierdas con los ojos cerrados —no puedo evitar un gesto de inconformidad—, me estaba acordado de unas cosas ahí.

—¿De una jeva o algo? ¿La del tren?—pregunta Jaime.

—Algo parecido.

Miro a la derecha: la Villa Panamericana, su estructura. Una comunidad más allá. Reflexiono.

—Sí, algo parecido.

Y efectivamente. Ayer al mediodía, a pesar del cansancio del viaje no había podido dormir nada, y es que lo que pensaba iba a ser un sueño reparador, se convirtió en insomnio, condicionado por los recuerdos; recuerdos que necesito para darme fuerzas y realizar el salto definitivo. Te falta un solo día, Alexis Carralero, uno solo.

—Y de verdad que dormiste bien por la noche—prosigue Jaime—, no despertaste para nada.

—Estaba mata'o, y eso que, aunque por la tarde no llegué a dormir, por lo menos descansé. Coño, pero quién me iba a decir que me iba a pasar la tarde pensando mil mierdas.

Vuelvo a hacer una pausa. Una pregunta revolotea en mi mente.

—Jaime —trato de hallar el tono adecuado—. ¿Te molesta que Tati ande con yumas?

Jaime sonríe. Ahora es el mismo Jaime de siempre.

—Si tú le llamas yuma a un indio mexicano con cara de toronja.

Ahora despliega toda la extensión de su dentadura. En sus ojos se atisba un brillo malicioso.

—Claro que me gusta, ¿quién dice que no? Lo que pasa es que me gusta buscarle la lengua a Tati y a mami —me mira un instante—. ¿Tú crees que a mí no me gustan las cosas que trae Tati a la casa. . . y esta discman?—señala al panel del auto—. Claro que me gusta, a quién coño no le gusta lo bueno. Tú vez que yo jodo a Tati, pero me llevo bacán con el yuma, créete que yo soy bobo. Si vieras el carro que le alquiló ahora a Tati, un Nissan del carajo. El indio está embullado con ella, ¿sabes? Y yo estoy más embullado todavía porque el tipo se la va llevar. . . y atrás me voy yo, qué carajo.

Sonríó ante la perspectiva. ¿Una reunión familiar algún día allá afuera, Alexis Carralero? Jaime tiene una expresión pícaro en el rostro, estira una mano y me la pasa por la cabeza.

—Y cuando yo esté afuera voy hacer lo posible por llevarte a ti también, primo —añade Jaime—. ¿Tú te imaginas tú y yo en el yuma?

—Dirás México.

—En el yuma, qué coño. Si yo caigo en México, o en donde sea, de ahí me paso pal yuma: la yuma es la yuma, asere.

No puedo evitar una carcajada. ¿Quién dice que yo soy el loco de la familia? El loco eres tú, Jaime.

—Pero cuando estés allá que no se te ocurra hacer las locuras que haces aquí —añade Jaime. Tú sabes, allá sí te meten una cana larga por la cabeza si te cogen en eso.

—No jodas, compadre—le respondo.

Jaime se me queda mirando, espera que añada algo más.

—Si tú supieras— le digo, cambiando el tema—, ahora es que caigo en el motivo de que me hayan soltado así de fácil, aquella vez. Yo pienso que ellos no me querían acusar de verdad, sino me hubieran hecho el análisis ese que decía el policía aquel y me hubieran partido la vida. Yo creo que lo que ellos querían era dejarme encerrado allí, en el calabozo, hasta que un día se acordaran que yo existía.

—Pues parece que se acordaron —Jaime sonrío.

—Pero ahora me doy cuenta que me soltaron porque tío y papi me andaban buscando, y eso es algo como para no ser ignorado. Yo recuerdo que un buen día, el más feliz de mi vida, me fueron a buscar al calabozo, y junto con dos más me llevaron a la carpeta y me dieron mis cosas. También recuerdo que el policía ese que siempre andaba con una pila de papeles me dijo de nuevo, el muy presidiario: Dale, que te vas en el último tren.

—Qué pedazo de cabrón.

—Sí. Parece que la noticia de que un Mayor del ejército y un funcionario del gobierno me andaban buscando les llegó, no sé, a lo mejor esa misma mañana, y seguro que me soltaron por eso. No querían meterse en líos, parece.

—Claro.

—Pero lo curioso es que cuando llegamos a tu casa el puro me dijo que él y tío me estuvieron buscando en todas las unidades de policía de la Habana y yo no aparecía por ninguna parte, por eso no me quiso creer que había estado en un calabozo.

—En realidad nadie te creyó.

Después de repetírselo tanto el puro quería que lo llevara a esa unidad, para investigar lo que había pasado, pero ahí yo me eché para atrás, ni loco quería que él se enterara del asunto de los parquisoniles.

—Te salvaste que todo el mundo pensó que te habías pasado todo el tiempo andando por ahí, con los friquis, por eso ni él ni nadie te creyó lo de la policía. Ahora es que yo mismo me vengo a enterar por ti de lo que realmente pasó.

Jaime maniobra para adelantarse a otro vehículo. Aumenta la velocidad en cuanto lo logra sobrepasar. Ya no quedan más obstáculos en la carretera.

—¿Qué tú crees que hubiera pasado si le hubiese contado todo, absolutamente todo a mí papá?—le digo—, porque sea lo que yo haya tomado ningún policía tiene derecho a caerme a golpes de esa manera. La época de la dictadura pasó hace mucho tiempo. ¿No es verdad?

—Sí, pero no hubieras hecho nada con contarle eso a tío —me responde Jaime—, ya te habían soltado y hubiera sido tu palabra contra la de ellos—acciona la palanca de cambios, disminuye la velocidad—. ¿Por qué tú crees que negaron que tú estuvieras allí y después te soltaron? Porque, en primera, no te podían acusar de nada, a lo mejor era mentira eso del análisis de sangre.

—Sí me podían acusar, acuérdate de lo del allanamiento de morada.

—No, primo, eso hubiera sido si rompes la puerta y entras en la casa. Además, aunque tú no lo creas, lo de la nota de pastilla es una atenuante, como que no estabas consiente, no sé.

—Te digo yo que sí me podían acusar, yo sé de leyes.

—Te apuesto a que es una multita y ya. Es más, estoy seguro que no tenían derecho a encerrarte.

—Coño, pero me vinieron a soltar a la semana.

—Te estaban jodiendo. Te soltaron porque no les convenía que te hallaran allí sin un motivo de peso, y ahí sí que la acusación hubiera sido contra ellos, por eso no informaron nada y te soltaron en silencio, después que estuvieras en la calle ya no podías hacer nada. ¿Quién va a creer en la palabra de un friqui, aunque su papá sea un Funcionario del Gobierno y su tío Mayor del Ejército?

Hago silencio ante la colosal revelación que Jaime ha abierto ante mí. Comprendo de súbito muchas cosas: el comportamiento de aquellos policías que indudablemente actuaban en complicidad, divirtiéndose, jugando a la ruleta rusa conmigo. Pero si yo hubiera revelado algo serio en aquellos interrogatorios el juego se hubiera acabado abruptamente y se convertiría en un proceso inculpativo donde yo iba a llevar todas las de perder. Siento vergüenza de mí mismo, de mi actitud ante aquella situación en la que por suerte me mantuve firme y no revelé lo que había tomado, pero me avergüenzo de mi desesperación cuando me vi en aquel calabozo, de mi papel de marioneta en manos de aquella pandilla de facinerosos que trataron de utilizar mi miedo para hacerme pasar malos ratos el tiempo que estuve encerrado.

Jaime prosigue la conversación. El auto avanza veloz, gana terreno. Nos adentramos al Túnel de la Bahía. Ahora me limito a observar las estructuras de concreto y las repeticiones de luces amarillas. Por el carril contrario los autos avanzan hacia nosotros, pasan por nuestro lado y se alejan, cegándonos con sus luces. Jaime habla ininterrumpidamente de temas que de momento no me interesan, pues mi mente está abstraída en imaginar el caos que pudiera armarse si de pronto ocurriese una filtración en el techo del Túnel, o un derrumbe, y en mi mente se dibuja una pesadilla: colisiones de autos, mientras desde arriba caen trozos de concreto y enormes chorros de agua irrumpen por las brechas. También incendios, y personas tratando de escapar del agua y el fuego. Caramba, no pienses más en eso; lo del Túnel es casi imposible, sí, pero lo que sí es posible es un accidente, así que no pienses más en esas cosas; no tientes a la suerte, Alexis Carralero.

Salimos del Túnel. La Habana se abre ante nosotros: el edificio de la Unión de Jóvenes Comunistas. Damos un rodeo, el Malecón, el Morro a lo lejos, ya lo dejamos atrás; el Malecón que se pierde en la lejanía, la Habana vieja a nuestra izquierda: vetusta, derruida, un edificio en construcción, Centro Habana, el Malecón con algunos tramos remodelados después de aquel ciclón, cuando casi se inundó la capital. Jaime maneja a una buena velocidad y ya estamos casi en 23

y Malecón. Diviso a lo lejos el silencioso edificio de la Oficina de Intereses de Estados Unidos, y al frente, casi ocultando la fachada de aquel tremolar de cristales al sol, las enormes estructuras semicirculares de la tribuna antiimperialista.

—Déjame aquí —le digo a Jaime al llegar a 23 y percibir sus intenciones de doblar hacia esa calle.

—¿Aquí? No chico, yo te puedo dejar donde tú quieras; total, si es recto por aquí, ¿no?

Jaime maniobra con cuidado, hace una seña con el brazo izquierdo, sacándolo por la ventanilla. Por ese lado los autos pasan veloces. Al bajarme y poner los pies en la acera del Malecón no puedo dejar de admirar la suntuosidad del Hotel Tritón, imponente, inalcanzable, monarca en su pedestal de roca. Me inclino para hablar con Jaime pero él tiene el rostro vuelto hacia 23. Toco en la puerta del auto, Jaime vira la cabeza hacía mí, se queda mirándome.

—Bueno, primo —me dice—, entonces nos vemos por la tardecita en el Capitolio, o por la noche en la casa.

—Sí —le contesto.

—¿Y por qué no salimos también por la noche? Si te decides ni nos llegamos a la casa, del Capitolio nos vamos por ahí.

—Mejor mañana—le digo—. Mañana va a ser una noche inolvidable para ti, no te imaginas lo que tengo planeado.

Jaime sonríe. Sus ojos brillan de curiosidad.

—¿Qué locura tienes en mente, Alexito? Yo pensaba conseguir unas putas ahí para irnos de parranda tú y yo.

—Lo de mañana va a ser mejor que eso —le digo en tono de suspenso. Conténtate con saber que va ser la locura más grande que he cometido en mi vida.

—¿Sí? Pero dime algo, no sé, dame una pista, no me imagino qué pudiera ser, ¿algo de drogas? Si es eso yo...

—Qué drogas de qué, no es nada de eso.

—No me imagino entonces. ¿Algo con los friquis? ¿Un concierto? ¿Una orgía con un poco de jevas friquis, loconas, de esas que tú conoces?

—Tampoco, estás frío, primo —me separo del auto con intenciones de interrumpir la conversación—. Mejor espera a mañana y ya verás, siéntete orgulloso con saber que te he elegido a ti para eso. Chao, primo.

Doy un rodeo por la parte trasera del auto, vigilo el tráfico; minutos después ya estoy frente a la Fuente de la Juventud y avanzo, Rampa arriba, observándolo todo como si fuera la última vez, y sí puede ser la última vez, Alexis Carralero; todo depende de ti, de que hagas bien las cosas, de las respuestas que des cuando se te acabe el tiempo y te llamen a contar; de la valentía que tengas para afrontar lo que venga después que tomes la decisión que va a cambiar tu vida para siempre, si no te apendejas. Disfruta esos seis meses, Alexis Carralero; seis meses para probar el terreno y tener la respuesta lista en el momento de la encrucijada, en el momento en que tu vida va a cambiar radicalmente o va a seguir siendo la misma.

Cuando llego al Pabellón Cuba los recuerdos vuelven a aflorar. Más allá se divisa la esquina donde se encuentra el Cine Yara, y en la otra esquina, a la izquierda, la fachada lateral del Habana Libre. Frente a ambos, la calle L, donde una vez fuiste a parar peligrosamente de cabeza, Alexis Carralero, ¿Recuerdas? Andabas con aquel tunero que conociste en un concierto de Zeus y con quien te sentiste identificado desde el inicio, porque era oriental igual que tú. Al Lucifer ya lo veían como un habanero más pero a ti todavía te decían palestino; y aquel día en que conversabas con el tunero y ambos iban llegando a esa esquina de 23 y L, el corredor del cine Yara estaba nublado por aquella maldita pandilla de mudos que nos rodearon, confiados en que ya los friquis se habían retirado de allí a esa hora y estábamos solos, y nos cayeron arriba de un solo golpe y todavía no sabes cómo te las arreglaste para salir de aquella vorágine de empujones, patadas y piñazos, y caíste casi de bruces en el medio de la calle L, donde por nada te atropella una guagua; pero te percataste que tu amigo no había corrido la misma suerte que tú y volviste allí, para ver si podías ayudarlo, y qué sorpresa, Alexis

Carralero, cuando dos negros te devolvieron la gorra que se te había caído en el fragor de la batalla y te explicaron que ellos habían salido en defensa de ustedes; y allí estaba, sano y salvo, tu amigo el tunero que años después se suicidó en su casa, colgándose de una soga. Rest in peace, amigo mío.

¿Qué estarán anunciando en la cartelera del Yara? Me planto frente al cristal de la entrada y leo un cartel inaudito: Hannah y sus hermanas. ¿Ese filme? Me doy vuelta de inmediato, como repelido por una ráfaga de pestilencia. Que me perdone Woody Allen pero no soporto ese filme. ¿Ir al Coppelia? ¿Darme una hartada de helado? No es mala idea, Alexis Carralero, hoy tienes todo el tiempo del mundo.

Cruzo la calle y busco la cola con la vista a medida que voy caminando. Hay dos, una en cada entrada. Me dirijo a la más corta y le pregunto el último a un muchacho de pelo largo y gafas oscuras que me contesta y se me queda mirando por un instante. Me pregunto: ¿será rockero o un simple pepillo? Antes el pelo largo era un atuendo propio de los rockeros, pero con el tiempo se ha convertido en una moda de todos, o casi todos.

Como cambian los tiempos, ¿no, Alexis Carralero?

El melenudo me vuelve a mirar, pero ahora me examina; desvía la mirada cuando advierte mi expresión de molestia y extrañeza. Mis músculos se relajan ante la certeza de que no se va a atrever a mirarme de nuevo con esa fijeza después de ver la advertencia en mi rostro. Comienzo a devorar con los ojos cada detalle del tramo de 23 a donde llega mi campo visual: la parada de enfrente, el pulular de personas de un lado a otro de la calle, los edificios modernos, el Habana libre: suntuoso y preponderante, el entrañable cine Yara, el quiosco de frituras y bocaditos de jamón en la esquina, el melenudo... el maldito melenudo que ahora me está observando de nuevo, pero esta vez de forma explícita, auscultadora, impertinente. Tomo una decisión: éste tipo va a aprender a no estar mirando a uno de esa manera, qué coño se piensa.

—Men, perdona que te moleste —me dice antes que me dé tiempo a articular palabra alguna—, ¿tú no eras el guitarrista del grupo Faustus? ¿Cómo era que te decían a ti?

—El Mosque—digo con cautela.

—Sí, tú mismo, el Mosquetero —el melenudo me observa la calvicie, el rostro, la ropa convencional que llevo puesta—. Pero tú tenías el pelo largo ¿No? Y un bigotito de mosquetero. Eres tú, ¿no?

—Sí —contesto, algo cansado—, pero ya hace tiempo de eso.

—Aquí todo el mundo se acuerda de Faustus, men; yo mismo tengo guardadas todas las grabaciones de ustedes y hasta los fanzines donde salen las entrevistas de ustedes. ¿Y tú qué te hiciste? De pronto no te vimos más en Faustus. ¿Qué fue lo que te pasó?

—Nada—contesto—, son cosas que pasan.

—Por ahí todavía se habla de Faustus, men; ustedes fueron la primera banda de Black Metal que surgió aquí en Cuba. ¿A quién se le va a olvidar eso? Eso es historia, men, ustedes hicieron historia.

—¿Los has podido ver recientemente? ¿A ellos, a Faustus? —pregunto, maliciosamente—. Allá en Holguín ellos están haciendo música sopa en la playa y en otros lugares de la provincia.

—¿En serio?

—En serio. Ellos están tocando por ahí, en una pila de lugarcitos en dólares y en moneda nacional, también —hago memoria—. No sé, te puedo mencionar la discoteca del Pernik, la Caverna, el club Siboney, el cabaret Nocturno, en fin, adonde los mande el Centro de la Música.

—¿Sí, y ellos meten metralla Black en todos esos lugares?

—Qué metralla de qué, música sopa.

—¿Música sopa, qué es eso?

—De todo —respondo—, es todo tipo de música mezclada: música del ayer, no sé, década prodigiosa, música tradicional, de Polo Montañés, boleros, salsa, en fin, de todo.

Nos damos cuenta que la cola ha avanzado. Damos unos pasos para no dejar brecha alguna. Una pareja me pide el último y después comienzan a aparecer

otras personas que van sumándose a la cola, me percató que el melenudo está reflexionando.

—Men —dice de súbito—, ¿cómo tú permitiste que eso le sucediera al grupo? Ya me explico por qué ellos no se han visto más en los festivales. ¿Cómo dejaste que el grupo se echara a perder de esa forma? Porque tú eras el director ¿no? Tenías que haber evitado eso, men, no tenías que haberte ido, en serio.

—Es que... compadre, no te lo voy a negar, Faustus se me fue de las manos, cuando me vine a dar cuenta ya todo estaba perdido, así que me fui echando de ahí, yo no me iba a poner a tocar mierdas de esas por mucho dinero que me fueran a dar.

—Bueno, men, pero pensándolo bien ellos pueden tocar eso para ganarse la astilla, pero por otro lado seguir tocando Black. ¿Por qué ellos ya no se ven en los festivales?

—Es que ya no les interesa tocar Rock, sólo lo hacen en los festivales de allá, de Holguín o en las Romerías, por puro compromiso con la Asociación. Ahora lo que les interesa es el baro y por eso se pasan todas las semanas tocando esa mierda. De madre, ¿no?

El melenudo resulta un tipo simpático. Al cabo de veinticinco minutos entramos por fin al Coppelía y subimos a la segunda planta, allí pedimos sendas raciones para cada uno. Proseguimos conversando sobre Faustus, mis últimos días en la banda, la bronca tumultuaria ocurrida en el festival de Santa Clara —el festival donde toqué por última vez con Faustus—, el momento en que le comuniqué a todos los de la banda mi salida, la reacción negativa de cada uno de ellos, principalmente Francis y el Gena, los problemas que se fueron agudizando en Faustus después de mi salida, el éxodo, la salida paulatina de los miembros originales del grupo, de la vuelta de Osmel y su rápida salida al ver que Faustus ya no era aquel grupo que él había conocido.

—¿Y ese socio por qué se había ido del grupo? Siempre me estuve preguntando eso.

—Él no se había ido, nosotros lo botamos porque queríamos cambiar el estilo de la banda a un Black metal más puro y su voz ya no encajaba, además... me da pena decirlo pero él ya no me cuadraba personalmente, se había cogido al grupo como forma de ostentación, para especular, tú sabes, coger jevitas y hacerse el duro y ya no le prestaba mucha atención al grupo y a los ensayos, hasta vivía equivocándose en vivo.

—Yo todavía me acuerdo de ese socio, men, tenía muy buena escena y una voz potente. El otro que comenzó a cantar por él...

—Francis.

—Ese mismo, ese otro se me parecía demasiado a Dany Filth, era una copia, un descaro, el otro me cuadraba más.

—Sí —contesto, pensativo—, después hasta yo me di cuenta de que habíamos cometido un error. A la gente le cuadraba más Osmel, pero ya era demasiado tarde, él estaba berriáisimo con nosotros, y no era para menos.

También le cuento sobre Miki, quien sustituyó a Francis en el teclado cuando éste pasó a ocupar el puesto de Osmel. Después de haberse ido todos los miembros originales del grupo. Miki ayudó al Gena a reestructurar la banda y llevarla por los rumbos que el Gena ordenaba, prostituyéndose el sonido hasta convertir al grupo en lo que es todavía, a pesar de ya no existir el Gena.

Triste historia la de tu más grande creación, Alexis Carralero, pero no tenías forma de prever todos esos acontecimientos. Tal vez la historia del grupo fuera distinta si no hubiera dado un vuelco aquel plan que iba a ser decisivo para ti y la banda, el plan que quisiste echar andar aquel día nefasto en la Casa de la Cultura. ¿Recuerdas?

XVIII

En el instante en que el Mosque comprendió que había sido traicionado, fue envuelto en un hálito de incertidumbre y su rostro adquirió un matiz otoñal. Repasó aquella conversación sostenida dos días atrás cuando detuvo la bicicleta frente a la casa de Francis, y luego de observar con satisfacción que Richy también se encontraba allí, puso a buen recaudo la Flying Pigeon, saludó a ambos y apoyó un pie en el primer escalón de la entrada para comenzar a decir que hay un tema que tenemos que discutir; y Francis sí, ya sé, Richy y yo estábamos hablando sobre eso, y su lengua desgranó un racimo de suposiciones, evidencias y temores de que este tipo está echando a perder el grupo con sus payasadas y guapearías de negro 'e mierda, que se cree que es el rey de los rockeros aquí en Holguín, y Richy sí, es verdad, y para colmo el tipo se atraviesa cada vez que se va a tomar una decisión en la banda, se cree que es el director y que las cosas se tienen que hacer como a él le da la gana, añadió Francis. Y entre los tres tomaron la decisión de separarlo del grupo, Mosque, es lo que tú te crees porque este local me lo dio el director de la Casa de Cultura, saltó el Gena aquel día; sí, como oyen, me lo dio cuando hice el grupo B. O. M y nadie me lo puede quitar. Por eso, al ellos coincidir en la peña de Rock la noche antes del día de la discusión, aprovecharon la oportunidad para convencer a Adolfo quien, para desgracia de ellos, no estoy de acuerdo con esa decisión porque yo no he hecho nada grave para que me quieran botar así como así del grupo, comenzó a defenderse el Gena al otro día, y en la misma peña hablaron también con Osmel que apoyó a medias la idea, y ahora todo se había ido a la mierda con el ingenioso y firme alegato del Gena que

doblegaba la voluntad de todos, menos la del Mosque, que todavía conservaba fresca en la memoria las alarmantes evidencias de que asere, cometí un error al meter en el grupo a este tipo que no lleva ni dos meses aquí y ya está sacando las uñas, y recordó también el día en que sus pasos errados lo llevaron a aquel callejón de la calle Rubén Yussef donde todavía el asfalto de la urbe no había tapizado el suelo polvoriento y donde varias familias vivían en un almacén dividido en cuatro lúgubres estancias. ¿Genarito?, respondió la madre del Gena ante su pregunta, está allá dentro, y señaló una oscura abertura en la fachada de la casa en cuyo borde izquierdo, en marco endeble, colgaba una puerta construida con madera de uso y planchas de zinc. El Mosque observó a su diestra, mientras avanzaba, un banco de granito, desarraigado de sabría Dios qué parque y elevado del suelo por seis bloques; y al lado, dos tanques de agua con las bocas carcomidas por el óxido. A la izquierda, echado en el suelo, se encontraba un perro. Pero el animal, al verlo, se irguió en actitud desafiante; encima, clavados en la pared, colgaban dos sórdidos maceteros doblemente deslucidos por sendos híbridos ornamentales. ¡Ynwie, quieto!, gritó la madre del Gena. ¿Ynwie?, pensaste, ¿Cómo Ynwie Malmstein? ¿Un perro con el nombre de ese guitarrista tan famoso? ¡Qué falta de respeto! El Mosque se detuvo en la puerta, abrió los brazos y se aferró a ambos extremos del marco. Dentro, la ausencia de ventanas hacía que el recinto se pintara de un sofocante claroscuro. Qué volá, dijiste y clavaste la mirada en la conocida figura del Gena: echado en el sofá, acariciando con una desvencijada lija la caja de una guitarra. ¡Ah, el Mosque!, dijo un rubio de torso desnudo que se encontraba sentado frente al Gena; y éste, al escuchar la mención de tu apelativo, levantó la cabeza mientras la lija ziiit silbaba en su ziiit reiterativo ziiit recorrido ziiit por la superficie ziiit de la madera , pero ahora te viene también a la memoria, de forma inconsciente, la vez que se te ocurrió consultar con el grupo la idea de introducir otro guitarrista en el piquete que nos hace falta, compadre, pero los reuniste a todos y les comunicaste tu idea después que regresaste de casa del Gena, y rápidamente fuiste contándole las gestiones que habías hecho, y Osmel sí, yo también... bueno, nosotros también habíamos

pensado en eso; es que el tipo tiene unos contactos del carajo en Cultura, y Richy anjá, el tipo nos conviene, nada más hay que acordarse de lo fácil que conseguía local y audio cuando iba a tocar con aquel grupito pasa-pena que tenía. Aquí, contestó el Mosque de mala gana al rubio, tirando como se puede, pero el Gena volvió a concentrarse en aquel pedazo de madera sin mediar palabra alguna. Vine a tallar lo que hablamos en la calle, le dijiste, pero el Gena no volvió a levantar la cabeza y la lija continuó su ziiit reiterativo ziiit recorrido ziiit por la ziiit superficie ziiit de la madera. ¿Cómo era que se llamaba aquel grupito?, preguntó el Mosque, y Raulito, algo así como B. O. . . no sé qué, y Ariannys era algo así como Hermanos del Rock o algo por el estilo, pero en inglés. ¿A quién tú saliste tan feo, Mosque?, dijo de pronto el rubio, y observaste con rabia aquella sonrisa burlona y los ojos desafiantes; no querías estar allí en aquel ambiente enrarecido que olía a amenaza, pero tus pies no se movían del umbral de la puerta hasta que comprendiste que el Gena te estaba tratando con humillante indiferencia. ¿Y hay que llorarle a este pa' que toque en el grupo? ¡Que se joda!, pensaste entonces, y el rubio siguió observándote como si fueras un payaso pintado en la puerta, y el Gena seguía ziiit lijando ziiit aquella mierda ziiit de madera ziiit con los restos ziiit de lija soviética ziiit que ya había perdido ziiit el material abrasivo ziiit. ¡Hermanos del metal!, saltó Richy, y el Mosque sí, eso mismo, en inglés se dice: Brothers of metal, B. O. M a lo Ricky Martin, shake it boom boom, shake it boom boom, shake it boom boom. Entonces por fin ¿vas a entrar al grupo o no?, le dijiste al Gena, llenándote de paciencia, y no imaginabas que al otro día, por la mañana, el Gena iba a salir al portal de su casa con la sospecha de que algo no estaba bien, pues su madre estaba lanzando torvas miradas hacia el improvisado parquecito —de bancos contruidos con troncos— colindante con el círculo infantil. Él intuiría inmediatamente que alguien conocido se encontraba allí, y al poner los pies en el portalito donde su madre estaría en esos momentos lavando la ropa comprobaría que sí, no estoy equivocado, papi está allí, en el parquecito —pomo de ron sobre el suelo polvoriento, acomodado entre los pies. Coño, está borracho de nuevo —brazos de primate pendulando a ras del suelo—, por eso mami esta berriá y

mirando para allí. Chekebanban, chekebanban, chekebanban, chekebanban, bromeó Richy, y el Mosque sí, la mierda esa, pero bueno, él no toca mal, y lo principal es que el tipo ya va a entrar a tocar con nosotros, mañana mismo va al ensayo con to' los hierros. Y el Gena fue hasta donde estaba su padre, y éste ven a darte un buche conmigo —pomo de ron ofrecido a quemarropa—, vine hoy a compartir con mi hijo del alma, y el Gena se sentó al lado del padre mientras el tufo del alcohol se alojó en su nariz, exacerbándole el estómago. No puro, no quiero curdar tan temprano, yo lo que quiero es conversar una cosa contigo, y él ah, eso no tiene lío, Genarito, tú sabes que puedes confiar en mí, coño, como hombre y como padre; aunque tu madre no quiera verme por aquí yo voy a seguir viniendo porque quién coño me va a decir a mí que no puedo ver a mi hijo. Un tipo ahí vino a verme, prosiguió el Gena haciendo caso omiso a los acostumbrados arrebatos de su progenitor, pa' que entrara a un grupo que formó hace unos meses. Y si hubieses sabido, Alexis Carralero, lo que el Gena iba a planear junto con su padre —¿Y está bueno ese grupo?— te habrías dado la vuelta allí mismo —sí, está bueno el grupo, además, el tipo que vino a verme, el director del grupo, es un talento— y te hubieras alejado lo más rápido posible y jamás, en el resto de tu existencia, se te ocurriría volver a acercarte aquel personaje —ellos han tocado una pila de veces en el patio de la Periquera, continuó el Gena, y sí, han tenido éxito, pero les falta cabeza y luz larga para echar pa' lante el grupo—, porque ahora aquel ser despreciable de facciones simiescas, ojos de pupilas turbias, cabellos rebeldes y miembros rígidos y delgados, como ramas de árbol seco, había logrado poner en tu contra a todo el grupo —Si tú entras, de seguro que vas a llevar a ese grupito a la fama, le contestó el padre—. Y te preguntaste: ¿Qué ha pasado?, y los recuerdos te contestaron: Francis y Richy, tus colegas más íntimos dentro del grupo, te han retirado la confianza y el apoyo: sus voluntades doblegadas, las frentes genuflexas, las miradas en el suelo, la situación a merced del Gena —Bueno, contestó aquél al padre, tú sabes que yo tengo contactos aquí en Holguín con to' el mundo y tengo tremendo punche en la Casa de la Cultura—. ¿Cómo ha sido posible?, te preguntaste también, y la respuesta brotó fácil: fueron

aplastados por la labia demagógica del Gena sin ellos saber que él había concebido un plan macabro de resultados a largo plazo —éntrales poco a poco, como tú sabes, le aconsejó el padre, y tumba a ese tipo del cargo de director del grupo, que tú tienes pa' eso—. Si hubieses previsto todo lo que iba a pasar, si una visión nostradámica te hubiera revelado los motivos de las exigencias del Gena de que tienen que llevar los equipos para mi local de ensayo de la Casa de la Cultura si quieren que yo entre a tocar con ustedes, venía disfrazado con la intención de que les voy a poner esa precisa, puro, pa' tenerlos bien controlados en mi territorio; jamás hubieras puesto los pies en aquella rambla de pesadumbre y ahora no estarías con las manos atadas, viendo como el grupo se te iba de las manos; observando, sobrecogido, cómo el Gena reafirmaba que no tienen argumentos para botarme del grupo y lo que tenemos que hacer es dejarnos de comer tanta mierda y ponernos —dicho en un tono sindical— para hacer avanzar el grupo, unirnos, y Francis despertó de sus cavilaciones y estuvo de acuerdo con que sí, tenemos que pensar en la banda y no en discordias personales, y dijo esto clavando la mirada en el Mosque, una mirada similar a la de Richy, Osmel y Adolfo, pero no a la del Gena, que se sentía eufórico. Su rostro semejava gravedad pero, en su fuero íntimo, reía con la certeza de haber obtenido una importante victoria ante aquel contrincante que había hecho el ridículo con su fallido plan y ahora constituía una amenaza para él. Después de aquello el Mosque no volvió a pronunciar palabra alguna, ni cuando los demás acordaron —sin contar con él— en verse el próximo viernes para ensayar, ni cuando bajó las escaleras hasta la primera planta, seguido por los pasos cómplices y las miradas ambiguas de Richy y Francis, ni cuando caminaron los tres, juntos y silenciosos, por la calle Libertad, Agramonte, Morales Lemus y Carretera de Gibara hasta la esquina de Fomento, donde al fin Francis abrió la boca para decirle que tuve que cambiar la bola, loco, ¿qué podía hacer?, el Gena tiene sus defectos pero, ¿a dónde vamos a ir a ensayar si perdemos el local de la Casa de la Cultura?, tú sabes bien que ensayar en tu casa es una candela, y Richy es verdad, yo opino que lo que tenemos que hacer es tratar de quitarle ese local al Gena y después

botarlo del grupo. Pero ya esos argumentos te resultaban inválidos y comprendiste que haría falta más que la usurpación de un local de ensayo para eliminar aquella sanguijuela que le había libado los sesos a todos, menos a ti, porque te mantuviste firme y les recordaste que el Gena había sido el culpable de que Raulito se fuera del grupo. ¿Quién dijo eso?, respondió Francis. Y recordaste la promesa que le hiciste a Raulito de no divulgar las causas de su desertión, es que a pesar de todo quiero llevarme bien con la gente del grupo, Mosque, ya tú sabes compadre, no le vayas a decir nada a nadie; pero necesitabas argumentos en aquella situación de emergencia donde tu autoridad como director del grupo estaba sufriendo graves daños, e hiciste un recuento de lo que pasó en aquel fallido plan del Gena de organizar el primer festival de Rock aquí, en Holguín, donde la Casa de Cultura dio muestras de tener muy poco poder en la provincia para gestionar los recursos que hacían falta y el evento se tuvo que hacer en un club nocturno conocido popularmente como “Pedro Navaja” donde se utilizó un audio de un solo kilowatt de salida y quinientos míseros watts de referencias, envilecidos aún más por oxidados atriles, arcaicos micrófonos unidireccionales, líneas y extensiones plagadas de falsos contactos y una consola digna de un museo o del basurero municipal.

La noche en que debías tocar tuviste que sufrir, casi en carne propia, lo que te decían los mierdas de Osmel y el Gena; y Raulito sí, me hicieron pasar tremenda pena delante de to’ el mundo con eso de que el bajo era una mierda; mi bajo, asere, te dijo, visiblemente alterado, que no es un bajo vola’o, coño, pero es mi bajo, el único que tengo, y además, ellos me chotearon delante de la gente de los grupos y una pila de jevitas que habían allí.

Y al otro día le dijiste a los demás la noticia de que Raulito se iba del grupo, ocultándoles que me voy, asere, porque no aguanto más pasar por tantas humillaciones, y antes que le meta un bofetón al Gena me voy echando pa’ no complicarme la vida, pero no quiero que sepan que me voy por eso, Mosque, díles que voy a empezar a pinchar en la playa, en el turismo, que no es mentira, pero, de verdad, si nos estuviéramos llevando bien yo no me fuera a pinchar a ningún

lado y me quedara luchando junto a ustedes, y tú sabes que yo sí estaba dispuesto a hacerlo porque lo que a mí me gusta de verdad es tocar Rock n' roll y no otra cosa. Lo sabías, y es que no se te ha olvidado que Raulito fue tu más leal colega, y justo después que Morbus se desintegrara hiciste tres proyectos más y él te siguió en todas esas aventuras hasta que formaste Faustus y cometiste el grave error de pensar en Gena para cubrir la plaza vacante de guitarra rítmica en el grupo. Ahora el Mosque se hallaba en la encrucijada de si irse y formar una banda nueva, con personas más leales, o permanecer ahí, incluso después que el grupo completo te ha dado la espalda. Y allí, frente a casa de Francis —donde comenzó la conspiración—, con el rostro mudado por el desconsuelo, porque jamás pensaste que él, Francis: tu aliado de años, y Richy: tu gran descubrimiento, el niño-revelación, el mejor baterista con que jamás has trabajado en los años que llevas haciendo música, te iban abandonar en una situación en la cual la unanimidad —o por lo menos un empate— iba a ser decisivo para ti. Comprendiste que si habías tomado una decisión errada al haber dejado entrar al Gena, peor había sido el aceptar a Francis de nuevo en el grupo, pues aún guardas en la memoria que al principio, al fundarse la banda, y luego de agobiantes ensayos en casa de Raulito y después en tu casa, se había presentado la oportunidad de tocar en la Universidad, y todos se sintieron eufóricos, más aún cuando fueron, en las vísperas, al local Universitario donde se iba a realizar aquel primer concierto y quedaron sorprendidos al hallar un amplio y sólido escenario de concreto, fundido dentro del acogedor teatro donde hallaban cobija todo tipo de actividades de extensión universitaria; pero aquella oportunidad se malogró cuando Francis no vino a la prueba de sonido y decidiste ir a su casa para averiguar qué le había pasado: diste instrucciones, dejaste la guitarra al cuidado de Raulito, pediste una bicicleta, diste pedales hasta la carretera de Gibara esquina Fomento, y no sabías que cuando llegaras a esa casa y preguntaras por ¿Francis?, respondió la abuela, en la playa, se fue por la madrugada, y tú ¿Cómo que en la playa?, y ella sí, se fue con unas amistades extranjeras, creo que eran ¿Italianos? ¿Francis se fue a jinetear con unos italianos

y nos dejó embarcados?, graznó Osmel y miró sorprendido al Mosque, luego a los demás, y un furor comenzó apoderarse de todos ellos: sus rostros empezaron a enrojecer de lava sanguínea, las voces rugieron enervadas, los puños se alzaron crispados, las lenguas estallaron cual látigos, y tomaron, de mutuo acuerdo, la medida ejemplar que ya el Mosque había determinado cuando regresaba de casa de Francis: iban a expulsarlo deshonrosamente del grupo. ¿A quién pondrían de suplente en la batería? La solución te llegó al otro día y justo dos días antes que Francis reapareciera de su desliz en Guardalavaca —alegre como nunca, la billetera colmada de dólares, el culo maniatado, la boca curtida de felaciones y la piel olorizada con perfumes de marca adquiridos al precio de un fogoso *affaire*—; y nunca pensaste que aquel adolescente de secundaria que iba caminando por la calle Aricochea, en el mismo momento que conversabas con Sergio —un conocido de años—, iba a ser un punto clave en el éxito de la banda. ¿No te hacía falta un baterista?, dijo Sergio aquella vez, mira a ese chamaquito, anda con un par de baquetas, parece que sabe tocar batería, y lo llamaste eh, chama, ven acá, y él se acercó: trémulo, apenado, pero con un brillo pícaro en sus ojos almendrados, y el Mosque chama, ¿tú sabes tocar drums?, y él sí, más o menos, yo estoy dando clases con Felo, el jabao, ¿sabes quién es?, y tú sí, y recordaste el rostro de aquel connotado baterista, maestro de maestros, miembro fundador de la banda municipal y el legendario grupo sonero Guacanayabo; ¿Y qué tipo de música te gusta a ti?, y él ¿a mí?, el Rock y el Jazz, pero el grupo que más me cuadra es Maná, y te chocó aquello porque para tí Maná no era un verdadero grupo de Rock; pero, pese a las dudas, le diste tu dirección y lo citaste para el próximo ensayo, y tu asombro no tenía límites cuando aquel adolescente se presentó a la cita y comenzó a descargar golpes de baquetas sobre los tambores de la batería, desgranando un racimo de redobles, ritmos y breaks con una perfección asombrosa, y Osmel, coño —exaltado—, ahora sí va a sonar bien esto, y una gran sonrisa rajaba el rostro de Raulito, y tú sorprendido, esperanzado, con la certeza de que aquello iba ser el comienzo de una carrera ascendente dentro de la escena rockera del país, porque, desde que viste tocar en Caibarién al baterista de

Chromium, nunca habías tenido la oportunidad de escuchar a otro igual en todo Cuba, hasta que el ensayo vibró con la asombrosa demostración de aquel prodigio de muchacho con manos de oro; luego, Francis se enteró de aquello y apareció repentinamente en un ensayo —torva la mirada, labios fruncidos de veneno atragantado— para, luego de una silenciosa escucha, decir que muy bien, todo se oye muy bien —un comentario sospechosamente positivo—, este socito toca muy bien; déjame felicitarte, loco, y aquella mano que Francis le extendía a Richy se te asemejaba al aguijón de un alacrán, presto a punzar; Bárbaro, compadre, tocas vola'o, se oyen durísimas las canciones; todo esto para, al día siguiente, proclamar en la calle que a mí nadie me ha bota'o del grupo, yo me fui porque no me cuadra tocar con un guitarrista mediocre como el Mosque; además, yo hablé con ese baterista nuevo, Raimel, no, Raimond... ¡qué sé yo como se llama!, y le dije que le iba a ceder mi puesto en el grupo, incluso, que podía tocar con el pedazo de batería que me prestó Marcos, pa' que vaya tirando hasta que me la pidan, y te diste cuenta que Francis era un oportunista arrogante, dueño de un ego enervado a base de mimos maternos y regalos caros que lo hacían pronunciar, en ocasiones, una verborrea ponzoñosa para todo y todos porque nadie es mejor que yo, se atrevió a decir un día, y después de varias semanas de escuchar los ecos de aquellas declaraciones insolentes, el Mosque sentenció, frente a la opinión pública rockera, que Francis jamás iba a volver a trabajar con él. Pero todo se olvidó con el tiempo, y cuando el Gena entró en el grupo y Raulito fue sustituido por Adolfo y la música del grupo fue tornándose más oscura, rozando ya las fronteras del Black Metal, te dejaste llevar por la necesidad que sentías de introducir un teclado y aceptaste nuevamente a Francis cuando éste, en un desesperado esfuerzo por entrar de nuevo en el grupo, invirtió cincuenta dólares en un teclado de juguete y aprendió a tocar lo básico pa' ir tirando, loco; ¿tú te imaginas a Faustus con un teclado a lo Cradle of filth?, y lo dejaste entrar a pesar de toda la mierda que habló de ti, y no te ha bastado ahora con este nuevo acto traicionero de parte de él, pues aunque hace tiempo habían limado asperezas y comenzado a componer juntos, e inclusive a salir a la calle por las noches a dar

una vuelta y tomar aire —a pesar de las dudas que siempre tuviste acerca de su heterosexualidad, y tomando el riesgo de ser tildado de maricón por andar con él —, Francis te daba la espalda junto al inestable de Richy para, unido a los demás, ponerse de parte del Gena, y después de la conversación frente a la casa de Francis, cuando llegaste a tu casa y te diste un baño, comiste, viste un rato la televisión, te fuiste a la cama, y al otro día, temprano, te largaste para el trabajo todavía con la duda, que se fue disipando a medida que transcurrió la jornada, y el día posterior, y parte del día que, luego de las 4.30, llegaste al local de ensayo como si nada hubiera pasado —la guitarra a cuestas, las botas sucias de grasa y polvo—, diste un saludo superficial a todos y comenzaste a armar tus cosas; y al comenzar el ensayo te sorprendió la energía y la exactitud con que transcurrieron la ejecución de las canciones, sin interrupciones desagradables ni cigarros encendidos en pleno tema, ni discusiones acaloradas. Te engañaste a ti mismo pensando que de vez en cuando hace falta darle un sustico de esos al Gena pa' que entre en caja; y luego de un magistral paseo por todo el repertorio, decidieron tomar un pequeño descanso para volver repetir los temas, y en el mismo instante en que Richy, Francis, Osmel y el Mosque iban a comenzar una jovial conversación, como si nada hubiera pasado, el Gena hizo un ademán ordenando silencio, puso la guitarra en el atril, cruzó las piernas, intentó acomodarse las rebeldes hebras trenzadas y dejó que un caldo silencioso flotara entre ellos y su persona.

—Les tengo un notición tremendo —comenzó a decir—. ¿Se acuerdan de la pincha que yo estaba resolviendo en el Caligari?

—Sí —respondió Richy.

—Ah, sí —respondió también Adolfo—, me parece que era de operador de audio, ¿no?

—Sí —dijo el Gena—, y resulta que ya voy a comenzar mañana mismo. Pero eso no es lo bueno —enfaticó—, lo mejor de todo es que el Caligari pertenece a una Asociación que promueve a todos los artistas jóvenes que tengan talento, y ahora la cosa está mejor porque el tipo que estaba de presidente. . .

—Ah, sí, ya sé—interrumpió Adolfo—, yo conozco de vista a ese tipo, un tal Abel Marticorena, él que dirige todos los años la Semana de la Cultura Iberoamericana, ¿no?

—Ese mismo. Pues resulta que el tipo se fue pa' cultura, ya no es presidente de la Asociación, ahora en su lugar está Mariana, su hija; y ella sí no es comemierda igual que el padre, que mira mal a los rockeros. Yo le conté a ella lo del grupo y me dijo que si teníamos calidad nos podía hacer proyecto de la Asociación.

—¿Proyecto de la Asociación?—dijo Osmel.

—¿Proyecto de la Asociación?—preguntó también Francis— ¿Y eso de qué sirve?

—Coño, imagínate que cada vez que nos vayamos de viaje, la Asociación nos puede dar ciento y pico de pesos a cada uno, y cada vez que toquemos aquí en Holguín ella se encarga de alquilar el audio.

Un murmullo de aprobación inundó el local de ensayo.

—¿Y qué Asociación es esa? ¿Cómo se llama? —dijo el Mosque de improviso. Todas las miradas se posaron en él, luego en el Gena.

—Ramón Varona —respondió aquel, solemnemente—, Asociación Ramón Varona.

XIX

—¿Ramón? ¿Qué Ramón es ese?

De súbito caigo en cuenta que estoy en la Habana, sentado en una de las mesas del Coppelía, acompañado de un desconocido.

—¿Cómo?

—Mencionaste aun tal Ramón no sé qué—me responde el melenudo—. ¿En quién estabas pensando?

Echo una mirada a mi copa. El helado se ha derretido y en medio del lago cremoso flota un pequeño iceberg. Me enderezó en el asiento, miro a mi alrededor.

—No, no estaba pensando en nada —respondo. ¿Habré hablado mucho en voz alta?, pienso—, boberías.

Alzo la copa y bebo de ella. Mejor así, pienso, bien derretido. El melenudo titubea, me observa como si dudara de algo.

—Men, perdona que te joda tanto pero tengo una pregunta que hacerte.

—No hay lío, dime.

—Men, ¿tú no eras el primer director que tuvo Faustus? ¿Por qué dejaste de serlo?

¿Recordar aquello? ¿Detallar los pormenores del día en que llegaste al ensayo y todos callaron al verte, Alexis Carralero? Ahí supiste que habías interrumpido una conversación secreta; y mientras pasaban los minutos y preguntabas: ¿qué pasa? ¿Ocurrió algo? Te diste cuenta que era de ti de quien estaban hablando, Alexis

Carralero, estaban conspirando a tu espalda, un complot que no iba a fallar como el que intentaste contra el Gena, aquella vez.

—Los demás del grupo no quisieron que yo fuera más el director del grupo — contesto—. Ellos apoyaban más al Gena, confiaban en él, todos lo veían como el líder de Faustus.

—Men, pero según yo sé tú fuiste quien hizo el grupo y las canciones, ¿no? Eso es lo que yo he podido averiguar.

Él tiene más condiciones para dirigir el grupo, él tiene los contactos en la Asociación, él está metido dentro de ella más que todos nosotros, Mosque, él conoce una pila de gente en Cultura y en la Empresa de Audio y Luces, te decían, señalando al Gena. Y tú impávido, mudo de iracundia, escuchando con desilusión los argumentos que te exponían todos ellos, incluso Richy y Francis, quienes creías eran tus amigos, Alexis Carralero, y es que en la música no existen los amigos, como te dijo alguien que ahora no recuerdas.

—Sí, pero es que ellos ya no creían en mí y no les importó nada de eso — respondo.

¿Ahí fue cuando comenzó a joderse todo, Alexis Carralero? Tal vez ahí, o aquel día que todos te dieron la espalda en la Casa de la Cultura; pero nadie veía lo que tú habías vislumbrado desde hacía mucho tiempo, Alexis Carralero, porque todos estaban borrachos, hipnotizados de admiración ante la personalidad dominante del Gena en contraste con tu bondad y hablar pausado, imbécil; a él lo veían como el líder de los rockeros de Holguín, y a ti, a pesar de tu prestigio, de ser el fundador de los primeros grupos de Rock en la provincia, a pesar de haberte jodido dándole forma a Faustus y componiendo todas las canciones, no te veían, simplemente no existías, eras un adorno en el grupo, un maniquí, un objeto fácilmente reemplazable.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó exactamente?

—Nada. Un día tomaron la decisión entre todos de que el Gena fuera quien los dirigiera, y yo no.

—¿Y quién es el Gena ese?

¿Ahí fue donde de verdad se jodió todo, o fue cuando el Gena se presentó ante Abel Marticorena, en aquel entonces presidente de la Asociación, como líder de Faustus y le mostró la idea de hacer una peña de Rock en la sede? Después de eso te convertiste en invisible, Alexis Carralero; te quedaste oculto dentro del grupo, exprimiéndote el cerebro como un bobo, haciendo la labor anónima de componer las canciones que más adelante se convirtieron en los éxitos del grupo y lo colocaron en la lista de la popularidad, estúpido; siempre vigilando por la ideología del grupo para que toda Cuba pensara que los integrantes de Faustus eran blackmetaleros de pura cepa, y no un delincuente ambicioso con ínfulas de músico, como el Gena; o un playboy como Adolfo; o un posér, un camaleón oportunista como Miki, de quien luego te enteraste había sido pianista de un grupo de salsa y luego trovador; o un mercenario como Richy, que no dudó nunca en poner sus baquetas al servicio del turismo, de la prostitución del talento, para luego renegar del estilo musical que estuvo tocando en Faustus por más de siete años ¿Y Francis, Alexis Carralero? Francis que se vanagloriaba de sus aptitudes de rockero, que se llenaba de anillos vampíricos, cruces invertidas, cadenas, y se vestía más oscuro que nadie y adoptaba poses de endemoniado sobre el escenario y terminó comprando en Italia un boleto de 500 euros para entrar a un concierto de Madonna, cogido de manos del ragazzo de turno, según te contó un amigo de Sergio que visitó Italia y se lo topó de casualidad por allá. Y de nuevo el Gena, Alexis Carralero, el hijo de puta más oportunista que hayas conocido en tu vida; ese fue el que ellos eligieron para dirigir el grupo.

—Un jabaito de trencitas, ¿no te acuerdas de él?

El melenudo se hunde en sus pensamientos. Titubea.

—Sí, yo recuerdo un jabaito, el del bajo ¿No?

—No, no, ese es Adolfo, el que yo digo es el otro jabaito, el de las trenzas.

El melenudo vuelve a reflexionar: sí, ya recuerdo quién es.

—Uno que tiene una guitarra Jackson roja ¿No? Bueno, con una así tocó la última vez que lo vi en vivo, hace una pila de años.

—Sí, es ese mismo—contesto—, el de la guitarra Jackson roja.

—Ah sí, ya recuerdo bien. Pero men, ¿ese tipo qué hizo de importante en el grupo, él compuso alguna canción o algo?

Pero a lo mejor todo comenzó a joderse cuando al Gena lo hicieron Asociado y no al resto del grupo; así fue escalando dentro de aquella institución que al principio te pareció tan seria, tan distinguida, hasta que sus interioridades se fueron revelando a medida que te adentraste en ella. ¿Recuerdas la primera vez que hablaste con Mariana, días después que tomó la presidencia, Alexis Carralero? Ahí fue cuando te diste cuenta que jamás ibas a ser tomado en serio.

—¿Él? Qué va, ese tipo nunca tuvo talento para componer, ni nada de eso — respondo—. El único talento que siempre tuvo fue el de agitar a la gente, de mandar y gobernar con su mala forma y su guapería de negro delincuente. No te voy a negar que sabía organizar los conciertos, cuadrar el audio, las luces y todo eso, la gente lo conocía y hasta lo respetaba. Yo creo que él para lo que de verdad servía era de representante del grupo, o como encargado de relaciones públicas, o como productor, no sé... de cualquier cosa menos de director del grupo.

Querías que la Asociación destinara un fondo para editar tu fanzine de Rock, que ellos se ocuparan de la impresión y tú de la edición, estúpido iluso. Le preguntaste al Gena por Mariana, y él te dijo: está allí, en su oficina, y tú llegaste allí, trémulo, respetuoso, avasallado por su belleza, por su manera de intelectual, de persona culta, y le planteaste tu idea, le enseñaste el borrador de lo que iba a ser el primer número, y ella te escuchaba atenta, con todos los sentidos auscultando tus gestos, tus palabras: calculándote, imbécil, estudiando tú psicología, midiéndote.

—¿Y era fula ese tipo como director?

—Era un tirano, un dictador, un déspota, un hijo de puta. El grupo entero tenía que hacer lo que él ordenaba, no había debate ni acuerdos entre nosotros: era lo que a él la daba la gana y como le daba la gana. No me quiero ni acordar de la cantidad de payasadas que tuvimos que hacer para que él lograra todas sus ambiciones; claro, eso no lo sabíamos porque él nos dormía con mil mierdas de

que había que marcar en la Asociación para ganarnos la limosna de ser asociados y esas cosas. Tanta mierda y lo que hicimos fue darle poder a él.

—¿Y cómo fue eso de hacer payasadas? Digo, si no hay problemas con que me cuenten eso.

Y tantas palabras, tantos argumentos que tuviste que exponer para al final ella decirte que la Asociación no podía costear un proyecto de ese tipo. Y te fuiste de su oficina desilusionado, consciente de que jamás ibas a poder editar el fanzine con ayuda de la Asociación ni ninguna institución del estado, Alexis Carralero; y era verdad porque al final tuviste que pedirle ayuda a un amigo español que sí costó la impresión, así fue como cumpliste tu sueño de editar un fanzine; pero en el momento en que Mariana te daba la respuesta tú pensaste que todo era culpa del período especial, del bloqueo yanqui, como mismo te dijo ella y después supiste la verdad, una verdad abrumadora, decepcionante. Qué distinto era aquella institución de lo que tú pensabas, Alexis Carralero; no era nada más que el caldo de cultivo perfecto donde cobró vigor la personalidad tenebrosa y miserable del Gena, quien por espacio de siete años desató una dictadura ominosa bajo el cargo de Representante de la Sección de Música.

—No, qué va, si hasta me siento aliviado de contar todo esto, así por lo menos alguien sabe lo que en realidad ha pasado. Qué te puedo decir, compadre; ná, que bajo sus órdenes teníamos que tocar en cuanta gala mierdera se le ocurriera a la Asociación.

¿Te imaginas un grupo de Black Metal tocando en una gala artística junto a sopranos, grupos de danza tradicional, cuartetos vocales, boleros...? Ese no es ambiente para una banda de Rock.

—Claro que no—contesta el melenudo.

—Lo que te cuente es poco; una vez tuvimos que montar una versión del tema “El Necio” de Silvio Rodríguez... tú sabes, esa que dice: yo me muero como viví y esas cosas... ¿Tú sabes para qué? Para tocarla en un Acto por el Aniversario del Ministerio del Interior, y el imbécil ese de Marticorena, el director de Cultura Provincial, se le ocurrió que la tocáramos también en la inauguración de las

Romerías de Mayo, qué vergüenza; nos vieron todos los rockeros de Holguín y la gente de los grupos de Rock que habían sido invitados a las Romerías; imagínate, los Ocanna de Pinar, los...

—¿Te enteraste lo de Ocanna?—me interrumpe el melenudo.

—Compadre, yo hace rato que estoy fuera de la escena. No he estado al tanto de lo que están haciendo los grupos que quedan. ¿Qué inventaron esta vez esa gente?

—Tú sabes que ellos después de meter tambores y brujería africana en la música se les ocurrió cantar sobre política, ¿no?

—Sí, pero eso no es nuevo. Ya ellos hace rato...

—Con esa gracia de hacer letras contra el bloqueo y sobre el imperialismo, y que si los terroristas esto y lo otro, se ganaron un viajecito al extranjero.

—Sí, yo lo sé. Ellos una vez fueron a Vene...

—Yo digo otro, hace unos meses se ganaron un viaje a México.

—¿Sí? Vaya, les sirvió de algo la babosería, ¿no? Por eso ellos...

—Se quedaron.

—¿Cómo?

—Que se quedaron.

—¡No puede ser!

—Pues sí puede ser.

—Pero si el Narra era de la Juventud Comunista y presidente de la Asociación en Pinar del Río y...

—Sí, pero se quedaron... todos.

Reflexiono. El melenudo estudia la expresión de mi rostro. Un torrente de ideas inconexas pasan por mi mente.

—A lo mejor algo parecido es lo que pretendía el Gena, por eso tanta guataquería, tanto usar el grupo para mendigar el puesto de proyecto de la Asociación y luego en el Centro de la Música.

—Men, aquí los grupos no tienen que hacer nada extraño para llegar a eso. Hay una pila que ya son de la Benny Moré, y les están pagando.

—Pero allá sí —contesto—. El Gena también nos decía: tenemos que marcar con los yetis para que nos hagan Asociados, tenemos que hacerle ver a Abel Marticorena y a la gente del Centro de la Música que pueden contar con nosotros para lo que sea.

Ustedes van a ver los resultados dentro de poco, no falta mucho para que nos aprueben y nos empiecen a pagar, y mil mierdas más.

—Si te pones a ver se cumplió lo que dijo el tipo, ¿no? A ustedes los llegaron a hacer asociados y después se hicieron profesionales. ¿No?

Pero lo único que logramos con seguir las órdenes del Gena fue darle más poder a él y convertirlo en una persona imprescindible para los directivos de la Asociación. Con el tiempo el Gena fue sacando a la luz lo más pútrido de su personalidad, porque en su oscura cosmovisión tenía como máxima el principio maquiavélico de que el fin justifica los medios. No importaba a quién tuviera que pisotear, engañar, manipular, robar, humillar, o lo que fuese, para lograr el máximo objetivo de su vida: tener poder y dinero.

—Sí, verdad que nos hicieron Asociados. Ser proyecto de la Asociación es el trampolín para ascender al Centro de la Música, conseguir una audición; pero eso ocurrió después que me fui del grupo.

—Men, te pusiste fatal.

—¿Qué me puse fatal? Qué va, tú dirás que me salvé. Si yo hubiera seguido en Faustus a estas alturas estuviera tocando la Guantanamera o canciones de la Década Prodigiosa.

Levanto la copa de helado y bebo el resto. Frente a mí tengo una verdadera colección de copas y fuentes vacías. Me siento satisfecho.

—Vámonos—dice el melenudo.

En cuanto salimos a la calle nos percatamos que algo estaba sucediendo. Un murmullo generalizado, una conmoción que rompe la armonía de la ciudad. Muchas personas se dirigen Rampa abajo, algunas corren. Al principio no nos percatamos de lo que realmente sucede hasta que el melenudo se acerca a un

hombre mayor que está parado en la esquina de 23 y L, con la mirada puesta en el movimiento de la gente.

—Puro, ¿qué es lo que está pasando?

—Mira—responde el hombre señalando el cielo.

Ambos nos fijamos en la lejanía. Alto, ascendiendo al cielo como una serpiente difusa, tejiendo espirales fantasmagóricas, vemos un humo negro. Parece que es un incendio, añade el hombre

Cruzamos L y nos lazamos Rampa abajo. Avanzamos rápido, casi corriendo, y dejamos atrás M, N, y O, observando frente a nosotros, a nuestro lado y al otro extremo de la calle, a personas que se acercan, caminan, trotan, o corren hacia el lugar del siniestro.

A medida que avanzamos el humo se hace más explícito y ya se escucha el crepitar de las llamas. Grandes lenguas de fuego lamen un edificio enclavado en la intersección de 23 y la Calzada de Infanta, frente al Malecón, pero desde nuestra posición solo vemos el lateral que da a 23.

Algunos cristales comienzan a reventar por la temperatura, los fragmentos van a dar al medio de la calle. Las cenizas vuelan por todas partes, cayendo sobre la ropa de todos nosotros. La gente viene de cualquier dirección: del Malecón, de 23, de las calles aledañas. La policía aparece, hacen retroceder a los incautos que casi se ponen al alcance de las cenizas ardientes que caen mucho más cerca del lugar de donde provienen.

Un sonido comienza a crecer desde la altura de 23, un ulular incesante que se hace casi imposible de soportar cuando el camión de bomberos se detiene frente a nosotros.

Varios hombres de rojo se lanzan hacia el asfalto y se mueven de manera coreográfica, desplegando mangueras, utensilios y herramientas. Un negro gordo y de pequeña estatura ladra órdenes sin mirar ni una sola vez a la turba de curiosos que se halla ante ellos. La escalera es izada y el jefe, por primera vez desde que puso un pie en la calle, levanta la cabeza hacia las llamas y las mira

con ojos profesionales. En las últimas plantas del edificio el gigante ruge y escupe cenizas y humo hacia el cielo corrompido.

La escalera del carro de bombero, ya lista, es colocada en la pared de un edificio aledaño al que arde. Observo que no alcanza la cúspide, pero los bomberos comienzan a halar unas sogas y del interior de la escalera se va desplegando otra de menos anchura.

Cuando ésta alcanza la azotea del edificio, uno de los bomberos sube por ella con gran agilidad. Al llegar a unas ventanas de cristal, el hombre extrae del cesto la piqueta y astilla los cristales con la misma sobriedad de una masa de demolición. El bombero se introduce por la brecha que ha abierto y desde allí hace una seña. El resto de los bomberos se aprestan a subir.

Una interrogante surge en el tumulto: ¿para qué va a entrar por ahí si ese no es el edificio que se está quemando? A lo mejor desde ese edificio piensan apagar el incendio, me dice el melenudo.

Algo explota en la cúspide de la edificación incendiada y una hinchazón de llamas lanza cenizas, restos semicarbonizados y fragmentos de cristales a la calle. Algunos caen cerca de los curiosos. Una burbuja de humo asciende al cielo como una oscura y ondulante anémona. La aglomeración es tan grande que el melenudo y yo casi no podemos ver la maniobra de los bomberos. La policía hace retroceder a la gente, y parte de la masa compacta casi es arrojada al suelo en el frenesí de la retirada.

—Vámonos de aquí —le digo al melenudo—, desde el Malecón podemos ver mejor lo que está pasando.

Nos abrimos paso entre la gente y logramos llegar a la fuente de la Juventud.

Vigilamos el tránsito, llegamos al contén que divide la avenida del Malecón, frente a 23, y allí nos damos vuelta por un instante para ver el incendio desde otra perspectiva: un segundo camión se había estacionado en la Calzada de Infanta y varios hombres de rojo, armados de mangueras, tratan de apagar el fuego desde la base. En 23, los hombres del primer camión han amarrado la boca de la

manguera con una gruesa soga y la están izando desde la ventana, abierta a golpe de hachuela.

Seguimos camino, cruzamos lo que resta de la avenida y llegamos al Malecón. Allí me percató que el sol se ha atenuado: un cúmulo de nubes está cubriendo el cielo. El calor es concentrado, sucio, un calor de agua, pienso, es muy probable que llueva. Sí, cómo no lo había pensado antes. Nos sentamos en el muro del Malecón y observamos, mudos, el incendio y el esfuerzo de los bomberos en apagarlo. El concreto del Malecón arde. Las olas a nuestras espaldas se suicidan, lanzándose contra las rocas. No hace brisa alguna. El aire está amelcochado, convertido en una melaza ardiente que altera los sentidos.

—Men, espérame aquí —dice el melenudo—, voy a buscar una botella de ron.

—Está bien —¿ron, con el calor que hace?, pienso—, yo voy a estar aquí, no te preocupes.

El Melenudo se lanza a la acera, vuelve a cruzar la avenida, en dirección a 23, pero al llegar a la fuente se desvía a la derecha. Vuelvo a observar el incendio. Los bomberos tienen controlada parte de las llamas, pero en lo alto del edificio el fuego es feroz, Alexis Carralero, como el que soñabas desatar en el local de ensayo de Faustus, en el maldito Club Atlético, cuando pasabas por allí y los escuchabas ensayar los temas que habías compuesto con tanto sacrificio y de los que al final se aprovechó el Gena, proclamándose autor de los mismos. Pero no sólo soñaste con un incendio, imbécil; imaginaste también una bomba puesta allí, en secreto, y que lo reventara todo; o tú armado de una pistola con silenciador, ultimando al maldito y al fámulo de Miki con un certero disparo entre los ojos; o mejor, parapetado en una de las azoteas colindantes con el Club Atlético con un fusil de mira telescópica y silenciador, apuntándole al hijo de puta en la cabeza cuando éste estuviera tocando con Faustus en alguna peña o en el festival, o en cualquier concierto, por el motivo que sea, qué carajos, el asunto es que estuviera en la mira... luego el disparo y el Gena desplomándose, felizmente cayendo sin vida sobre el escenario donde dejaría una horrible mancha negra, como recuerdo de su inmundicia de orco, mancillando el concreto; y tú luego desarmando

con calma el fusil para colocarlo dentro de un estuche de guitarra, y alejarte de allí con la parsimonia y elegancia de un asesino profesional. Sí, estúpido, lo soñaste mil veces, y con el tiempo pensaste en otras opciones más factibles, más reales, otras maneras de matar al Gena, vengarte en serio, en la vida real; mancharte de su sangre para lavar la afrenta: pero siempre te frenó el miedo a la ley, al ojo que siempre te observa; a la acusación, el juicio, la cárcel, los sicarios, tu virginidad anal, Alexis Carralero. Ah, pero la vida te dio la satisfacción de llegar a viejo sin arrastrar, hasta el fin de tus días, con la humillación de ver prosperar sin límites a tu mayor enemigo a costa de tus esfuerzos. Porque nunca te atreviste, Alexis Carralero, pero alguien, la persona que ojalá pudieras conocer algún día, para lanzarte a sus pies y agradecerle su acto de misericordia, tomó en sus manos la justicia que ansiabas esgrimir. ¿Quién sería ese héroe, ese vengador anónimo que fue más valiente que tú, Alexis Carralero? ¿Lo sabrás algún día?

XX

Se le había incrustado aquella idea en la mente a pesar de la indignación que le produjeron los comentarios del Mosque: acusaciones basadas en una historia que él no quiso creer de inmediato. Luego de la airada discusión —el Mosque tuvo que bajar la cabeza ante su irrupción de ira— la duda había comenzado a carcomerlo por dentro.

¿Será verdad?, se preguntó. Y es verdad, te lo juro, le había dicho el Mosque en aquella ocasión, y si no me crees pregúntale a Yanelis, es verdad que ella y yo ya no nos llevamos bien, pero no me dejará mentir. Sin embargo, el Lucifer no quiso creer que el causante de los últimos acontecimientos acaecidos en el Club Atlético fuera la misma persona que mencionara el Mosque. Asere, mira, ¿tú sabes cuál es la prueba irrefutable de que te estoy diciendo la verdad?, había comenzado a decir aquél ante la reacción del Lucifer, ¿tú sabes por qué te lo puedo decir con tanta seguridad? ¿eh?—la voz altísona, los gestos desafiantes a pesar del temor que ya estaba sintiendo por la ira del Lucifer—. ¿Tú no recuerdas lo del disco de Brujería que le llegó a Yanelis de México, eh? “Sí”, reflexionó el Lucifer en la oscuridad de su escondite, “cómo no me voy a acordar de aquello” Aquel disco, la más reciente producción de aquella banda mexicana, cuyos integrantes se mantenían en un obvio anonimato, traía un tema que era una bomba. ¿Te acuerdas?, había proseguido el Mosque, ¿y no te acuerdas también que apenas le llegó fue directo al Caligari, en la peña, a ponérselo al Gena? Tú te debes acordar bien de aquello, nosotros, tú y yo, estábamos allí...

—Asere, pon eso ahí un momentito, corre —dijo Yanelis irrumpiendo abruptamente en el pequeño cuarto que fungía como cabina de audio—. Ni te imaginas el tema de pinga que viene ahí.

El Mosque y el Vara se miraron sorprendidos. El Lucifer la miró de arriba abajo con extrañeza. El Gena, luego de titubear, tomó el CD que Yanelis le extendía. “Brujería”, leyó en grandes letras grabadas a gruesos trazos de marcador en la cara superior del disco; “Brujerismo”, leyó más abajo, escrito en letras más pequeñas.

—¿Para qué tú traes eso aquí si tú sabes que a mí Brujería no me cuadra?—dijo el Gena, mirando el disco—. Aquí una vez me trajeron el “Matando güeros” y no me gustó ni un poquito así —añadió.

—Pero éste sí está vola’o —respondió Yanelis, visiblemente excitada—. Ahí viene un tema de pinga hablando de... —representó con la mano una barba imaginaria en el lampiño remate de su quijada.

El Gena dudó unos segundos. Con gesto cansado tomó una discman de encima de la consola, colocó el disco en su interior y tomó unos audífonos que colgaban de un clavo. Cuando todo estuvo listo se dirigió a Yanelis:

—¿Qué tema es?

—El octavo—respondió ella.

Con movimientos precisos programó la canción y comenzó a escucharla en silencio. Su semblante se fue endureciendo, cobrando austeridad a medida que pasaban los segundos. Los demás estaban alertas ante cada detalle de los zumbidos que escapaban al exterior, proveniente de los audífonos. Se removían inquietos, las miradas clavadas en el rostro simiesco del Gena

—Esto está de madre—dijo de pronto el Gena, mirando a Yanelis.

—Pon eso en el audio, para oírlo todos—graznó el Lucifer.

—Ni loco que yo estuviera —respondió el Gena—, puedo perder la pincha por esto.

¿Y qué?, respondió el Lucifer, sí, allí estábamos todos nosotros, no sé, una pila de gente, el Vara, Yanelis, el Gena, tú y yo y ya, más nadie, eso no prueba nada.

¿Qué no?, saltó el Mosque, eso prueba que entre todos los que estábamos allí hay uno que es chiva de la Seguridad. Estás hablando mierda, espetó el Lucifer. ¿Sí, tú crees? ¿Tú sabes cómo fue que me enteré de eso? Fue en casa de la Flaca, la mujer del Bosco...

—Yo a ti te conozco, ¿tú no eres al que le dicen el Mosque?

Había saludado a todos con rapidez. Al entrar advirtió la presencia de un hombre cuarentón, de ralos cabellos, cortados a cepillo, y ojos de un verde intenso.

Inmediatamente lo asoció con uno de los tantos amigos que tenía el padre de la Flaca y que frecuentaban diariamente la casa.

—Sí —contestó el Mosque—. ¿De dónde tú me conoces?

—Tú no te acuerdas de mí pero yo estudié contigo en la secundaria.

—¿Sí, en la secundaria?

—En la Martí —remató el individuo.

El Mosque no quería proseguir con la conversación, el sólo escuchar el nombre de aquella escuela le traía recuerdos nada halagadores. No quería que aquel tipo, por medio de la conversación, sacara a relucir aspectos turbulentos de aquella época. Tenía que quitárselo de encima de alguna forma.

—Flaca—dijo, en dirección al cuarto donde la vio penetrar minutos antes—, ¿y el Bosco?

—Salió—contestó la madre de la flaca desde la cocina.

—¿Tú sigues en el grupo de Rock?—interrumpió el desconocido.

—¿Qué?—contestó el Mosque.

—Fue a casa de Marcos—dijo la flaca, saliendo del cuarto—, ya tú sabes, a jugar con el Playstation.

—¿No se llama Fausto o algo así tu grupo?—prosiguió el desconocido sin dejar de observarlo con una impávida e insidiosa mirada de lince.

—Algo así —respondió, incómodo,

—¿Y ustedes no tienen una representante que se llama Yanelis?

—Sí —el Mosque se sorprendió—... ¿la conoce?

—Mosque—interrumpió la Flaca.

—Ella es psicóloga, ¿no? —prosiguió el desconocido—, trabaja en el Centro de Atención a la Familia, ¿me equivoco?

—Mosque—insidió la Flaca—, ¿quieres ver los gaticos que parió mi gata?

Pero la flaca no me había sacado de allí para enseñarme la gata, Lucifer, ni tampoco los gaticos ni un carajo, prosiguió el Mosque, lo que quería era alejarme de aquel tipo, quitármelo de encima y llevarme pa' fuera de la casa, donde él ni nadie oyera lo que tenía que decirme...

—Escucha, ese hombre es amigo de mi papá—comenzó a decirle la Flaca, casi en un susurro—y trabaja en el D.T.I, el tipo lo sabe todo de ustedes, el grupo, y Yanelis.

El Mosque sintió un vacío bajo sus pies, la sangre comenzó a golpearle en las sienes.

—¿De... del D.T.I?—atinó a decir.

—Del D.T.I, Mosque, nada más y nada menos que del D.T.I —la flaca hizo una pausa. El Mosque comenzó a inquietarse—. ¿Y tú sabes lo que le dijo hace un ratito a mi papá?—añadió.

Y fíjate, pa' que tú veas que lo que te digo es verdad, el tipo le había dicho al puro de la Flaca que tenía información de que la representante del grupo de un amigo de su hija, tú sabes, yo ¿no?, que a ella le llegó un disco del extranjero con una canción contrarrevolucionaria...

—¡No! ¿él... él... él sabe lo del disco?—el Mosque palideció—, ¿y cómo él...?

—No sé de qué manera, tú sabrás —respondió la Flaca—, yo no sé qué disco es ese...

—Muchacha, un disco ahí que le llegó de México con una canción fula, pero fula de verdad. La letra de la canción es sobre —dibujó una barba imaginaria con una mano—.... Ella, apenas le llegó el disco, se fue pal Caligari para ponerlo en la peña, fíjate si es loca; allí estábamos el Lucifer, el Vara, el Gena y...

—¿El Gena?—exclamó la flaca. Al percibir que había levantado la voz se tapó la boca con la mano.

—¿Qué el Gena qué? ¿Qué pasó con él?

—Nada, nada...

—¿Cómo que nada? Si sabes algo dímelo.

—Nada, nada, sólo chismes, yo no quiero tener que ver nada con eso.

¿Comprendes, asere?, concluyó el Mosque. El Lucifer lo miraba con el rostro severo. Lo que dicen por ahí debe ser verdad, Lucifer, prosiguió el Mosque, te apuesto lo que tú quieras que el Gena chivateó lo del disco de Brujería, ¿quién otro podía ser? ¿El Vara, tú, yo? Tiene que haber sido él; y pensar que Yanelis confía ciegamente en ese tipo, fíjate que cuando le llegó el disco fue directo a enseñárselo; ni a ti, ni a mí, ni a más nadie más, al Gena en primer lugar. El Lucifer se mantenía en silencio; cavilaba, la duda hacía mella en él. No, pero, espérate un momento, dijo, tras pensar unos minutos, Dime una cosa, ¿y por qué Yanelis está en la calle y no presa? ¿Qué pasó con el tipo ese?

—Hay que avisarle a Yanelis—dijo el Mosque de pronto—, hay que avisarle antes que le hagan un registro y le cojan el disco en la casa.

—Sí, sí —contestó la Flaca—, vamos a ir mañana a su casa a avisarle.

—No—saltó el Mosque—, mañana no, esta misma noche.

La Flaca asintió:

—Sí, claro, vamos a ir a su casa ésta noche. ¿A las ocho te parece bien?

—Sí, sí, a esa misma hora; es más, que ahora mismo me voy para estar listo a las siete y media y venir a buscarte.

Le salvamos la vida, prosiguió el Mosque, fuimos a su casa y le contamos todo; se lo dijimos clarito, sin ocultarle nada: que el Gena la había chivateado con lo del disco y la policía estaba a punto de caer por su casa a hacerle un registro, que viera qué clase de tipo era aquel que ella y una pila de gente pensaban que era un tipo empinga'o, el duro, el líder de los rockeros aquí, en Holguín, por eso de la peñita que él inventó y que tanto le agradecen, y aquí nadie sabe que él lo que ha hecho es reunir a todos los rockeros en un lugarcito para que la fiana los pueda fichar con lujos de detalles, ¿y tú crees que ella me hacía caso? La muy estúpida no quería deshacerse del disco.

—No, no, qué va, ni muerta voy a romper este disco tan vola'o —respondió

Yanelis—, esto es un recuerdo de mi socio mexicano.

—Pero no seas bruta, maldita sea—el Mosque no podía ocultar la desesperación que le causaba la actitud de Yanelis—. ¿Tú no te acabas de dar cuenta que estás metida en un lío, que la seguridad te puede meter en To' el Mundo Canta si te halla ese disco aquí, en tu casa?

Increíble, asere, exclamó el Mosque, Yanelis estaba a punto de meterse en un lío gordo y todavía no quería deshacerse del disco ese de Brujería, ¿lo puedes creer? El Lucifer negó con la cabeza, cavilaba, por sus ojos cruzó un relámpago de furor. De madre, asere, prosiguió el Mosque al ver las intenciones del Lucifer de contrariarlo, si eso me hubiera pasado a mí yo hubiera hecho desaparecer ese disco al momento. El Lucifer volvió a negar con la cabeza. No, dijo, eso no es así, qué coño, Yanelis no tiene la culpa que le hayan mandado ese disco, en todo caso la culpa es del mexicano ese.

—La culpa es del mexicano, que fue quien me lo mandó —refutó Yanelis—, yo sólo le dije por carta: mándame discos de metal extremo, y él me mandó el Obituary, los dos Broken Hope, el Carcass que te presté y éste, de Brujería.

¿Cómo se te ocurre, Lucifer?, respondió el Mosque, ¿cómo te pasa por la cabeza? Eso es lo mismo que te regalen droga y te la cojan en la casa. El Lucifer reflexionaba con el semblante torvo. ¿No es verdad?, prosiguió el Mosque, ¿no te rompen igual, eh? Eso mismo yo le dije a Yanelis, que se quitara esa idea loca en la cabeza y botara el disco.

—¡Coño! —Yanelis pateó el suelo con furia, miró el disco como si se tratase de un bebé, en sus ojos asomaban las lágrimas— ¡De pinga, coño, tener que deshacerme de éste disco tan vola'o!

—Pero Yanelis, comprende—dijo la Flaca—, es por tu bien, piensa lo que pasaría si te registran y te cogen con eso.

—Bueno, sí, ni lo digas—susurró Yanelis—, el puro me mataría, se muere si ve a la policía aquí.

—No, y es capaz que hasta pierdas el título —añadió el Mosque—. ¿Has pensado en eso?

—Sí, claro que puede ser posible —apoyó la Flaca—, ahí sí es capaz que nunca puedas volver a trabajar de psicóloga.

—No había pensado en eso—respondió Yanelis con voz estrangulada.

—Tú sabes cómo es eso —dijo el Mosque, mucho más tranquilo—, aquí todo el mundo, y más los profesionales, tienen que andar al hilo, estar subordinados al gobierno, y ellos no van a permitir que una psicóloga tenga propaganda contrarrevolucionaria en la casa, y más tú que trabajas con adolescentes.

—¡Sí, ya, ya, no me digan más nada! —estalló Yanelis. Se levantó y avanzó, resuelta, hacia la cocina. Por el trayecto iba rompiendo el disco.

Y botó los pedazos en un latón de basura que tiene en la cocina, puntualizó el Mosque, le dije que de todas formas botara todo eso en la basura de afuera del edificio. Gracias a que rompió el disco fue que se salvó, si no llega a ser por mí —ensanchó el pecho—... por la Flaca y yo —rectificó—a esta hora ya ella estuviera en Todo el Mundo Canta.

El Lucifer se encerró en un expectante mutismo, sus manos huesudas se crispaban. El Mosque no quiso añadir nada más, cualquier insignificante gesto de vehemencia podía originar pérdida de verosimilitud en su relato; también podía ocurrir que el Lucifer, esgrimiendo el veraz argumento de la rivalidad que en esos momentos existía entre él y el Gena, tratara de echar por tierra su historia, acusándolo de chismoso y calumniador, de querer usar cualquier mentira para desprestigiar a su enemigo. El Mosque se estremeció. ¿Y si al Lucifer se le ocurre irle con la historia al Gena?, pensaba, si lo hace el Gena me muele a palos, o a lo mejor no, puede ser que lo que haga es arreciar la guerra fría que tiene en mi contra desde que se enteró que yo estaba haciendo un grupo nuevo. ¿Tiene miedo que le pasemos el pie a Faustus? Y peor, si él se entera que ya se sabe algo de sus relaciones con el D.T.I entonces de seguro refina su *modus operandi* y no va a haber Dios quién lo coja con la mano en la masa, eso no conviene.

El Mosque rememoró una a una las habladurías que habían llegado hasta él: que si todos los rockeros que iban a las peñas y los conciertos que se efectuaban en el Caligari y el Club Atlético estaban siendo fichados y fotografiados en secreto

por agentes de la Seguridad infiltrados en las filas rockeras, que si todo eso estaba siendo compilado en los voluminosos y bien informados archivos del D.T.I., que si el agente infiltrado en el ambiente era el tipo que todos menos sospechaban, que si la recogida que hizo la fiana aquel día, me salvé de milagro, en el Club Atlético de la gente que tenían droga era un chivatazo de alguien que va todos los días a las peñas, que si la Checa, Miriam, Yadira Escorpión y Gladis la Tortillera habían caído presas con una acusación de prostitución por un chivatazo proveniente del Club Atlético, que si a Marita y a Flavia, tan volás que son esas friquis, las cogieron en aquel negocio de las fotos porno en el bar “El Coctelito” por otro chivatazo venido del Club Atlético y mil mierdas más, coño, y ahora este chisme del Mosque, reflexionaba el Lucifer mientras se dirigía a su casa, ¿el Gena, el Gena chivato? No. No puede ser, eso es chisme del comemierda del Mosque que está herido con las cosas que le ha hecho el Gena, qué cojones, se lo merece ahora por chismoso. El Gena le quitó su lugar en el grupo, por eso mismo seguro que ahora está hablando, inventando mierdas de él; un envidioso es lo que es, un envidioso y un pendejo que no se atrevió a reclamarle de hombre a hombre cuando el Gena hizo eso y cuando se cogió para él la autoría de la canción del Mosque. ¿El Gena chivato? ¿Un tipo guapo y hombre como él, rockero desde hace una pila de años? No, qué va, yo tenía que haberle partido lacara al Mosque por haber hablado mierda de él delante de mí...

—Chi-va-to—recalcó el Mosque—, el tipo es chivato.

—No hables mierda—el Lucifer le lanzó una mirada de furor—, y ya, no te quiero oír más hablar de esa mierda.

—Asere —el Mosque edulcoró el tono de su voz—, yo no estoy diciéndote mentira, te lo juro por mi madre.

—Cállate la boca que ya me estás empingando.

—Pregúntale a Yanelis, compadre, pregúntale, ella te va a contar cómo fue la cosa.

—Ya, cállate la boca, maricón, si no quieres que te despingue la cabeza.

El Mosque enmudeció.

—Yo no sé para qué coño tú te pones a hablar —prosiguió el Lucifer—, si tú eres tremendo pendejo, no te atreves a darle el frente al Gena, pero sí te atreves a hablar mierda por detrás.

El Mosque adoptó una postura de inconformidad, no se atrevía a mirar al Lucifer.

—Y no sigas hablando más mierda, te lo aconsejo, si no quieres terminar mal.

El Mosque se hallaba quieto, inerte, esperando a que terminase el vendaval que se estaba desatando sobre él.

—Y me voy, vaya, pa' no tener que despingarte la cabeza por habla mierda que eres—culminó el Lucifer antes de dar la vuelta y marcharse.

Pero a pesar de no querer dar crédito a la historia del Mosque y de haber tratado de espantar de su cabeza la idea de que fuese el Gena el misterioso y resbaladizo agente encubierto del D.T.I, causante de tantos traspiés, detenciones e inseguridad en la masa rockera del terruño de San Isidoro de Holguín, el Mosque ya había dejado clavada una espina en su corazón.

¿Será verdad?, reflexionaba el Lucifer al salir del Club Atlético, no debe ser por gusto esos rumores de que eso de la pornografía que le cogieron a Chuchi en la computadora, el negocio de la venta de ron del Ruso en las peñas, el asunto ese del yuma al que Ramiro Neutrón, el Muñequito y Boris cayeron a golpes, pa' robarle, y de lo de la...

Ahora, oculto en las sombras de aquel parque escasamente bifurcado por débiles franjas de luz provenientes del edificio Doce Plantas, el Lucifer sentía que esa noche iba a ser de revelaciones, la tan esperada oportunidad después de un mes de seguimiento a hurtadillas, de auscultar cada detalle, gestos y movimientos del Gena—del Club Atlético al parque Calixto García, del parque a la casa, de la casa al Caligari, del Caligari al parque, del parque a la casa, de la casa a casa de Lianet, su más reciente relación.

Estaba casi al borde de abandonar la investigación que—según pensaba— le hizo perder tanto tiempo, cuando de súbito el Gena alteró su ruta acostumbrada y, luego de pasar un rato en el parque Calixto, conversando con amigos y acólitos, se dirigió hacia su casa; pero, casi llegando, se desvió hacia el Hospital Lenin,

luego hacia el Doce Plantas y terminó sentado en uno de los bancos del oscuro parque adyacente al edificio.

El Lucifer volvió a sentir en su pecho el aguijón de la incertidumbre, nuevamente las palabras del Mosque comenzaron a resonarle en los oídos. Miró la silueta que se recortaba a lo lejos, en el banco. ¿Qué estará haciendo éste aquí?, pensaba, ¿un talle con alguna jeva? No, qué va, ya estuviera acompañado... al menos que ella lo haya dejado embarcado o todavía no haya aparecido, no sé. La desconfianza lo iba envolviendo lentamente a medida que trataba de detallar la solitaria silueta, mucho más oscura que las sombras circundantes; no podía explicarse qué hacía el Gena allí.

De súbito la figura de un hombre apareció en el edificio, por el segundo paso de escalera. El desconocido se acercó al parque a grandes zancadas, presto, solícito, en línea recta hacia donde se hallaba el Gena. No puede ser verdad, se dijo el Lucifer. La sombra se sentó al lado del Gena, lo saludó efusivamente y comenzó a hablar.

Hasta el Lucifer solo llegaban jirones de palabras, distorsionadas por el viento y la distancia. La duda lo estaba torturando, hacía crecer en él una incómoda desesperación. ¿Tendré que acercarme más para ver con quién coño está conversando?, se preguntaba.

Se le ocurrió que podía reptar por todo el parque hasta que estuviera cerca del banco y así poder escucharlos. Necesitaba pruebas, demostrarle al Mosque que todo lo que le había dicho del Gena eran calumnias. El Gena era un friqui probado, un hombre a todas, un tipo guapo; ¿cómo podía ser el culpable de que metieran presos a tantos rockeros?

El Lucifer sólo podía ver la silueta de ambos, recortados en la oscuridad, escasamente atisbadas en la profunda negrura por sus leves movimientos. Al rato, el coloquio se hizo más ameno a pesar de que sólo le llegaban susurros. Airado, el Lucifer crispó los puños, su desesperación iba en aumento, llevaba allí más de una hora y no había podido sacar nada en claro.

Inesperadamente, el hombre se levantó, dijo unas palabras, al parecer a modo de conclusión, le dio un apretón de manos al Gena y echó a andar, atravesando el parque por el lado contrario de donde vino.

El Lucifer se percató que el desconocido iba a salir a la calle Carbó, su corazón dio un vuelco. Si tomaba el rumbo de la Carretera Central iba a pasar por al lado de él, lo descubriría; al hombre solo le bastaría unos minutos para pasar muy cerca de donde él se encontraba.

El hombre torció a la derecha y el Lucifer retrocedió instintivamente, buscando un parapeto. Miró a su espalda, había unos latones de basura que podían ocultarlo y se dirigió hacia allí. El Lucifer pensaba mantenerse oculto hasta que pasase el desconocido, pero una idea brotó de su mente. Con el sigilo de un leopardo se asomó por entre los tanques, la posición no podía ser mejor, desde ahí iba a tener la oportunidad de ver, aunque en escasos segundos, el rostro del desconocido.

Y fue entonces cuando sintió que el corazón se le quería salir del pecho. Tenía un susto de muerte. La fugaz visión del rostro del desconocido le había disparado la adrenalina. Sin pensarlo dos veces retrocedió hasta la pared del Combinado que se encontraba a solo un metro de distancia, lo atravesó y llegó a posicionarse detrás de la estructura ferrosa de una guarapera. Pronto vería nuevamente su rostro y corroboraría su sospecha.

Cuando volvió a verlo le vinieron a la mente recuerdos nefastos. Las dudas se le dispararon al instante, un vapor de iracundia inyectó sus órbitas de sangre. Los pies lo llevaron, como presa de la hipnosis, de regreso al parque. Ya no le importaba ocultarse.

Atravesó de prisa aquel territorio salpicado de árboles, ávido por llegar a donde estaba el Gena. Se hallaba preso de la ira, pues ya tenía en sus manos la evidencia que necesitaba para saber que era cierto lo que le había dicho el Mosque; la tuvo en el momento en que vio el rostro del desconocido y reconoció en él al oficial de D.T.I que una vez lo interrogó por ser sospechoso, junto a

muchos más, del asesinato de aquella muchacha llamada Yolanda, la cual él había llegado a conocer muy bien.

El Lucifer tenía los ojos clavados en la figura del Gena, y era como si lo viera por primera vez, como si un viento feroz le hubiese arrancado la máscara a aquel engendro dañino, a aquel cáncer que estaba destruyendo su mundo, el único ambiente donde se sentía a gusto, lejos de los problemas de la casa, de la vigilancia del jefe de sector, de las miradas torvas del barrio que lo consideraban un delincuente, un antisocial. En el ambiente él se sentía persona, un rey, el Lucifer en Holguín, el friqui más guapo de todos, y ahora aquel astuto y deshonorable Judas de porquería estaba desangrando el ambiente, destruyendo su mundo con su lengua bífida de chivato traidor.

El Lucifer apuró el paso. Avanzaba rápida y resueltamente hacia su objetivo. Entornó los párpados, apretó los dientes; su mano diestra se deslizó hacia el bolsillo trasero del jean. Un relámpago cruzó por sus ojos.

XXI

—Date un buche, men.

El melenudo me extiende una botella de Habana Club. La miro estupefacto: el sello inviolado, la elegante etiqueta; pero también me llama la atención la seriedad insólitamente austera de su rostro. De golpe caigo en cuenta que, desde que nos conocimos y empezamos a tener una conversación, todas sus palabras traen un barniz de admiración y respeto controlados.

—¿Habana Club, compadre?—tomo la botella, la admiro—. Yo pensaba que te ibas a parecer con un kini, en serio.

—Te sorprendiste ¿No?—el melenudo sonríe fugazmente—. Anda ábrela.

—¿La abro?—observo la etiqueta—. Habana Club —leo en voz alta—, qué bien —*Cuban goverment 's warrantly for cuban rum*, leo en silencio. Sonrío—. Te voy a decir una cosa; yo no estaba muy embullado con esto de tomar ron, por el calor que está haciendo —me sacudo el pulóver—, pero con esto sí que se embulla cualquiera. Habana Club.

—La ocasión lo merece, men; quién sabe, a lo mejor esta es la última vez que nos vamos a ver.

No puedo evitar que se me escape una expresión de sorpresa. Recuerdo de golpe el plan emancipador que ha hecho dirigir mis pasos hasta esta ciudad, como si él supiera, o lo sospechara, pienso, y sonrío por la yuxtaposición de mis ideas.

—Sí —le contesto, esta vez pensativo, tal vez triste—. A lo mejor no volveremos a vernos nunca más.

Sujeto la botella bajo el brazo y agarro la tapa con fuerza, el sello cruje bajo mi mano. Un trago para los santos, me dice el melenudo. Le lanzo una mirada de reproche.

—¿A qué santo?—contestó—. Eso es una costumbre ridícula. Que yo sepa quién está allá abajo es el diablo y no los santos. ¿Para qué entonces uno va a cometer el crimen de botar el ron en el suelo? Es más factible tirarlo pa' arriba, al cielo; allá sí deben estar los santos.

El melenudo sonríe y mira, curioso, cómo me doy el trago impío. Luego alarga la mano y toma la botella: déjame probar, me dice. Se da un trago. Habana Club, esto sí es la calidad, añade después que la serpiente de fuego se ha deslizado por su garganta.

—Men, escucha —me dice, poniéndole la tapa a la botella, la mirada fija en el suelo—. Se me ocurrió una cosa cuando andaba comprando la botella—hace una pausa, titubea—. ¿Qué tú crees si nos vamos pa' la casa de un socio ahí y allí nos echamos la Habana Club oyendo música? El socio tiene una colección buena, te lo aseguro.

—¿Música?—reflexiono. Ahora soy yo el que mira el suelo—. ¿Música?—reitero.

—Sí, men. No estaría mal un poco de música, para despejar el gorrión. Música, men.

—Bueno, sí —contesto—. No estaría mal un poco de música. ¿Y es lejos?

Minutos después nos dirigimos al oeste, a lo largo del Malecón. A nuestra izquierda vemos la fantasmal oficina de Intereses de Norteamérica. La observo rápida pero detalladamente: sus cristales rutilantes, las puertas cerradas, los autos flamantes parqueados a cierta distancia de la entrada; la inmovilidad, el silencio de sepulcro, la ausencia de señales de vida, de actividad; la sensación de estar observando a un gigante dormido en medio de la avenida, dispuesto a erguirse, amenazante, en el momento menos esperado. A su alrededor hombres de verde tratan de emular con la inmovilidad y el austero mutismo de la construcción.

—Entonces es el fin de Faustus, ¿no?

—¿Cómo?—me vuelvo sorprendido hacia el melenudo, esquivo una grieta de la acera.

—Faustus, men. Ya el grupo está jodido ¿No?

No respondo. En mi mente se reflejan las últimas imágenes del incendio en 23 que estuvimos observando antes de echar a andar Malecón arriba. Como Faustus, pienso, no hizo falta bomba, ni pistola con silenciador, ni fusil de mira telescópica; ellos mismos se mataron, se destruyeron; ellos mismos se convirtieron en cenizas. Saboreo la visión del incendio de 23. Como si estuviera viendo el fin de Faustus, pienso. Los restos carbonizados, la columna de humo, el tizne en las paredes, lamidas por el fuego; los bomberos todavía lanzando agua sobre la estructura dañada, a pesar del fuego ya estar extinto. Demasiado tarde, pienso, demasiado tarde para salvarte, Faustus, porque ya estás muerto para siempre y nadie te va a poder resucitar.

—Eso parece—contesto.

Hacemos silencio. La mole fantasma queda atrás y ahora avanzamos por el tramo más solitario y triste del Malecón. El sol se ha escondido definitivamente y un colchón oscuro de esporádicos resplandores y estropicios cubre todo el cielo.

—Como un virus—suelto.

—¿Cómo qué?—el melenudo me mira, estupefacto.

—Nada —contesto. La turbación hace zozobrar mis pasos. . . ¿o las grietas en la acera?, pienso—. Nada—reitero.

Sí, como un virus, pienso, como un germen maligno que se desarrolla, alimentándose de las circunstancias, del caldo de cultivo de turno. Como él, un germen como él, pienso. Como el maldito hijo de puta, eso es lo que piensas, un virus engendrado por ti, estúpido; porque tú fuiste su creador, el que le diste forma y vida, el que lo alimentó con tu estupidez y tu falta de carácter, y luego lo dejaste libre, ya dueño de si mismo, erguido por encima de ti, de todos, de Faustus, de los demás grupos que ya existían y de los que comenzaron a surgir y que de pronto vieron trunca su iniciada carrera a manos de aquel advenedizo cuyo nombre a

alguien se le ocurrió mencionar para candidato al puesto de Representante de la Sección de Música en la Asociación.

¿Qué estuviera pasando actualmente si todavía estuviera vivo el hijo de puta, Alexis Carralero? ¿Hasta dónde hubiera escalado, avieso y codicioso a estas alturas si un buen día no hubiera aparecido —para bien de los rockeros de Holguín— apuñalado en el parquecito del edificio doce plantas? Pero tuya no puede ser toda la culpa, Alexis Carralero. Eres culpable de engendrarlo, sí, pero no de darle poder y libertad para cometer sus desmanes, para utilizar sus tácticas de mafioso, para engordar con la trampa y la ilegalidad hasta convertirse en una sanguijuela enorme, o mejor, en un parásito nuevo, un híbrido, una sanguijuela con tentáculos de pulpo, hinchado de la sangre de todos los que fue destruyendo a su paso. Sí, la Asociación también tuvo la culpa. Ella lo acogió como uno más, sin imaginarse que arrastraban a su cubil a un legítimo depredador, a un monstruo más terrible que todos ellos juntos, a un miserable más sórdido que el más sórdido de ellos, a un hijo de puta más ambicioso que todos ellos juntos.

—Brindemos entonces—me dice el melenudo—, por Faustus, por lo que significó, por su legado.

—¿Por Faustus?

—Sí, men, por lo que ustedes dejaron. . . por lo que dejaste para las futuras generaciones.

—¿Yo?

—Tú mismo, men. Brindemos.

¿Prestigio a estas alturas, Alexis Carralero? ¿Elogios después de todo lo que pasó? Luego de la muerte del hijo de puta comenzaste a hacerte visible, lentamente, como si primero aparecieran tus huesos, luego tus órganos, arterias, músculos, la piel, igual que Kevin Beacon en Hollow Man I, hasta que apareciste completo ante todos, acabado de nacer. Pareció como si toda la vida tu guitarra hubiera estado en el aire, de un lado para el otro del escenario y sus cuerdas hubieran sido pulsadas por dedos invisibles. Después del velorio, el entierro. . . el olvido, resurgiste, Alexis Carralero; te levantaste de las cenizas y de pronto, para

toda la prole rockera, eras el fundador de Faustus —¡cuántas veces le adjudicaron ese título al Gena!—, el genio compositor, el fundador del movimiento rockero en Holguín. Qué buena oportunidad para hacer otro grupo, o volver a entrar en Faustus y arreglar todo lo que el Gena deformó, pero estabas desencantado de ese ambiente de malagradecidos y estúpidos facinerosos que lo mismo te ponían en el limbo que te lanzaban al lodo. Para eso te querían ahora, después de haberte hundido en la desmemoria para luego ser devuelto a la vida por ellos mismos; para que sustituyeras al Gena, para que salvaras las peñas de rock de la suspensión a la que había sido condenada por los enemigos del género en la Asociación, valiéndose de la caída del líder, qué bien aprovecharon la oportunidad. ¿Para eso soy ahora el fundador del movimiento rockero en Holguín, el genio compositor, el único que puede salvar a Faustus? ¿Ahora? Que se jodan toda esa partida de malagradecidos.

—Mejor brindemos por Faustus, no por mí —contesto—. El grupo es el único que merece un homenaje en esta historia.

—Pues, acabemos de brindar, que estoy loco por darme el buche.

El melenudo se da un trago y me pasa la botella. Un cocotaxi pasa por al lado nuestro y su conductor nos lanza una mirada de ¿curiosidad, reproche, envidia? Tal vez quiera darse el trago y no puede; chofer de pacotilla, estás en horario de trabajo, jódete.

Ahora caminamos en silencio, como si de repente se hubieran agotado los temas de conversación. ¿Y de veras se han agotado, Alexis Carralero? Claro que no, queda mucho por decir, por recordar, pero, ¿qué coño le importa a este tipo lo que estás sintiendo o pensando, o toda la mierda que tuviste que digerir en aquella época de tan malos ratos?

¿Te vas a dedicar a hablarle de tus fracasos, tus decepciones? No necesitas de eso, Alexis Carralero, dentro de poco vas a cambiar de vida y solo tendrás que olvidar.

—Men —dice el melenudo, rompiendo el silencio—, ¿no hubo forma de que salieras adelante con la bandita nueva que estabas haciendo? Si el tipo ese se te atravesó podías haberle pedido ayuda a la Asociación, ¿no?

Observo al melenudo con curiosidad. ¿Por qué tanto interés en los pormenores de ese asunto? ¿Realmente te admira tanto, Alexis Carralero, que desea conocer a fondo el abismo donde caíste? Si de veras fue un ferviente admirador de Faustus, entonces sí estarían bien justificadas tantas preguntas. ¿Realmente eras un genio, como te decían algunos fans? ¿Fueron esos elogios dirigidos hacia ti lo que desató la envidia del Gena y luego de Francis y más tarde de los demás del grupo al punto de llegar a protestar todos ellos porque las entrevistas que mandaban los fanzines iban todas dirigidas a ti?

—Compadre, yo no sé qué era lo que pasaba, pero los pinchos de la Asociación le hacían caso al Gena, creían todo lo que él decía, y sabría Dios qué cosa le dijo de mí a esa gente. Lo único que sé es que todo se me hizo muy difícil.

—Pero men, tenías que haber hecho algo, no sé, hablar claro con esa gente.

—No podía hacer nada —contesto—. Cuando me acercaba a plantearles el problema ellos me respondían con evasivas, como si le tuvieran miedo al Gena o estuvieran del lado de él, o simplemente querían estar al margen. Yo siempre sentí que me estaban escondiendo algo.

El melenudo reflexiona, su rostro adquiere gravedad.

—¿Te acuerdas de Osmel, nuestro primer cantante? —le digo—. A él y a mí el Gena nos quiso eliminar de la Asociación. Conmigo no pudo porque yo estaba en activo con la nueva banda, pero Osmel...

—¿Y ya habías debutado con esa nueva banda?

—Casi, compadre. Cuando estábamos a punto de ser invitados al festival de Camagüey, ahí mismo se jodió el grupo.

—¿Y eso por qué, men? Hubieras podido llegar lejos con esa banda, como hiciste con Faustus —el melenudo me observa como alumbrado por una revelación—. Eso mismo, men, tenías que haber sido perseverante, como en Faustus. ¿No tuviste que luchar con mil cosas en aquella época? Pero, mira, la

banda llegó a ser grande; tenías que haberte esforzado en repetir eso con la nueva banda, men, tenías que haberlo hecho.

—Esa vez no pude—le contesto—, las cosas no me salieron igual.

—Claro que sí hubieras podido, men, luchando, pasando trabajo hasta el final.

—No, tú no comprendes.

—Haciéndole frente a ese tipo, men, buscando apoyo en otro lado, a ti te respetan en todo el país, todo el mundo sabe quién es el Mosque. Yo estoy seguro que con el tiempo ibas a conseguir conciertos donde quiera, no te iba hacer falta la Asociación ni un carajo.

—La cosa no era tan simple.

—¿No lo lograste con Faustus? ¿No llevaste a un grupo de Rock a lo más alto que se puede en este país?

—Mentira, porque Ocanna ha viajado, nosotros nunca pudimos.

—Qué importa —el melenudo alza la voz—. Yo no digo ese tipo de éxito, men; aquí en Cuba ni Ocanna, ni los mismísimos Poseidón, tenían el prestigio ni los seguidores de Faustus, y yo sé. . . todos aquí saben que tú eras el tipo, el cerebro, el creador de todo eso, men. Tú puedes repetir la hazaña, tú puedes volver a hacer otro grupo: uno mejor que Faustus.

—Tal vez, pero te juro que en esta oportunidad no hubo solución.

—Yo hasta estoy seguro que si entras de nuevo en Faustus vas a sacar la banda de toda la mierda en que está metida.

—A esa gente no hay quién los saque de ahí —contesto—, se están ganando tremendo baro con eso de la música sopa. ¿Quién va a soltar un negociazo de esos para venir a pasar trabajo en el ambiente del Rock 'n roll?

—Bueno men, supón qué tú también entres en el negocio. . . por lo menos les renuevas el repertorio y los haces volver a la escena rockera. Asere, esos tipos llevan como cinco años con la misma cancioncita de Lucifer's mask y los demás temitas viejos.

—Sí, es verdad, pero. . .

—A lo mejor tú hubieras podido pasarles por encima con el grupito nuevo, men; no sólo ibas a repetir la hazaña, sino que superarías el record de Faustus, men, yo sé que tú hubieras podido.

—¿Tú sabes por qué no hubiera podido?—le contesto, furibundo—. ¿Tú sabes por qué?

El melenudo calla. Se ha dado cuenta que la conversación no es de mi agrado.

—¿Tú sabes por qué? —lo miro a los ojos—. Porque el Gena nos estudió, nos calculó uno a uno y halló al más débil de nosotros, al más vulnerable, y entonces comenzó a penetrarlo, a meterle ideas en la cabeza, a envenenarle la mente, compadre; el tipo logró dividir la banda.

—¿El tipo se dedicó a eso, men? ¿Les creó problemas internos?

—Sí, así mismo es —respiro con profundidad—. De pronto vinieron las discusiones, las tiranteces, y el Gena y sus secuaces se ocuparon del lleva y trae, el dime que te diré. Para colmo de males uno del grupo se empató con Yanelis.

—¿Yanelis? ¿Y esa quién es?

—Una puta ahí, una comemierda manipuladora que le gustaba coger a los hombres pa' eso. . . hasta a mí me cogió; y de pronto la tipa se aparece empatá con Antonio, el bajista, y el Gena aprovechó el problema que ella y yo una vez tuvimos y la usó para buscar conflictos entre el socio y yo. El colmó fue que ella se prestó de maravillas para eso. . . por venganza, claro.

—¿Venganza?

—Sí, porque yo la desprestigié una vez. Le conté a todo el mundo lo que ella se dedicaba hacer con los hombres, la máscara de mujer decente que ella se ponía para engatusar a cualquiera, pero hasta el perro de la vecina se enteró de lo que ella hacía.

—Eso no se hace, men.

—Se lo merecía. Era una puta, una manipuladora.

—Así y todo eso no se hace, men. No te vayas a berrear pero eso no es cosa de hombres.

—No me importa—contesto—. Yo no podía vivir así, viendo como otros caían en las manos de ella y les hacía lo mismo que me hizo a mí; para colmó ella se empecinaba en aparentar ser una jeva decente, una psicóloga de caché. ¿Te imaginas? La tipa se había graduado de esa mierda en la Universidad de Santiago y ya tú te puedes imaginar, era una profesional manipulando mentes. Yo acabé con todo eso, compadre, la desenmascaré ante todos, se acabó la cara de palo.

—Así y todo, men; yo pienso que. . .

—Bueno, ya —le corto sin pensarlo dos veces—, vamos a cambiar de conversación.

El melenudo asiente, camina con la cabeza agachada, como reflexionando, pienso, o apenado, sabría Dios. Pero en mi mente bullen las ideas, los pensamientos furibundos.

Sí, Alexis Carralero, tú creaste al monstruo, pero quién le dio poder para hacerte a ti y a los demás todo lo que hizo fue la Asociación, por eso la odias, por eso te da nauseas leer o escuchar los slogans que ellos mismos plasman en los muros, carteles, anuncios de Radio o Televisión o en las credenciales de los tantos eventos que acostumbran auspiciar. . . ¿y en el carnet de Asociado? También; allí estaba plasmado uno de los malditos slogans, el favorito, insigne, de un significado demasiado importante y simbólico para una organización de fachada, una institución pedestre llena de facinerosos y pisa bonitos. Nunca se te ha olvidado los escándalos que surgían, año tras año, en la sede, el maldito Club Atlético. ¿Cuántos administradores y cajeros habían pasado por allí? ¿Cuántos presidentes y vicepresidentes desfilaron por la sede usando el cargo para viajar, hacer relaciones, usar para su propio bien los bienes que el Estado había destinado para la Asociación, viviendo la dulce vida, codeándose con lo mejor de la farándula para alimentar el ego rodeándose de acólitos y fámulos, malbaratando el dinero del fondo, enriqueciéndose con ese filón de oro llamado Asociación Ramón Varona?

—¿Te berreaste, men?—el melenudo me extiende la botella, la mirada fija en mi rostro—. Yo no te digo eso por nada malo. Te estaba aconsejando, men.

—Olvidalo—le digo—, vamos hablar de otra cosa.

¿Por qué entonces no dejas de pensar en la maldita Asociación, Alexis Carralero? ¿Por qué tratas de rememorar lo que viviste cuando eras asociado en los años de mandato de Mariana Marticorena Legrá? Cuando el Gena consiguió un local de ensayo y recibieron la primera dieta para el viaje que hicieron a Santa Clara—ah, el encuentro con Adis—, pensaste que la Asociación iba a solucionar los problemas de la banda, que en lo adelante todo iba a ir mejor; pero sospechaste lo contrario cuando empezaron a hacer promesas que nunca se cumplieron, justificando todo con la situación, el bloqueo yanqui, el presupuesto. ¿Recuerdas. Alexis Carralero?

—Men, deja que veas la colección de música que tiene el socio. ¿Has oído a Wound of Carnage?

—No, jamás.

—¿Y a Excretal regurgitación, los suecos?

Claro que recuerdas. Cómo se te va a olvidar la primera vez que asististe a una de las fiestas de Aniversario de la Asociación, y viste allí el derroche, el glamour; el verdadero destino del fondo de la Asociación, Alexis Carralero, cuando no hacía ni dos días que Mariana había negado el presupuesto que le pediste para costear lo que iba a ser el primer video de Faustus, y eso que sería casi autoproducido. Con quinientos pesos bastaba para el alquiler de las luces, la cámara, el transporte y la merienda. Los actores iban a trabajar gratis, puta tortillera de mierda, solo hacían falta quinientos míseros pesos. ¿Qué era esa miseria a los cinco mil que gastaste en aquella orgía romana en la que tuve, no sé si la suerte o la desgracia, la oportunidad de asistir. Esas orgías enmascaradas bajo el apelativo de eventos, peñas, fiestas aniversario o simplemente tertulias donde el negocio, el tráfico de tickets, entradas y credenciales estaban al por mayor. En aquel aniversario viste allí, en el Club Atlético, a personas que no conocías.

¿Asociados? Amigos de los jefes o amigos de los amigos de los jefes; y ellos llegaban con su entrada y el bolsillo repleto de tickets para el bufet y las cervezas, Alexis Carralero, cuando tú, que dejabas el pellejo bajo las órdenes del Gena

sacando adelante cuantas actividades necesitaba la puta de Mariana: piola, ella, negrera como la mosca muerta de Marina, la flacucha vicepresidenta de manos temblorosas de tanto cigarro, café, ron y trasnochadas; porque a ellas, a las dos, les gustaban los negros, y negros eran los custodios de la Casa del Joven Creador —Club Atlético para todo Holguín—, los cantineros, al administrador, los productores, los representantes de secciones. Negro era el mismo Gena, al que contrataron como operador de audio: el menos negro, sí, pero el peor de todos.

—Tampoco los conozco, compadre.

—No conoces a nadie, men. Esas bandas son las que están ahora dando el palo.

—Es que hace tiempo que no escucho música. Bueno. . . salvo la que tengo almacenada en Mp3, cosas como Death, Morbid Angel, Mortician, pero la discman se me jodió hace unas semanas.

—Men, ya todo eso es pieza de museo, estás atrás del palo, men.

Por eso el Gena se adentró tanto en la Asociación, y por eso su servilismo que años después resultó oportunismo, porque prosperó apenas puso los pies en la Asociación. ¿Recuerdas cómo vivía el Gena, Alexis Carralero? En aquel viejo almacén convertido en zahúrda de cuatro familias, con el techo de vigas de madera cubiertas de telarañas y planchas de zinc agujereadas; hacinado en un cuartucho junto a su madre, porque el cuarto bueno lo usaba su hermano, que estaba casado y con un hijo, y al Gena se le caía la ropa del cuerpo, una indumentaria atroz que consistía en un short de mezclilla, percutido y sucio, unas botas militares y una camisa caqui que nunca soltaba. Y ese pelo, esa madeja de alambres de púas que poco a poco comenzó a crecer hasta estancarse en los hombros. Allí se quedó hasta el día de su muerte.

Y de pronto, el Gena comenzó hacerse de dinero, de ropa cara; y se compró una guitarra nueva y un pedal flamante, t-shirts de rock; y todo el mundo se preguntaba de dónde el Gena conseguía tanto dinero para semejantes inversiones, porque todos sabíamos que su sueldo consistía en ciento cincuenta míseros pesos.

—Compadre, los clásicos son los clásicos, nunca mueren.

—Men, pero estás detrás del palo hasta con lo que tienes.

—Qué voy hacer, ya no tengo tiempo de oír música.

—No hay cráneo, men; en casa del socio te voy a poner una pila de cosas nuevas, pa' que te pongas al día.

—Bárbaro—contesto.

¿No se te olvida un detalle, Alexis Carralero? ¿Un pormenor imprescindible en aquella fiesta Aniversario? Cuando intentaste ir a buscar el bufet, en la cantina, allí te contestaron que no podía ser, que el bufet se iba a repartir por cada mesa y con el ticket en la mano, como si tú no tuvieras uno, como si tú no fueras asociado, como si aquel cantinero malnacido y el hijo de puta del administrador te estuvieran viendo por primera vez, como si fueras un extraño, un individuo ajeno a la entidad igual que aquellos que sí eran desconocidos y que viste allí codeándose con las dos putas y el administrador de mala madre, y hasta con la cajera —negra también— y todos los que trabajaban en aquel maldito Club Atlético, mal llamado “Casa del Joven Creador”

—El socito tiene familia en el yuma, por eso le ha caído tanta música, y original, men, todos de fábrica. Te vas a morir de envidia cuando veas los CDs que tiene.

Y allí en la cantina, en medio de la discusión con el cantinero, que cuando y por qué ahora no la cerveza qué importa yo tengo los tickets aquí da lo mismo ahora que ahorita o en la mesa o en el piso por qué esos tipos sí y yo no, y viste al fondo, a través de la abertura dejada por la puerta entreabierta de la cocina, al Gena echando trozos de carne de puerco asada en bolsas de plástico; el mismo puerco que se suponía había sido destinado por la Asociación para el plato fuerte del bufet. Aquel engendro diabólico y su madre compinche, ayudados por la complicidad del administrador, se llevaban las mejores partes.

—¿Sí? ¿De fábrica, compadre?

—De fábrica, men, deja que veas eso. CDs originales de Decapitated, Nocturnal Vampirism, Hate, Licanthropic Osmosis, y hasta los mismísimos Ungoliant.

Estaba matando el hambre, Alexis Carralero, garantizando la comida de varios días para su casa miserable, cueva de cucarachas y ratones; oscura, tétrica, de muebles viejos y gastados, con rastros de lo que fue, en un pasado feliz, barniz. El Gena estaba luchando el sustento, la supervivencia de la manera más ruin y mediocre que fuera capaz: robando, Alexis Carralero, el único talento que poseía aquel engendro en su miserable existencia.

—Y para que tú veas, el socio no se cree cosas, y eso que es un tipo de recursos. Tiene tremendo equipón, una computadora, quemador, familia en el yuma, un gao modesto, sí, pero pulido. Qué suerte.

—Sí —contesto—, ahora mismo yo conozco unos cuantos que viven de esa manera.

—Ese es mi yunta, men; y para que lo sepas, el tipo fue fan a Faustus también. Se va a llevar tremenda sorpresa cuando te presente.

—A quién, ¿a mí?

Y el Gena se enriqueció allí, en aquel cubil de corrupción. Comenzó a realizar negocios que todos intuían pero nadie podía probar. Siempre te sorprendió que nunca lo atraparan, que siempre saliera airoso de sus movimientos. ¿Tal vez porque era informante del D.T.I, Alexis Carralero? ¿Por eso tenía cierta inmunidad, un amplio margen de movimientos? ¿Será posible que por eso tantos cayeran por el camino; administradores, cajeras, cantineros, hasta los mismos friquis y él no? ¿Tal vez por eso fue deteriorándose el audio nuevo que fue donado a la Asociación y del que al final se descubrió que le faltaban piezas y el Gena nunca fue acusado de nada? ¿Tal era el poder del Gena, la telaraña satánica que había tejido para ir propagándose, como un cáncer, sin que nadie le pusiera fin a su dictadura, a su cadena de desmanes?

—A ti mismo, men. Deja que yo le diga al socio: men, mira a quién te traigo aquí; al Mosque, el líder de Faustus.

—Mejor no le digas nada, no es necesario. A mí me gusta más estar de incóg. . .

—Claro que se lo voy a decir. El socio se va a poner contento. Va y le da por poner otra botella de Habana Club como ésta.

—¿No sería mejor no mencionar el asunto de Faustus? Yo no quiero tocar más ese muerto.

¿Eran tan ciegos los directivos de la Asociación que no se percataban lo que el Gena estaba haciendo? ¿Ellos no se daban cuenta o no querían darse cuenta, o simplemente no les interesaba lo que sucedía en la sección del Gena, sino que se dieran las actividades programadas, que se cumpliera el plan, las metas? Todos los que estábamos en contra del Gena y no podíamos hacer nada veíamos cómo él dejaba a muchos de los invitados al festival de Rock sin credenciales para venderlas a veinte pesos en la calle y nadie podía hacer nada para evitarlo, y menos todavía hacer una denuncia.

¿Para qué? ¿Para ser desoídos por la élite administrativa de la Asociación, e incluso ser acusados de maledicencia? En el peor de los casos el Gena estaría sobre aviso y luego tomaría represalias contra el sujeto acusador. De ninguna manera. Los que aún poseían una pizca de decoro observaban indignados cómo los desconocidos de la calle, que no tenían nada que ver con los grupos que iban a participar en el festival y el personal logístico traían colgados del cuello las credenciales, o peor, vistiendo un ejemplar del t-shirt distintivo del festival cuya elaboración había sido costeadada con el fondo de la Asociación.

—Men, ¿te berreaste?

—No, no estoy berrea'o.

—¿Qué no? Hace rato que estás pensando en no sé qué cosa y ya van dos veces que me descargas pa' trás. Si te molesto me lo dices, men, y yo sigo mi camino. A mí me ha dado mucho gusto haberte conocido, pero. . .

—No, no —le interrumpo—, no me hagas caso. Discúlpame, compadre. Vamos a seguir para casa del socio ese y olvidémonos de lo demás —le extiende la botella—. Toma, date un buche.

El melenudo toma la botella. No hay lío, me dice. Se da un trago.

—Estaba pensando unas cosas ahí —hago un ademán sobre mi cabeza—. Cosas, tú sabes. . . una pila de mierda ahí.

—Eso se quita con un trago. Toma—el melenudo me devuelve la botella.

—A lo mejor la música. . .

—Eso es gorrión, men. Todo eso se te va a quitar con la metralla y el alcohol, tú verás.

Corrupta. Una Asociación corrupta, como la mayoría de las instituciones que has conocido, Alexis Carralero. Las empresas sórdidas donde has trabajado. Esas empresas infectadas de sociolismo, ajuste de cuentas, jerarquías, movimientos bajo el tapete. Esas empresas, instituciones, oficinas y hasta escuelas donde trabajaste, Alexis Carralero; todas con la raíz podrida, los cimientos carcomidos; todas ellas con nombres de héroes, para darle imagen de prestigio y autoridad. ¿Qué pensarían esos héroes si vieran en lo que se ha convertido su ideal de lucha, todo aquello por lo que dieron la vida? ¿Qué pensarían si vieran las zahúrdas que llevan sus nombres? ¿Qué pensarían si pudieran ver lo que está pasando, si pudieran penetrar en su interior y descubrir la podredumbre que impera en ellas? ¿Qué pensarían al ver el destino de su obra, de la manera en que se está utilizando sus nombres? ¿Qué pensarían todos ellos, Alexis Carralero? ¿Qué pensaría Ramón Varona?

XXII

La voluta de humo iba reptando por el éter, dibujando graciosas espirales. La brisa tenue, incapaz de refrescar el pequeño cuarto de la azotea, solo se dignaba a servir de brújula a aquella serpiente difusa y silenciosa que trataba de huir por la única salida de aire. Augusto Navarro dormía plácidamente al lado de la ventana, pero el humo comenzó a formar una niebla sobre su rostro. Se levantó a medias, tosiendo; con una mano trató de abanicarse, la niebla comenzó a deshacerse en jirones. Enojado, con el sueño cerrándole los ojos, alargó la mano hacia el pequeño “Joker” que humeaba sobre la mesita; miró un segundo el objeto causante de su molestia y lo lanzó con fuerza por la ventana. Cuando se disponía a acostarse de nuevo advirtió que Ramón Varona, tendido en la otra cama, tenía los ojos abiertos y lo estaba mirando fijamente. Augusto comenzó a arrellanarse en la cama pero no tuvo tiempo de tener acomodo: Ramón se había virado hacia el otro lado y de un pequeño maletín de cuero sacó otro espiral, lo encendió y lo puso en el mismo lugar donde estuvo su análogo. Un humo serpenteante comenzó a avanzar hacia la ventana, empujado por la brisa que penetraba por la puerta entreabierta. Augusto se lanzó de la cama, agarró el objeto y lo lanzó afuera. Observó unos segundos la noche clara de plenilunio que se perfilaba por la ventana; se volvió triunfante hacia la cama de Ramón, pero fue parado en seco. Sobre la mesita se hallaba otro “Joker”: pequeño, humeante; espantando a los mosquitos que se atrevían a aventurarse en aquel cuarto; espantando también el sueño de Augusto Navarro.

—¿Tienes muchos más?—le preguntó.

Ramón no respondió de momento. Se volvió para mirar al interior del maletín de cuero.

—Dos paquetes —dijo, encogiéndose de hombros—, así que los iré poniendo todos, hasta que se acaben.

Augusto resopló, agarró con rabia la sábana y la fue haciendo un ovillo en sus manos mientras decía:

—¡Coño, tú con tus puñeteros Jokers! ¡Yo no soy un mosquito!

Cuando el Mosque entró a la oficina ella se volvió hacia él, había sentido sus pasos. Marina se hallaba frente a la computadora, sentada en una silla giratoria que chirrió levemente al ella volverse.

—¡Ah, Mosque! —dijo—. Te traje con el pensamiento.

Augusto se levantó indignado y avanzó hacia la puerta abierta mientras envolvía su cuerpo en la sábana. Se lanzó al suelo y comenzó a acomodarse para que la cabeza quedara fuera de la entrada. Ahora la brisa le pertenecía. “Si Ramón quiere”, se dijo, “que se ahogue en el humo de sus dichosos Jokers”.

Por fin estaba conciliando el sueño. Lentamente, inducido por el canto acompasado de los insectos nocturnos, comenzó a soñar con paredes de un suave tono azul, con muebles, el balance que tanto le gustaba, una taza de café caliente, Mirna frente a él, sorbiendo poco a poco de otra taza humeante, sus ojos tiernos fijos en la nada.

Estoy nerviosa, dijo ella, temo que algo quede mal. Augusto se sentía bien en aquel balance donde reposaba sus cansados huesos; había recorrido todo Santiago en los preparativos de las acciones que se iban a efectuar dentro de breves minutos y estaba confiado, nada podía fallar, el plan de Ramón era perfecto: con el estallido de las bombas en el parque Céspedes iba a comenzar todo: los tiroteos desde las esquinas y del techo de la Compañía Eléctrica; una verdadera batalla donde ajusticiarían a los esbirros de la tiranía. Me mata esta espera, dijo Mirna, sus pies tamborileaban en el suelo. El tac tac era tenue pero ya comenzaba a molestar. De improviso, sonó el timbre del teléfono, Mirna se sobresaltó. Augusto tomó el auricular: Sí, dijo. “Soy yo”, contestó una voz, “estoy

en la Compañía; compadre, escucha, todo ha salido mal, las bombas que debían haber explotado en el parque no funcionaron”. Se malogró el plan, le dijo Augusto a Mirna. “José me ha llamado un montón de veces”, prosiguió la voz, “está desesperado, hay que llamar a Ramón, no vaya a ser que cometa una locura”. Es José, le dijo Augusto a Mirna, está vuelto loco con el fracaso de la operación. Dame el teléfono, dijo Mirna, y le arrebató el auricular a Augusto. Es Mirna; coño, Fonsi, ¿no se puede hacer algo?, si al menos hubiera forma de que en el mitin se pudiera dar un grito de Abajo Batista. En el auricular se hizo un breve silencio, pero enseguida se escuchó lo que Mirna y Augusto esperaban oír: “Sí, algo se puede hacer; se puede utilizar la emisora, que va a transmitir el acto de Mansferrer, para gritar Abajo Batista por teléfono y que lo oiga todo el mundo”. ¡Sí! , dijo Mirna, ¡hazlo, Fonsi; grítalo desde ahí! “No puedo”, contestó aquel, “tengo a dos guardias aquí al lado, pero ustedes sí lo pueden gritar, yo solo tengo que poner el plug en línea y ustedes desde ahí lo gritan y sale por aquí”. Bueno, dijo Mirna, pues dale ahora mismo. Rápidamente le contó todo a Augusto. La euforia se adueñó de ambos. Augusto se posicionó al lado de Mirna, sus manos se aferraron al auricular que ella no quiso soltar. “¡Ya está!”, se escuchó al otro lado de la línea; y los gritos de Viva la Revolución Cubana y Abajo la tiranía, resonaron vibrantes, diáfanos, directo al corazón del pueblo de Santiago de Cuba desde los radios receptores.

—Vine porque me dijeron que aquí estaba la convocatoria del concurso Ghabriel Pérez in memoriam—dijo el Mosque avanzando unos pasos, se fijó por un instante en un montículo de libros que estaban encima de la mesa.

—Sí, aquí en la máquina está la convocatoria, ¿trajiste un disquete?

—Claro.

—Ah, ya; lo copias y te lo llevas, siento mucho no podértela imprimir, la impresora está rota.

El Mosque observó la impresora Epson que yacía al lado de la computadora. “Una lástima”, pensó.

—Hiciste bien en venir —dijo Marina—, estás invitado a la presentación de este libro —se inclinó, sin levantarse de la silla, y alargó un brazo huesudo hacia la mesa, tomó un ejemplar del libro y se lo extendió al Mosque—. Mira, un libro sobre Ramón

Varona, el héroe que lleva por nombre nuestra institución.

Augusto sintió que alguien lo zarandeaba. De súbito todo: Mirna, la sala, la casa, comenzó a difuminarse como barrido por una tenue brisa. En su lugar apareció la estancia envuelta en semipenumbras, donde la luz de la luna dibujaba curiosas figuras plateadas en las paredes y el techo. A su lado, erguido en toda su estatura, gigante desde la perspectiva del suelo, se hallaba Ramón Varona. Cuando Augusto abrió los ojos todavía Ramón lo estaban zarandeando con el pie.

—La misma autora lo va a presentar. Ella es una investigadora santiaguera, el libro está buenísimo, tiene un montón de entrevistas a las personas que conocieron a Ramón

Varona y que fueron testigos de sus últimos días.

—Oye—dijo Ramón al ver que Augusto se había despertado— ¿Tú has pensado cómo va a ser esto en el futuro?

—Dicen que esto va a estar bueno por lanoche ¿no?—le dijo el Lucifer apenas le estrechó la mano—. Veo movimiento de gente y en el bar.

Augusto no podía imaginarse que lo había despertado para semejante pregunta.

Hacía varios días que ni él, ni Ramón, ni otros compañeros que estaban también ocultos, habían podido dormir bien: una ola de registros mantenía a Santiago de Cuba en diaria agitación.

—No jodas, Ramón, ¡qué futuro, ni futuro!

Dormían tan alarmados que se les había desarrollado una hipersensibilidad a los sonidos, una intuición de animal salvaje. A las veinticuatro horas de estar escondidos en un nuevo refugio ya conocían la voz y el sonido de los pasos de cada persona de la casa, también los sonidos del barrio y de cada modelo de auto que pasaba por la calle.

—Sí, compadre, el futuro; cuando triunfemos, cuando triunfe la Revolución.

Augusto se pasó una mano por la frente ensopada de sudor.

—A ti y a mí nos van a matar, Ramón; ese futuro no es de nosotros.

Ramón se había sentado en la cama, cerca de Augusto.

—¿Qué vas hacer cuando triunfe la Revolución?—le preguntó, como si no hubiera escuchado su respuesta.

—Lo del bar debe ser para la presentación de un libro que va a empezar ahorita, no dudes que lo que den sea té o licorcitos de anís.

—¿A esa mierda fue a lo que viniste aquí, esta noche? —dijo el Lucifer abruptamente.

Augusto no respondió nada. Había cerrado los ojos y trataba de conciliar el sueño. En aquel momento no le importaba el futuro, ni lo que les pudiera pasar; ni siquiera la Revolución; lo único que quería era dormir. Dormir interminablemente.

—Sí —respondió el Mosque—, tengo curiosidad por ese libro, lo pude ojear y parece que está bueno.

—A mí me gustaría viajar —dijo Ramón al ver que Augusto no contestaba. Su mirada se perdía en las azoteas, los tejados, la ciudad que dormía—, eso es lo que me gustaría hacer.

Augusto abrió los ojos. Aquella declaración le había despertado la curiosidad. Se había imaginado al infatigable Ramón Varona dirigiendo el ejército después del triunfo de la Revolución; tenía un talento innato para la organización militar. No hacía dos días había ideado una serie de medidas organizativas y un sistema de grados que debía regir en la Sierra Maestra y en las Milicias, incluso las había redactado y hecho llegar a Alejandro, del cual esperaba respuesta, pero, ¿viajar?, esos planes estaban fuera de lugar para un hombre como él, comprometido en cuerpo y alma a la Revolución.

—Lo mejor de todo es que los libros sólo valen diez pesos, Mosque, y mira qué calidad de impresión —dijo Marina.

—¿Sí? —le respondió en tono de broma—, y como yo soy más fuerte y tú necesitarás muchas maletas yo iré contigo para llevártelas, ¿no?

Pero Ramón hizo caso omiso a aquella burla y prosiguió hablando del futuro, de las escuelas, los campesinos, la tierra, los niños, la cultura, la idea de una Asociación creada por y para los artistas jóvenes, sobre el futuro desarrollo de una poesía nueva, revolucionaría, que a él tanto le gustaba y cultivaba; pero Augusto no pensaba en el futuro, su único pensamiento consistía en dormir, dormir y dormir.

—Ah, qué coño, yo pensaba que hoy iban a vender cerveza y poner música—dijo el Lucifer—, ya no se puede ni venir aquí últimamente, el Club Atlético está hecho una porquería, ya casi ni dan peñas, yo no sé qué coño le pasa al Gena.

Al día siguiente, la voz inconfundible de Lucho Gatica fue despertando a Augusto poco a poco en una mezcla de sonidos: música, al volver completamente a la realidad. Ramón no se hallaba en el cuarto. Sobre la mesita donde reposaran las espirales humeantes la noche anterior se hallaba un pequeño tocadiscos. Recordó la promesa que Mirna le había hecho a Ramón de traerle un tocadiscos para que la estancia en aquel cuartito les fuera a ambos más placentera. “¿Habrá venido Mirna?”, se preguntó; pero le fue más factible la posibilidad de que lo hubiera mandado con alguien... tal vez con Rubén Yussef.

—Augusto, ¿ya despertaste?

—Sí, Marina, claro que voy a venir, me interesa saber de esto, yo no conozco nada de Ramón Varona—respondió el Mosque.

Había escuchado la voz antes de ver aparecer la cabeza por la abertura del piso, de donde nacía una escalera. Una sonrisa juguetona iluminaba el rostro de Ramón.

—Baja rápido que aquí están Mirna y Euclides.

—A las nueve, ¿no?—añadió el Mosque.

Una hora después los cuatro estaban compartiendo en la cocina de la casa. La música del tocadiscos se escuchaba nítidamente, como si estuviera en la meseta, al lado de ellos. Ofelia, la señora de la casa, preparaba el almuerzo: eran las diez de la mañana.

—Sí —respondió Marina—, a las nueve. Ah, el disquete. ¿No ibas a copiar la convocatoria?

Hay que ajusticiarlo, decía Ramón, a Salas Cañizares hay que ajusticiarlo, sí; pero también me preocupa que esto se convierta en un asunto personal, hizo una reflexiva pausa, de hecho Eduardo no puede ser parte de esta acción, ustedes saben por qué; me preocupa que un compañero se convierta en un gánster, que se acostumbre a matar; tiene que tener bien definido el porqué de la acción. Y la conversación giró en torno al futuro atentado, los detalles de los preparativos, y Ofelia escuchaba aquello sumida en un silencio cómplice: excitada, eufórica, consciente de la importancia de aquella acción, su significado: el fin de un asesino que estaba desangrando a Santiago de Cuba, amparado tras un poder y una investidura que lo hacía inmune a la justicia. Pero, ¿qué pudiera pasar con estos jóvenes que iban a formar parte del atentado? Todos podían morir, o caer en manos de los esbirros. Ofelia miró un instante a Ramón Varona. Sí, este muchacho que llevaba dos días oculto en su casa podía morir, y ya le había cogido cariño. Tan amable, tan bueno. Cuando hablaba con tanta pasión de la lucha en la Sierra, de Alejandro, de la futura Revolución, de un mundo de justicia e igualdad, a ella se le oprimía el corazón: era muy probable que todos terminaran muertos a balazos o torturados hasta morir.

—¡Ofelia! —se escuchó en la sala.

Marina, al escuchar el llamado, se había levantado de la silla. Cópialo tú mismo, le dijo al Mosque. Afuera estaba el nuevo productor de la Asociación, un individuo de rostro huraño y maneras afeminadas, quien discutía con un desconocido. Marina se inmiscuyó también en la discusión.

El Mosque comenzó a copiar la convocatoria, pero vio algo en la computadora que le llamó la atención: una carpeta nombrada “Faustus” Con sigilo miró hacia la puerta, Marina estaba de espaldas y el productor y el desconocido ni se percataban de su presencia, discutían sobre algo que había fallado para la presentación de la noche.

—¿Hay algo bueno esta noche que te veo aquí?—dijo Yadira Escorpión al llegar, miró al Lúcifer con curiosidad— ¿Y a éste qué le pasa?

Una mujer irrumpió en la cocina. Ramón la reconoció de inmediato, era una vecina que frecuentaba la casa. Ella no conocía su identidad ni la de Augusto, y menos la de Mirna y Euclides; solo sabía que Ofelia estaba escondiendo revolucionarios en su casa.

—Oye—dijo ella después de tomar aliento—, están registrando, así que ahorita los tenemos aquí.

El rostro de Ofelia se puso lívido. Sus piernas temblaban. Instintivamente se apoyó en el borde de la meseta.

—Pero a pesar del miedo esa mujer extraordinaria mantuvo una actitud valiente, decidida y ella misma decía en su testimonio que sintió miedo, sí, pero nunca había pensado en negar ayuda alguna a la lucha, y menos a traicionar a aquel hombre insigne que tan prestigiosamente lleva de nombre esta Asociación —dijo la investigadora. El Mosque no podía dejar de admirar sus muslos.

—Aquí pueden venir cuando quieran —respondió Ofelia—, que registren, las puertas están abiertas.

Ramón se levantó en silencio, le hizo una señal a Augusto; ambos subieron al cuartito de la azotea. Mirna y Euclides se levantaron después, observaron el miedo reflejado en el rostro de Ofelia. Mirna metió la mano en su cartera, se sintió un poco más segura al palpar la fría y dura superficie de su revólver.

—Si entran —dijo—, aquí vamos a pelear.

“Que no entren, que no entren”, decía mentalmente el Mosque mientras su mano ágil guiaba el puntero del Mouse y abría carpetas, subcarpetas, fotos, documentos, cerraba archivos y copiaba algunos para el interior del disquete. De súbito vio un archivo que le llamó la atención y no pudo evitar darle doble clic.

—Temblaba de pies a cabeza —leía la investigadora—, pero tenía que ver hasta qué punto estábamos en peligro. No pensaba en mí sino en los demás compañeros de lucha cuyas vidas corrían peligro en ese momento.

Ofelia se dirigió a la sala, casi no podía sostenerse en pie. Al llegar a la puerta se recostó en el marco y echó una mirada hacia la calle. A la izquierda, a solo dos casas de allí, tres patrullas estaban estacionadas, una de ellas parcialmente subida en la acera.

Dentro de la casa que estaban registrando se oía un fragor y voces iracundas. Ofelia mantenía su rostro sereno pero sus ojos delataban el miedo. De improviso, dos guardias salieron de la casa que estaba siendo registrada. Ametralladoras al hombro se plantaron en medio de la calle y lanzaron una mirada al resto de la cuadra. Uno de ellos sudaba copiosamente, sus ojos se posaron por un instante en la figura de Ofelia, luego en los tejados, el sol; hizo un mohín de disgusto.

—Me voy echando —respondió el Lucifer—, aquí lo que van a dar es la presentación de un libro de mierda.

—Vámonos—dijo—. Hace mucho sol, no vamos a registrar más.

—Quédate—le dijo el Mosque al Lucifer—, a lo mejor te cuadra.

—¡Nos vamos! —gritó el otro a los demás, como si hubiera esperado aquella orden durante horas. En su espalda se veía una gran mancha de sudor que oscurecía aquella parte del uniforme.

—Vamos a quedarnos—le dijo Yadira al Lucifer—, a lo mejor está bonito el libro. Es de poemas, ¿no?—le preguntó al Mosque.

Ofelia sintió que la tierra volvía a formarse bajo sus pies. Tuvo que aferrar sus manos al marco de la puerta para no desplomarse. Era un milagro, un regalo de la providencia; en cuanto todo se calmara le iba a poner una vela a la Virgen.

—Se fueron —dijo Ofelia al entrar en la cocina. Mirna y Euclides estaban agazapados, con las armas listas.

—Mejor así —dijo Pablo Negrura—, ellos no pintan nada en la presentación de un libro.

—Hay que llevarse a Ramón y Augusto de aquí —dijo Euclides—, esa gente puede regresar para seguir registrando.

—Apenas Yadira se enteró que era sobre Ramón Varona se fue echando —dijo el Mosque—, y el Lucifer no lo pensó dos veces.

El documento se abrió ante sus ojos. “Biografía de Faustus “, decía el título. El Mosque comenzó a leer ávidamente, lanzando furtivas miradas a la puerta donde todavía se hallaba la discusión en pleno apogeo, nadie lo miraba.

—¡Ay, no! —respondió Ofelia—, déjenme a Ramón solito, que si se queda aquí no va a tener problemas; si vienen a buscarlo hay que matarme a mí primero.

—Ni muerta —saltó Yadira Escorpión—, yo pensaba que iba a ser un libro de poemas y resulta que es de... de... ¡Comunismo! ¡Qué va! Vámonos Lucifer.

—Pero Ramón no quiso, periodista —dijo Ofelia, la investigadora se daba un buche de café—. Él era así, no pensaba en él mismo, en la importancia de su vida para el Movimiento, prefería arriesgarse antes de poner en peligro a alguien más.

—Eso no es así —dijo Ramón desde la escalera. Todos se volvieron—, no podemos poner a nadie en peligro por gusto; además, Ofelia, yo voy a volver para acá después.

—Llama a Lester —dijo Euclides a Mirna—, que venga a buscar a Ramón y a Augusto.

—¿Y a qué hora aproximadamente fueron a buscar a Ramón y a Augusto? —preguntó la investigadora.

A la media hora una máquina se detuvo frente a la casa. De ella descendió un joven de pelo empapado en brillantina, peinado hacía atrás y con una raya al medio; un bigote fino le daba un aspecto elegante: era Lester Tarradel.

—Yo vuelvo —le dijo Ramón a Ofelia antes de marcharse con Lester—, y fíjate si vuelvo que dejo aquí toda la ropa, y hasta el tocadiscos.

Por el trayecto Ramón observaba las calles de Santiago de Cuba con cierta nostalgia. Extrañaba los paseos por el parque Céspedes con su amada Esperanza, las misas los domingos en la Catedral; su casa, su madre, su hermano menor: José, muerto en aquel intento fallido por sabotear el mitin politiquero del 30 de Junio. Lo extrañaba mucho. Desde aquel suceso infortunado sentía un vacío por dentro, una soledad desmesurada.

No lo podía creer. A medida que iba leyendo aquel documento se percataba que su nombre no aparecía por ninguna parte. Sí, el grupo había comenzado con

Osmel de vocal, Raulito en el bajo, Francis en la batería y... ¡el Gena en la guitarra! ¿Quién dijo eso? El Gena en aquella época todavía estaba tocando con aquel grupo mediocre, B.O.M, que jamás logró convertirse en referente nacional. El muy hijo de puta se había puesto de miembro fundador del grupo.

—Mira quién está allí, en la consola —le dijo el Mosque a Pablo Negrura—, ese desgraciado del Gena.

Ya en casa de Lester, cuando aún no se había acomodado en el cuarto del fondo, alguien tocaba a la puerta. Voy a ver, dijo Lester. Ramón y Augusto sacaron sus armas; pero el sobresalto terminó en un alegre reencuentro: había llegado Alberto Corzo con una misiva de Alejandro.

—Mirna me dijo que estabas aquí —explicó.

Estaba registrada la salida de Raulito del grupo, su sustitución por Adolfo, el cambio de Richy en la batería y la entrada de Francis en el teclado y luego la expulsión de Osmel, la inclusión de Miki y la transferencia de Francis al puesto de vocal y frontman del grupo; todo, pero su nombre no aparecía por ninguna parte. El Mosque sintió un zumbido en las sienes, estaba rubicundo de furor. Según aquel documento infame él nunca había existido en el grupo, él nunca había compuesto nada ni tocado en ningún festival, y menos haber fundado el grupo. El miserable del Gena había borrado todo su currículum de un solo zarpazo.

—¿Estás seguro, Mosque, lo leíste completo?—Pablo Negrura estaba asombrado.

Ramón comenzó a leer la carta luego de acomodarse en un pequeño banquito de madera, igual al usado por los limpiabotas (el padre de Lester había sido limpiabotas) Su rostro se iluminaba a medida que iba leyendo la carta. Augusto se quitó la camisa, quedándose en camiseta; comenzó a lavarse la cara en el lavadero que se hallaba en aquel patio, de vez en cuando lanzaba furtivas miradas hacia Ramón. Lester manipulaba algo en la cocina.

—Necesito hablar con Rubén Yussef —dijo Ramón al terminar de leer.

—Tendrá que ser mañana—respondió Augusto—, a menos que le mandemos un recado a Mirna por medio de Alberto y que ella se encargue de localizar a Rubén.

—No —replicó Ramón—. Alberto tiene que marcharse de inmediato, no puede andar quemándose.

—¿No hay apuro, entonces?

—Sí —respondió el Mosque—, la leí y hasta la copié antes de borrarla.

—No —dijo Ramón—. Mañana. Vamos a dejar que sea Lester quien lo localice mañana.

Pero Alberto no quiso marcharse de inmediato. Luego de una frugal merienda preparada por el anfitrión, los cuatro entablaron una jovial charla. Entre Ramón y Augusto contaron al recién llegado todas las vicisitudes y sobresaltos sufridos en aquellos días: la tensa situación en la ciudad, los continuos y absurdos registros, las patrullas en constante pulular por las calles.

—¿Y lo borraste?—preguntaba Pablo Negrura— ¿Borraste la biografía?

Eran las 7.00 de la noche. El patio se había sumido en una profunda oscuridad, el perfil de la tapia se vaticinaba por las siluetas mucho más oscuras de los tejados vecinos.

Alberto decidió marcharse. Lo dijo levantándose de improviso. Los demás se pusieron también de pie, casi al unísono. Lo acompañaron hasta la sala.

—Todo, hasta las fotos—la ira se reflejaba en la voz del Mosque—. Hijo de puta, coño.

—Cuídate Corzo —le dijo Augusto. Ramón le estrechó la mano, Lester hizo lo mismo.

—Cuídate que no se entere el Gena —susurró Pablo Negrura—, te mata si se entera que fuiste tú.

Alberto Corzo salió a la calle. La puerta fue cerrada apresuradamente a su espalda. Ramón y Augusto se dirigieron al cuarto del fondo. Lester escuchó un ligero ruido en el primer cuarto, se dirigió hacia allí, asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Amor, estás despierta?

—Sí, puede ser, pero ya ni me importa—respondió el Mosque.

Hacía dos días que su esposa estaba enferma. En el momento en que recibió la llamada ella estaba dormida, había sudado la fiebre y se hallaba vencida por el cansancio. La noche anterior los dos no habían podido dormir ni una hora.

—Te estoy haciendo una sopa —prosiguió Lester al recibir un quejido como respuesta—, ya está casi lista, cuando quie...

Las palabras se le quedaron a medias, alguien tocaba a la puerta insistentemente. Avanzó a grandes pasos y agarró presuroso el picaporte. Miró un segundo hacía la cocina; Ramón y Augusto habían salido del cuarto, armas en mano. Al abrir la puerta alguien entró como un bólido en la casa: era Alberto Corzo, pálido y nervioso.

—¿Ya copiaste la convocatoria?—escuchó el Mosque

—¡Qué susto! —dijo en cuanto estuvo frente a Ramón—. Váyanse ahora mismo.

Acabo de encontrarme al salir de esta casa con el asesino de Orejón y nos hemos mirado frente a frente, reconociéndonos ambos. Parece que no estaba armado, no intentó detenerme.

—¿Ves lo que te digo? —dijo Pablo Negrura—. A que ella vio que estabas de impertinente, metido en la carpeta de Faustus. El Gena se va a enterar y te vas a buscar un problema, Mosque.

—Llama a Luisito para que nos venga a recoger —le dijo Ramón a Lester—, nos vamos de aquí.

—No —respondió el Mosque—, ella no se dio cuenta, yo cerré de inmediato el Total Commander y ella no pudo ver lo que yo había hecho —reflexionó un segundo—. No, ella no puede haberlo visto.

Un inesperado registro se estaba efectuando en aquella calle. Los uniformados registraban las casas sin orden ni plan alguno. Veinte minutos después, cuando Luis llegó a bordo de un carro panel, propiedad de la florería donde trabajaba, la policía estaba registrando en la casa del frente y Ramón le decía a Augusto:

—Si vienen para acá te vas por los techos, es una orden.

Augusto trató de protestar pero Ramón le puso unos papeles en la mano.

—Llévatelos —le dijo—, esto no puede caer en manos de la policía. Yo te voy a cubrir la retirada

—Pero...

—Es una orden, Augusto Navarro—la mirada de Ramón le hizo enmudecer—. Yo te voy a cubrir y luego me voy.

—Sí, sí, ya la copié, gracias —dijo el Mosque levantándose, lívido, de la silla giratoria.

—No, tienes que salir primero—le dijo Lester.

Pero se volvió de inmediato a la ventana. Luis había detenido el auto en la puerta, ocultando de la vista de ellos el carro patrulla que estaba parqueado al frente. Lester abrió la puerta apresuradamente. Sentía el corazón golpeándole con fuerza en el pecho.

—Arriba, váyanse rápido—le dijo Lester a Ramón y a Augusto.

—Espera —escuchó el Mosque a su espalda. Al volverse vio a Marina que se acercaba a él—, se te quedaba el disquete.

Fue un milagro. En el momento en que entraron ágilmente en el carro panel los guardias estaban discutiendo con la airada señora de la casa de en frente, esquizofrénica por añadidura. Los gritos e insultos de la anciana se escuchaban por toda la cuadra, los esbirros la insultaban también y al parecer, por el fragor y el sonido de cristales y objetos cayendo al suelo, estaban virándolo todo al revés. El carro de Luis tenía un motor silencioso y se alejaron sin delatar su presencia. Lester, al ver de nuevo el carro patrulla estacionado en la acera del frente, no pudo evitar que un cosquilleo recorriera su espina dorsal y se le erizaran los pelos de la nuca.

Ya en casa de Luis, los tres se encontraban en el pequeño patio de la casa, estudiando una posible vía de escape para caso de emergencia.

—Esto es una ratonera—había dicho Augusto desde que puso un pie en el patio.

La pequeña porción de suelo enlozado que constituía el patio de aquella casa se hallaba rodeada de un alto muro. La vivienda estaba franqueada en los laterales por dos casas biplantas cuya fachada daba a la otra calle. La única posibilidad de

escapar era escalando un tubo hasta el tejado de la casa vecina cuya parte trasera daba al patio de Luis. Su casa era de una sola planta, el techo era de tejas. La mayoría de los hogares de aquel barrio tenían el frente en aquella calle y la parte trasera en la calle paralela; pero la casa de Luís solo tenía la mitad de la longitud de las demás, rompiendo la armonía.

—Sí, una ratonera—repetía Augusto.

—No te preocupes —respondió Ramón—, solo nos vamos a quedar esta noche.

Mañana me voy para la casa de Rubén Yussef y tú para la de Duque de Estrada.

—Lo que más nos asombra de este hombre —decía la investigadora— es su capacidad de trabajo y de concentración en medio de una situación difícil, él se sabía acorralado y hasta puedo asegurar, basándome en las entrevistas e investigaciones hechas para este libro, que Ramón Varona estaba seguro de que pronto iba a ser encontrado y tal vez asesinado, por eso se esforzaba en cumplir en el menor tiempo posible las tareas encomendadas por Alejandro, temía dejar las cosas a medias.

Esa noche acordaron hacer guardia para evitar sorpresas. Ramón lo haría de diez a dos de la mañana, y en lo adelante lo haría Augusto hasta las siete de la mañana. Fue una noche tranquila. Augusto se levantó sobresaltado por una pesadilla y al mirar a su lado vio a Ramón escribiendo en unos papeles, alumbrado por una pequeña lámpara de mesa. Augusto consultó su reloj, eran las 3.45 de la mañana.

—¿Por qué no me llamaste?—le dijo.

El Mosque y Pablo Negrura se sentaron en la segunda fila. En primera línea y a los lados se hallaban caras conocidas.

—Se me había olvidado—le respondió Ramón sin levantar la vista del manuscrito.

—Los Pericones—dijo el Mosque entre dientes.

Augusto tomó de sus pertenencias un pequeño peine y se dirigió a la sala. Por el camino iba acomodándose el pelo, ayudado por la humedad y su mano, que iba pasando por los cabellos tras el paso del peine. La masa lacia y castaña iba

tomando forma y brillo. Se asomó por una de las ventanas, entornando las tablillas; la calle estaba desierta, todo tranquilo y silencioso. Al regresar al cuarto advirtió que Ramón seguía sumido en aquellos papeles enigmáticos.

—Estuvo así hasta la siete de la mañana —dijo Augusto—, él era así de sacrificado, no se imagina cuánto yo lo admiraba, periodista; yo vivía discutiendo con él, sí, pero lo respetaba y admiraba.

Cuando avisaron en casa de Rubén Yussef que Ramón iba a ir para allá, se encontraba una visita en la casa. La hermana de Rubén y su esposo, ambos residentes en Bayamo. Sabían de las actividades revolucionarias en que estaba inmerso Rubén, y decidieron, al enterarse de la noticia, volver a Bayamo. No hacía ni diez minutos que se habían marchado cuando el carro panel, conducido por Luis, se detuvo frente a la casa.

—¿Qué te dio por venir para acá? —le dijo Rubén a Ramón, cuando éste ya se había acomodado en una silla del comedor.

—No sé dónde meterme —respondió aquel—, donde quiera que voy hacen un registro, Salas Cañizares me está siguiendo los pasos.

—Pero tú sabes que esta casa está “quemada” —dijo Onilda, la mujer de Rubén— ¿No te acuerdas que aquí vinieron a buscar a Hugo Casañas, hace un tiempo?

—Sí, ellos mismos—respondió Pablo Negrura.

—Se salvó por un pelo —dijo Onilda sin dejar de mirar la pequeña grabadora portátil que la investigadora había colocado frente a ella—; yo no sé cómo logró subirse a ese tubo del patio. Después de aquello Rubén y Rubencito prepararon la ventana de atrás; un golpe y solo era salir al Callejón del Muro.

—Bárbaro —dijo Ramón—, no te creas que no estoy consciente del peligro que corro, pero es que tenemos gran dificultad en conseguir casas seguras con la cantidad de compañeros que se ven obligados a vivir en la clandestinidad. Fíjate que la cuadra donde Augusto y yo estábamos escondidos la revisaron ayer, entera; de casualidad ellos no revisaron la casa donde estábamos nosotros. Por la persiana veíamos a Salas Cañizares, dirigiendo el registro. Y nosotros ahí, bien cerca, ya tú ves.

—Bueno Ramón, no es por nada —dijo Rubén—, tú sabes que con nosotros puedes contar para todo. Ahora te dejo, tengo que ir de nuevo para la ferretería, pedí permiso para venir a darte la bienvenida.

—¿Esa será la que escribió el libro? —dijo el Mosque al aparecer una mujer de unos cuarenta años que se posicionó frente al micrófono, junto a Marina—. Coño, qué buena está.

—Espérate—respondió Ramón—, antes que te vayas, tengo una misión para ti.

La tarea consistía en conseguir cincuenta cocinas Coleman por encargo de Alejandro, pues cada cocinita alcanzaba para diez hombres y eso facilitaría mucho la vida en la Sierra; también le encargó chocolate en polvo, pues en pastillas no era muy cómoda su manipulación.

—Además—explicaba Ramón—, con el chocolate los hombres van a estar mejor alimentados.

—Mañana mismo eso va a ir camino a la Sierra —dijo Rubén Yussef—, no te preocupes.

Ramón hizo silencio. Rubén Yussef no se movió de lugar a pesar de su premura. Conocía muy bien al líder que tenía delante, aquel silencio significaba el preludio de una confesión.

—Rubén —dijo Ramón al fin—, ¿has pensado en cómo será todo en un futuro?

—Bueno, compadre—Rubén tomó asiento—, algo me he imaginado, sí; pero, ¿lo veremos nosotros? ¿No terminaremos muertos?

—Muerto. Estás muerto con esa pura—le decía Pablo Negrura en el oído—, se te salen los ojos, ella se va a dar cuenta.

—Eso mismo me dijo Augusto, y sí, puede ser —respondió Ramón con la vista perdida en el vacío—, pero algo habremos hecho para dejarle el camino listo a las futuras generaciones.

—Ojala pudiéramos ver eso —dijo Rubén—. Ojala no estemos muertos cuando triunfe la Revolución.

—¿Viste esas piernas?—el Mosque le golpeaba la rodilla a Pablo Negrura—. Está bien por donde quiera, asere.

—Y si morimos no importa —dijo Ramón—, tal vez nuestro ejemplo sirva para que nadie destruya la nueva sociedad que va a surgir cuando tumbemos a Batista, cuando vivamos en una Cuba libre.

Rubén reflexiona con grave semblante. De pronto, el rostro se le fue iluminando.

—Sí —dijo Rubén, acariciando la frase de Ramón—, una Cuba libre.

—Yo quería viajar después que triunfemos —dijo éste—, dedicarme a conocer el mundo, pero creo que ahora lo que quiero es quedarme aquí, ayudando a la Revolución. También quisiera crear una asociación de artistas, de jóvenes creadores, como tú y yo, Rubén, que nos gusta tanto la poesía.

—Tengo un poema nuevo —comentó Rubén—, te lo voy a enseñar después, cuando regrese del trabajo.

—¿Te imaginas, Rubén? Una Asociación donde tenga cabida todo aquel que quiera crear: sea músico, pintor, poeta o escritor; una Asociación donde se cultive un arte nuevo, revolucionario, comprometido con las causas justas del mundo.

Rubén asintió en silencio. Ambos enmudecieron por varios minutos. Sus miradas perdidas en el vacío, la esperanza iluminando sus mentes.

—Me voy—dijo Rubén, rompiendo el silencio—, nos vemos más tarde.

Luego de marcharse llegaron a la casa dos miembros del Movimiento. Aparecieron en una máquina Chrysler, de alquiler, que estacionaron un poco más allá de la casa. Uno de ellos, Danilo Monterrey, sudaba copiosamente; a cada momento se enjugaba el rostro y el cuello con un ensopado pañuelo gris.

—Y a mí se me ocurrió ponerme hoy una minifalda, qué fatal me he puesto —le decía la investigadora a Marina—. ¿Tú sabes quién es ese tipo?

—Vengo de Guantánamo —le dijo a Ramón, luego de las formalidades—, desde ayer estoy aquí y hoy es que te hemos podido localizar.

—Si me lo señalas te puedo decir quién es —respondió Marina, nerviosa—, no recuerdo quiénes estaban en la segunda fila. ¿Estas segura que te estaba mirando el blúmer?

—Los registros —respondió Ramón—. Me he tenido que trasladar tres veces de escondite en menos de dos días.

—En una oportunidad se agachó y todo, para ver mejor —respondió la investigadora—, y yo halándome la falda a cada rato, qué pena, tenía que haberme puesto una licra debajo.

—Bueno—dijo Danilo—, en Guantánamo contacté con Luis Felipe y él consiguió, con su contacto dentro de la Base, los veinte mil tiros; vine para acá porque necesito como cinco mil pesos.

—Mosque, Mosque, deja eso, yo creo que se dio cuenta.

—Yo sabía que ustedes de un momento a otro iban a venir a buscar el dinero —contestó Ramón con una sonrisa—, que no iban a fallar en las gestiones que le encomendó el Movimiento —extrajo de su bolsillo un papel que fue desdoblando—. Ustedes saben la crisis que en estos momentos está pasando Alejandro en la Sierra con el parque—estiró el papel—. Miren, para que vean la situación que hay en la Sierra y por qué es necesario que ustedes resuelvan el problema.

Ramón comenzó a leer. En la carta, Alejandro le decía que los rifles automáticos los tenía a treinta o cuarenta tiros y los Springfield a quince tiros.

—Tienes que ir a buscar siete mil pesos que quedan en el fondo del Movimiento —le dijo al otro al terminar de leer la carta—, ese dinero se lo das a él —señaló a Danilo.

En ese momento apareció la esposa de Rubén Yussef. En una bandeja traía tres tazas de café.

—Señálamelo—le dijo Marina.

—Alabao—dijo Basilio—, a buena hora, nos hacía falta.

—Aquí no lo veo, él andaba con un negrito.

—Onilda, tan oportuna y servicial como siempre—dijo Ramón.

—En estas situaciones hace falta un buchito de café —respondió Onilda—, pa' controlar los nervios y afinar la razón.

—Sí, qué cabeza la mía—respondió el Mosque tomando el disquete y sonriendo tímidamente—, no dejo la cabeza de milagro.

—Dígamelo a mí —dijo Ramón— que he tenido a los esbirros, como quién dice, pegadito a los pies.

Onilda esbozó una sonrisa que mantuvo en todo el trayecto hacia la cocina. Al llegar, dejó las tazas en el fregadero. Ramón y los visitantes seguían conversando. Necesito, decía Ramón a Basilio, que me traigas un libro que Ernesto Sierra me va a mandar. Pero un mal presentimiento hizo a Onilda dirigirse hacia la puerta que daba a la calle. Un libro valioso, Ramón se frotaba las manos, nada más y nada menos que un libro de Marx. Antes de llegar a la puerta ella pudo atisbar hacia la ventana: algo andaba mal. El Capital de Carlos Marx, añadió Ramón. Al abrir la puerta advirtió que los vecinos de la cuadra de más abajo estaban en sus puertas, observando la calle. Más allá vio algo que le hizo estremecerse: la policía venía registrando y ya estaban cerca.

—Ya ven —le respondió tranquilamente Ramón—, estoy fatal; donde está Augusto seguro que ni han registrado, y yo no he acabado de llegar y ya tengo que mudarme de casa.

—Al enterarse del registro se había asomado por la ventana —dijo Onilda—, era increíble, no tenía miedo, yo estaba que me moría y él tan tranquilo con los esbirros ahí, cerquita.

—¿Y usted qué le dijo? —la investigadora se inclinó hacia ella, miró por un instante la casetera de la grabadora portátil. Sí, todavía le quedaba cinta.

—Sal de ahí —le dijo Onilda—, te pueden ver.

—Ramón —dijo Danilo—, ¿por qué no aprovechamos ahora mismo y nos vamos todos en la máquina de Basilio?

—Vámonos Mosque, que se dio cuenta —Pablo Negrura lo cogió del brazo—, mira, está hablando con la vicepresidenta, seguro que le está dando las quejas.

—No es para tanto —respondió Ramón—, en otras oportunidades ha pasado lo mismo y al final se van. Tengan calma.

—Vete en la máquina, Ramón —dijo Onilda, entornando la puerta, pero fue abierta bruscamente. Rubén Yussef entró en la casa, respiraba con dificultad, había venido corriendo desde la ferretería.

—Graciela, la vecina, me llamó —dijo atropelladamente—, hay que sacar a Ramón de aquí.

—¿Tú crees, negro?

—Danilo y Basilio quieren sacarlo en la máquina—contestó Ofelia.

—No es necesario—dijo Ramón.

—Claro que sí, vámonos antes que te cojan. Ella te vio, Mosque, se dio cuenta.

—Están registrando a cinco casas de aquí —dijo Rubén, desesperado. Se dio cuenta que traía rota una de las sandalias—. El mismo Salas Cañizares, lo vi con mis propios ojos.

—Bueno, está bien —dijo Ramón tranquilamente—, vete tú para la ferretería.

—No, yo me voy contigo, ya aquí se acabó todo y para qué me voy a quedar si no tengo dinero para comprar ese libro.

Rubén Yussef enrojeció. Irguió el pecho, su semblante se tornó severo.

—De eso nada—respondió—, el Movimiento me ha responsabilizado con tenerte aquí y si te ocurre algo, yo muero contigo.

—No hace falta, quédate, que ahora van a repartir el brindis—dijo el Mosque.

—No tienes que arriesgarte por mí, te ordeno que regreses a la ferretería.

—Esa tipa a lo mejor me vio contigo, qué va, me voy yo también —respondió Pablo Negrura.

—Vete con nosotros—dijo Danilo.

—Bueno, sí, vamos echando—dijo el Mosque.

—¿Tienes alguna arma?—le preguntó Basilio.

—Una pistola—le contestó Ramón.

—Tienen que tomar una decisión —dijo Onilda—están a dos cuadras de aquí.

—La ventana del fondo—dijo Rubén de pronto.

Todos, menos Onilda que observaba lo que pasaba en la calle, fueron corriendo hacía el fondo. Rubén, que había sido el primero en llegar, se apartó bruscamente de la ventana, como repelido por una fuerza invisible.

—Demasiado tarde —dijo—, el Callejón del Muro está repleto de guardias. El propio Mano Negra está ahí.

—Ahora sí lo vi —dijo de pronto la investigadora—, se va con el negrito.

Se dirigieron hacia la sala. Ramón cavilaba por el trayecto. Al llegar se volvió hacia Basilio y Danilo; sus ojos reflejaban firmeza.

—Váyanse ustedes, y que Rubén salga a despedirlos como si fueran de la familia.

—¿Pero tú qué vas hacer?—preguntó Basilio.

—Vamos a interceptarlo antes que llegue a la salida—dijo Marina, cogiéndola del brazo—, vamos, corre.

—Ven con nosotros—imploró Danilo.

—No—respondió Ramón—, es más fácil que me vaya a pie. Hagan lo que les digo.

—Se van, se van —decía la investigadora.

Segundos después Danilo y Basilio salían a la calle acompañados de Rubén. En la esquina había varios agentes del S.I.M golpeando a dos personas. Rubén se dirigió a ellos.

—Estos amigos míos van a salir contra el tráfico —Danilo y Basilio estaban dentro del coche y el motor ya estaba encendido—. ¿Pueden?

—¿Y quién es? ¿Ese, el de los drelos?—preguntó Marina, sin dejar de avanzar.

—Que se vayan —gritó uno de los guardias que inmediatamente volvió a concentrarse en la golpiza.

—No, el calvito, el que anda con el negro.

La máquina avanzó a ritmo moderado en contra del tráfico. Al llegar a Rastro apresuró la marcha. Rubén observó cómo la máquina se alejaba, luego entró en la casa.

—Tome —le decía Ramón a Ofelia en el momento en que Rubén entraba en la casa. Le estaba entregando unos papeles—, esto no puede caer en manos de la tiranía.

—¿El Mosque?—Marina se detuvo—. ¿Estás segura, el Mosque?

—Vámonos—le dijo Rubén, tomando una pistola y ocultándola en su espalda.

—Ese mismo es. Vamos que se nos pierde, yo tengo que echarle en cara su frescura.

En la calle, varias perseguidoras se hallaban estacionadas a cierta distancia una de la otra y el registro se hacía en dos casas a la vez. En el medio de la calle, Salas Cañizares dirigía el registro, blandía su ametralladora con insolencia mientras profería toda clase de amenazas a los vecinos. Cuando Ramón y Rubén ya se encontraban fuera del cerco, ocurrió lo imprevisto, el hecho que marcaría la historia.

—¿Y esos dos que van por allá?—dijo uno de los guardias.

Entre ellos, de espalda, había un hombre vestido de civil. Al escuchar la exclamación del guardia se volvió. Salas Cañizares no se había dado cuenta de nada, en aquel momento se dirigía hacia una mujer que estaba asomada en la puerta de su casa:

Candela a la lata, señora, le decía, métase pa' dentro o le meto un tiro.

El hombre vestido de civil había abierto los ojos desmesuradamente, su rostro se iluminó de euforia, de su garganta surgió un grito:

—¡Ese que va por ahí es Ramón Varona, el jefe del Movimiento!

El guardia se adelantó apuntándoles con la ametralladora. El hombre vestido de civil comenzó a dar la voz de alarma. A Ramón le bastó un segundo para reconocer aquel rostro: era Randy, un antiguo compañero del bachillerato cuyo nombre pasaría, al día siguiente, a la lista negra de los soplones por ajusticiar.

—Si nos cogen presos nos torturan —susurró Rubén.

—Prefiero morir —respondió Ramón.

—Yo también.

Para asombro del guardia sacaron sus armas, a la vez que se separaron. Ambos abrieron fuego contra el guardia, el cual perdió la coordinación de sus movimientos cuando una bala le arrancó un pedazo de oreja; antes de caer muerto lanzó un rafagazo hacia Rubén, alcanzándolo en el pecho y el vientre. Desde el otro lado de la calle los demás policías comenzaron a disparar. Las balas silbaban alrededor de Ramón, algunas hicieron impacto. Randy se había ocultado en el corredor de su casa, al parecer no estaba armado. Cuando Ramón Varona se parapetó tras una pared que dividía un corredor de otro, tenía heridas en el muslo,

un brazo y el costado, de donde manaba abundante sangre. Trataba de mantener a raya a los esbirros, pero el cerco se estaba cerrando en torno a él y el fuego era cada vez más concentrado. “No voy a salir de esta”, pensaba, “Augusto tenía razón, coño, este futuro no es de nosotros” La vista comenzó a nublársele. “Hasta aquí llegaste, Ramón Varona”, se dijo. Una bala hizo impacto en su mano, uno de sus dedos salió volando como una viruta de madera, la pistola cayó a sus pies. “Sí, el futuro no es de nosotros”. Y en el momento en que trataba de recoger la pistola con la mano mutilada y envuelta en sangre, aparecían por la otra esquina de la calle, casi de frente al portal donde se hallaba, un grupo de policías comandados por Mano Negra. Una ráfaga de ametralladora se cernió sobre él.

—Mosque —Marina se interpuso en medio de la salida, a su lado se hallaba la investigadora—, espérate ahí, tenemos que hablar.

XXIII

Majestuoso, ciclópeo, titilando de lujo y confort se alza el hotel Meliá Cohiba, justo a nuestra izquierda. El melenudo me hace un gesto y se planta en el borde de la acera, mira a ambos lados de la avenida, me hace otra seña, se lanza al asfalto: vamos por aquí, me dice. Los autos se acercan veloces y silban a nuestras espaldas. Los que vienen por la senda contraria nos obligan a quedarnos parados en el medio de la avenida. Una caravana, formada de improviso, nos cierra el paso, como si todos ellos se hubieran enterado de nuestra intención de cruzar y quisieran gastarnos una broma.

—La madre que los parió —masculla con rabia el melenudo, como queriéndolo gritar.

Se abre una brecha, intentamos cruzar. Un camión aparece de súbito y agarro al melenudo por el brazo: ten cuidado, le digo. El camión nos lanza una bravuconada de polvo y viento, el claxon nos taladra los tímpanos: el coño de tu madre, grita el melenudo.

—Vámonos ahora—le digo.

Y por fin plantamos los pies en la acera.

Nos adentramos por una calle que me es vagamente conocida. ¿Esta no es acaso la calle Paseo?, pienso, tal vez esté equivocado, hace tiempo que no vengo por acá. ¿Acaso Paseo no es más ancha, una avenida? Lo que sí estás seguro es que te encuentras cerca del hotelito de la Federación de Mujeres Cubanas donde te hospedaste por tres veces, cuando el curso en el centro Onelio. Qué buena época aquella, Alexis Carralero, por eso te es tan familiar esta calle, la debes haber cruzado mil veces cuando venías, como ahora, del Malecón, o cuando

bajabas por —te parece— esta calle, o alguna parecida, acompañado de los dos únicos amigos que hiciste en el taller, para llegar al Malecón y seguir camino por esa gran anaconda de concreto y luego sentarse en él en el tramo que más nos gustaba —casi siempre frente a 23— y allí darnos los tragos mientras conversábamos de música, de cine, de la vida, y claro, de literatura; y bajo el fulgor del alumbrado público y en medio del ir y venir de las personas por el malecón y las calles aledañas, el pulular de los autos, camiones, ciclos y motos por la avenida, de la caricia de la brisa y el sonido del gran azul, suicidándose sobre el diente de perro, y bajo la mirada de la luna, colgada en el telón nocturno, los nombres de Bulgakov, Borges, Faulkner, Cortázar y otros maestros de las letras se escuchaban en nuestras conversaciones.

—Ya estamos llegando—me dice el melenudo—. ¿Quieres un trago, men?

—Mejor esperamos a llegar a la casa del socio ese—le respondo.

Varios autos de alquiler —¿Panataxis, o qué coño estará escrito en los carros esos? A esta distancia no veo bien— se hallan estacionados en la entrada del hotel. Del interior del mismo salen dos choferes: rollizos, enfundados en un uniforme que les queda estrecho. Al instante aparecen algunos turistas que caminan con aire distraído, observando lentamente a su alrededor; la última visión que vas a tener del Meliá Cohiba, Alexis Carralero, porque mañana...

—Va y nos ponemos las botas y tenemos suerte de echarnos hasta unos videítos, ¿no?

Asiento en silencio.

—Y más ahora que hace poco el socio bajó de Internet unos clips de Mummificated Whore y Castrate. ¿Has oído hablar de ellos?

—No —respondo.

Desde la segunda planta de aquel hotel se veía parte del Meliá Cohiba, claro que estás cerca, la calle ocho, Alexis Carralero, claro que sí, pero no puedes asegurarlo, pero es por aquí. Allí, en el taller, sí, allí encontraste la salvación, porque fueron semanas intercambiando con personas distintas a ti, a ellos, los friquis, que ya veías como apestados después que te fuiste de Faustus, como si te

hubieras apartado de un grupo de leprosos; claro, con todo lo que viviste al lado de ellos no era para menos, nunca se te olvidarán los malos ratos, las decepciones, la incertidumbre entre tanta gente en la cual no podías confiar porque podías verte de pronto envuelto en un complot, en una traición; así era la falta de camaradería que había... hay todavía allí, en el Club Atlético, en la mierda de Casa del Joven Creador, en aquel cubil de víboras lleno de envidiosos, de competencia, de chismes y zancadillas, que hasta se trataban de robar las mujeres entre ellos, lo peor que puede pasar entre dos personas que se dicen... o se llenan la boca para decir que son amigos. ¿Recuerdas las broncas que se formaban cuando un día se ponía al descubierto, por medios de los mismos chismes que iban de boca en boca en aquel antro infernal, la infidelidad de una de las tantas tipejas —friquis de embullo— con el amigo de su novio?

—No lo puedo creer. ¿De verdad que no los has oído?—el melenudo me observa con una grotesca mueca de sorpresa—. ¿A Mummified whore, men, a la mejor banda gore que tiene la República Checa?

—No, no la he oído—le respondo, tranquilo.

Qué diferentes eran los literatos que compartieron contigo las sesiones del taller Onelio. Sí, habían casos de algún que otro personaje petulante que por haber publicado un libro o por trabajar en una editorial se creían mejores que cualquiera, seres únicos, supremos, pero así y todo qué diferentes eran todos ellos a los friquis que conociste en todos estos años en el ambiente. En el centro Onelio te desintoxicaste, liberaste tu alma de tanta pudrición y miseria humana que te inocularon en el Club Atlético, porque ya te estabas volviendo igual a ellos, Alexis “el Mosque”, como todavía te dicen; estabas convertido en un adicto, en un borracho de tanta mierda, y solo allí, pasando una temporada entre escritores que lo único que tenían que ver contigo era la pasión por la Literatura, fue que pudiste aguantar la tentación de regresar al ambiente, de volver a pisar el suelo maldito del Club Atlético, como si fueras un borracho o un drogadicto, Alexis Carralero.

—¿Y a Castrate, men? ¿Tampoco has oído a esa gente?

—No—contesto, esta vez en tono cansado.

—No puede ser, men, estás atrasadísimo.

—Es que hace tiempo que yo...

—Súper atrasadísimo, men; a ti hay que darte un mínimo técnico sobre la metralla que se hace ahora.

Así y todo fuiste a algunos conciertos, aprovechando que estabas en la Habana, hospedado en el Vedado, en el centro de la urbe, Alexis Carralero, bien cerca del Patio de María donde asististe al último concierto que se hizo en aquel lugar, porque semanas después lo cerraron por orden de sabría Dios quién. De esa manera, en un solo zarpazo, fue eliminado un sitio emblemático donde, por tantos años, se refugiaron las huestes marginadas e incomprendidas del underground capitalino y nacional también, y es que cualquier grupo que se respetara tenía que probarse en el Patio de María. Si era aceptado, y mejor, aclamado en aquel lugar por el exigente público capitalino, tenía ya todas las de ganar en cualquier escenario del país. Y tu grupo pasó la prueba de fuego; llegaron y triunfaron, saliendo por la puerta ancha... o saliste, Alexis Carralero, porque el triunfo te pertenecía, porque fuiste tú y nadie más quien compuso las canciones que se hicieron populares entre los rockeros de toda la isla y fueron radiadas sin cesar en Radio Progreso, en aquel programa que también fue borrado por el brutal zarpazo proveniente de las altas esferas. ¿Qué más se podría esperar? El Rock fue, es y siempre será, para los nervios alterados de este país, la música del enemigo y eso nunca va a cambiar; lo sabes muy bien, Alexis Carralero, por eso vas adelante con tu plan.

—¿De veras no quieres un trago?

—No sé.

—Dátelo, ¿qué importa?, después compramos otra botella. Lo que sí vas a tener que darme una ayudita.

—No hay lío.

—Dátelo.

—Bueno, sí, está bien... total.

—Total —dice el melenudo.

Total, tanta guerra contra una música para que al final pase como lo que está pasando en Irán. Suerte que ellos no aceptaron las inspecciones inventadas por los cabrones de Estados Unidos, que sí pueden tener armas nucleares, qué descaro. Pero un día puede ocurrir, Alexis Carralero. Un día podemos despertarnos bajo el fuego enemigo, viendo como muere la gente, cómo todo lo que se ha construido con sacrificio es destruido en una sola noche de bombardeos. ¿Y los rockeros van a tener culpa de eso?

¿Acaso también no tomaríamos las armas, igual que todos? ¿Acaso por oír una música surgida en los Estados Unidos nos van a tomar presos cuando comience la guerra o nos fusilarán, para no ser una amenaza? Un ritmo, una cadena de notas en compás de cuatro por cuatro no destruye gobiernos, pero en cambio...

—Coño, men, casi se me olvidaba. Mañana hay concert.

—¿Mañana?

—Sí, por la noche, men, en el Jardín de la Tropical, van a tocar tres bandas.

—¿Sí?

Retumban tambores sobre nuestras cabezas. Una ráfaga de aire húmedo nos da una cachetada. Miro al cielo: hay que apurarse, comento.

Avanzamos por una calle que, como las otras, me resulta sumamente conocida, pero no acabo de ubicarme. Observo un cartel que emerge de una vivienda, de seguro que en el pasado perteneció a alguien que abandonó el país. “Necrología”, leo, y una luz hace que las tinieblas desaparezcan de mi memoria. Claro que sí, a solo dos, ¿dos?, cuabras de aquí está el hotelito de la F.M.C, ahora sí estoy seguro. Fueron muchas las veces que pasé por aquí. Sí, ese cartel, es ese mismo, y aquellas ruinas y ese terreno yermo y aquellas casas. Sí, es por aquí.

—Es por esta calle—me dice el melenudo.

Al final de la cuadra doblamos a la izquierda. Al momento avisto varios edificios de tres plantas. A nuestra derecha conviven en promiscuidad una hilera de casas antiguas con portales sustentados por columnas. En las paredes de la mayoría de ellas el musgo ha a florado en completa libertad.

—Ya estamos aquí —comenta el melenudo.

Nos desviamos hacia los edificios triplantas de cuyos balcones cuelga ropa mojada. En muchos de ellos ya la gente comienza a recogerlas ante la inminente llegada de la lluvia. Una señora de cabellos blancos descuelga con delicadeza una jaula de barrotes delgados. En el interior de la misma se debate una cotorra.

Subimos por la escalera del segundo paso. El melenudo va delante de mí y aprovecho para admirar su larga cabellera, bastante bien cuidada. Como extrañas tu pelo, Alexis Carralero, aquella madeja de cabellos ensortijados, como la de un príncipe medieval, que era tan de tu orgullo. ¿Recuerdas cuando te lo dejaste crecer por primera vez? En el barrio se acercaron a ti y te decían: Alexito, ya estás peludo; Alexito, ¿te peleaste con el barbero?; Alexito, pareces una mujer; Alexito, ¿qué es esa pelambrera?; Alexito, eso es de pájaros, pícate la mata de pelo esa. Y después, cuando vieron que ibas en serio y que comenzabas a escuchar aquella música que ellos no entendían y a juntarte con personas extrañas, de indumentaria extravagante y cabellos de mujer, empezaron a comentar sobre ti, chismes libidinosos que circularon de casa en casa, como un río subterráneo que se iba agrandando hasta tomar el barrio entero, y para todos ellos ya te habías convertido en el tipo extraño, indefinido, el desviado, el de los problemas ideológicos, el maricón potencial, y todo por un pelo largo y una cadena de notas musicales en compás de cuatro por cuatro, distorsionadas por medio de un artilugio electrónico: para ellos, la música del enemigo.

—Ojala el socio esté en el apartamento, men, es capaz que haya cogido calle.

Y toca la puerta con los nudillos. Dentro ocurre una leve conmoción. Se escuchan los pasos de alguien, el picaporte de la puerta gira, hace un chasquido, la gran pieza de madera se hace a un lado, dejando al descubierto una pequeña sala cuidadosamente pintada de verde claro. Del techo cuelga un ventilador de techo de grandes aspas. Ante nosotros parpadea nerviosamente una muchacha de porcelana: ¿Sí?, nos dice.

—¿Está Fabio?—le dice el melenudo.

Ella tarda en contestar, como si su mente estuviera en otra parte. Hasta nosotros llegan una sucesión de gritos y palabras ininteligibles que al parecer proviene de

uno de los cuartos. La muchacha se revuelve nerviosa: un momento, dice y se retira.

El melenudo me lanza una mirada de alarma. Escuchamos un portazo, palabras sueltas de la muchacha, alguien le dice algo, las voces nos llegan enclaustradas. De súbito baja el tono de las voces, se escucha un murmullo y luego se abre la puerta. No estamos para nadie, logramos escuchar. Ahora quien aparece es un sujeto bajito, de cabello crespo recogido en una cola, le da la mano al melenudo.

—Qué volá—dice.

El desconocido me mira unos segundos, me da la mano y vuelve a fijar la atención en el melenudo: qué hay, le dice, hace una pila que no venías por acá. Me vuelve a mirar, esta vez con extrañeza.

—¿Hay algún lío?—dice el melenudo.

El desconocido se adelanta y cierra la puerta tras de sí. Nos hace una señal para que lo sigamos.

—Ná, una cosa ahí —responde mientras camina.

Llegamos al paso de escalera. El desconocido se sienta en el primer escalón, nosotros lo imitamos.

—Yo venía con el socio a ver si oíamos un poco de música, no sé, men, algunos videos...

—Hoy no va a poder ser —contesta.

Afuera el cielo retumba y una cortina de agua se lanza sobre la ciudad, cubriéndolo todo. Ahora sí estamos bien, comenta el melenudo.

—Hoy la cosa está encendida por acá—añade el desconocido—, hay problemas en el gao.

—Entonces parece que venimos en mal momento —me dice el melenudo—. Qué pena, men.

El desconocido me vuelve a mirar, escruta mi rostro: yo te conozco de alguna parte, me dice.

—Claro, men —se entromete el melenudo—. ¿Tú no sabes quién es él?

Hace una pausa, causando expectativa en el desconocido, quien examina mi rostro.

—No sé, viejo, me parece que... no, no sé.

—¿Te acuerdas de Faustus?

—Faustus... ¿los de Holguín?

—¿Y qué otro Faustus va a ser?

—¿Él?—me señala, mira asombrado al melenudo—. ¿Él, él es de Faustus?

—Era—contesta aquel—. ¿Te acuerdas del Mosque?

—¿El Mosque?

El melenudo se impacienta.

—El Mosque, men, el creador de Faustus, ¿no te acuerdas? El que primero hizo una banda que se llamaba Morbus.

El desconocido reflexiona, mirándome con detenimiento.

—Asere —me dice—, ¿tú no fuiste el que una vez publicaste unas cosas, en un fanzine ahí, de los tipos aquellos de la banda... la banda aquella de las Villas, cómo era que se llamaba? —dirigiéndose al melenudo—. Era la banda aquella de los dos hermanos.... ¿cómo se llamaban?

—¿Dos hermanos?—el melenudo entorna los ojos, se rasca la cabeza—. ¿Tú dices los de Chromiun, los Dome... diome... doimeadiós? ¿No?

—¡Esos mismos! —salta el desconocido—. ¿Tú no le decías una pila de cosas a esa gente en ese fanzine?—dirigiéndose a mí.

—Sí, fui yo mismo. Esos descarados...

—Ah, sí, ahora ya sí me acuerdo de ti. ¿Qué me cuentas de Faustus, asere?

—Ahí están —contesto. No puedo evitar que un malestar se expanda en mi interior.

—Yo no me acuerdo de esa talla con los hermanos Doimeadiós —interviene el melenudo—. ¿Qué te pasó con esos tipos para que hicieras eso, men?

—¿Esa gente?—alzo los hombros—. Resulta que esa gente fueron los primeros en Cuba que se dedicaron a promocionarse en el extranjero mediante el correo, escribiéndose con las discográficas, los fanzines y las distribuidoras, pero resulta

que se promocionaban ellos solos y regaban por donde quiera que ellos eran la única banda de Death Metal que había en Cuba, ¿qué les parece? En una época en que existíamos nosotros, Necrohorde y una pila más de gente. Con eso desinformaban a todo el mundo en el extranjero de lo que verdaderamente estaba ocurriendo en la escena.

—Yo no sabía que esa gente se dedicaban a eso —responde el melenudo.

—Pero era un buen grupo—dice el desconocido—, bueno de verdad.

—Sí, eso no se puede negar —respondo—. Era un grupo que sonaba yuma, americanos, eran lo máximo, imagínense, en una época en que nadie tocaba Grindcore ya ellos lo estaban haciendo.

Y ya tú eras un rockero hecho y derecho en aquella época, Alexis Carralero.

Bisoño en cuestiones de hacer y dirigir un grupo, sí, pero mientras estos dos desconocidos jugaban a las bolas y a empinar papalotes ya tú estabas adentrado, hundido, perdido en las arenas movedizas del Rock 'n roll. Pero, ¿sacaste algo bueno de todo eso? Tal vez nada material, pero ya tienes un lugar en la historia del Rock de este país de infortunios. Por lo menos te mereces pasar a la inmortalidad, imbécil.

—Cuando aquello a nadie le gustaba el Death Metal y el Grind —prosigo—, por lo menos en Holguín; allá la gente lo que oía era Twisted Sister, Quiet Riot, Scorpions y esas cosas. Yo recuerdo que un socio ahí de Puerto Padre me mandó el primer demo de Chromiun, un clásico, asere, y yo me quedé loco con eso.

—Yo no quisiera ver lo que hubieras dicho si no te hubieras quedado loco con Ellos —me dice el melenudo—, porque acabaste en el fanzine.

—Es que los tipos esos eran unos hijos de puta del carajo, se les subió el éxito a la cabeza. Comenzaron a decir por ahí que ellos eran la mejor banda de Latinoamérica, que eran el único grupo de Death Metal que había en Cuba, que Necrohorde... ¿se acuerdan de Necrohorde?

—Los de Caibarién, ¿no?—contesta el melenudo.

—Esos mismos. Los hermanitos esos decían que Necrohorde era una banda fantasma, unos rip-off, que no tenían banda, que lo que decían en los flyers que circulaban por ahí era mentira, en fin...

—No lo puedo creer —dice el desconocido.

—No, y si ustedes vieron lo que me pasó con ellos cuando fui al festival de Caibarién con Morbus. Los tipos se pusieron a regar propaganda negativa de nosotros y a instrumentar a la gente para que nos abuchearan en el concierto.

El desconocido y el melenudo se miran, niegan con la cabeza. Afuera se escucha el azote de la lluvia.

—Date un buche viejo, coño, se me había olvidado —le dice el melenudo a su amigo, ofreciéndole la botella.

—Asereeee—el desconocido la admira, tomándola con cuidado, como si fuera un bebé—. Habana Club, asere, qué lujo.

—El socio se lo merece ¿no?—responde el melenudo, señalándose—, no todos los días se comparte con un tipo como tú —me dice.

—Asere—me dice esta vez el desconocido—, no es porque tú estés presente, yo no soy un tipo hipócrita que diga las cosas para caer bien, pero tú aquí, en la capital, tienes tremendo prestigio, no sé cómo será allá en Oriente. Si aquí se conoce el Rock de Holguín es por ti, asere, porque tú hiciste los mejores grupos que han salido de allí.

—Bueno, bueno, no es para tanto —contesto con voz lánguida—, allá también han surgido otros grupos igual de buenos y no los hice yo... no sé—el desconocido se da un buche de ron, me escucha atentamente—, te puedo mencionar a Swift, una bandita nueva que...

—Pero tú eres el tipo que la ha puesto buena ahí —me interrumpe el desconocido—, el que hizo la primera banda de Black Metal de Cuba, el que se ha parado en todos los escenarios del país y nunca ha quedado mal. ¿No es así? Dime tú mismo, ¿no es así?

—No, no, tampoco es así —replico—, yo también he hecho una pila de mierdas en vivo, no sé, pifias y esas cosas, hay veces que he tocado súper mal.

—Eso siempre pasa —interviene el melenudo—, siempre hay un día malo para cualquiera, pero el socio no quiere decir eso, lo que quiere decir es que siempre ha habido calidad, men, tú nunca has decepcionado a nadie con tus proyectos.

—Faustus te quedó de pinga, asere —dice el desconocido—, todavía ustedes se escuchan y hay una pila de gente que van a grabar los demos a casa de Tony.

Me brinda la botella, me doy un trago, el sonido de la lluvia estrellándose en el pavimento me causa somnolencia.

—Además —añade—, tu nombre está en el Diccionario de Rock Hispanoamericano que editaron en España.

—¿Diccionario?—de súbito desaparece la somnolencia—. ¿Diccionario, dices?

—Sí, asere, un diccionario que editaron allá, en España, y donde viene todos los grupos que hay y existieron en toda América latina y España, y en una parte sales tú con Faustus y todos tus proyectos y como fundador del movimiento rockero en Holguín.

—¿Yo?

—Tú mismo, asere—dice el melenudo—. Mira, yo ni me acordaba de eso. Yo la vi una vez y sí, ahí estás tú, men, tú y todos tus grupos y hasta una foto tuya, pero con el pelo corto.

En un Diccionario, Alexis Carralero, tú en un Diccionario, tu nombre recogido para siempre en un Diccionario de Rock; como si te lo hubieras propuesto, maldito suertudo; sabes que te lo mereces pero nunca habías soñado con eso. De golpe se me ha borrado todo el malestar que siempre me acompaña desde que el Gena destruyó lo que con tanto sacrificio hice, pero el esfuerzo no ha sido en vano, suertudo, el Gena habrá ganado mucho dinero a costa de todo lo que hiciste, pero fuiste tú y sólo tú el que pasaste a la posteridad, eres tú al que mencionan en la historia del Rock de tu provincia malagradecida, es a ti a quien recordarán y no a esa plaga del Gena y a los serviles, los malagradecidos de Francis y Richy, ni a los demás, sino a ti, al Mosque; y además, estás vivo, estúpido.

—Compadre, ¿tú tienes por ahí ese Diccionario, cómo puedo echarle una ojeada?

—No, yo no lo tengo —me contesta el desconocido—, por ahí lo tiene alguna gente, no sé, la gente de los grupos, le mandaron una copia a cada uno, ¿a ti no te llegó una?

—¿A mí? No, jamás.

—Entonces averigua eso, asere, a ti tenían que haberte mandado una.

En el interior del apartamento del desconocido se escucha una conmoción. Se oyen frases sueltas, alguna palabrota; una voz agria se deja oír por encima de las demás.

Adivino la voz de la muchacha de porcelana en una de ellas, otra de un hombre. El desconocido frunce el ceño, hace un gesto de disgusto.

—Me cago en... —tiende a decir.

—Men, si llegamos en mal momento me lo dices—murmura el melenudo.

—Sí, es un mal momento —responde el desconocido sin dejar de mirar hacia la puerta del apartamento—. ¿Ustedes no pueden venir mañana? Es mejor —nos mira un instante y vuelve a clavar la mirada en la puerta del apartamento, aguza los oídos—. Mañana de seguro que va estar esto despejado.

—Yo creo que mañana no voy a poder venir —le respondo.

—Bueno, men, entonces mejor nos vamos —dice el melenudo—, estamos molestando y parece que hay problemas.

—Ná, no se preocupen, la cosa no es conmigo —responde el desconocido— pero ahorita aquí se va a formar la desagradable.

—Entonces mejor nos vamos—digo.

—No se pueden ir bajo esta lluvia—dice el desconocido—, está cayendo agua con cojone, mejor esperan a que pase y después se van. ¿Dónde estás parando?

—me dice a mí.

—En Alamar.

—Entonces lo llevas para Línea —le dice al melenudo—, allí que coja el camello para Centro Habana al Parque Fraternidad, y de ahí el que vaya para Alamar.

—No, mejor que vaya para la parada de G —contesta el melenudo—, de allí sale el camello directo para allá.

—Me gusta más esa idea—intervengo—, esa es mejor para mí.

—Pero esperen a que pase la lluvia—dice el desconocido—. No los mando a pasar porque eso está en candela—señala en dirección al apartamento.

—¿Y dices que eso ahorita se va a poner peor?—dice el melenudo—. Entonces mejor nos vamos... ¿y por qué esa bronca, men?

—Por nada del otro mundo. Bueno, más o menos.

—Mejor nos vamos ya—digo, poniéndome de pie.

—Está lloviendo una pila, ¿se van a ir así?

—¿Men, tú no dices que esto se va a poner peor?—dice el melenudo.

—Bueno, sí, es que viene hoy para acá una prima mía y mi pura la está esperando para formarle un escándalo.

—¿Y eso?—el melenudo vuelve a sentarse.

—Mejor esperamos abajo —intervengo—, en el paso de escalera, allí esperamos a que pase la lluvia y estamos lejos del conflicto.

De súbito escuchamos, proveniente de la calle, el sonido de un auto que se detiene frente al edificio. El desconocido escucha con atención, la alarma se dibuja en su rostro.

—Es ella—dice.

Portazos, chapoteos, ahora se escuchan pasos en los bajos. En el apartamento no ha ocurrido cambio alguno en la discusión, al parecer no han escuchado la llegada del auto. El desconocido se revuelve inquieto, esta vez mira hacia la escalera.

—Mejor nos vamos—dice ahora el melenudo—. Vamos antes que explote esto.

—Y no es para menos—comienza a decir el desconocido—. Asere, yo no critico al que le dé por jinetear ni nada de eso, qué coño, bastante mal que se vive aquí... hasta yo lo hiciera si fuera jeva.

Escuchamos, proveniente de los bajos, la voz joven, diáfana, de una mujer, y otra cascada, jeroglífica, de un hombre. El desconocido baja la voz hasta convertirse en un susurro.

—Mi prima viene con un yuma—dice, inclinándose hacia nosotros—, y el tipo se la lleva, pero mi pura la quiere matar porque el viejo le dijo que se la llevaba, pero sin la hija, y ella fue para Holguín, donde vive la mamá, y se la dejó allí, para poder pirarse con el yuma.

El melenudo hace un exagerado gesto de asombro, yo tampoco logro evitar que se refleje en el mío.

—¿Abandonó a la hija?—articula el melenudo.

—Fue allá, a la tierra del socio —me señala—, expresamente para eso... en estos días, se la entregó completa. Hoy por la mañana llamó y dijo que iba a pasar por aquí a despedirse, porque se pira hoy mismo, y mi pura le quiere echar en cara todo eso y botarla de la casa, se volvió loca, nosotros estamos tratando de quitarle esa idea de la cabeza.

—Vámonos echando—me dice, tomándome del brazo.

—Asere, qué pena contigo —me dice el desconocido, visiblemente apresurado—, en otra ocasión, compadre. Tú comprendes ¿sí?

—Sí, compadre, no hay lío —le respondo, ya bajando las escaleras. Miro por última vez el semblante del desconocido.

A medida que descendemos por la escalera las voces de la mujer y el hombre se van escuchando más nítidas, junto al eco de sus pasos. Qué historia, una madre que abandona a su hija para irse con un tipo que ni quiere, hasta lo que hemos... has llegado, Alexis Carralero, en este país, como mismo hizo Francis. En el fondo, por la razón que haya sido, es lo mismo: vender el alma y el cuerpo por dinero, por confort, o por libertad... ¿o no es eso lo que tú también deseas, libertad? Pero, ¿harías lo mismo si tuvieras un hijo? ¿Tuvieras el valor de dejarlo para irte a un país extranjero para siempre, Alexis Carralero?

—Es solo un momentito Rudolf —dice la voz femenina, mucho más cerca. Una voz terriblemente conocida.

Y la evidencia se vuelve un puñetazo contra tu rostro, Alexis Carralero, porque, al hacerse visible la pareja, a quien primero ves—sobrecogiéndote, llenándote de estupor, haciendo que te aferres a la baranda de la escalera, pues te sientes

desfallecer—es a ella, que baja la cabeza al verte y te pasa por al lado como un alma en pena, y gritas en tu mente, una y otra vez su nombre maldito, y es que no crees que sea ella la de esa historia sórdida, ella, la mala madre que abandona a su hija por dinero. Sí, ahora todo sí encaja bien para ti, sus lágrimas, su llanto inexplicable a cada momento, llenándote de preguntas, imbécil, estúpido que te hiciste la idea que ella era la mujer de tu vida. ¿En qué estabas pensando? Ella y sus malditas lágrimas de cocodrilo, lágrimas de remordimiento, de culpa, de mujer miserable que manda al carajo a su hija por este vejestorio que ahora pasa por mi lado y me mira con cara de pocos amigos, y es que todavía la estoy mirando, no lo puedo creer, Dios mío.

—Baraja, men —me susurra el melenudo.

Desciendo con rapidez, el melenudo me sigue. Al llegar a la planta baja me lanzo a la calle. Afuera hay un auto suntuoso estacionado en la orilla de la acera, lo miro con odio y sigo camino bajo la lluvia que va empapándome la ropa.

—¡Men, men! —escucho detrás de mí.

Y no me importa la lluvia, ni los llamados de este comemierda que tuve la maldita suerte de conocer para que me trajera a este lugar y que tuviera, maldita sea, que enterarme de todo de esta manera, coño, pasarme esto a mí, de nuevo, maldito estúpido que no aprendes, que no acabas de aprender después de todo lo que te pasó con la perra de Yanelis. ¿Qué habrá pensado la gente del tren que te vio hacer el ridículo en la estación de Santa Clara? Porque a ti te pareció de lo más normal arrastrarte como un perro detrás de esta maldita puta, pero en realidad estabas haciendo el ridículo delante de todos, si te estás viendo de nuevo, qué vergüenza, qué estupidez, Alexis Carralero, tú suplicándole a una prostituta, a una mercenaria que regala a su hija y se vende ella misma por un viejo baboso, impotente, achacoso, que no tiene más remedio que comprar el sexo con su dinero cochino.

—¡Men, men! ¿Qué te pasa?

¿Y tú, Alexis Carralero? ¿Acaso tú tienes moral para pensar de esa forma? No es igual, lo tuyo es distinto. No es el ansia de confort lo que te atrae, ni el dinero ni

eso de los perfumes que siempre perseguía el maricón de Francis, sino por la causa del Rock 'n roll, para proseguir la obra en un lugar donde se pueda vivir una vida de rockero sin ser aplastado, sin ser humillado y condenado al aislamiento y acusado del dichoso diversionismo ideológico,

—Men, vamos a escampar aquí.

El melenudo me sujeta por el brazo con suavidad y me obliga a adentrarme en el portal de una casa en la que, por suerte, han dejado abierta la verja. La lluvia barre las calles, lame los edificios y casas. El agua comienza a correr por el borde de las calles, arrastrando suciedades. El melenudo calla, mira la lluvia, los autos que pasan levantando estelas de agua, chisporroteando gotas desde el capó, Me siento cansado, harto de todo. Siento deseos de que ya sea la noche de mañana para acabar con todo, para borrar para siempre los malos recuerdos, los años malgastados en vano, las decepciones.

—Men, yo no sé qué fue lo que te pasó, y no me importa, pero no es culpa del socio que no hayamos podido oír música.

La puerta de la casa donde nos hallamos se entreabre y un sujeto con ojos de gavilán nos espía a través de la abertura. El hombre titubea, observa un instante la lluvia, el piso del portal que hemos anegado de fango con nuestros zapatos; luego se retira, cerrando la puerta.

—No quiero hablar sobre eso—contesto.

En la acera de enfrente algunas personas corren, huyendo del vendaval. Una ráfaga de aire empuja la lluvia que zigzaguea y barre la calle de lado a lado, lanzando agua al interior de los portales. Retrocedemos, nuestros zapatos se salpican. Un guardapolvo, colocado a la entrada del portal, se ha empapado como una esponja, hinchándose. De súbito, un desconocido vestido de jean y camiseta y portando una jaba, entra al portal y se acomoda al lado de nosotros, sacudiéndose la cabeza, los brazos; echa una mirada al interior de la jaba.

—Qué agua, ¿no?—dice.

El melenudo observa por un momento al desconocido, pero de nuevo lanza sobre mí todo el peso de su mirada. Se ve inquieto, preocupado. De pronto me

convenzo que desea proseguir con el interrogatorio, pero yo no quiero explicar nada. Todavía sientes ese malestar, un vacío, un repicar de campanas, una mezcla de infelicidad, odio, tristeza; un desplome de autoestima.

Asombrosamente, como dando respuesta a mis plegarias, el cielo me regala una tregua, un amainar de esa lluvia tempestuosa que me obliga a estar recluido en este portal con la amenaza de ser nuevamente interrogado por parte del melenudo, quien no entiende que no deseo contarle nada de lo que ha pasado, explicarle lo de ella y yo, en aquel tren de infortunios, imbécil, te odias a ti mismo por eso mismo, por imbécil, por haber dado aquel espectáculo en Santa Clara, por haberte dejado envolver por esa puta que ahora debe estar riéndose de ti, mil veces estúpido.

—Coño —exclama de pronto el melenudo. Se toca los bolsillos, mira a su alrededor—. Coño, men, se quedó la botella.

—¿La botella?—respondo.

—La botella, men, se quedó allá, en el edificio.

El melenudo se queda mirándome, como diciendo: ¿volvemos?, pero le hago ver que no me importa la botella. Pero sí te importa, bien que te haría un trago para recobrar el aplomo, para limpiar el sabor amargo que te ha quedado en la garganta.

Ahora sólo deseas irte para Alamar y esperar con calma a que llegue el día de mañana.

Todos tus problemas se van a resolver, Alexis Carralero, todos.

—Me voy así mismo—digo.

Me lanzo a la calle. Está cayendo una lluvia finísima, casi invisible, pero con la increíble capacidad de empapar a cualquiera en pocos segundos. Salimos a la calle Paseo y subimos hacia Línea. El agua ya rueda por nuestros rostros, creando un cúmulo en la barbilla que luego se deshace en pequeñas gotas y caen al suelo o sobre nuestra ropa. El agua me ciega, me paso la mano por el rostro. El melenudo se alisa hacia atrás los cabellos y se los recoge en una cola; luego, se

mete las manos en los bolsillos y baja la cabeza para evitar el azote de esa fina cortina de agua sobre su rostro.

Al llegar a 23 cruzamos la avenida y doblamos en dirección a la Rampa. Al melenudo se le ocurre cruzar la calle para proseguir por la acera contraria. Le alcanzo, más por el hecho de seguir camino por la senda más próxima a la parada de G que por buscar su compañía.

—Vamos a coger tremendo catarro—me dice el melenudo.

Avanzo a paso vivo sin pensar en la lluvia que me hace cerrar los ojos y temblar de frío. Es una lluvia fina, como un rocío, me imagino que en otro país fueran pequeñitos copos de nieve.

—Si al menos tuviéramos un trago—escucho.

Nuestros pies chapotean en los pequeños charcos que se han formado en las aceras. En casi cada esquina nos tenemos que detener, debido al tránsito. Un ciclista pasa por frente a nosotros, en la calle E, y se pierde hacia 21. La goma trasera de la bicicleta lanza al aire una estela de agua sucia, dejando un rastro en la espalda del ciclista. No hacemos el menor intento de refugiarnos de la lluvia, a pesar de tener la ocasión de ir avanzando por debajo de los aleros, saltando de portal en portal o pasando por debajo de los árboles que encontramos en nuestra trayectoria. Ahora el agua nos corre por todo el cuerpo, la ropa se nos pega a la piel, el frío taladra nuestros huesos, maldita sea, con el calor que hacía una hora antes.

Por fin avistamos los arbolitos del parque G, podados con la forma de botón de distorsionador, qué comparación, pero es lo primero que te viene a la mente, Alexis Carralero, los botones de tu primer pedal, un *Very Metal*, antiguo, extraño, sí, pero fue tu primer pedal de guitarra.

En la esquina de G nos detenemos y de inmediato tratamos de guarecernos en la entrada de un vistoso establecimiento.

—Para allá está la parada—me dice el melenudo, señalando hacia la pendiente de G, buscando la calle 25.

—Sí, ya lo sé—contesto secamente.

El melenudo titubea, me mira, desvía rápidamente la mirada hacia la calle, el parque G; sigue el recorrido de una guagua Yutong que en esos momentos pasa por 23 y se aleja en dirección a la Rampa.

—Men...

Mis músculos se tensan. Un furor ígneo hace que desaparezca parcialmente el frío que estaba sintiendo. En este instante un cúmulo de ideas dispares se arremolinan en mi mente, y algo desagradable, tal vez una sensación de... ¿fracaso, desengaño?, no sé, algo que no logro definir, o tal vez la suma de todo eso, hace que ya no resista más la compañía de este desconocido, este friqui del montón que se acerca a uno con sus elogios de fanático estúpido que ya para qué me hacen falta.

—Men, yo sé que es una cosa que a mí no debería importarme pero, ¿qué te pasó allá? ¿Por qué te fuiste así?

—Por nada—respondo.

El melenudo hace un gesto de contrariedad.

—No, men, no me puedes engañar, a ti te pasó algo allá.

—A mí no me pasó nada, ya te lo dije.

La llovizna finísima comienza a amainar. De golpe siento deseos de seguir camino y dejar atrás para siempre al melenudo, no volver a verle la cara nunca más. ¿Acaso él no fue el culpable que, de aquella manera tan abrupta, te enteraras de toda la falsedad, del maldito plan, mucho más terrible que el tuyo, de aquella loba con piel de oveja, esa manzana de corazón podrido y con el nombre de Sonia? Sí, Alexis Carralero, y es que si no se te hubiera ocurrido seguirle la corriente a este desconocido que tienes al lado, no hubieras puesto los pies en aquel edificio donde jamás pensaste que te encontrarías con aquella que hace sólo unos días pensabas que podía haber sido el amor de tu vida.

—Men, tú sabes que en mí puedes confiar; lo que sea, men, lo que sea; yo deseo lo mejor para ti. Yo... yo te admiro men, no es trova.

—Mejor no me admires tanto.

—¿Cómo?

—Eso, que no me admires tanto.

—Es que tú eres un dios, men, una leyenda, una persona importante en la escena nacional.

—La escena es otra mierda.

—No digas eso, men.

—Sí, qué carajo, es otra mierda. ¿Qué coño tú crees que es la escena? Una pila de ilusos, de estúpidos perdedores que creen que aquí, en esta pinga de país, van a vivir el sueño del Rock star, del sexo, la droga y el Rock 'n roll. Eso es una causa perdida, ¿no entiendes?, hace un montón de años que estamos arando en el mar.

—No, men, qué va, si todo el mundo pensara como tú, ¿te imaginas? Entonces...

—Entonces, nada. ¿Y qué me dices de todas las mierdas de grupos, que para subir, se ponen a meterle pailas y clave cubana a su música, eh? ¿Qué me dices de los babosos de Ocanna, que para llegar a algún lado se pusieron a cantarle a los Cinco Héroes y contra el bloqueo para conseguir un contrato en el Centro de la Música? Total, se fueron todos pa' la pinga.

—No todos los grupos son así, men.

—¿Y qué me dices de las mariconadas que se hacen los grupos entre ellos? ¿Ese es el sueño que tú tienes de la escena? La escena es una mierda, socio, un fracaso, una ilusión.

—Yo no puedo creer lo que estoy oyendo —el melenudo retrocede, asombrado—, yo no puedo creer lo que estás diciendo, men; tú, que eres un tipo de prestigio aquí en Cuba.

—A la mierda todo eso, yo lo único que hice fue perder tiempo, dinero y años de mi vida en esta pinga. Al carajo con todo eso.

—Yo no sé qué te pasa, men, pero no deberías de estar hablando así.

—Yo digo lo que me salga de la pinga.

—¿Tú quieres que te diga una cosa? —el melenudo enrojece, su tono de voz cambia abruptamente—. Me pesa haber conocido a un frustrado como tú, porque eres un frustrado, men, un amargado, un tipo que no está a la altura de...

—A mi qué pinga me importa lo que pienses tú y todos los rockeros de esta mierda de país. Al carajo todo el mundo, qué coño.

—Estás hablando pinga, men —el melenudo se adelanta, desafiante.

—Pinga estás hablando tú desde que saliste del Coppelia.

Un relámpago hace que yo pierda el dominio de mis sentidos. De inmediato comprendo que he sido golpeado, ante mis ojos baila una constelación. Palpo, estoy en el suelo, enlodándome los brazos y la ropa en el suelo anegado. Intento ponerme de pie pero sólo logro sentarme. Más allá zigzaguea la figura del melenudo que me mira, expectante.

—Maldigo haber conocido a un singa'o hijo de puta como tú —me dice, antes de darme la espalda y marcharse.

Trato de responderle pero mi cabeza da vueltas. Da duro el muy cabrón, me digo, sin furor. De repente me envuelve una oleada de vergüenza. Miro a todas partes, por suerte no hay personas en la calle, pienso. Detallo aquel pedazo de ciudad en cuanto mi cabeza se pone en orden. La lluvia ha cesado y la gente ya comienza a circular por las aceras. Me levanto, sacudo mi ropa; tengo los brazos húmedos y sucios de lodo. Del melenudo no quedan ni rastros y de súbito siento un vacío, una abismal sensación de desasosiego, un mal sabor que solo retrocede cuando recuerdo que todo eso se va a convertir en hojarasca, en material de desecho, Alexis Carralero; dentro de poco, sí, qué coño te importa lo que piense él y todos los rockeros igual a él, como aquellos que te traicionaron, que hablaron tanta mierda de ti. ¿Acaso ganaste algo con andar con ellos?

¿Acaso te dio algo el Rock, la mil veces mencionada escena rockera, el grupo, la partida de mierdas que hicieron el grupo contigo? Todos ellos son unos malagradecidos y lo sabes bien; sólo recuerda lo que te pasó cuando saliste de Faustus, hasta ese día los fans se acercaban a ti, ahora no eres nadie para ellos.

El Rock sólo te quitó años de tu vida, felicidad, el placer de una vida normal, sin tantos disgustos y problemas que te dio el grupo, esa sarta de hijos de puta. ¿Para qué necesitas ahora ser una leyenda, como decía el melenudo? ¿Paraqué necesitas eso ahora?

En la época en que empezaste en la música eras blanco de burlas, todos creían que eras un loco, que no ibas a llegar a ninguna parte; ahí es cuando necesitabas el prestigio, el respeto de todos, no ahora que ya estás harto de toda esa mierda. Al carajo la escena, al carajo éste país de malagradecidos, al carajo Faustus, la puta de Yanelis, el Gena, el maricón de Francis y el vendido de Richy. Al carajo tú también, Sonia.

Subo por G, en dirección contraria al parque. A lo lejos observo la escasez de personas donde intuyo que está la parada. El asfalto brilla, camino con cuidado pues advierto que mis zapatos resbalan en el liso concreto de la acera. Opto por bajar a la calle. Siento frío, un frío insólito después de aquel calor de infierno que hiciera antes que empezara a llover. Hundo mis manos en los bolsillos mientras camino. Aprieto el paso para calentar los huesos y frenar el castaño de mis dientes.

Las pocas personas que se arremolinan en la parada me miran con un atisbo de curiosidad que se diluye de inmediato. Lanzo una ojeada a mi ropa: advierto que una estela de suciedad recorre la parte trasera de mi pantalón y llega hasta el cuello del pulóver. Todavía me estoy inspeccionando cuando un sonido de neumáticos, gases y claxon me pone en alerta: ha llegado el M1.

Directo a Alamar, Alexis Carralero, ni pensar en bajarte en el Capitolio a buscar o a esperar a Jaime, qué diría si te viera así, aunque en la casa ya te verán tía Victoria y Tatiana, pero eso es lo de menos, es en lo último que tienes que pensar. Mañana es el día glorioso, el día que siempre soñaste aunque no lo hayas logrado de la manera que pensabas, pero es mañana, imbécil, mañana, mañana, mañana, mañana, coño, mañana, sí, mañana, y al carajo todo, mañana; ya no tendrás que pensar más en el grupo y en Yanelis y en Sonia y en todo lo que te ha pasado y en el Club Atlético, ese maldito mundejo...

XXIV

Quién con lobos anda, aullar aprende.

Proverbio popular

Francis de la Flor salió del local en cuanto hubo una pausa en el ensayo. Se sentía contrariado e insatisfecho. Las canciones, ejecutadas con una sola guitarra, se escuchaban distintas, ajenas al sonido y empuje original del grupo.

Encendió un cigarro, tragó el humo con avidez. Notó que más allá, sentados en una de las jardineras, se encontraban el Pasta y Marcos, conversando. Le dio una nueva chupada al cigarro y dirigió sus pasos hacia ellos.

—Francis, dime qué tú crees —le dijo el Pasta, después de haberle estrechado la mano—, estábamos Marcos y yo hablando del Mosque.

—Ni me hables de ese tipo —respondió Francis, haciendo un gesto de contrariedad.

—Asere, yo opino que es el fin de Faustus—prosiguió el Pasta—, ustedes jamás van a poder conseguir un tipo como el Mosque.

—No, no, tú me perdonas pero eso no es así como tú dices—saltó Francis—; él no es imprescindible ni es una estrella ni un carajo, aquí nadie es insustituible.

—Pepero lo que papasa es que él, y, y, y tú lo sabes que él fue eel queque hizo todas las cacanciones en Faustus—dijo Marcos.

—Así y todo él no es nadie—respondió Francis—. ¿Quién se piensa que es, Chuck Schuldinner? Tim vale cuando tiene, acuérdense de eso, él era alguien

cuando estaba en Faustus pero ahora que se fue ya no es nadie, el Mosque dejó de existir para la escena rockera.

—Asere, no didigas eso queque el Mosque tiene tremenda pepegada en toda Cucuba, y tú lo sasabes.

—El Mosque lo que es un vendido y un comepinga —Francis arrojó el cigarro al suelo, lo aplastó con el pie—, ahora le dio por esa mierda de escribir, se cree escritor, un Lovecraft. Qué infeliz.

—Asere, pero sí hay una cosa que es verdad —intervino el Pasta—: el grupo jamás se va a recobrar de este golpe, nunca van a volver a sonar igual.

—Tú vas a ver que eso no va a ser así—respondió Francis—, ya estamos tomando medidas

—Asere, pero... otra cosa, ¿por qué ponerse a hablar mal de él a estas alturas? —dijo el Pasta—. Has regado por ahí mil cosas de él, ¿ustedes no eran socios?

—Para mí ya está muerto y enterrado ese comepinga—Francis pateó el suelo—, él lo que es un instrumenta'o y un baboso, seguro que quién le está lavando el cerebro es la jevita fea esa que se consiguió hace poco.

—Asere, y yo lo que creo es que tú estás ceceloso —bromeó Marcos.

—¡Él va a pagar todo lo que hecho! —prosiguió Francis, enardecido— ¡Él se va a arrepentir de haberse ido del grupo y no haberme dicho nada! ¡Un frustrado, eso es lo que es, porque cuando venga aquí, arrepentido, a querer entrar de nuevo en el grupo, yo mismo, Francis de la Flor, le voy a decir que no va a entrar, porque a mí, a mí, no me da la gana!

El arte de agradar es el arte de engañar.

Luc de Clapier, Marqués de Vauvenargues

Se hizo el silencio entre los dos, el hilillo de humo del incienso se diluía en el aire a medida que ganaba altura. El Mosque sorbió un trago de vino, no se atrevía a mirarla de frente.

—Me siento honrada—dijo ella, rompiendo el silencio—, de verdad que me siento honrada con todo eso que me has dicho.

El Mosque seguía con la vista clavada en el piso. Por primera vez se fijó en el diseño de las baldosas.

—Tú eres la persona que más aprecio en todo Holguín —proseguía ella—; de todos los friquis de aquí tú eres el más legal, el más genuino; no por gusto eres de los pocos que permito que vengan aquí, a mi casa, y de los dos o tres que les dejo entrar a mi cuarto y prestarle cosas de mi colección de música. Tú siempre has sabido que las puertas de mi casa están abiertas para ti... siempre, de eso no te quepa duda, Mosque.

El Mosque levantó la cabeza, estaba ruborizado, no pudo resistir la mirada de ella, volvió a clavar los ojos en el piso, agitó levemente la copa de vino.

—¿Qué más quisiera yo, Mosque? —Yanelis fijó la vista en un punto abstracto, como buscando las palabras—. Si hay un... un hombre que me merece, ése eres tú, en serio.

—¿Y qué te pasa entonces?—el Mosque no pudo ocultar su desesperación. Yanelis reflexionaba, sorbió de la copa.

—Tú sabes cómo es eso—contestó al cabo de unos segundos—, yo hace poco salí de una relación y todavía me siento mal, no tengo deseos de comenzar otra, me siento desilusionada.

—Yo te juro que nunca te voy a desilusionar.

—Sí, pero tú sabes cómo es eso, Mosque, qué más quisiera yo; tú eres lo que... no sé, cualquier mujer desearía, un tipo inteligente, bueno, educado, un tipo vola'o.

—¿Qué hago yo con todo eso? Yo lo que quiero es tenerte.

—Quién sabe si algún día me decido por ti —respondió ella, acariciándole el rostro—, a lo mejor tú eres el único hombre que me puede hacer feliz —se inclinó hacia él, le dio un beso en la mejilla—. Si un día me decido —le susurró al oído— te lo voy a hacer entender de una manera muy especial; a lo mejor es pronto, quién sabe. Nadie mejor que tú, Mosque.

Una gran prueba de talento es saber escapar de la influencia de los grandes talentos.

José Martí

—¿Viste qué yuma me quedó eso?

El Mosque hizo silencio, sus ojos recorrieron las teclas del piano eléctrico.

—Bueno—dijo al cabo de unos segundos—, suena bien, sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Hay que mejorarle algo?

—No, no es eso, el problema es que...

—Claro —interrumpió Francis—, es que tal vez hay que añadirle algo, tal vez más adornos, ¿no?—se dispuso a repetir la composición.

—No, no, espérate—el Mosque lo interrumpió con un gesto—, no es eso, es otra cosa.

—¿Qué cosa, el sonido que utilicé? Es de un clavicordio, suena gótico.

—No, tampoco, es que... es que se me parece demasiado a una talla ahí de Cradle of Filth.

—Casi, casi —respondió Francis—, tiene un toque parecido. Tú sabes que Cradle of Filth es mi principal influencia.

—No, no, el problema es que es igualito.

—Está en la misma onda, sí, pero no es igual —Francis se removió, inquieto.

—Sí, son otras notas pero es fraseo es idéntico.

—No, a mí me parece que eso no es así —Francis clavó una mirada asesina en el Mosque.

—Yo diría que sí, es idéntico.

—¡Cojone, chico! —Francis se levantó, casi arroja el piano— ¡Tú siempre comiendo mierda con lo mismo cada vez que traigo una idea al grupo! —pateó el suelo— ¡A mí no me importa si te gusta o no, lo tienes que poner así mismitico en una canción o me voy pal carajo del grupo! ¿Te cuadraría quedarte sin teclado y

sin tecladista, eh? Si me voy me vas a tener que ir a buscar a mi casa, pa' que lo sepas.

La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella.

Oscar Wilde

—Amigo ¿tienes fuego?—escuchó Francis.

Al levantar la cabeza vio antes sí a un hombre fornido, de ojos claros y pelo rubio y crespo, cortado a cepillo. En el rostro de aquel desconocido figuraba una bien delineada chiva que se confundía con el bigote.

—Sí, un momentico.

Le había llamado instantáneamente la atención la voz suave y pausada de él, en contraste con su maciza complexión física; de inmediato comprendió que se hallaba ante alguien especial.

—Tengo que mandar a arreglar esto —dijo Francis al ver que la fosforera lo traicionaba—. Ahora sí —exclamó al brotar la llama.

Le agradaba aquel hombre. A primera vista ya sentía la necesidad de conocerlo a fondo. Con calma Francis, con calma. Le gustaban sus bíceps estranguladas por las mangas del pulóver, su fragancia a Channel —casualmente su perfume preferido, qué bien—, la cuidada y atlética figura, los ojos pequeños y bondadosos amparados bajo gruesas pero espesas cejas rubias.

—Gracias—dijo el desconocido exhalando humo con elegancia—. ¿Te molesta si me siento aquí contigo?

Y Francis tuvo la seguridad de que el día no iba a terminar como él temía. Hacía meses que era presa de sensaciones desconcertantes; un aturdimiento cuya causa solo había comprendido cuando, por primera vez, fue invitado por su amigo Marlon a aquella fiesta organizada por los miembros del fan club de Madonna; y allí, entre ruborizado y escandalizado por la orgía de la cual estaba siendo testigo

e inducido por la voluptuosa música de Madonna, la figura del Mosque le vino a la mente en medio de una oleada de excitación.

Minutos atrás, después del ensayo, había logrado llevar al Mosque a la azotea de la Casa de la Cultura con el pretexto de observar las nubes negras que se estaban formando, y que, previamente fotografiadas—según le dijo al Mosque—, podían servir para hacer un montaje con una de las fotos del grupo, usando la computadora del Gena.

Allí Francis giró la conversación hacía disímiles temas, menos el que más le interesaba. Quería decir lo que estaba sintiendo, arriesgarlo todo, expulsar de una vez aquel lastre que no lo dejaba en paz; pero el miedo al rechazo, a ser ridiculizado, al escándalo y la incompreensión, pudo más que sus deseos.

Pero ahora, sentado en uno de los bancos del parque Calixto García, se sentía eufórico y esperanzado, pero también nervioso. Ante aquel desconocido padecía la misma turbación que hacía disparar sus hormonas cuando se hallaba ante el Mosque, con la diferencia que esta vez no sentía temor ni desconfianza, sólo la certidumbre de haber hallado alguien con quién liberar sus deseos largamente reprimidos.

—Yo me llamo Francis de la Flor —le dijo de pronto al desconocido—. ¿Y tú, cómo te llamas?

Si lloras porque se ha puesto el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.

Rabindranath Tagore.

Pablo Negrura observaba el dolor del Mosque. Ambos se hallaban al borde de la carretera de Gibara, justo en la esquina de la calle Fomento: se habían encontrado allí casualmente. Después de saludarse y sin haberlo planeado, comenzaron los dos a hablar del tema que al Mosque especialmente le interesaba.

—Yanelis, compadre; quién lo iba a decir.

—¿Y que más te dijo el Bosco?—preguntó Pablo.

—Me dijo mil cosas más cuando le conté lo otro. Me sacó en cara la cantidad de veces que me aconsejó sobre Yanelis y nunca le hice caso.

—Todo el mundo lo sabía, Mosque; lo que pasa es que nadie quería decírtelo.

El Mosque hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Fijó la vista en asfalto.

—Todavía no lo puedo creer. . . ¡Coño! Siento una rabia del carajo.

—Yo lo que no entiendo es por qué tú has cogido tanta lucha por ese asunto. Debe ser que todavía estás enamorado de ella, ¿no?

—La rabia que tengo es porque ella siempre hizo todo el esfuerzo posible por parecer autentica ante mí. Ella sabía que a mí me gustan las mujeres legales con las que se pueden tener relaciones serias; por eso. . . no sé, vaya, no encuentro como explicarlo; ella, por sabría Dios qué motivo, me hizo esa ilusión... tú sabes, me hizo creer que ella era así de verdad, como yo quería que ella fuera, y mira, es tan puta como cualquier puta de las que van al Club Atlético.

—Pero eso lo sabía todo el mundo.

—Pero yo no me daba cuenta, asere; yo no sé cómo si yo no soy un anormal ni un carajo para no darme cuenta de las cosas.

—Estabas enamorado, compadre.

—La muy hija de puta me engañó, me manipuló, me ilusionó para que me volviera loco por ella. Sabrá Dios las veces que ella y una pila de gente se burlaron de mí, y yo de estúpido, coño, atrás de ella como un maldito perro.

—Ya no sigas cogiendo lucha con eso, asere.

—La muy puta, la muy hipócrita. Puta, puta, puta.

—Ya eso pasó, asere, ya eso es historia. Lo que hace falta es que dejes de hablar de ella por ahí, eso no se ve bien.

—La gente tiene que saber que ella no es la psicóloga de caché que todo el mundo piensa. Lo de Pinar del Río tiene que saberse hasta en Cuatro Caminos; todos tienen que saber que ella es una maldita puta, para que ningún otro infeliz caiga en sus manos.

—Pero ya no hace falta decirlo más, compadre; ya todo el mundo lo sabe.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Has oído algún comentario?

—Claro, todo el mundo lo comenta; y el novio de ella, el tipo ese de la Universidad, la botó.

—¿De verdad? ¡Que se joda la muy puta! Me alegro, coño.

—Pero ya, asere; olvídate de eso.

—Va a ser difícil. Tú lo puedes decir fácil porque no pasaste por lo que tuve que pasar yo.

—Pero ya, compadre no sigas cogiendo lucha con eso.

—No se me va de la cabeza.

—Compadre, mira todo esto desde otro punto de vista, no sé, más positivo. ¿Tú te llegaste a empatar con ella alguna vez?

—No.

—Pues mira, alégrate de eso, Mosque. ¿Tú te imaginas si hubieras estado empatado con ella y te hubiera hecho lo mismo que le hizo al tipo ese de la Universidad?

—La hubiera matado.

—Entonces, compadre; nadaste con suerte. Mira la parte buena del asunto. Ella te cogió pa' eso, es verdad, pero hubiera sido peor que te hubieras empatado con ella y luego te pegara los tarros, como hizo con el tipo de la Universidad.

—Es verdad.

331

—Ahí sí hubieras sufrido de verdad. ¿No es una suerte que hubieras visto a tiempo el tipo de jeva que es, antes que cometieras el error de enredarte con ella?

—Sí, es verdad; tuve suerte.

—¡Entonces, compadre! ¡Alégrate y sigue pa' lante! Mujeres son las que se sobran por ahí.

El medio más fácil para ser engañado es creerse más listo que los demás.

Francis de la Rochefoucauld

Se cruzaron justo cuando él salía de la tienda La Hogareña. Ella se quedó perpleja, no imaginó que se iba a encontrar con él en aquel lugar y en semejantes circunstancias, asere, qué casualidad, y como yo te he buscado donde quiera, Mosque, en el Club Atlético, en casa de Sergito, acá en el parque; hasta estuve en tu casa, ¿no te lo dijo tu mamá?, y mira donde te vine a encontrar. Y el Mosque se rompía la cabeza pensando qué querrá de mí, y menos ahora que ella volvió a entrar en la banda, qué bicho te picó, y es que ella fue la primera que se fue cuando el Gena se adueñó de la banda y conoció a fondo su régimen tiránico.

Al Mosque no le era fácil creer que ella había vuelto a la banda de representante después de las humillaciones sufridas, qué ocurrencia es esa, Arianna, cuando me lo dijeron no quise creerlo. Los billetes, respondió ella, ahora es distinto, a Faustus ya le pagan por tocar y yo de verdad que necesito los billetes. Pero la urgencia por verlo, según ella le repitió, no era para hablarle sobre ese asunto, ni tampoco vengo a darte muela para que tú también vuelvas al grupo. Claro que no, contestó el Mosque, no se me olvida la vez que me empuqué y recogí todas mis cosas en el local de ensayo y me fui para mi casa y tú fuiste unos días después a darme muela para que volviera ¿No, Arianna? Qué daño me hiciste con eso. Si aquella vez yo no hubiera vuelto a la banda hoy no existiera Faustus y al Gena se le hubieran jodido todos sus planes, ese maldito ambicioso. Pero ella le dijo que el motivo de la conversación era decirle que hiciste muy mal al irte del grupo y dejarle las canciones al Gena, asere, eso es tuyo, es tu propiedad intelectual, eso no se regala, no seas bobo; y él no importa, yo no tengo ningún problema con eso de que usen mis canciones; claro, mientras pongan mi nombre en los créditos.

Pero ella negó con un movimiento de cabeza, mirándolo fijo con sus grandes ojos verdes, pues no estaba convencida de los argumentos del Mosque, compadre. No fue buena idea de tu parte dejar esas canciones allí, tú sabes que el Gena es un fana, te las puede robar, Mosque, si yo fuera tú las registraba antes que al Gena le dé por hacerlo y las pierdas para siempre.

Los transeúntes pasaban por al lado de ambos, algunos los rozaban. En mutuo acuerdo cruzaron la calle y se detuvieron a conversar en la acera del frente. No va

hacer falta, dijo el Mosque, el Gena no va atreverse a hacer algo así, eso es demasiado; tú sabes que todos, el país entero, saben que fui yo el que hizo esas canciones; los friquis, los fanzines; él no se va atreverse a tanto, nadie le creería. Pero ella seguía negando, discrepando, haciendo gestos de contrariedad mientras lo miraba con sus grandes ojos verdes. . .

Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado aquel en que se pudo.

Marie Von Ebnar- Eschenbach

El Mosque detuvo la bicicleta al ver que Sergito se encontraba sentado en la entrada de su casa. Se bajó de un salto de ella y la acomodó de modo que se mantuviera apoyada en el borde de la acera. Qué volá, le dijo a Sergio, extendiéndole la mano. Te traje con el pensamiento, respondió Sergito. El Mosque imaginó de inmediato alguna nueva habladuría de Francis, quien últimamente estaba divulgando calumnias de él por haber dejado la banda. Así de trágicos son los maricones, pensó. Mosque, ¿no has visto vendiendo por ahí la compilación de grupos cubanos que hizo la Asociación Nacional?, dijo Sergito, pues ya yo lo vi, Francis me enseñó una copia.

El Mosque sintió un latigazo de certidumbre. Había algo en el tono de su amigo que sugería malas noticias. ¿Ah, sí?, contestó, simulando indiferencia, ¿ya salió? Sergio bajó la cabeza y clavó la mirada en el asfalto de la calle. Pero hay una cosa, prosiguió, como apenado; cuando Francis vino a enseñarme eso no fue por el simple hecho de darme una noticia, sino para decirme que él no tuvo la culpa, que no sabía nada, que fue el Gena el que lo hizo y no él. ¿Culpable de qué?, preguntó el Mosque. Sergio levantó la cabeza y lo miró, sus ojos estaban desbordados de compasión. Ya sabía que lo iban a editar, prosiguió el Mosque, y que el tema "Lucifer's Mask" iba a salir en esa compilación. Sergio reflexionó un segundo: Mosque, ¿y ese tema lo hiciste tú solo, o tú y el Gena? El Mosque dio un respingo: ¿el Gena, el Gena dices? Ese nunca en su vida ha compuesto nada, y

menos conmigo. Compadre, dijo Sergio, pues resulta que el Gena viene en los créditos del Cd como el autor de ese tema.

El Mosque sintió que el mundo se desmoronaba bajo sus pies. En su mente comenzó a resonar el eco de las palabras que, semanas atrás, le repitiera Arianna una y otra vez, cuando se la encontró en la calle.

Mejor comer legumbres donde hay amor que comer buey cebado donde hay odio.

Proverbios 15: 17

—Dime, fana.

El Mosque disminuyó el paso y miró en dirección de donde venía la voz. Casi a su lado estaba Miki. De inmediato maldijo aquel encuentro fortuito.

—Qué es eso de fana—le contestó—. Por qué me dices así.

—Fana bien —reiteró Miki

El Mosque lo miró fijamente, entre sorprendido e iracundo. Se dio cuenta que su silencio era considerado por Miki como una victoria.

—Qué coño te pasa —le dijo—, yo no me he metido contigo para que me estés diciendo eso.

—¿Tú sabes por qué te lo digo? Porque te fuiste de la banda y no quisiste ayudarnos y ni has pasado por los ensayos ni nada.

—Ustedes se lo merecen —contestó el Mosque.

—Mira—dijo Miki—, vamos acabar de dejarnos de tanta comedera de mierda y tanta intriga y vamos a tratar de aclarar las cosas. Yo quiero el bien para la banda, y tú también, de seguro. . .

—Y qué. ¿Me estás echando a mí la culpa de lo que ha pasado entre nosotros?

—el Mosque alzó la voz—. ¿Resulta que ahora yo soy el culpable de todo?

—Desde un punto de vista, sí.

—¿Y quién fue entonces el que eliminó a quién de la biografía del grupo, como si yo nunca hubiera existido?

—Pero es que. . .

—¿Quién trató de meter ruido para que eliminaran a quién de la Asociación?

—Sí, pero. . .

—¿Quién le robó a quién una canción y la puso a su nombre? ¿Yo?

—Sí, ya yo hablé de eso con el Gena y él...

—¿Tú sabes lo que está diciendo la gente por ahí? Que ustedes no tienen cerebro y que necesitan robar canciones para echar pa' lante el grupo.

—Eso no es así, ahora estamos componiendo temas nuevos y. . .

—¿Tú sabes cómo me sentí cuando me enteré que todo mi esfuerzo en Faustus fue robado por el desgraciado del Gena?

—Asere, mira, comprende —Miki adoptó un tono condescendiente—, olvídale... trata de olvidar todo lo que ha pasado —el Mosque intentó interrumpirle—. Sí, no me mires así, en serio, trata de borrar todo eso de tu mente, por ti, por el grupo.

Tú todavía estás interesado en el grupo, ¿no?

—Faustus es mi vida.

—Entonces, compadre, vuelve al grupo, ¿qué te pasa? Yo sé que al Gena y a Francis no les va a caer bien que vuelvas al grupo, pero olvídate de eso, déjame todo a mí.

El Mosque se estremeció de ira, no pudo evitar que su tono de voz sufriera alteración.

—Ni muerto. Deja, no te esfuerces en hacer eso. Como si yo fuera el culpable de todo. ¿Por qué tengo que ser yo el que me arrastre ante ellos, que fueron los que me hicieron las mariconadas?

—El Gena y Francis tienen sus cosas, no te lo voy a negar, pero hay que entenderlos, sólo deja que yo me haga cargo de todo.

—¿Y quién coño me entiende a mí?

—Compadre, yo te entiendo... todos te entendemos, pero alguien tiene que dar su brazo a torcer para que se arreglen las cosas.

—¿Sí, y tengo que ser yo?

—Eso qué importa. El Gena y Francis están equivocados, pero ellos no son inteligentes como tú, Mosque, no caigas en el mismo nivel que ellos.

—Ni muerto yo vuelvo a un grupo donde un miserable tiene a todo el mundo envuelto en una tiranía fascista donde no hay amistad ni un carajo. Ahora dime tú, ¿quién coño aguanta eso?

—Para tocar en un grupo no hay que ser amigo de nadie, Mosque, solo se necesita que funcione.

—Ese no es mi ideal de grupo, yo necesito estar en un grupo donde todos se lleven bien, sean amigos.

—Eso es mierda. Mira, a nosotros ya nos empiezan a pagar dentro de poco.

—Y ahora sí que va a empezar a robar el Gena de verdad. Antes se robaba el dinero que la Asociación nos daba para las dietas.

—Coño, Mosque, qué fula tú eres, ¿qué pruebas tú tienes de eso?

—Pregúntale a Osmel, él sabe.

—Bueno, ya, lo que tú quieras —contestó Miki, haciendo un gesto de contrariedad—. Y entonces, ¿te embullas a volver al grupo?

—Ni por un millón de pesos.

Me odian, pero me temen.

Calígula.

La pregunta había quedado en vilo y Richy solo atinó a observar cómo el Gena le daba de lado y se ponía a conversar con Ever, el nuevo guitarrista. Los ensayos se habían aderezado de comentarios negativos sobre el Mosque a partir de su salida de la banda.

Richy comenzaba a preguntarse si harían lo mismo con él, ahora que también se había marchado para irse a trabajar en turismo.

—Gena.

Pero el aludido no se daba por enterado. Para Richy no era difícil percatarse que le estaban dando de lado al tema de su conversación. Ahora sí estaba seguro que había sido él. Sí, quién otro si no. ¿Francis?

—Gena—esta vez lo tomó del brazo—. Contéstame, ¿de verdad tú le hiciste eso al Mosque?

El Gena se liberó con brusquedad del agarre de Richy, se volvió hacía él, visiblemente molesto.

—Sí, y qué. ¿El Mosque está diciendo algo por ahí?

—Está berriísimo —Richy hizo una mueca de disgusto—, y no es para menos, Gena.

—Quién coño le manda a estar hablando mierda de mí por ahí y a estar regando mentiras del grupo.

—Él dice que no ha dicho nada, que todo eso es invento de alguien que quiere que no haya jamás reconciliación entre nosotros.

—Del grupo nadie lo botó —el Gena alzó el tono de voz. Los demás dejaron de hablar para prestar atención a aquel diálogo—, él mismo se fue para después ponerse a hablar mierda.

—Pero él dice que no, que él no dicho nada, y además, ¿qué gana él con eso?

El Gena reflexionó unos segundos.

—Por despecho —contestó—, lo hizo de seguro por despecho, porque está loco por volver y nosotros no lo vamos a dejar.

Richy se movió inquieto.

—Supón que sea verdad que él se puso a regar cosas de ti y del grupo, pero asere, no era motivo para hacerle lo que le hiciste.

—Nadie le manda —el Gena infló el pecho—, ahí tiene pa' que no se le ocurra volver hablar mal de mí.

—Asere, eso no se le hace a nadie, además, la gente va a decir que ustedes no tienen talento para hacer temas propios.

—Nadie va a decir nada.

—¿Y el Mosque? Está súper berreado.

—Que se joda.

—Asere, está berreado de verdad.

—Si no le gustó, y si le da la gana y tiene cojones, que venga aquí a discutirme.

El cadáver de un enemigo siempre huele bien.

Auro Vitelio

El Mosque puso un pie tembloroso en la Funeraria. Minutos atrás, en la calle, no pudo creer lo que le habían dicho, pero la duda se le fue disipando a medida que se acercaba a la otrora vetusta construcción, que había sido remodelada y climatizada dos meses atrás.

El lugar estaba rebosante de personas y en la mayoría reconoció rostros que se reiteraban en las peñas de Rock de todos los jueves. Varios de ellos le observaron llegar, y a medida que se adentraba en el tumulto le iban comentando sobre la fatalidad, lo increíble de aquella muerte.

Empujó la puerta del salón y penetró. Varias personas más lo saludaron, y él fue contestando mecánicamente. Avanzaba hipnotizado hacia el ataúd que ya podía vislumbrar a pesar del gentío a su alrededor. Se abrió paso, ignorando al padre del cadáver que intentó saludarlo. Se encontró con la madre y rumió una torpe frase de pésame. Apoyó una mano en la superficie de la madera forrada en tela gris, sus ojos se clavaron en el rostro que reflejaba el cuadrado de cristal.

Y efectivamente, no le habían mentido, allí estaba el Gena: pálido por primera y última vez en su vida; con sus habituales cabellos peinados en trenzas, ahora recogidos hacia atrás con mucho cuidado; la boca rígida, los ojos semiabiertos, las pupilas vidriosas. Toda su maldad, su orgullo, su aviesa determinación de alcanzar poder y dinero convertido en un trozo de carne muerta, destinada a ser festín de gusanos en un sucio hueco del Cementerio de Mayabe.

El Mosque salió de la capilla, cruzó el salón, empujó la puerta y atravesó la aglomeración, que ya ensombrecía la fachada de la Funeraria. Caminó hacia la

cafetería más cercana y al llegar allí extrajo los dos últimos billetes que le quedaban del sueldo.

—Dame una botella de ron —le dijo al dependiente.

XXV

¿Qué me pasa? ¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué me siento así, ahora, que es cuando más necesito de las fuerzas, del valor para dar el paso decisivo que va a cambiar, Alexis Carralero, la vida de perros que llevas? Esa vida que odias, a pesar del supuesto esplendor, según tu propia familia; todo por haberte graduado en la universidad. Ellos creían que con eso se había arreglado tu vida después de haber abandonado el ambiente rockero, aferrándote al salvavidas del curso de superación, y finalmente alcanzando, de manera milagrosa, la carrera de Derecho, sí, pero te graduaste de abogado, mediocre, sí, pero abogado al fin, y hasta Alejandrito se alegró. Pero eso no es lo que querías; seguías odiando la mierda del ambiente, de la farándula de la música, de la maldita Asociación, sus descabros, de las instituciones de Cultura impregnadas de hedor político; estabas más que convencido que jamás el Rock iba a levantar cabeza en esta isla satánica, y a pesar de todo eso ya estabas cansado de tanta máscara y extrañabas los conciertos, los escenarios, el grupo, las peñas, los socios del ambiente. Esa es la vida que de verdad deseas, pero sin los desmanes y traiciones y todo lo demás que odias, y no esta falsa vida de oveja reformada.

¿Qué coño te pasa? ¿Nostalgia a esta hora, Alexis Carralero? ¿Acaso no quieres mandar todo al diablo: la dependencia hacia tus padres, la humillante preferencia de ellos hacia tu hermano, la hipocresía del barrio donde naciste donde, luego de tu reformatión, donde te dieron la bienvenida como si fueras la oveja descarriada que ha vuelto al redil? No se te olvida cómo ellos te dieron la espalda cuando comenzaste a andar con rockeros y te dejaste el pelo largo y llenaste tu casa de estridencias y guturalizaciones; y menos se te olvida la manera en que todos cambiaron cuando volviste a ellos, al club de las personas normales, convertido en un hombre nuevo, de bien... o supuestamente de bien, como el excelentísimo y honorable presidente de los CDR, predicador hilarante de los principios de la Revolución, la moral y la integridad; casado, con hijos, pero

vendedor de ron clandestino y amante de Maritza, una muchachita quince años menor que él, casada también. ¿Y qué dices de Frómeta, el ex delegado de la Circunscripción? Hace poco detenido y acusado de desviación de recursos por la empresa de la construcción donde él trabajaba; recursos que utilizó para construir un palacete, el cual, milagrosamente, escapó de las confiscaciones. ¿Realmente extrañas también ese barrio? Si no es así no existe explicación para esa opresión que sientes en el pecho y que tus pensamientos estén todos en ese barrio, tus amigos, tu madre que nunca te comprendió, tu padre que nunca se esforzó en comprenderte y en Alejandrino, que ni él mismo se comprendía. Ah, cobarde, ya la nostalgia te está atrapando... y el desarraigo. Te vas a morir de la tristeza, Alexis Carralero, no vas a poder aguantar, ni para eso sirves.

Tatiana entra al cuarto y me mira. Avanza hacia la ventana, observa afuera, luego se acerca a mí y se sienta en un extremo de la cama. Sus cabellos lucen en desorden, con flecos rebeldes escapando de la órbita del peinado, pero te queda bien, Tati. Ella se espía las uñas con extremo cuidado, reflexiona, de vez en cuando me lanza miradas de soslayo.

—¿Te mojaste mucho ayer?—me dice de pronto.

Y ella sabe que sí me mojé. El techo del Metrobus se filtraba y todo el interior de aquella lata de sardinas parecía un aguacero de mayo. En medio de aquellas condiciones y tiritando de frío, tu ira fue trocando en lástima hacia ti mismo, y también en vergüenza al recordar el altercado con el Melenudo, quien sabría Dios la opinión que tiene ahora de ti. Cuando llegué a Alamar bajé del Camello y caminé bajo la lluvia hasta el edificio. Chorreaba agua hasta de los zapatos y tía se espantó al verme: Alexito, cómo se te ha ocurrido venir así, bajo este aguacero, y Tatiana: rápido, crazy, quítate esa ropa.

Jaime no había llegado aún, pero en cuanto apareció te vino a buscar aquí, al cuarto, y entró diciéndote: loco, ¿dónde te metiste? ¿Salimos hoy? Pero yo solo quería dormir. Estaba derrotado por un cansancio insólito, un letargo que se parecía más a la depresión que al sueño; y eso que, antes de Jaime llegar, habías dormido como nunca. Soñaste con infinitos desiertos; tu cuerpo volaba a ras de

arena a gran velocidad y por el trayecto enormes tormentas esculpían formas de serpientes y escorpiones en las dunas. Al otro día... hoy, me dediqué a vagar por toda la casa como alma en pena, rumiando una tristeza que recién me embarga. Jaime estuvo todo el día tirando pasajes y yo solo contaba con la compañía de tía Victoria, que hablaba y hablaba sin parar.

—¿Cómo te fue en la entrevista, primo?

Ahora Tati amenaza con someterme a un interrogatorio semejante al de tía. Su cuerpo, casi arrojado sobre el cubrecama, con las piernas sobresaliendo y las puntas de los pies a punto de tocar el suelo, se asemeja a una gata arrulladora. Ella todavía se está espiando las uñas extremadamente limpias y cuidadas.

—¿Te fue bien por allá, entonces?

Afirmo en silencio. Termino de abrocharme los zapatos, miro a Tatiana, nos miramos. Desvío la vista hacia la cadena de oro que resplandece en su cuello, también me fijo en los dedos de ambas manos, circundados por anillos dorados.

—Me hicieron un poco de preguntas —respondo al fin—, pero yo ya iba preparado, no tuve problemas con eso. Al final me aprobaron, qué otra cosa iban a hacer.

—Tú siempre has sido inteligente—dice ella—; loco pero inteligente.

Sonrío, lanzo una ojeada a mi mochila. Paciencia y cuidado, Alexis Carralero, paciencia y cuidado, sobre todo mucho cuidado. Adopto una postura más cómoda, apoyo todo el peso de mi cuerpo en mi brazo izquierdo. Tatiana luce ansiosa, no cesa de espiarse las uñas.

—Ale... los otros días, ayer, ¿no?—me mira, pero no resiste el peso de mis ojos. Baja la cabeza—, tú sabes... lo que dijo Jaime... eso... esas cosas sobre mí.

—No, no recuerdo—miento.

Ella me observa con la perplejidad transmutando su rostro.

—Eso, chico... eso de que yo... de que yo soy jinetera y esas cosas...

—¿Y tú le haces caso a Jaime? Él seguro que no lo dijo en serio.

De repente caigo en cuenta que nunca me he interesado en ella, en su vida, sus interioridades; pero no me culpo, Tatiana siempre fue tan particular, tan distante,

siempre ocupada en sus propios asuntos, dueña de amistades incógnitas que llegaban, saludaban, preguntaban por ella y luego se iban para su cuarto, o a un extremo de la sala, o al balcón, o al paso de escalera, para imbuirse, ambas, en pláticas secretas salpicadas de risillas, súbitas exclamaciones, altibajos. Aquellas amistades eran parecidas a Tatiana: bellas, sofisticadas; siempre oliendo a perfume caro. alguna de ellas eran cándidas; otras eran felinas, calculadoras, y Tatiana un poco de todas ellas.

Te habías fijado en todo eso, sí, pero nunca pudiste profundizar tus relaciones con ella debido a las escasas conversaciones que habían podido sostener, casi siempre debido a su hermeticidad; sobre todo por eso, Alexis Carralero. Con el paso del tiempo las relaciones de Tatiana habían cambiado mucho. Lo pudiste corroborar un día en que ella se apareció en Holguín acompañada de extranjeros. ¿Tendría razón Jaime?

—Jaime es un estúpido, a veces no sé para qué lo ayudo.

—Es tu hermano, ¿no? Tiene lógica.

—Sí, es mi hermano, pero no se lo merece—responde—; me vive diciendo cosas.

Como si a él no le gustara también la pacotilla.

—Él dice esas cosas para joderte, no le hagas caso.

Siempre la respetaste porque ella también te respetaba. Nunca hubo un sí ni un no entre ella y tú; te trataba a distancia, encerrada en un universo al que no le daba acceso a todo el mundo, pero jamás dejó de otorgarte una frasecita de cariño, aislada, parca, sí, pero al menos no te trataba como el marido de tía Olga, un policía extremista que siempre te miró con malos ojos y que ni muerto te saludaba por la calle, hijo de su madre, ni como las amistades de Jaime, quienes en cuanto se enteraban que eras de oriente comenzaban a tratarte con altanería; por eso ni saludas a la gente del edificio cuando se cruzan en tu camino, que se jodan todos.

—Yo lo conocí en una fiesta, de casualidad.

—¿De quién tú hablas?

—De él, de Manuel... mi novio.

—Ah, sí, tía me estuvo hablando de eso.

—Y es verdad que fue una casualidad. Un... un... eso, a primera vista, apenas nos vimos nos gustamos.

—¿Para qué me cuentas eso? No hace falta.

Por eso traté de consolarla cuando murió tío. Él fue enterrado en Holguín, como siempre quiso que fuera, pero Tatiana se negó a ir al velorio; ella se quedó en casa de tía Olga, en Pueblo Nuevo. En cuanto me enteré, allá en la funeraria, saqué la bicicleta del parqueo y fui volando hacia casa de tía Olga. Allí encontré a Tatiana, muda, adormecida en el portal, mirando a la nada. Vamos a dar una vuelta, le dije, y ella no tuvo fuerzas para negarse. Echamos a andar por la calle Real, en silencio los dos, y en mi mente trataba de redactar el discurso de pésame que pudiera menguar en algo su dolor, pero en todo el trayecto no abrí la boca, consternado ante aquel sufrimiento sordo, lacónico; y avasallado también por sus ojos que ahora me miran de una manera diferente.

—Aunque tú no lo creas a mí me importa lo que tú pienses de mí.

—¿Sí?—contesto—. No deberías, yo no soy quién para meterme en tus cosas.

—No, qué va—ella se yergue en la cama. Ahora sus pies se apoyan en el suelo—, sí me importa, en serio, por eso quiero decirte que yo no soy eso que dice Jaime. Yo estoy enamorada de verdad.

—Y no lo dudo —respondo enseguida—, pero deja ya de preocuparte por eso, a mí esas cosas no me importan —miro mi mochila, trato de calcular el tiempo que ha pasado desde que ella entró al cuarto, cuando me disponía a revisarla—. En cuanto Jaime te vuelva a decir algo sobre eso, sólo mándalo al carajo y ya.

—¿Y tío? ¿Qué piensa tío de mí?

Vamos a volver para casa de tía Olga, me dijo ella cuando llevábamos un rato caminando en silencio. No pude negarme. Volvimos a la casa y ella se sentó en el mismo lugar donde yo la había encontrado. Gracias por el paseo, fue lo último que me dijo.

—Sabría Dios—le contesto—. Yo creo que él no sabe nada sobre eso de tu novio mexicano. Yo mismo no lo sabía. Sí, una vez te vi con unos yumas ahí, pero no sabía cómo era la cosa.

—Él sabe—dice ella—, ya tía Olga le ha contado, y eso que yo le dije a ella que no lo hiciera, pero tiene una lengua... Ella me contó que tío dijo una pila de cosas.

—Bah, no le hagas caso, los comunistones son así de comemierdas, tú sabes, cualquier cosa que les huelga a relaciones con extranjeros para ellos es sinónimo de, no sé, traición a la patria, falta de principios y todas esas mierdas.

—A mí me da miedo topármelo y que me diga algo, que me haga pasar una pena.

No contesto de inmediato, trato de darle forma a una pregunta que desde hace muchos años me revoloteaba por la mente.

—Tati. ¿Por casualidad es por eso que cuando vas a Holguín no te llegas por la casa?

Ella vuelve a bajar la cabeza. Luce incómoda, pero esta vez no se espía las uñas.

—Sí —contesta atropelladamente—, no te voy a negar que me resulta desagradable el solo pensar que voy a pasar un mal rato allá, en tu casa. ¿Te imaginas que yo llegue y tío se ponga a pelearme?

—Él no es loco.

—Tú sabes que sí es capaz de hacerlo. Cuando me llego allá, a Holguín, yo me muero de ganas de verlos... de verte, pero siempre me frena eso, por eso me da más negocio llamar por teléfono y que vayas tú o Alejandrino, y hasta tía y tío a verme allá en casa de tía Olga, allá él no se atreve a decirme nada, pero se le ve en la mirada.

—Él no va hacer nada, chica, tú eres la hija de su hermana más querida. A lo mejor lo que te dice son dos boberías y ya, un día vas a tener que enfrentarte, y ya, sales de eso de una vez por todas.

—¿Tú crees?

—Si te escondes, lo que vas a hacer es seguir dándole la razón, eso denota, no sé—trato de buscar las palabras—... culpabilidad, algo de eso. Con eso estás afirmando que te empataste con un extranjero por... por interés.

—Yo soy joven, tengo una vida por delante. ¿De qué me ha valido pasarme tres años estudiando el técnico medio en Gastronomía? El trabajo que conseguí era una basura, maltrataban a una y el sueldo era una miseria...

—Bueno, sí, no sé, pero no era eso lo que yo...

—A mí me gusta pasear, divertirme, tener ropa bonita, ver lugares. ¿A quién no le gusta eso?

—Sí, a cualquiera, pero...

—Dime tú mismo, ¿qué me puede dar un cubano a mí? Hijos y más trabajo y un cuartucho en Centro Habana o en la Habana Vieja, o un apartamentico feo aquí, en Alamar. Qué va, yo no estoy para eso.

—Sí, claro, pero entonces por qué...

—A mí nadie me puede culpar de querer mejorar mi vida en otro lugar que no sea en esta... esta porquería. Es mi vida, yo puedo hacer con mi vida lo que quiera, ¿no?

—Mejor no le digas a nadie todo eso que me has dicho —contesto—, y no le hagas caso a lo que diga la gente. De mí te puedes olvidar, yo no me meto en esas cosas. Yo tengo mis propias cosas que resolver.

—Pero tú no le vas a hacer caso a Jaime, ¿no?—me dice ella con voz suplicante.

—Tú eres la que no deberías hacerle caso a Jaime.

—¿Qué están hablando de mí?—dice Jaime, irrumpiendo en el cuarto.

Tatiana enmudece y vuelve a bajar la cabeza. Jaime se detiene en medio del cuarto con una sonrisa maliciosa aderezándole el rostro. Vuelvo a echarle una ojeada a la mochila, qué jodienda, ya Jaime viene a buscarme.

Tatiana se levanta y mira a Jaime. Me voy, dice, y pasa por detrás de él, a lo mejor salimos un día, primo, dice ella antes de desaparecer por la puerta, no sé, a alguna disco.

—¿Y todavía existen las discos?—pregunto.

—Hazle caso a ésta —me contesta Jaime levantando la voz para que Tatiana lo oiga—, espérala ahí sentado, a ver si se digna a llevarte a algún lado —ríe, me contempla—. ¿Ya estás listo? Vamos, dale.

—Ya voy, espera un momento.

—Entonces voy a ir encendiendo el carro —me dice.

—Oye, ¿tú no piensas comer?

—¿Quién se acuerda de eso, Alexito? Hace rato que estoy aquí, ya me bañé y comí.

¿Qué tú estabas haciendo que no sentiste nada?

—No sé, durmiendo, seguro.

—Bueno, voy preparando el carro. Te espero abajo.

En cuanto Jaime se retira me lanzo hacia la mochila, la tomo, la abro, extraigo mi billetera, la agenda de teléfonos y direcciones, y aquello que tanto oculto y que tía

Victoria estuvo a punto de descubrir, no necesito más. Todavía me da un vuelco el corazón cuando recuerdo que en una oportunidad que entré al cuarto sorprendí a tía Victoria sacando la ropa de mi mochila. En un instante me vi perdido, descubierto, y me abalancé hacia ella, le arrebaté la mochila con el argumento de que no hace falta, tía, yo mismo lo hago, no te molestes; y ella se sorprendió ante mi extraña forma de actuar.

Comencé a sacar la ropa de la mochila pero oculté en el bolsillo de mi pantalón aquello que con tanta meticulosidad doblo ahora, arriesgando en algo su integridad. ¿Te imaginas si tu tía te hubiera descubierto, Alexis Carralero? Te verías obligado a contarle todo antes de tiempo y a la última persona de esta casa a quien quisieras confesarte.

En la sala me encuentro a Tatiana echada sobre el sofá. Escucho un ajetreo en la cocina, debe ser tía Victoria. Tatiana está atenta al televisor donde un Bush insólitamente tranquilo arroja amenazas de agresión militar a Cuba, acusándola de poseer y fabricar armas químicas. La puerta se abre, es Jaime. Ya está el carro allá abajo, primo. Pensé que me ibas a esperar allá abajo, le contesto. Jaime se

percata de lo que está sucediendo en el televisor, se acerca a un sillón y se sienta. Tía Victoria aparece de súbito sumergiendo las manos en un paño de cocina.

Ya en la Vía Monumental Jaime me comenta sobre lo sucedido. Todavía estamos sorprendidos y divertidos por el acceso de furia que, minutos atrás, fue víctima tía Victoria al escuchar las diatribas y amenazas de Bush.

—Un poco más y ella echa espuma por la boca.

Tía Victoria se había posicionado en el centro de la sala con las manos en la cintura, en pose de Doña Bárbara, y comenzó a insultar a la imagen del televisor. Sus gritos eran tan altísonos que Tatiana se incorporó en el sofá. Estaba asustada.

—Yo le preguntaba, ¿qué te pasa? ¿Qué te pasa?—Jaime carcajeó—. Qué locura, hasta yo me asusté.

—Era para asustarse —respondo—. Ese tipo dijo que cuando tomaran Irán y estabilizaran y reconstruyeran el país, el próximo en la lista sería Cuba.

—Eso nunca va a pasar —Jaime hace un gesto ambiguo—. A los americanos no les conviene una guerra tan cerca de su territorio; no les conviene, de verdad, ellos nunca van a venir.

—Granada también estaba cerca de ellos... y Panamá—contesto.

—No, no lo creo, no van a venir nunca.

—¿Tú eres de esas personas que se hacen la idea de que los americanos nunca se van a atrever a venir y se confían en eso? Yo, personalmente, no encuentro motivos reales para que de verdad no vengán, eso de que estamos muy cerca de su territorio no es un pretexto muy sólido que digamos. Pensar de esa manera es engañarnos.

Jaime enmudece. Conduce con sobriedad, prestando atención a la carretera, las luces, las líneas blancas del centro del pavimento que escapan bajo el auto. Un viento frío se introduce en la cabina, me veo obligado a subir la ventanilla. Siento aprehensión al pensar que mañana, a sabría Dios qué hora, estaré en otro lugar, bien lejos, comenzando una nueva vida.

—Y bien, a dónde vamos—me dice Jaime de repente.

—Al aeropuerto—le digo a quemarropa.

Jaime sonrío, me mira un momento, vuelve a fijar la vista en la carretera.

—Estoy hablando en serio—me dice.

—Yo también —contesto.

La sonrisa de Jaime desaparece. Me mira un instante.

—¿Vas a recoger a alguien allí o qué?

—Ya lo sabrás.

—¿Al aeropuerto, Alexito, al José Martí?

—¿No se llama así, José Martí? ¿Hay otro más?—le digo.

—No, pero...

—Entonces es en ese mismo. Llévame allá.

Jaime vuelve a enmudecer, mira por el espejo retrovisor, reduce la velocidad, saca el brazo por la ventanilla. Solo atino a comprender cuando gira el volante y el auto describe una trayectoria en “u” para incorporarse a la senda contraria: regresamos a Alamar.

—¿Qué pasa?—le digo, alarmado.

—Íbamos por donde no era —contesta—. Si me lo hubieras dicho desde el principio...

Rápidamente salvamos el trayecto que habíamos recorrido, pues Jaime conduce a gran velocidad, como ávido en ganar el tiempo perdido. Volvemos a entrar en Alamar con la premura de una ambulancia que se dirige a urgencias. La candonga surge con rapidez a nuestra derecha, se aleja, la zona doce va huyendo de nosotros; delante observamos el descampado erizado de edificios que se va agrandando, haciéndose más nítido. La parada pasa por nuestro lado en un zumbido, las personas vuelan en ambos lados de la calle. Una nueva faceta del reparto Alamar se revela ante mí; en la lejanía veo una miríada de barrios que nunca había visto, calles, construcciones disímiles, con la preponderancia de los edificios rectangulares, monótonos, que alguien lanzó sin orden sobre esta llanura.

—¿Y por aquí a dónde salimos?—pregunto.

—A la Vía Blanca —responde Jaime—. Ya de ahí es un tiro hasta la avenida Rancho Boyeros y después, ya, el aeropuerto.

El cielo se tiñe de rojo a medida que se avecina el crepúsculo. Con el ocaso, una oleada de melancolía se apodera de mí. El dolor se aloja en mi pecho. Ya está llegando el momento, Alexis Carralero, lo que tanto soñaste, y mírate ahora, sintiendo un vacío, hasta el aire te falta, como si al acercarte al aeropuerto te fueras librando de tu pasado, cortando el cordón umbilical con tus recuerdos y hasta con tu idiosincrasia. Sí, la vas arrojando por toda esta carretera, cuyas márgenes devoras con avidez en un súbito impulso por atrapar en la mente los detalles más mínimos de la tierra que te vio nacer.

—Trata de que esto no sea una broma, Alexito—me dice Jaime de repente.

Y nos adentramos en la Vía Blanca. Jaime hace un cambio de velocidad y el auto se lanza veloz sobre el asfalto. Recuesto la cabeza al espaldar del asiento y cierro los ojos.

Me siento cansado.

—¿Cuál es el secreto?

—Cuando lleguemos —le respondo—. Conténtate con saber que tienes una misión que cumplir.

—¿Sí?—los ojos de Jaime pendulan de la carretera a mí y viceversa—. No jodas, chico, dímelos; a que es otra de tus locuras.

—La más grande de todas—digo.

¿Me perdonarás? ¿Me perdonará? ¿Te perdonará, Alexis Carralero?

¿Comprenderá él los motivos de lo que estoy haciendo? Por lo menos de lo que él puede enterarse, porque ni muerto puede saber de aquello. Por todos los santos o por quién sea, él no puede saber jamás lo que tuve que hacer para lograr esto, coño, que no se entere nunca. Ah, papi; padre de mi vida, ahora me pesa todo por lo que te he hecho pasar, los malos ratos, las vergüenzas, las quejas de mí, los apuros. Yo no debí ser tan rebelde contigo, aunque tuviera mis motivos, sí, pero esa es la causa por la cual nuestras relaciones actuales sean tan estériles. ¿Qué tendrás, por qué te tiembla tanto esa mano?

Y tú de animal sin querer ir al médico, maldito extremista; me vas a aborrecer, sí, me vas a llamar apátrida, traidor, vas a decir que ya no soy tu hijo; sí, eres capaz de eso, pero no te puedes olvidar que, aunque haga lo que haga, yo soy tu hijo, sangre de tu sangre, coño, qué importa a dónde voy, te seguiré queriendo donde quiera que yo esté a pesar de todo, de tu falta de comprensión, de la opinión que siempre has tenido de mí, yo, tu hijo inútil, el cabeza loca, ¿no? Tu hijo descarriado, antisocial, con diversionismo ideológico, tu palabrita preferida. Ni siquiera ahora me miras con ojos benévolos, todavía desconfías, por eso me acompañaste a la Terminal de trenes, para tratar de aconsejarme, preocupado por el asunto de los carteles aquí, en La Habana; si supieras que no he visto ni uno desde que llegué... Pero lo que quisiera es que algún día me comprendas, algún día, papa. ¿Me perdonarás?

—La pura piensa que hay que ayudarte, que a pesar de lo que has cambiado te hace falta ayuda—dice Jaime de pronto.

—¿Ayuda, yo?

—Sí, dice que le preocupa que tengas casi cuarenta años y nunca te hayas casado —Jaime me mira—. No, no pienses que ella cree que eres maricón ni nada de eso, primo, qué pasa, yo sé que tú eres legal, lo que pasa es que ella dice que todavía te quedan secuelas de la vida que llevabas.

—Caramba, ahora sí; resulta que necesito un psicólogo... o un psiquiatra.

—No, primo, ella no quiso decir eso, sino que...

—No he hallado a nadie de quién enamorarme, ¿qué quieres que haga? —contesto—; solamente una vez y no creo que ahora yo...

—¿Y la del tren, Alexito?

—Ah, sí, yo juraría que me había enamorado de ella, así, de buenas a primera, pero ahora que lo pienso bien tal vez fue un capricho mío, es que me impactó cuando la vi.

—¿Ves que necesitas tratamiento? Lo mismo te enamoras que te desenamoras, eso no es normal, y para colmo armas una escena en la estación de Santa Clara.

—Tal vez haya sido por el tiempo que llevo sin... tú sabes.

Jaime sonríe, sus ojos relampaguean de malicia.

— Queso acumulado, Alexito?—dice—. Ahora es que yo me entero que el queso da enamoraditis aguda.

—Fue un error del carajo, una locura, ahora que lo pienso bien tendría que haber estado loco para enamorarme así, de primera vista, de ahora para ahorita, y de una tipa que nunca había visto.  Te imaginas?

—Sí, una vez me pas  algo parecido —Jaime modula el tono de su voz, ahora su rostro luce grave—. Hace como año y medio recogí unos pasajes ahí y entre ellos iba un clase trozo de trigueña —Jaime se retuerce—, si tú vieras eso, linda, buenota, un pelazo... así es como único me caso, Alexito, nada más tenía que ped rmelo y al otro día me casaba.

—Algo parecido me pas  a mí en el tren, Jaime.

—Pero no la vi más, después me pesó no haberme atrevido a decirle nada.  Ella no sería de Oriente, Alexito? Tenía un no s  qué... no s , un swing a santiaguera... Bueno, loco, por lo menos t  te atreviste a darle muela a la del tren; ojala yo hubiera hecho lo mismo, aunque hiciera el ridículo igual que t , ahora me pesa con cojone y ni tengo la esperanza de verla otra vez.  Y t , Alexito, tienes esperanzas de algún día ver de nuevo a la del tren?

Un malestar se apodera de mí. Jaime ha despertado los recuerdos de lo que me pas  ayer, la desagradable visión en la escalera de aquel edificio que le dio un vuelco a mi alma.

—No—contesto—, no tengo esperanzas de volver a verla... ni quiero.

—Lástima—concluye Jaime.

Avanzamos por una amplia avenida que intuyo sea la de Rancho Boyeros. Ya estamos cerca, el corazón me late apresuradamente. Pronto tendrás de contarlo todo... o casi todo, y no sabes por dónde empezar.  Dar s primero un rodeo?  Comenzar s por otro tema para, paulatinamente, ir soltando esa bomba que en Jaime hará el mismo efecto que si fuera la de Hiroshima? Tal vez lo mejor sería solt rselo a rajatabla, para que no atine a preguntar mucho, porque no es mucho lo que puedes explicarle. Pero al menos no me vas a enjuiciar, Jaime; t  piensas

igual que yo, tus deseos se parecen a los míos, a pesar de mis ideales estúpidos, de la maldita dependencia, las cadenas que me atan a una música que sí, me ha hecho alucinar, pero le ha traído desgracia a mi vida, y es que en una isla llena de fobias es vivir aplastado, marginado consciente o inconscientemente por todos, hasta por tu propia familia. Es tanto lo que he pasado que en una ocasión, cuando alguien me preguntó que si quería que un hijo mío saliera rockero le contesté que jamás, porque no quería que sufriera lo mismo que yo. Ser rockero en esta isla de contradicciones es eso: sufrir, ser aplastado, ignorado y hasta vejado. No, Alexis Carralero, lucharás porque un hijo tuyo jamás sea rockero... si es que algún día lo tienes.

—Adelántame algo, loco —dice Jaime, dándome una palmada en el hombro—. ¿Para qué vamos al aeropuerto?

—Para ver cómo bajan y suben los aviones.

—Ah, no jodas.

No te puedes culpar de nada, Alexis Carralero, ya has quemado todas las naves, te has demostrado que podías hacer un buen grupo, buena música, que podías llevarlo a lo máximo que se puede llevar a un grupo de Rock en esta isla satánica; y si no te hubieras ido del grupo ahora fueras contrato del Centro de la Música, un músico profesional. Qué casualidad, al mes de haberte ido del grupo les hicieron una audición —la quinta—y por fin fueron aprobados, qué fatal te pusiste, pero no te pesa haberte largado. Estabas orgulloso de eso, porque no habían sido ellos los que habían triunfado, sino tus canciones, tus arreglos, y lo bien que estaba acoplado aquel grupo que al inicio eran una sarta de borrachos indisciplinados que se equivocaban en las canciones por estar vacilando a las modelos que practicaban frente al local de ensayo, allá, en la Casa de la Cultura, y tú les enseñaste a concentrarse en la música, a tomar los ensayos en serio. Por eso triunfaron, por todo lo que dejaste. ¿Te pesa haber perdido esa oportunidad? No sabes ni qué pensar. Con el tiempo Faustus se convirtió en un negocio, una empresa, y dejó de ser un grupo de... ¿amigos? Nunca lo fuimos, pero sí un puñado de soñadores con ganas de hacer música y actuar en grandes escenarios.

Ah, no se me olvida aquel cartel promocional que vi pegado en el cristal de la puerta del club nocturno La Caverna, justo dos días antes de venir a la Habana. No lo podía creer. Nunca me había enterado de hasta qué extremo había cambiado el grupo, ese grupo que fundé con tanto sacrificio y cuya ideología moldeé con ahínco, convirtiéndolo en paradigma para las futuras generaciones de grupos Black metaleros que fueron surgiendo después, para que al final terminara convertido en el “Sexteto de música tradicional Fausto”, según rezaba aquel cartel.

—Estoy hablando en serio. ¿Para qué vamos al aeropuerto?—insiste Jaime.

—Ya sabrás—le contesto—, ya lo sabrás, no te apures, todo a su tiempo.

—Trata que sea para algo bueno, mira como he gastado gasolina.

—Es para algo bueno.

—Trata...

Y el resto del trayecto resulta como un sueño. Los recuerdos afloran a mi mente como una tormenta de arena que abanica formas amorfas en el aire turbio, pero ya se han ido las remembranzas desagradables y sólo quedan los recuerdos, dispersos pero felices, de mi niñez, mi adolescencia; los amigos, las vacaciones en Palmarito y en la playa y los campismos; la primera novia, las fiestecitas, mi familia, antes que la menopausia transformara a mi madre en una neurótica y la jubilación turbara la mente de mi padre... su mano temblorosa, ¿qué tendrá, Dios mío? Tal vez un castigo mandado por Dios, pero hacia mí, por mencionar tanto al diablo en mis canciones. No, pienses en eso, Alexis Carralero. La casa, esa donde naciste y que nunca te agradó, ni ella ni el barrio, ahora la recuerdas con cariño; tu casita, ese pedacito donde creciste y donde pensabas que ibas a morir, qué vueltas da la vida.

Oscarito, quién lo diría, tanto tiempo en el barrio, llevando una vida mediocre entre juegos de dominós y borracheras, terminó aquí, en la Habana, enriquecido con los negocios. ¿Y Hernán?, viviendo en Bolivia; de algo le valió trabajar de profesor de computación en el Proyecto de Formación de Médicos Latinoamericanos. Y ni hablar de Francis, tan ñoño y maricón, tan dependiente de

su madre, incapaz de trabajar en lo más mínimo aquí en Cuba, y ahora vive en Italia, trabajando como un mulo, quién lo diría. ¿Y Anaida?, ella, la nieta de Simeón, flemática, estirada, se creía la mejor de todas por tener el padre en los Estados Unidos—ya murió, el pobre—, y al ella irse también, terminó casada con un negro del Bronx al que le parió tres negritos. Le va tan mal que jamás ha podido venir de visita a Cuba, quién se lo iba a imaginar. Todavía pienso en eso cuando Jaime y yo nos bajamos del auto para adentrarnos en la Terminal número uno del Aeropuerto Internacional José Martí.

—Ya llegamos—dice Jaime—, ¿y ahora qué?

—Espérate, vamos primero a llegarnos un momentico a la pizarra.

Jaime me acompaña. Percibo que me está observando, como tratando de adivinar mis intenciones, buscando evidencias del plan que tengo en mente y le es imposible adivinar. Sus ojos ávidos, escudriñadores, tratan de seguir la trayectoria visual de los míos en el momento en que comienzo a leer las rutas de vuelo en la gran pizarra electrónica. Sí, está confirmado. Ya casi, Alexis Carralero, ya casi.

—¿Qué buscas ahí?—me pregunta Jaime.

—Ya encontré lo que quería—me viro hacia él, sonrío. Jaime luce una expresión que es un poema—. Ya llegó el momento, primo.

—¿El momento de qué?

—Vamos a la cafetería a tomar algo, tenemos mucho de qué conversar.

Ya en la cafetería pido una cerveza Bavaria, lo más fuerte que pude encontrar.

Jaime prefiere una Bucanero, enciende un cigarro cuando una dependiente hermosa nos comienza a servir en los vasos. Jaime hala el suyo hacia sí por el portavasos.

—A ver, cómo es la cosa.

Hago silencio. La expectación comienza a hacer mella en Jaime, quien se remueve inquieto. Lo miro fijamente. A medida que busco las palabras mi rostro se va ensombreciendo por la gravedad. Me doy un largo trago, respiro profundo, tomo impulso.

—Me voy—le digo a quemarropa.

Jaime pestañea. Su mano izquierda acaricia el vaso de cerveza. En la diestra sostiene el cigarro que humea levemente.

—¿Te vas para dónde?

—Me voy, me voy echando... pa' fuera, primo.

Jaime le da una chupada al cigarro. No sonríe, su boca hace una mueca de disgusto.

—No jodas, chico, dime para qué coño me has traído aquí.

—En serio, me voy pa'l carajo de aquí —contesto—. Mira, para que veas que es verdad —me incorporo, extraigo del bolsillo el talonario de vuelo y el pasaporte, la visa, se los enseño—. Convéncete que me voy de aquí, a las nueve sale el vuelo.

Jaime me los arrebató, los mira, ojea el pasaporte, lo suelta, mira el pasaje, lo ojea, se detiene en un punto; su rostro comienza a transmutarse poco a poco.

—¿A Alemania, Alexito? ¿Te vas a Alemania?—adviento pavor en sus ojos.

—Sí, me voy a Alemania.

—¿Pero cómo? ¿Tío y tía lo saben, Alexito? No, qué va, no puede ser, esto es jodedera tuya; seguro que este pasaje es viejo —lo analiza—. No, no —exclama—, es de verdad, de hoy. No puede ser, loco, ¿por qué no me habías dicho nada? ¿Y el curso, tú no habías venido por un curso?

—Era mentira.

—¿Mentira, lo del curso era mentira?

—Sí, por eso no quería que me llevaras hasta donde yo te dije; si te dejaba ibas a descubrir que todo era un invento.

—¿Pero, cómo es posible, de qué manera te has podido hacer de esa salida? ¿Tío y tía lo saben?

—No, no saben nada.

—Ay, mi madre—Jaime se lleva las manos a la cabeza—. ¿Cómo que no lo saben, loco? ¿Cómo ellos no van a saber que tú te vas para afuera?

—Tuve que esconderles la bola, Jaime; imagínate, se hubieran vuelto locos, ellos saben bien que si yo pongo los pies afuera no vengo más, me quedo. ¿Tú te acuerdas lo del curso de narrativa?

—¿Qué, era mentira también?

—No, pero sólo eran tres encuentros al año, uno cada tres meses, pero yo metí el tupe de que eran cinco para tener un pretexto para venir a la Habana a hacer la gestión de la salida, tú sabes, las entrevistas, los trámites. Nadie se enteró.

—Ahora sí te volviste loco, primo —Jaime se vuelve a llevar las manos a la cabeza—. Ahora sí, cojone, ahora sí se te perdió un tornillo. Te pasaste, ahora sí te pasaste, esta va a ser la locura más grande que hayas hecho en tu vida.

—Yo lo que voy es a cambiar para bien —le respondo—, mejorar.

—Loco, te volviste loco de verdad; a tío y a tía le van a dar un ataque. ¿Cómo lograste eso, Alexito? ¿Una carta de invitación, te casaste con una yuma, un premio afuera? ¿Qué?

—Una carta de invitación —contesto.

—¿Sí? ¿Una carta de invitación? ¿De quién, primo, quién te la mandó?

—Una alemana. Me empaté con una alemana.

Y de nuevo el malestar. Jaime vacía el contenido de su vaso de un trago. ¿Aquí no venden algo más fuerte? ¿Ron, por tragos?, le pregunta a la dependienta. Ella niega con la cabeza. Entonces tráeme una igual a ésta—le dice Jaime señalando mi lata de Bavaria.

—¿Y cómo tío y tía no se dieron cuenta, Alexito? ¿Para qué tú estás con tanto misterio? Normal, hubieras dicho que te vas y ya, qué tiene eso de malo.

—Ni muerto —contesto—. Yo evité que me vieran con la alemana por Holguín, nos íbamos a la playa o a Bayamo. A mí se me ocurrió la genial idea que me mandara la carta de invitación para mi apartado postal, por eso nadie se enteró.

—¿Pero por qué, loco, qué tiene eso de malo, para qué tanto misterio? A tío y a tía les iba a dar algo, es verdad, pero qué coño, tú eres dueño de tu vida, si te vas para afuera eso es cosa tuya. De madre, deja que mami se entere, deja que yo le diga: mami, Alexito se acaba de ir en avión para Alemania. No me va a creer, y cuando lo crea le va a dar un patatús. Y deja que se enteren en Holguín, van a pensar que es mentira mía y te van a buscar por los hospitales y las morgues,

como aquella vez que te perdiste. Loco, esta es la peor trastada que has hecho en tu vida, ahora sí te la comiste.

—Por eso mismo mi puro y la pura no se podían enterar, no tuve más remedio; si yo desde el principio se lo hubiera contado, enseguida se me atravesan en el camino, no me dejan hacer nada. ¿Y papi? Es capaz que me bote de la casa. ¿Te acuerdas lo que hizo con Rudy? Lo botó de la casa porque intentó irse en una balsa. Si él se entera de que me voy me excomulga, me tira los trapos a la calle, y yo necesitaba tranquilidad para pensar.

—Yo no creo que tío vaya a botar a su propio hijo de la casa, lo hizo con Rudy porque es sobrino de tu pura pero lo tuyo es distinto.

—No lo creas—me doy un trago de cerveza—, él es capaz de eso y mucho más. El cambia el comunismo por cualquier hijo suyo.

—Alexito, Alexito, loco 'e mierda —Jaime se pasa una mano por el rostro, se encuentra lívido—, tú no te imaginas el bombazo que va a ser esto.

—Qué vas a hacer. Solo te queda ir a contar todo lo que te he dicho.

La dependienta aparece con una lata de Bavaria. La abre, le sirve a Jaime.

—Mami me mata, me va a reprochar no haber impedido que te fueras —dice

Jaime, toma un sorbo del vaso, le propina una chupada al cigarro, detalla la cafetería con la vista, vuelve los ojos asustados hacia mí —. Ay, Alexito—suspira.

—No te niego que tengo miedo —le digo—. Sí, tengo un miedo del carajo, no sé qué me pueda encontrar allá afuera, no sé cómo será aquello, si me voy a adaptar al clima, al sistema de las cosas... pero tengo oportunidad de regresar por si acaso, eso es lo mejor de todo. Cuando se me acabe el permiso tengo que decidir si me quedo o no; si no me cuadra aquello vuelvo y ya, no todo está perdido, Jaime, es algo que me da más valor, me quita algo del miedo que siento.

—A ti te va a ir bien, primo, tú vas a ver, tú siempre has sido un tipo inteligente.

—Tú sabes bien que yo siempre he soñado conirme pa' el carajo de aquí... hasta a ti te cuadra, pero vas a pasar por el mismo miedo que yo cuando te toque, ya verás, aunque por lo menos allá vas a tener a Tatiana, ¿no? Yo sí voy a estar solo, sin nadie que me ayude.

—Sí, eso es lo malo, vas a tener que llevarte bien con la alemana.

—Te voy a extrañar, primo—mi voz se quiebra—, los voy a extrañar a todos, hasta a este país de mierda.

Jaime trata de sonreír, pero el gesto se convierte en una mueca, sus ojos se humedecen.

—Yo también, loco, yo también te voy a extrañar, loco 'e mierda. Coño, yo a lo mejor no te lo dije nunca o te lo dije en broma pero tú eres el mejor primo que tengo, Alexito, el preferido, mal rayo te parta, te deseo lo mejor del mundo, cojone, tú lo sabes.

—A lo mejor algún día nos vemos. Yo en un futuro me pienso pasar para los Estados Unidos y así te puedo visitar en México, queda cerca, ¿no?

—¿Estados Unidos?

—La tierra del Rock 'n roll, Jaime, el sueño de cualquier rockero. La ilusión de los escritores es París, pero el de los rockeros es la yuma, primo, los States.

—Sí, la mía también.

Una voz dilatada por altavoces nos llega como una alarma de combate. Jaime se pone tenso, yo me incorporo y me echo de un solo trago el resto del contenido del vaso.

—Llegó la hora—digo.

Jaime se incorpora también, da un traspié, me mira asustado.

—¿Ya, tan pronto?

—El vuelo es ahora, a las nueve. Nosotros llegamos a las menos veinte.

Noto que en el rostro de Jaime rueda una lágrima. Se le ha olvidado el vaso de cerveza y el cigarro que humea al borde del cenicero. Salimos de la cafetería, nos dirigimos a la entrada del salón de última espera donde un grupo de personas desfilan frente a una muchacha enfundada en uniforme y que va chequeando los documentos.

—Espera a que pase todo el mundo —me dice Jaime—, vamos a conversar un poco más, primo.

—No, yo preferiría salir de esto rápido.

—Primo, coño—Jaime me toma por los hombros—; compadre, qué locura, te vas, no te vamos a ver más, tenías que habérmelo dicho para ir acostumbrándome a la idea.

—Mira cómo estás—contesto—, imagínate si te lo hubiera dicho... no sé, ayer; es capaz que se lo hubieras dicho a tía o a Tati.

—No, qué va, primo, yo lo que hubiera hecho es acostumbrarme a la idea; del carajo, primo, me hubiera gustado haber conversado más. ¿Vas a escribir, nos vas a escribir, no te vas a olvidar de tu gente, primo?

—Baja la voz, Jaime, claro que sí, cómo no lo voy a hacer.

—¿Y te vas a quedar? ¿Te vas a quedar por fin?

—No sé, Jaime; tengo tres meses en Alemania para pensarlo.

—¿Te vas a casar? ¿Cómo vas a hacer para quedarte, no sabes?

—Es capaz que sí tenga que hacer eso —de nuevo el malestar—, qué remedio.

—Coño, Alexito —Jaime me abraza inesperadamente—. Loco, cojone, te vas, coño.

—Ya, ya, está bueno ya, nos están mirando —lo separo de mí, Jaime está llorando—. Van a pensar que somos una pareja de gays que nos estamos despidiendo —sonrío, mis ojos se nublan de lágrimas—. Vete, regresa a la casa y explícales a tía y a Tati todo esto. Dile a tía que llame a la casa y le cuente todo a mi mamá, que se lo diga suave, poco a poco, que la mata, y que le diga que no se preocupe que yo voy a estar bien, que en cuanto llegue voy a escribir. Allá me van a estar esperando, no voy a tener problemas. ¿Me oyes?

—Sí, sí, lo que tú quieras, coño, lo que tú quieras. Cuídate Alexito, loco é mierda; te deseo, coño, lo mejor del mundo para ti. Acuérdate, si aquello no te cuadra vuelve; vuelve, compadre, acá te vamos a extrañar.

Lo abrazo, Jaime me estrecha con fuerza, el muy loco me da un beso en la frente y se separa de mí con el mismo ímpetu. Una nueva lágrima rueda por sus mejillas.

—Cuídate loco —me dice, antes de darme la espalda y echar a andar con la cabeza baja.

Y todavía me estoy enjugando los ojos con el dorso de mi mano cuando la muchacha de uniforme comienza a chequear mi pasaje y el pasaporte. Luego, atravieso la puerta del salón.

La espera resulta efímera. Tal vez por los pensamientos que se me agolpan y hacen que el reloj vuele. Valor, Alexis Carralero, valor, un poco más y lo logras. Pongo los pies en la escalerilla del avión, me detengo, miro hacia arriba, a la boca del gran coloso. Allá arriba está la entrada a otro mundo, al mundo donde se van a cumplir mis sueños, la vacuna para todas mis frustraciones. ¿Para qué siento miedo? Si el maricón de Francis se montó en un avión, de seguro igual a este, y no tuvo miedo de irse para siempre a Italia, ¿por qué yo voy a tener miedo? Voy a subir y me iré, y si Dios o el Diablo lo permiten, para siempre. Al carajo toda la mierda en la que he estado hundido, al carajo el grupo que cometí el error de crear, al carajo el Gena, que se pudra en el infierno, al carajo la Asociación y toda la mierda de este país de porquería, al carajo Francis donde quiera que esté, al carajo Yanelis y todas las mujeres de esta isla maldita, al carajo todo. Tú lo vas a lograr, Alexis Carralero, el Mosquetero, el Mosque, como te dicen muchos; tú vas a ir y vas a triunfar. Claro que sí.

EPÍLOGO

El sudor rodaba por su cara, a pesar del aire acondicionado, y las gotas caían sobre aquella gruesa espalda que no dejaba de contorsionarse. Se preguntaba

cómo había podido llegar a esta situación y si valdría la pena el malestar que ahora estaba sintiendo, la ira mezclada con vergüenza; ira hacia él mismo que tuvo que llegar a esto en su desesperación de persona frustrada, de perdedor, de cobarde, pensaba. A sus oídos llegaba el balbuceo ininteligible, la respiración entrecortada que se unía a la suya propia.

El olor de su transpiración se fusionaba con aquel efluvio agrio, preponderante por encima de la fragancia del perfume; un perfume que ya tenía en su poder: su primera adquisición, parte del fruto de sus falsas sonrisas, de su disposición fingida, calculada después de aquello. El Mosque vuelve a recordar el suceso, la casualidad, el azar que lo puso en aquel banco del parque Calixto García donde hacía tantos años no se sentaba, y tal vez lo hace para darte fuerzas y seguir y no sentir tanto malestar, se decía. Aquel día una fuerza misteriosa le obligó a sentarse allí, por gusto, aparentemente sin objetivo alguno que no fuera mirar a todo y a nada, como una gaviota tonta, rumiando estupideces, escudriñando; luego, los contornos del teatro Eddy Suñol, nido de aquella bandada de pajarracos de Co-Danza—así pensaba— sin él mismo sospechar la delgada línea que separa a un hombre de convertirse en híbrido, y en ese momento no se dio cuenta que alguien se acercaba a él hasta que lo tuvo al lado.

El hombre era alto, como casi todos los teutones; grueso, ridículamente enfundado en una camisa inidentificable; sus piernas velludas sobresalían del short como dos morcillas blancuzcas y sus pies inmensos estaban amparados por unos tenis que le gustaron a primera vista. Su rostro le llamó la atención, era una careta risible, envilecida por unos espejuelos pequeños, pero de cristales gruesos, y una barba sucia, albina, que no podía ocultar la boca lánguida, siempre húmeda, cueva de jerigonzas que más tarde asumió la forma de un castellano mal aprendido.

El desconocido le ofreció un cigarro que él aceptó por educación —había dejado el vicio desde que salió de la beca—, pero lo agarró como todo lo demás que le fue ofreciendo en días posteriores, y él le hizo preguntas, al principio neutras —eso sí lo recuerda bien—, aparentemente sin intención alguna sobre a dónde

podía ir para disfrutar mejor su estancia en éste país del que tanto le habían hablado. No le interesaba el hotel, en su país habían mejores; tampoco las giras que le ofrecía la agencia; quería conocer a fondo la ciudad, los barrios, la gente; necesitaba un guía, alguien que lo acompañara en esa aventura.

El Mosque se ofreció de inmediato, al principio asustado por su propio arrojo, pero luego convencido que había hecho lo más conveniente. Conversaron un largo rato, en mucho más tiempo de lo que hubiera llevado un diálogo sin las barreras del idioma, y el Mosque sentía sobre él una auscultación misteriosa, subterránea, un interés oculto, cuya naturaleza se evidenció aquel día de susto y desagrado en la playa de Guardalavaca; pero ahora sólo quiere recordar los momentos agradables, aquella tertulia en La Begonia donde bebió toda la cerveza que le fue posible —cuánto hacía que no se daba un trago de Bucanero—, y hasta probó la Heineken por primera vez, y el desconocido le contestó algunas de sus preguntas sobre su país; ahí el Mosque se enteró que en Alemania habían muchos lugares bellos para conocer, de nombres jeroglíficos como Nupinakothek —eso le pareció escuchar—, según él una galería de arte ¿bárbaro, bávaro?, ni se acuerda, y un montón de sitios y construcciones históricas —se interesó en los castillos—, y se avergonzó de no poder contarle nada de su propio país que no fuera a los lugares que frecuentó en los viajes con el grupo, lugares comunes, siempre los mismos, donde se reúnen los rockeros. En la conversación el Mosque se enteró que el desconocido era dueño de una cadena de comercios, un hombre de negocios, de dinero, qué bien, pensaba. Tuvo la certeza, en ese preciso momento, que se había llevado un premio gordo, que la suerte le había permitido conseguirse un amigo extranjero y rico —se dijo—, un tipo de billetes que a lo mejor te ayuda, bobo, a lo mejor te regala algo y te puedes comprar una guitarra nueva o una computadora o el pantalón camuflaje que viste ayer en la tienda, qué swing, y a lo mejor Damarys se quiere empatar con él, mi prima empató con el yuma, qué bueno, así me ayudaría a salir de aquí. Pero al Mosque todo le salió mal. El hombre no se interesó en su prima, pero sí dónde él vivía, y ni muerto le dio su dirección particular, no quería que sus padres, ni siquiera su hermano,

supiera de su amistad con el extranjero, qué vergüenza para ellos, le harías daño a su prestigio de revolucionarios, de personas íntegras—monologaba. ¿Y mami? Lo echaría todo a perder con su lengua desaforada y sus comentarios inoportunos, fuera de contexto, capaz de echarle en cara el pasado nazi de su país, como hizo con aquella amiga boliviana que se le ocurrió llevar a la casa, pobrecita, que de pronto se vio bombardeada con alusiones y luego con comentarios directos sobre la culpa que tenía la gente de su pueblo de que mataran al Che; y ella enrojecía, bajaba la cabeza, la voz se le fracturaba. No, de ninguna manera su madre podía conocer de su amistad con el extranjero. Días después el desconocido regresó a su país; pero antes, para asombro del Mosque, le dejó en sus manos un celular comprado en las oficinas de ETECSA.

Lo tuvo que guardar bajo la cama y con la alarma en posición de vibrador para que no lo delatara, y cuando salía a la calle se lo echaba al bolsillo. No sospechaba nada, le parecía tan natural esa muestra de confianza, o lo que pensaba que era confianza, ¿acaso uno no puede hacer una amistad normal con un extranjero?, se repetía; además, qué molestia es para él alquilarme un celular, con la cantidad de dinero que tiene...

El Mosque siguió moviéndose pero cerró los ojos y trató de imaginarse a Yanelis—después de tanto tiempo, Alexis Carralero, ¿en realidad la sigues odiando?— y sintió un latigazo de excitación. La visualizó, primero, como aquella vez que fue a su apartamento y ella vestía un short corto de mezclilla, viejo y harapiento, pero deliciosamente sensual que le propiciaba la evidencia de que, efectivamente, poseía buenas nalgas; y ella se sentó en la cama a escuchar música con él, adoptando posiciones que le robaban miradas furtivas, pero el Mosque hizo un esfuerzo de imaginación y se acercó a ella, le desabrochó el short y ella se deslizó sobre la cama, poniéndose de espaldas a él. Sus nalgas se fueron revelando a medida que él apergaminaba la prenda astrosa, y luego se inclinó y comenzó a besar aquellas nalgas—como él también te pidió que hicieras minutos, tal vez media hora antes, coño, no pienses en eso ahora—, y ella misma se quitó la blusa, termina ya, Alexis Carralero, y se quitó el pantalón, se bajó el calzoncillo y

posicionó el miembro, mientras más rápido termines más rápido sales de esto, y la penetró, lenta, casi dolorosamente, pero solo al principio, increíble, ni que fuera un... y empezó a acariciarle los senos mientras su pelvis adquiría ritmo, sí, ahora sí, ya casi... pero Yanelis se transformó en Liudmila, qué loca, la de la Loma de la Cruz; no, no, regresa a la escena de la cama, ahora sí, en la cama, sus nalgas golpeándome ahí, ah, si se siente casi igual, más estrecho, sí, extraño, pero casi igual, ah, Liudmila con sus grititos entrecortados de gata penetrada, y allí también estaba Cara de Jeva y el Pasta, esperando que terminaras para comenzar ellos, porque Liudmila no quiso con los tres al mismo tiempo; no váyanse, que solo se quede ella, sí, así, carajo, que de pronto se transforma de nuevo en Yanelis; sí, con ella, trata de no pegarte mucho, qué asco, está sudado, ni te lo crees que estés haciendo esto, aunque en realidad no se siente tan mal, claro, esfuérzate, ya casi terminas, de verdad que no se siente tan mal. El Mosque miró aquellas manos crispadas que se aferraban a la sábana, como aguanta, pensaba, la espalda transpirada. Cerró los ojos de nuevo, así era mejor.

El extranjero regresó al mes, no sin antes comunicarse varias veces por el celular; y de nuevo los paseos por la ciudad, los regalos, las bebidas, las cenas. El Mosque se esforzó una vez más y se imaginó a Yanelis; su piel se contrajo, los vellos se irguieron electrizados. Sintió una cosquilla en el sexo y tuvo la certeza de que ya iba a terminar pronto. Odió tener que vivir de fantasías construidas por su imaginación, de la utopía de lo que hubiera pasado si en aquella ocasión se hubiera atrevido a tocarla, como mismo lo tocaron a él en la playa de Guardalavaca. Cuando eso ocurrió se quedó pasmado, mudo del susto, el corazón acelerado, pero no se movió, ni intentó increpar, ni tampoco le salió al paso, como debería haber hecho, y el desconocido siguió con la mano ahí, tanteando al principio, luego buscando, extrayendo, masajeando, moviéndola, lento al principio, luego rápido mientras su soldado traicionero crecía, sin importar la temperatura del agua.

De súbito el Mosque sintió que toda su energía se vaciaba dentro de aquel cuerpo fofo y transpirado. Se separó de él, lenta y avergonzadamente, mirando su

falo húmedo en semen y con atisbos de excremento. Buscó las sandalias y de momento se dio cuenta que él lo estaba mirando con aquellos ojos miopes, convertidos en repugnantes moluscos a través del cristal de los espejuelos que nunca se quitaba; y repentinamente un murmullo fue brotando de aquella boca pequeña, pero ávida, que se tragó todo su miembro aquella vez en la playa; y el murmullo se tradujo en una especie de lisonja y luego en un comentario inesperado, porque le estaba hablando del plan repentino de invitarlo a su país para que pasara una temporada con él por allá, para después, cuando llegara la hora de regresar, tomara la decisión de quedarse y establecerse con él en su ciudad. Lo que siempre anhelabas, salir del país. ¿No, Alexis Carralero?

Reseñas

Escaleras a ninguna parte: la autopsia de un friqui

Por: [José Luis Serrano*](#)

Varg Qisling Larsson Vikernes, uno de los creadores del black metal, es puesto en libertad condicional después de 16 años en prisión. El asesinato del también blackmetalero Oystein Aarseth y el incendio de las iglesias de Storetveit, Asane y la capilla de Holmenkollen, en Oslo, fueron los principales cargos esgrimidos en su contra. Responsable colateral de la muerte de un bombero, Varg Vikernes vive en la actualidad con su mujer e hijos en una plácida granja en las afueras de Telemark, Noruega. Los datos proporcionados por Okawix son reveladores. El metal oscuro existe.

Es, según vislumbro, una actitud típicamente antisistema lo que constituye el motor propulsor del Black Metal escandinavo. Más allá de sus fecundaciones musicales, hay una ética del mal, una norma de comportamiento contrapuesta a los mandamientos reconocidos por la moral cristiana y sus subsidiarias más o menos democráticas. El black metal parece funcionar a las mil maravillas en Noruega. Hay una cultura que soporta sus lúgubres ambiciones estéticas sin perder el alma en el intento. No olvidemos que el mencionado Varg Vikernes practica el Odinismo, centrado en la adoración a los antiguos dioses nórdicos.

¿Qué ocurriría si hacemos el experimento de extrapolar a un personaje como Varg Vikernes al contexto de una isla caribeña de filiación comunista? Es muy probable que, en lo que al anticristianismo se refiere, encontraría el camino expedito. Siempre y cuando se comprometiera a no quemar otra cosa que discos, pienso que Vikernes podría, en Cuba, llegar a ser una especie de Anticristo Superstar. Sospecho que, en el plano ideológico, echaría mano a los orishas. Ahora bien, habría que hacer pequeños reajustes en la proyección social del artista. Se abrirían dos posibilidades para nuestro problemático talento: a) Podría cagarse en el Hijo de Dios en la Tribuna Antiimperialista o b) podría cagarse en otras cosas y seguir el camino de la malograda Porno para Ricardo. Una profunda

contradicción escuece el alma del Black Metal criollo. Entre apocalípticos e integrados se cocina el pastel.

Escaleras a ninguna parte, novela del escritor y fundador de la primera banda de Black Metal cubana, Alex Jorge, más conocido como Mole, nos abre una puerta para penetrar en los recovecos y entresijos del mundo friqui. Un mundo que, según la prologuista Mariela Varona, se mezcla con otros mundos cotidianos, el desarraigo de los que buscan una causa motivadora, el sexo con su eterna connotación de alternativa de Eros-Thanatos, la alucinación grupal como refugio contra la exclusión. Tópicos que -concluye Mariela- siempre se han querido encasillar en lo marginal como concepto que puede pasar de moda, pero que sin duda son parte de una lateralidad total, excluida de las “verdades” de los grandes medios.

Sin abundar en los artilugios narrativos puestos en función de la trama, hay una eficacia de construcción que hace de Escaleras... una novela deslumbrante. La enorme dinámica de los hechos y escenarios contrasta con el estatismo del protagonista. Una variopinta procesión de personajes atraviesa las circunvoluciones cerebrales de un individuo que permanece la mayor parte del tiempo sentado. Todo lo que ocurre en la novela es un efluvio de su mente: Una trastabillante travesía en el tren Holguín-Habana, una brevísima estancia en la Capital de todos los cubanos y chirrín chirrán. El protagonista reaparece en otra circunstancia y latitud, en uno de estos finales que nos cortan la respiración.

Alexis Carralero, alias el Mosque, protagonista de la novela y alter ego de su autor, es un disidente moderado. Un individuo fracasado, desilusionado. Es justamente ese profundo estado de decepción quien lo hace fuerte. De su frustración extrae el combustible necesario para dar un salto al vacío que es el *leitmotiv* mismo de la novela. El Mosque ha sido en gran medida asimilado por el sistema. Ha ingresado en lo que él denomina el club de las personas normales. Hay una herida simbólica en el corazón de sus aspiraciones. *Ser rockero* –se

lamenta- *en esta isla de contradicciones es eso: sufrir, ser aplastado, ignorado y hasta vejado*. En esta reflexión vemos un desvarío esencial. Es un tipo de planteamiento más cercano a la canción protesta que al black metal. Volvamos otra vez a Vikernes. No creo que el escandinavo aspirara a un reconocimiento social ni mucho menos institucional. Ser aplastado, ignorado y hasta vejado es en esencia el ideal del héroe antisistémico. Lo que pasa es que en un ambiente fuertemente politizado, hasta los más apocalípticos ansían un cierto grado de integración. No es lo mismo ser marginado en Noruega que en Cuba. Es muy distinto ser Varg Vikernes en su apacible heredad de las afueras de Telemark que Alexis Carralero en un contaminado arrabal de provincia.

En un memorable pasaje de Escaleras... el Mosque se encuentra con un fan. Se da algunos tragos con el desconocido, desandan las sucias callejuelas de La Habana y, de súbito, tras un fugaz encontronazo que pasa desapercibido por el melenudo, vemos al Mosque resquebrajarse: *¿Qué coño tú crees que es la escena? Una pila de ilusos, de estúpidos perdedores que creen que aquí, en esta pinga de país, van a vivir el sueño del Rock Star, del sexo, la droga y el Rock and roll. Eso es una causa perdida, ¿no entiendes?, hace un montón de años que estamos arando en el mar*.

Mendigar el sorbo de aceptación, suplicar el bocado de reconocimiento, es el error característico de los convidados al Patio de María. El caso es que los anarquistas desean, añoran desesperadamente, ser aceptados por la sociedad. Las instituciones culturales de la isla han logrado inocular este anhelo en la masa rockera. Han conseguido, en gran medida, institucionalizar el caos.

Nuestros friquis, como los de buena parte del mundo, están afectados por un extraño mal: problemas ideológicos. A casi medio siglo de la zafra del 70, sabemos de sobra que los friqui no son la enfermedad. Son, en tal caso, síntomas de patologías sociales más profundas, cuyas causas nadie se atreve a escudriñar. Sus excentricidades apuntan hacia zonas necrosadas del tejido social.

El verdadero peligro sobreviene cuando nos percatamos de que los glóbulos blancos ansían convertirse en glóbulos rojos y descubrimos que sus mecanismos de acción no son otra cosa que un repertorio de trivialidades e imposturas. Michel Houellebecq logra captar la esencia del asunto. El protagonista de su extraordinaria novela *Las partículas elementales*, hace una observación que bien podría ser asumida por el Mosque: *Se dio cuenta muy pronto de que los satanistas más avanzados no creían para nada en Satán. Eran, como él, materialistas absolutos, y renunciaban enseguida a todo el ceremonial, un poco kitsch, de los pentáculos, las velas y las largas túnicas negras; un decorado que servía, sobre todo, para que los recién llegados superasen sus inhibiciones morales.*

¿Dónde termina el decorado y dónde comienza el auténtico fenómeno cultural? Hay que separar el grano de la paja. Es en este punto donde, a mi modo de ver, los friquis deberían echar su batalla decisiva. Y no se trata de que inventen el gospel metal ni mucho menos que se conviertan, como ha ocurrido en ciertos casos, al PCC. Debe existir una tercera vía de escape. En nuestro país el rock -desde sus alternativas más inocuas hasta los extremos del metal más tenebroso- sigue siendo una experiencia minoritaria. No creo, Alexis Carralero, que ese estado de cosas obedezca exclusivamente a las intemperancias del poder. No es posible que el rock dependa de un balón de oxígeno para proferir sus alaridos de ultratumba. Algo más tiene que haber fallado.

Con su necesaria y hermosa novela, Alex Jorge, hunde el escalpelo hasta el mango. No vamos a encontrar en estas páginas las declaraciones de un tembloroso desertor ni mucho menos el testimonio de un aficionado. Alex Jorge y Alexis Carralero, el Mole o el Mosque, se encuentran demasiado implicados con el cadáver que diseccionan para bien de la causa. Algo parecido a la esperanza intenta germinar en medio de tanta amargura. Al menos eso queremos entender cuando escuchamos sus cavilaciones finales: *Estabas más que convencido que jamás el Rock iba a levantar cabeza en esta isla satánica, y a pesar de todo eso*

ya estabas cansado de tanta máscara y extrañabas los conciertos, los escenarios, el grupo, las peñas, los socios del ambiente. Esa es la vida que de verdad deseas, pero sin los desmanes y las traiciones y todo lo demás que odias, y no esta falsa vida de oveja reformada.

Diciembre, 2014

*Jose Luis Serrano.

Las escaleras circulares de Alexander Jorge

Por: José Poveda Cruz*

En su novela Escaleras a ninguna parte, Alexander Jorge disecciona una realidad que no por cotidiana deja de ser tangible, dolorosa y real. Usando las armas del llamado realismo sucio nos conduce con maestría a través de espacios poco tratados en un país que evoluciona circularmente en sucesivas espirales. Las historias que nos cuenta el autor prescinden del exceso de adjetivos, de situaciones imaginarias y de grandes historias. Como su propio

nombre indica, las historias están centradas en la simple y escabrosa realidad cotidiana que nos rodea. Las vidas mediocres, grises de sus protagonistas bien se identificaron con cientos de lectores que lanzaron al éxito a escritores como [Charles Bukowski](#), [Raymond Carver](#) o [Richard Ford](#).

Las narrativas del realismo sucio tienen generalmente un punto de partida tajante que aparece bajo diferentes formas, pero fundamentalmente repite una misma estructura. Se podría describir como el silencio después de una catástrofe, o en todo caso, el de la vida llana y mala inmediatamente después de un evento decisivo. Este momento, tal vez, sea más latino que americano, más perteneciente a la tradición de la picaresca que a la del testimonio, pero también muestra una afinidad especial con las películas del estilo neorrealista italiano, como *El ladrón de bicicletas* (1949) de Vittorio de Sica o *Los olvidados* (1950) de Luis Buñuel.

Alexander Jorge nos entrega una novela trepidante en su ritmo, con personajes difícilmente olvidables, vivos en su marginalidad y su esencia, ricos en matices psicológicos. Estas escaleras aunque aparentemente no conduzcan a ninguna parte son un laberinto cotidiano, un sitio donde desarrollan su hábitat los más diversos personajes que aunque sean invisibilizados por la sociedad, coexisten en una época del gran derrumbe de las utopías. Tal vez esta novela sea un grito, un rock restallante en los tímpanos del lector que quedará sorprendido cuando alcance al fin el último peldaño.

*José Poveda Cruz. (Cuba, 1961)

Poeta. Miembro de la UNEAC. Premio Juegos Florales 2003 de poesía. Ha publicado *Cercos que teje la memoria* (Poesía). Ediciones Holguín, Cuba. *El resplandor del tigre* (Poesía). Ediciones Aserrío, Cuba, 1994; *Estado de gracia* (Poesía), Ediciones La Luz / Ediciones Holguín, Cuba, 1999; *El bosque y las sombras* (Poesía), Ediciones Holguín, Cuba, 2004. Sus textos han aparecido en diferentes antologías de Cuba, México y Venezuela. Ha colaborado en diferentes diarios y revistas de Cuba, España y Estados Unidos.

ALEXANDER JORGE PARRA (Cuba, 1972)



Licenciado en Ciencias de la Información. Miembro de honor de la Asociación Hermanos Saíz. Egresado del V Taller de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”, donde obtuvo mención en el concurso de cuentos César Galeano 2003. Ha obtenido el segundo Premio en el evento “Luz en la marina” (2004), Nuevitas, Camagüey; el primer premio en el Concurso de Cuentos de Rock, Programa “27 minutos” de Radio Progreso, La Habana (2004) y mención en el concurso Celestino de cuentos 2005.

Ha publicado **Morir con las botas puestas**, cuentos, (Ediciones La Luz, 2009).
Cuentos suyos han sido publicados en antologías como: **Memoria de los otros**
(Eds. La Luz, 2008) y **Todo un cortejo caprichoso: cien narradores cubanos**
(Eds. La Luz 2011).

Datos:

CI: 72110808162

Dirección: Calle 58 Nro. 23 e/13 y 15. Rpto. Alcides Pino. Holguín.

Teléfonos: 01 52236070 (Casa)

54789838 (Móvil)

24 474334 (Trabajo)

24 473276

E-mail: alexjorgelamole@gmail.com